



GRAMATICA GENERAL

6

● FILOSOFIA DEL LENGUAJE.

LECCIONES
DE
FILOSOFIA EQLÉCTICA,

pronunciadas en el Ateneo de esta corte

por Don Tomas Garcia Lunta.

GRAMATICA GENERAL

6

FILOSOFIA DEL LENGUAJE.



Madrid:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE **D. IGNACIO BOIX,**
CALLE DE CARRETAS, NUMERO 8.

1845.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104418475

Esta obra es propiedad de la
casa de D. Ignacio Boix, Editor
en Madrid.

LECCION VEINTE Y CINCO.

SUMARIO.

Conexion de la gramática y la psicología.—Influencia recíproca de los signos en las ideas y de estas en los signos.—Principios comunes á todos los idiomas.—División de los signos en naturales y artificiales.—Opinion de Joulroy.—Necesidad de aprender el sentido de los signos artificiales para comprenderlos.—Los naturales son para todos inteligibles.—Sociabilidad humana.—No es concebible sin el lenguaje.—Opinion de Reid.—Texto de Ciceron.—Fenómenos que observamos en los niños.—La comprension de los signos naturales es un hecho primitivo.—Se dividen en tres clases.—Van casi siempre unidos.—El lenguaje ¿ es invencion humana?—Hipótesis de Condillac.—No sufre el exámen.—Mr. Cousin cree que la voluntad puede convertir en artificiales los signos naturales.—Los origenes de las cosas nos son desconocidos.—Dificultad de que el signo natural se transformará en artificial.—Lentitud y largo tiempo que supone esa transformacion.—Es incompatible con la existencia del sanscrito y el hebreo en la primera época del linaje humano.—Rousseau.—Geología.—Auxilios divinos dados por Dios á nuestros primeros padres.—El hombre no nace ni vive fuera de la sociedad, y esta sin el lenguaje no habria subsistido.—La física, la metafísica, la moral y las bellas artes traen el ánimo á la idea de Dios.—El estudio del lenguaje conduce al propio resultado.—Bonald.

Lección.

La ciencia que en el dia nos proponemos estudiar, tiene íntimo-enlace con la psicología. Las ideas y los signos por cuyo medio se nos hacen perceptibles, son cosas de hecho inseparables; pues si bien es cierto que concebimos como distintas, y lo son en realidad, la idea de árbol ó

de piedra, y el conjunto de sílabas con que significamos estos objetos, lo es también que al pensar en cualquiera de ellos, tenemos siempre presente el vocablo que lo expresa.

Dos cosas unidas entre sí de un modo tan estrecho, han de ejercer considerable influencia la una en la otra; de lo cual se infiere que en los idiomas deberán conocerse los adelantos de la ciencia; así como también que el perfeccionamiento ó la corrupción de estos, no podrá menos de contribuir á los progresos ó á la decadencia del saber humano.

El lenguaje de un pueblo es fiel traslado de sus ideas, creencias y costumbres.

Fundados en la observacion anterior, ha habido filósofos que, á la manera de Condillac, sustenten que una ciencia es una lengua bien hecha; otros, como Bonald y su escuela, que han enseñado que sin las palabras no pensaríamos; y otros, por fin, que siguiendo las huellas de Leibnitz, formaron el designio de inventar un idioma perfecto.

No cumple á nuestro propósito discutir cada una de estas opiniones. A su tiempo las examinaremos, sirviéndonos de criterio los principios á cuya luz hemos juzgado los sistemas filosóficos sobre las facultades intelectuales; por ahora solo nos importa notar, que admitido como inconcuso el enlace de los signos y las ideas, las cuestiones lengüísticas y gramaticales, adquieren suma importancia, porque de la esfera de la literatura pasan á la de la filosofía, viniendo á servir el estudio de los principios del lenguaje de complemento, y casi pudiera decirse, de prueba y de crisol al de las ideas.

En efecto , dejando á un lado las diferencias que existen entre los idiomas conocidos , y que constituyen la índole especial de cada uno de ellos , hallaremos en todos ciertos principios generales, correspondientes á los que hemos descubierto, cuando tratábamos de las doctrinas psicológicas. Por mas que difieran unos de otros , los vocabios que usa el habitante del Norte y el del Mediodia, no por eso deja de haber en las gramáticas de sus idiomas respectivos , reglas comunes que manifiestan lo que hay de universal en la inteligencia humana. A vueltas del modismo y del acento propio de cada pueblo , están las nociones de sustantivo, verbo y adjetivo , que constantemente en todos se reproducen.

Nuestros conatos han de encaminarse en la actualidad á inquirir cuál es la relacion que existe entre el signo y la cosa significada ; ó mas bien ; cual es el influjo que recíprocamente ejercen la palabra en la idea y la idea en la palabra ; cuáles son los principios generales de la gramática ; y hasta qué punto se pueden admitir las doctrinas y las esperanzas de los filósofos de quienes poco há hicimos mérito.

Pero antes de entrar en el exámen detenido de estas cuestiones, habremos de proponer una que sirve como de preliminar á todas las demas. Hay signos artificiales y naturales. Jouffroy observa (1) que el signo supone una cosa significada y una inteligencia capaz de comprenderla. Es pues un intermedio entre dos términos, uno de los cuales, la inteligencia, permanece por

(1) Nouveaux melanges philosophiques publies p. Damiron.

siempre constante é inalterable; y el otro la cosa significada, cuyas variaciones son indefinidas, reduciéndose el oficio del signo á hacer que el primero conciba al segundo. De aquí se deduce que entre el signo y la cosa significada debe haber cierta relacion; pues de otro modo no pudiera verificarse que la inteligencia comprendiese la idea cuando percibe el signo. El que no conoce nuestro idioma nada entiende cuando hiere sus oidos la palabra casa: á la manera que tampoco forma concepto alguno el español que no habiendo aprendido otra lengua diversa de la de su país, oye pronunciar las palabras *house*, *maison*, *domus* que al inglés, al francés y al que ha consagrado sus tareas al estudio del latín, le revelan el mismo objeto que él se representa en su mente cuando profiere ó escucha á otro la voz citada. Si dando un paso mas adelante queremos inquirir por qué la palabra casa suscita en nosotros la idea de un edificio y no la de otro objeto cualquiera, hallarémos que sucede así por la relacion establecida entre esa palabra y la cosa que está destinada á significar; y por poco que en ello se fije la atencion, nos persuadiremos de que la tal relacion es arbitraria. Los ejemplos de que ahora nos valemos lo convencen. Ninguna analogía tienen unas con con otras las voces casa, *house*, *maison* y *domus*, y sin embargo, todas expresan una misma idea. Es preciso para comprenderlas aprender las lenguas de que forman parte; lo que equivale á decir que es indispensable sepamos por ejemplo que los ingleses han convenido en significar con las sílabas que componen el vocablo *house* la idea que expresamos nosotros cuando proferimos las que cons-

tituyen el sustantivo *casa*, para que oyéndolos hablar entendamos lo que dicen.

Esta observacion generalizada se aplica á los varios idiomas que se han usado ó se usan todavía en los varios pueblos de la tierra. Son enigmas para el que no ha penetrado el secreto de la relacion entre las palabras y las ideas. Hé aqui lo que el escritor, ahora citado, llama signos artificiales.

Hay otros signos que desde luego comprendemos; y á los cuales no tienen aplicacion las reflexiones precedentes. Los gritos que arrancan la alegría, el dolor ó la admiracion, los gestos, los ademanes y la fisonomía que toman diversas expresiones, segun son los afectos que agitan el ánimo, manifiestan de un modo inequívoco lo que pasa en nuestro interior. ¿Requiere el conocimiento de cada uno de estos signos un estudio, semejante al que es necesario para aprender cualquiera de los idiomas que acabamos de citar? Para convencernos de que no es esto lo que sucede, basta la observacion mas superficial. Un suspiro, ó el semblante de una persona dominada por la ira, son cosas tan expresivas para el europeo como para el asiático. Por mas que difieran unos de otros los idiomas de que ambos usan, y sin necesidad de convenio ni de estudio, la idea se revela á uno y otro de una manera idéntica.

Es este un punto que merece mayor esclarecimiento.

Observamos en otra ocasion (1) que el hombre, reducido á los recursos de su inteligencia

(1) Leccion 25.

individual, no hubiera hallado medios y suficientes para conservarse, y que la parte mas considerable de las ideas, la adquiríamos por tradicion, en virtud de la confianza que prestamos al testimonio de nuestros semejantes. La credibilidad, dijimos entonces, es manantial copioso de conocimientos.

A poco que reflexionemos sobre esta materia, se nos hará patente que el lenguaje es vehículo necesario, para que lleguen á nosotros las ideas de los demas hombres, puesto que mal hubiéramos podido asentir á sus juicios, si estos no se nos presentáran revestidos de signos que nos los pusiesen de manifiesto: la fé en el testimonio ajeno supone la inteligencia de las palabras, por cuyo medio se nos hace aquel perceptible.

Así el enlace mismo de las ideas, nos trae al exámen de las cuestiones relativas al origen y al influjo de los idiomas, en la formacion y en la transmision de la ciencia humana.

La primera de todas en el orden psicológico, es la de determinar de qué manera comprendemos el sentido de los signos con que expresan sus conceptos las personas con quienes comunicamos.

¿Es este conocimiento fruto tardío de la experiencia, ó mas bien deberemos atribuirlo al instinto ó á alguna facultad especial? Reid (1) sostiene que ademas de las facultades individuales existen otras que debieran denominarse sociales. «Hay, dice, ciertos actos que pueden verificarse en la soledad; tales son, pensar, querer, concebir, juzgar y raciocinar: pero cuando el hombre *interroga, dá ó recibe testimonio: cuando pide*

(1) Essay 1. c. 7. 1.ª par. Joulfroy

un favor ó lo acepta, ó manda ó obedece, supone siempre que se dirige á seres inteligentes como él. Interrogar es una operacion tan sencilla cual puede serlo el juzgar ó el racionar: sin embargo, no es un juicio ni un racionio. Al dirigir una pregunta ó al hacer una promesa tenemos presente cierta consideracion á que no atendimos al juzgar que la hoja del árbol era verde ó amarillenta. Entonces solo hacemos uso de los sentidos y de las facultades intelectuales: ahora ademas de sentir y juzgar, creemos que es un semejante nuestro aquel á quien nos dirigimos.

El mismo autor afirma en otro lugar (1) que la persuasion de que los otros hombres son criaturas dotadas de vida é inteligencia, es un principio inherente á nuestra naturaleza, que ni se deriva del racionio ni pudiera sernos de utilidad alguna si de este origen procediera. La correspondencia que se establece entre la nodriza y el infante á los pocos meses de nacido este, convence plenamente de ello. No puede atribuirse á los sentidos: porque subsiste del propio modo en los sordo-mudos y en los ciegos de nacimiento. La única prueba sólida que cabe discurrir para demostrar que nuestros semejantes son criaturas inteligentes como nosotros, es que sus palabras y acciones son signos de las propias facultades que en nosotros mismos conocemos por medio de la conciencia. Pero si de tal modo adquiriésemos este conocimiento no podria concebirse cómo el niño desenvuelve sus facultades con el ejemplo y las lecciones de las personas con que-

(1) Essay 6. c. 5.

nes vive. Es por otra parte cierto que hay sonidos y gestos que expresan ideas y afectos determinados. Ciceron dice que *todo movimiento del ánimo tiene su semblante, su gesto y su voz por la naturaleza misma*. Reflexionando sobre el modo de interpretar las diversas expresiones que se pintan en la cara, ó en el tono y modulacion de la voz, ó en la disposición del cuerpo, concluye Reid que procede de una especie de percepcion particular. Una voz amenazadora ó cariñosa produce en el niño recién nacido el terror ó la alegría: el influjo de la música es tambien notorio: sin acudir al ejemplo de Timoteo que con sus cantos escitaba en Alejandro ya el furor, ya la languidez, es sabido que hay acentos que excitan el placer y otros que infunden la tristeza en el ánimo. Ademas, ni nos acordamos de haber adquirido este conocimiento por experiencia; ni hay tampoco experiencia posible en el caso actual. Pudiera verificarse si viésemos el signo y la cosa significada, pero ¿cómo ha de suceder de tal manera si lo que percibimos es solo el signo y la cosa significada jamás llegamos á descubrirla? Las pasiones y las ideas son tan invisibles como el alma misma en quien residen; y por consiguiente su conexion con los signos que las manifiestan no es descubrimiento á que el estudio pueda conducirnos. Los pueblos que hablan idiomas diversos se entienden unos con otros por medio de ciertos gestos y ademanes. Para comprender á los pantomimos en Roma, no era preciso que los expectadores hubiesen hecho estudio ninguno especial.

Es, pues, indudable que ciertos gestos y ademanes, y sobre todo los sonidos, expresan afectos y pa-

siones del ánimo. Los niños, mucho tiempo antes de que hayan podido reflexionar, interpretan con admirable exactitud la fisonomía y el tono de voz de las personas que se les acercan. Lloran ó rien segun ven las lágrimas en los ojos, ó la sonrisa en los labios de su madre ó de su nodriza. Obsérvese ahora, que entre la disposicion particular que toma el semblante para expresar la alegría ó la tristeza, y estos afectos, no existe relacion alguna necesaria. La alegría y la tristeza, son sentimientos que se experimentan en lo íntimo de nuestro sér; la dilatacion ó la contraccion de los músculos que los manifiestan en lo exterior, aparecen como cosas distintas de ellos. Otro tanto puede decirse de las modificaciones de la voz. El enlace entre un suspiro y un dolor que nos aflige, ó el que existe entre el placer de que à veces reboza el pecho, y la risa y el canto, si bien los consideramos, han de parecernos tan ininteligibles, como los que se observan entre los fenómenos de la sensibilidad y los de la inteligencia.

No es hacedero el determinar la época exacta en que el niño empieza á distinguir en la fisonomía y en el tono de las personas con quienes vive, la disposicion en que se encuentra el alma de cada una de las que oye y ve sin cesar; pero sea que se retarde ó se acelere el tiempo en que se supone adquirido este conocimiento, es fuera de toda duda, que á los seis meses da pruebas inequívocas de participar de los afectos, cuyos signos nota en los que le rodean; y aunque se pretendiera sostener contra testimonios harto frecuentes que tarda mas en poseer esas ideas, no por postergar la dificultad, se lograria disminuirla en un ápice. El problema siempre per-

manece uno mismo. ¿El comprender el sentido de los gestos y de los diversos tonos de la voz, es fruto de experimentos repetidos, ó mas bien proviene de una intuición inmediata? El niño prueba en lo íntimo de su alma afecciones diversas: esas afecciones se pintan en su semblante con caracteres tan expresivos, como los que se advierten en el de las personas ya formadas; pudiera tal vez decirse en vista de esto que, observándose á sí mismo, conoce esa relación que hemos señalado entre el signo y la cosa significada. Mas esa opinión deja percibir su poca solidez, apenas se le examina con algun detenimiento. La infancia no es la edad de las observaciones; el niño siente y expresa sus sentimientos siguiendo el impulso de la naturaleza, así como se mueve sin designio ni fin de ninguna especie. Para admitir esa hipótesis, fuera menester que en los primeros dias de la vida, hubiese en el que suponemos capaz de hacer por sí tan pasmosos descubrimientos, una razón ya desenvuelta, como lo está en el hombre, en quien el juicio ha llegado á su completa madurez. Habria entonces de admitirse que el infante, no solo llora y se rie, sino que reflexiona sobre sus llantos y sus risas, y presintiendo que ha de serle provechoso en adelante conocer, cuándo los otros seres que tiene en derredor suyo experimentan esos sentimientos, se dá al estudio de las señales exteriores que los revelan. Dado caso que tal prevision cupiera en su mente; ¿cuál seria el origen que le asignásemos? Para saber que hay en el mundo seres inteligentes como nosotros, no tenemos mas medios que el interpretar los signos que manifiestan esa inteligencia, pues ya se percibe que la inteligencia

misma no es observable; así, desechada la intuición inmediata, deberíamos pensar que había en el recién nacido una especie de ciencia infusa, que le enseñaba la existencia de los otros hombres, y le persuadía, por consiguiente, la necesidad de examinar las relaciones entre los signos y las ideas. De esta suerte, por desechar la doctrina que admite como efecto de la intuición inmediata, el percibir el estado del ánimo por la disposición del semblante, el tono de la voz ó cualquiera otra señal de las que se han enumerado, tendríamos que adoptar por verdadera una opinión, que á primera vista aparece absurda y desvariada. Trazamos un círculo vicioso, y por querer explicarlo todo, venimos á caer en una sima, mil veces mas profunda que aquella de que huíamos. Es plausible el sentir de Reid en este punto. El descubrimiento de la idea ó del afecto por el signo exterior de que se reviste, es una especie de *percepcion semejante á las otras percepciones, que por ministerio de los sentidos llegan al alma*. Alguna vez hemos insinuado que la sensacion era una *enseña*, un *mensajero* de la idea; y que entre las impresiones que se reciben en los órganos corporales, y las cualidades de que dimanar, no se descubre ningun enlace necesario; ¿cuál es si no el que existe entre el dolor que produce el apretar con las manos un pedazo de metal ó de mármol, y la cohesion de partículas que constituye la solidez de estos cuerpos? Claro es que ninguno; y esto cabalmente se verifica con los signos y las cosas significadas: la percepcion no debe parecer en esta coyuntura mas admirable que en las demas.

En ambos casos el alma, por ley constante de

su naturaleza, con ocasion de una señal exterior, descubre lo que de otra manera jamás habria quizá alcanzado á penetrar. Los gestos, los ademanes y las modulaciones de la voz son respecto de la mente lo que las impresiones de la luz, los colores y las otras propiedades de los objetos del mundo físico: por efecto de una intuicion inmediata entendemos las relaciones que hay entre la sensacion y la cualidad que la produce, y entre el signo y la idea á que sirve de expresion. Admitido este conocimiento como hecho primitivo, las dificultades todas se desvanecen.

La inteligencia del signo natural es el primer eslabon de la cadena social; porque sea el que fuere el origen que asignemos á la sociedad, jamás hubiera esta llegado á formarse á no entenderse los individuos que habian de componerla, siendo por otra parte evidente que la invencion de los idiomas ó signos artificiales supone, caso de ser posible, que de antemano se comprendian unos á otros los que la discurrieron.

Difieren radicalmente los signos naturales de los artificiales, en que estos son inteligibles solo para los que están, por decirlo asi, en el secreto de su formacion; al paso que aquellos tienen la cualidad de universales; y todos los individuos de la especie humana los producen y los entienden espontáneamente. Por eso los primeros se modifican, se mezclan unos con otros y varian sin cesar; en tanto que los segundos permanecen inmutables.

Los signos de que consta el lenguaje natural son de tres especies: los que se refieren al semblante; los que pertenecen á la voz, y los que corresponden á los movimientos del cuerpo. En

otros términos. Cada afecto del ánimo se revela en la fisonomía, en la voz y en la aptitud del cuerpo, según lo expresa el texto de Ciceron poco ha citado. Estos signos son inteligibles para todos como ya lo observamos, y casi siempre se presentan unidos. El que lanza un grito ora de terror ora de asombro deja ver en la aptitud de los miembros de su cuerpo y en la disposición de su semblante el afecto mismo que indica el acento particular de su voz. La oratoria y las bellas artes aprovechan ese lenguaje de suyo tan expresivo. Sabido es que la acción y las modulaciones de la voz del orador, contribuyen poderosamente á atraerle el asentimiento de los que le escuchan: y los efectos de la música son sobrado notorios para que sea necesario tratar ahora de persuadir su existencia.

Dilucidada esta cuestion, se ofrece otra que tiene con ella íntimo enlace y cuya solución presenta dificultades mas graves de lo que á primera vista podria discurrirse.

¿Cuál es el tránsito de los signos naturales á los artificiales? ó mas bien, ¿es el lenguaje invencion humana ó presente de la divinidad?

Los filósofos han disentido en este como en otros puntos de la ciencia del hombre. Preocupado cada uno de ellos por las ideas de su sistema, solo tuvo en cuenta los hechos que se adoptaban al principio admitido, desentendiéndose de los demás. Si se mira un cuadro solamente por el lado que el sol ilumina, y muda de situacion bien el observador, bien el cuadro mismo, luego presenta este un aspecto del todo distinto. Condillac quiso aplicar á la materia de que nos ocupamos el método analítico, sin advertir que el análisis no

tiene cabida cuando los hechos que se estudian pueden ser conocidos, únicamente por la tradición, ó quizá por raciocinio.

De aquí el haber sustituido á las observaciones y á los experimentos, únicos medios de inquirir la verdad segun la doctrina de su escuela, una hipótesis tan vana y tan pueril, que apenas merecería que la mencionásemos si de su exámen no nos propusiéramos sacar otro fruto que el placer de refutarla.

Comienza por pagar á las creencias religiosas un tributo que sus discípulos mas consecuentes al sistema del maestro habian de rehusarles en adelante. «Adán y Eva, dice, no fueron deudores á la experiencia del ejercicio de las operaciones de su alma. Por un auxilio extraordinario estuvieron en estado de reflexionar y de comunicarse sus pensamientos.» Mas á poco de haber dejado deslizar de la pluma esta proposicion que resuelve de una vez el problema, como si le pesára hacer el papel de teólogo, de nuevo vuelve á desempeñar el de pensador, engolfándose para ello en un mar de imaginaciones que mas parecen sueños de algun poeta de mal linaje, que ideas de un pensador tan meticoloso en punto á aceptar doctrinas que no tuviesen la sancion de la experiencia.

«Yo supongo, añade, que algun tiempo despues del diluvio, dos niños de sexo distinto, se extraviaran en los desiertos antes de conocer el uso de ningun signo; (¿quién sabe si habrá pueblo que deba su origen á un suceso semejante?) mientras viviesen separados el ejercicio de sus operaciones intelectuales se limitaria á la percepción y á la conciencia que no cesa sino

»durante el sueño; al de la atención que debía
»verificarse cuando alguna percepción les afecta-
»se vivamente, y al de la reminiscencia siempre
»que se les representasen las cosas que les habían
»hecho impresión. Pero una vez reunidos hubie-
»ron de dar más latitud á sus primitivas opera-
»ciones; porque su trato recíproco les haría aso-
»ciar á los gritos de cada uno de sus afectos las
»percepciones de que eran signos naturales. Or-
»dinariamente los acompañarían con algún gesto
»ó acción que los hiciese más expresivos. Por
»ejemplo el que padeciera por estar privado de
»algún objeto que necesitara, no solo daría gri-
»tos, sino que practicaría esfuerzos para obtenerlo:
»agitaría su cabeza, sus brazos y todas las partes
»de su cuerpo. Conmoverlo el otro por la presen-
»cia de este espectáculo, fijaría los ojos en el pro-
»pio objeto; y sintiendo pasar á su alma los sen-
»timientos de que aun no podía darse cuenta,
»padecería sin embargo viendo padecer á su seme-
»jante. (1) Desde este momento, se interesaría en
»su suerte y obedecería á esta impresión cuanto es-
»tuviese en su mano el poder hacerlo. Así por
»el solo instinto los hombres pedían y se daban
»auxilio unos á otros.

»Repitiéndose las mismas circunstancias lle-
»garían por fin á asociarse á los gritos de las pa-
»siones y á las diversas acciones del cuerpo, ideas
»espresadas de un modo tan sensible; y mientras
»más se familiarizáran con esos signos, más en es-
»tado se encontrarían de traerlos á la memoria...
»por esta vía llegaron á hacer por reflexión lo
»que comenzaron á ejecutar por instinto... los

(1) De langage et de la méthode.

»progresos de ese primer lenguaje hubieron de ser lentos.... articularon nuevos sonidos, y repitiéndolos muchas veces, y acompañándolos con algún gesto que indicase los objetos que querian hacer notar, se acostumbraron á dar nombre á las cosas.» Toda esta historia ideada á placer por Condillac no demuestra la tesis que se propuso el filósofo al escribirla. La dificultad permanece la misma; porque dá por supuesto que los signos naturales se transformaron en artificiales sin explicar de qué manera pudo verificarse una transformacion tan maravillosa. Admitida la hipótesis que propone, fácilmente se concibe que el uno de los dos niños perdidos despues del diluvio conociera los afectos de alegría, de temor, de tristeza ó cualesquiera otros que agitarán el ánimo de su compañero, por los gritos, los ademanes y los gestos de éste; mas no se comprende del propio modo que articuláran nuevos sonidos y se adelantasen hasta á imponer nombres á las cosas. El progreso en este caso deja de ser sucesivo, puesto que desaparece la distancia que separa un idioma ya formado, del lenguaje de los signos naturales: ó mas bien, se dá por resuelto el problema proponiéndonos una mera conjetura como si fuese una razon concluyente. Condillac ha discurrido de esta manera: Hay signos naturales que sin previa experiencia todos entendemos; es de creer que esos signos precedieran á los demas y confirma esta opinion el ejemplo de los niños que mucho antes de ser capaces de entender ni de hablar la lengua de sus padres, comprenden los afectos de las personas con quienes viven por el tono de la voz, por la disposicion del semblante y por los ademanes del cuerpo. Por otra parte

existen idiomas compuestos de signos artificiales cuya invencion es de origen desconocido; y como quiera que los otros debieron precederlos afirmo que el tránsito se verificó sirviendo los gritos naturales de modelo para formar un nuevo lenguaje. En el raciocinio anterior se procede por analogía, aplicando á los pueblos y á las sociedades primitivas algo de lo que vemos en la infancia. Es esto abusar de un principio verdadero atribuyéndole mayor latitud que la que en si tiene. El niño comienza por los signos naturales de que se vale y cuyo valor comprende segun antes lo hemos observado; pero al pasar de ese lenguaje al del de su pais encuentra los auxilios que sin cesar le prestan sus padres y por punto general, las personas todas que incesantemente le rodean. Si tales auxilios le hubiesen faltado ¿habria conseguido formar por sí solo una lengua artificial parecida á las que ahora hablamos? Lejos de haber esperiencia que pruebe la posibilidad del hecho que asevera el filósofo citado con tan entera confianza, hay ejemplos que persuaden cuánto dista de la verdad esa fábula que ni aun siquiera es ingeniosa. En las Memorias de Racine, el hijo, se cuenta la historia de dos niñas halladas en el bosque de Sogny en Picardía; una de ellas habia dado muerte á la otra por disputarla la posesion de un objeto que ambas habian encontrado. Ya se vé cuánto distaban esos seres miserables de los sentimientos de simpatía y compasion, que Condillac, por efecto de pura benevolencia filosófica, supone en los niños de su hipótesis. Respecto al tránsito de los signos naturales á las palabras articuladas, puede servir de ejemplo un hombre que se encontró á mediados

del siglo XVIII en los bosques de la Lituania. Su voz imitaba el grito de los osos, con quienes había vivido hasta entonces. El discípulo de Locke y de Bacon, no solo se aparta aquí del método de sus maestros, sino que admite como plausible una hipótesis, que las escasas observaciones y experiencias que son posibles en esta materia, de todo punto destruyen, manifestando cuánto hay en ella de arbitrario y de gratuito.

Mr. Cousin (1) cree que para convertir los signos naturales en verdaderos signos, y constituir el lenguaje, basta con que repitamos deliberadamente, esto es, por un acto de la voluntad, los gritos, los gestos y los ademanes que antes hacíamos por instinto. Esta repetición voluntaria es, en su concepto, el convenio primitivo, sin el cual no es concebible ningún contrato ulterior entre los hombres. La opinión del célebre fundador de la escuela ecléctica, estriba en dos hechos psicológicos, cuya certeza está fuera de toda duda. En efecto, es cosa averiguada que los gritos, los gestos y los ademanes, fruto de los varios estados del ánimo, son signos que los ponen de manifiesto á los ojos de los demás; y lo es también, que la voluntad dirige en seguida esos mismos signos que comenzaron por ser instintivos, valiéndose de ellos para expresar las ideas y los afectos del alma. De aquí el arte mímica y la acción del orador. Pero dada como inconcusa la verdad de estas observaciones, no por eso deja de subsistir el problema tal como al principio le propusimos. De que los signos naturales pueden convertirse en artificiales por mi-

(1) Oeuvres philosophiques de Maine de Biran, Paris 1841, vol. 4.

misterio de la voluntad, se sigue que ese acto voluntario sea el eslabon intermedio que haya de unir los dos extremos de la cadena? qué pruebas existen para convencernos de que de esa manera se verificó el tránsito de uno á otro lenguaje?

Mil veces hemos observado que los orígenes de las cosas estaban fuera del alcance de nuestras investigaciones, porque las noticias históricas no llegan á los tiempos primitivos. Las ideas de los antiguos en punto á la cuestion que nos ocupa, no dan para resolverla luz alguna. Diodoro de Sicilia y Vitruvio, refieren que los primeros hombres vivieron en las cavernas y en los bosques como los brutos, no profiriendo mas que sonidos confusos é inarticulados, hasta que habiéndose reunido para auxiliarse recíprocamente, formaron signos convencionales, que les sirvieron para entenderse entre sí. S. Gregorio de Nisa admitió este concepto. Mas ya se deja conocer que toda la relacion de los escritores mencionados, no pasa de ser una hipótesis tan gratuita y tan opuesta á los hechos conocidos y á las deducciones de la razon, como la de Condillac.

Los ejemplos, poco ha citados, inclinan á creer que el hombre, dado caso que pudiera nacer y vivir solitario, no transformaria en palabras semejantes á las que componen los idiomas que hoy se usan, los gritos naturales que forman parte del lenguaje primitivo. Para hacer la transformacion, há menester el auxilio de los otros hombres; y como ese auxilio supone la existencia de la sociedad, vendremos á concluir que si es el lenguaje invento humano, la sociedad ha debido precederle. Mas ¿cómo pudo existir esta antes que los asociados se entendieran? La idea

misma de asociación, ¿no supone necesariamente el acuerdo de los que se juntan para constituir-la? Tal vez se diga que los signos naturales fueron los primeros vehículos del conocimiento, y que el lenguaje artificial se formó lentamente, repitiendo los gritos proferidos por instinto, y adaptándolos á significar los objetos, cuyas impresiones hubieron de ser causa de que saliesen de boca de los hombres; pero sobre no constar en manera alguna que tal cosa sucediera, hay razones concluyentes que se oponen á que adoptemos esta conjetura.

No es como quiera distancia la que media entre los signos naturales y los artificiales, sino un abismo que vanamente pretenden colmar ciertos pensadores con sutilezas y con argumentos, sacados de analogías casi siempre engañosas. Los gritos que arrancan el temor, la alegría ó la admiración, son signos de cada uno de estos afectos; mas si se comparan con esos gritos los verbos *temer*, *alegrarse* y *admirar*; si se examinan cada una de las inflexiones, inventadas para expresar los accidentes de tiempo, de modo y de persona, conoceremos que no es tan llano como pudiera discurrirse á primera vista el tránsito de las interjecciones á los verbos. Destutt-Tracy sostiene, que una vez inventados los sustantivos, la interjección que comenzó por significar un juicio completo, queda reducida á expresar la acción ó la pasión, esto es, la idea que significamos con el verbo. Mas la opinión del autor de la ideología es tan hipotética, como todas las que hasta aquí dejamos refutadas. La interjección es un mero grito, signo del afecto que entonces nos ocupa: el verbo presenta hasta los matices, por decirlo

así, de la idea: para proferir el primero, solo se necesita el ejercicio de la sensibilidad; para la formación del segundo se requieren muchas y complicadas operaciones de la inteligencia, porque cada una de sus terminaciones es la expresión de alguna circunstancia, que modifica el concepto principal. El tiempo, el modo, la persona, y las numerosas variantes que admite cada una de estas tres categorías, demuestran la exactitud de lo que decimos. ¿Es siquiera concebible que suponiendo á los primeros hombres reducidos á los solos recursos de los signos naturales, creasen idiomas como los que conocemos? Los que admiten tal especie, suponen dos cosas del todo inconciliables: primera; que los hombres comenzaron por un estado análogo al de ciertos salvajes, cuyas costumbres nos han referido los viajeros: segunda; que estos mismos hombres entregados á penosas tareas para proveer á los medios de su subsistencia, poseyeron toda la metafísica que ha menester la formación de un idioma. Para salvar esta dificultad, han añadido los filósofos que adoptaron la opinión que refutamos, que pasarían largos siglos antes de alcanzar las lenguas el grado de perfeccionamiento de que son capaces; así se quiere que el tiempo supla la falta de la ciencia. Este dictámen se parece mucho al de los que han sustentado que la naturaleza hizo mil ensayos para formar al hombre, el cual no es mas que el último término de una prolongada série de seres que comienza en el polipo, para concluir en Descartes ó en Pascal. El idioma compuesto por agregacion como los peñascos de los montes, presupone al género humano una prodigiosa antigüedad; pero esa su-

posición no es admisible en nuestros días ; puesto que de los descubrimientos de Dolomieu, de Deluc y de Cuvier se infiere , que la época en que empezó á ser habitable nuestro planeta, y la de su última catástrofe, son las mismas que se señalan en el Génesis. Si las lenguas se forman sucesivamente, y necesitan un considerable transeurso de tiempo para constituirse: ¿cómo se explica que el sanscrito y el hebreo , que son de todos los mas antiguos idiomas que conocemos, sean tan acabados y tan cercanos á la perfección? Sanscrito significa , segun Federico Schoel, *lengua formada ó perfecta*.

Es digno de observar que las suposiciones imaginadas por los filósofos en esta materia , en vez de confirmarse se destruyen , por los hechos que la casualidad ó la ciencia suministran. Fuera de la esfera de la observacion estan los orígenes de los pueblos ; porque el recuerdo que de ellos ha llegado hasta nosotros es un tejido de fábulas, que mas bien propende á encubrir que á revelar la verdad : sin embargo, si alguna vez se encuentra el hombre aislado, como en los casos que hemos referido, en lugar de la transformacion de los signos naturales en artificiales, vemos por el contrario, que su voz acierta solo á imitar los gritos de los animales con quienes ha vivido ; y lejos de los sentimientos compasivos que Condillac supuso en los niños de su hipótesis, hallamos el egoismo brutal, que equipára al hombre al animal carnívoro. Si despues del diluvio se hubiesen extraviado los dos niños en los bosques, es mas que probable, que en vez de observar el uno de ellos los gestos y los ademanes del otro, para descubrir lo que sentia y lo que pensaba,

el mas fuerte hubiera acabado con el mas débil, librándose así de un compañero importuno que le disputaba las cosas de que habia menester. El hecho desmiente la idea del filósofo. Observa este que entre el lenguaje natural y el artificial, hay la misma diferencia que existe entre el embrión, que apenas descubre algunos indicios de la forma que ha de recibir en adelante, y el hombre, cuando ha adquirido todo el incremento físico y moral de que es susceptible; para vencer tal obstáculo, imagina un largo transcurso de siglos que pueda hacer aceptable el sistema adoptado de progreso lento y sucesivo; pero cuando creia haber puesto en salvo su opinion, la geología le arrebató sus siglos fantásticos, y los libros de Moisés y los de la India, le muestran dos idiomas completos, formados en la infancia del linaje humano. En vista de hechos tan palpables: ¿qué valor conservan á los ojos del hombre reflexivo, las imaginaciones de los autores que hemos discutido?

Rousseau, á pesar de sus ideas paradójicas en punto al estado de la naturaleza y al origen de la sociedad, observa con razon, que los que han sostenido que el lenguaje es invento humano, dieron por lo regular en el error de atribuir ideas y sentimientos, que solo nacen despues de hallarse los hombres reunidos, á la época primitiva, en que se supone vivian aislados vagando por los bosques. Mientras no se juntaron y constituyeron hordas ó tribus, el lenguaje no hubo de serles muy necesario; y admitiendo, dice, que desaparezca el espacio inmenso que separa el estado de naturaleza, y la necesidad de las lenguas, veamos cómo pudieron establecerse;

aquí se ofrece una dificultad , todavía mas grave que las anteriores, porque si los hombres han necesitado de las palabras para aprender á pensar, han necesitado aun mas saber pensar para descubrir el arte de la palabra ; y concediendo que sean los sonidos de la voz intérpretes convencionales de las ideas, siempre tendríamos que investigar cuáles han podido ser los intérpretes convencionales de las ideas, que no teniendo un objeto sensible, no pueden significarse por gestos y gritos; de manera, que apenas caben conjeturas razonables sobre el origen del arte de comunicarse los hombres sus pensamientos.... ¿cómo hubieran significado y entendido los nombres de materia, espíritu, sustancia, modo, figura y movimiento ; y los de justicia, mérito, deber ; y en suma, todos aquellos que expresan objetos no comprendidos dentro de la jurisdicción de los órganos corporales?

La senda seguida por los filósofos, está sembrada toda de abrojos y de espinas: porque aun prescindiendo de los descubrimientos geológicos y de los libros de Moisés, todavía les restaban dificultades, punto menos que insuperables. Que el grito que arrancó el temor por la presencia de un objeto capaz de infundirlo, pueda convertirse en el nombre de ese mismo objeto, es cosa concebible; y aunque no haya pruebas de que así se haya verificado, no hay por lo menos imposibilidad de que sucediera. Pero si de los afectos del ánimo que tienen sus signos naturales, pasamos á los conceptos de deber y de justicia, puras concepciones de la mente que carecen de tales signos; ¿podrá comprenderse la transformación, faltando la materia transformable? ¿qué

gesto, qué ademan ó qué grito, expresan esas ideas metafísicas que no penetran en el alma por el intermedio de los sentidos? Y ya observamos (1) que la ciencia moral adquirió tan considerable desenvolvimiento en la antigüedad, que apenas han hecho los modernos mas que repetir las ideas de Confucio, y de los filósofos de la India y de la Grecia.

Muy mal se avienen esos adelantos con la lentitud necesaria en sentir de los filósofos, para la formacion de los idiomas.

Bien conocemos que á despecho de la eficacia de los anteriores argumentos, puede sustentarse la posibilidad de que los hombres fueran inventores de los idiomas que existen y han existido; porque en materia como esta, una vez abandonada la via de la revelacion, se ofrece á los filósofos la de las probabilidades y conjeturas, tan anchurosa como interminable. Ni la observacion ni la experiencia alcanzan á descubrir lo que pasó en una época anterior á los recuerdos que nos ha conservado la historia; y así la imaginacion puede divagar sin recelo por el vacío que la dejan la ausencia de los hechos y de los monumentos. Pero el racionio nos conduce á una conclusion que hace inadmisibile la idea, de que el lenguaje fuese inventado por los hombres.

En la leccion 23, antes citada, sentamos que, lejos de ser la sociedad un conjunto formado por la reunion fortuita de los individuos, la produccion del individuo supone la preexistencia de la familia, pues el niño pereceria á poco de nacido, si no tuviese quien supliera la falta de co-

(1) Leccion 2.^a

nocimientos suficientes para proporcionarse aquellas cosas necesarias á la conservacion de la vida; y que aun en el caso de suponer que el primer hombre hubiese salido de manos del Criador con sus facultades físicas y morales, desenvueltas, como lo están en la edad adulta, no es factible hubiera traspasado su existencia los límites del día, en que por primera vez alzó al cielo sus ojos, faltándole los auxilios directos del que acababa de concedérsela. Asimismo expusimos la vanidad de todas las tentativas discurridas por los naturalistas, para explicar por medio de transformaciones sucesivas el origen del linaje humano; y concluimos que Dios dió á nuestros primeros padres, cuando menos, los conocimientos necesarios para conservarse, y el lenguaje que se requiere para expresarlos. La sociedad es inherente á la condicion humana, y el idioma es el primero de todos los vínculos sociales. Los mas profundos observadores, han coincidido en esta parte con el autor del Génesis.

Preveemos que al separarnos así del camino seguido por los pensadores, para implorar el auxilio del Todopoderoso, damos ocasion á que se nos eche en cara, que no pudiendo desatar las dificultades que presenta esta materia, acudimos á un expediente cómodo, que nos excusa la tarea de investigar los orígenes del lenguaje, cual convendria hacerlo á quien estudia las facultades de la inteligencia humana. En suma, se nos dirá que nuestra resolucion del problema es el *Deus ex machina* de Horacio. La respuesta al cargo es perentoria. No es culpa del que se dedica al cultivo de cualquier ramo de nuestros conocimientos, que sus investigaciones le conduz-

can á la idea de Dios, como á término necesario de todo el saber concedido á la criatura racional. Aristóteles, estudiando las leyes del movimiento, llega al *inmotum aliquid*, que explica el mecanismo todo, cuyos pormenores habia observado cuidadosamente. Para que los cuerpos reciban unos de otros el movimiento, es preciso haya una causa primera, que espontáneamente se mueva; esto es, un motor que en sí propio tenga el principio de todos los movimientos.

Después de descubrir la ley de la atraccion, y de explicar las revoluciones de los astros, Newton inclinaba su cabeza al oír pronunciar el nombre del que lanzó esos mismos astros en el espacio desde el origen de los tiempos, y hubo de trazarles las órbitas que describen. Platon discurre á su placer sobre las ideas, esencias eternas y tipos inmutables de todo lo criado; la armonía del universo le conduce á la unidad y á la perfeccion absoluta; esto es, al sér que existe por sí mismo, y del cual dimanau la existencia, el movimiento y la vida de los demas séres; en una palabra, al Dios hacedor supremo de todas las cosas; al Omnipotente, cuya providencia tan bien se deja ver en la formacion, como en la conservacion del universo.

El exámen detenido de las acciones humanas, y el estudio de los deberes que la conciencia nos revela, han hecho que la mente de los moralistas mas esclarecidos, haya encontrado siempre por complemento de sus tareas la idea de un Dios, remunerador de los que han seguido la via de la virtud, y severo con los que han menospreciado sus preceptos. El órden moral es un enigma indescifrable, sin el ser justo y bueno

por esencia de quien traen origen las nociones todas que le constituyen. Desde Sócrates hasta nuestros días, los que han tomado á su cargo enseñar á los hombres las obligaciones que el estado social les impone, han creído que Dios era la base de su ciencia; que los conceptos de mérito y de demérito, de sacrificio y de egoísmo, serian incomprensibles no existiendo el legislador que sujetó á los seres racionales á un sistema de leyes, diversas y contrarias á las del mundo físico.

S. Anselmo en el siglo XI escribe su célebre *monologium*, elevándose de la idea de Dios á la demostracion de su existencia. Descartes reproduce esta misma prueba, en sus meditaciones; y siguiendo la genealogía del argumento, tal vez halláramos en S. Agustín y en los Alejandrinos, el principio de esa demostracion tan concluyente como escarnecida en el siglo XVIII.

La física, la metafísica, la moral y hasta las bellas artes, atraen irresistiblemente á los que á tales investigaciones se dedican al concepto de la divinidad. Cuanto conocemos, está comprendido en dos grandes categorías, *la materia y el espíritu*. La materia es *inanis et vacua*, segun la expresion de los libros sagrados, sin la inteligencia divina, que la comunica la vida y el movimiento. El espíritu y sus admirables facultades revelan la existencia de la suprema sabiduría; y hemos aseedado que hasta las bellas artes venian á terminar en la idea de Dios, porque sus aspiraciones á lo bello y á lo sublime, encuentran en el autor del universo el tipo de perfeccion, cuyos reflejos reproducen sus obras.

¿Qué extraño podrá parecer en vista de todo

esto, que tratando de dilucidar los orígenes de lenguaje, recurramos al principio, á donde han venido á parar pensadores, que partieron de puntos tan distintos como los que hemos ido enumerando? Dios es el Alfa y Omega de todas las cosas. Su nombre llena el ámbito todo de la tierra y del cielo; y habiendo demostrado que el linaje humano no hubiera podido conservarse sin el auxilio directo del Criador; que la sociedad es inherente á nuestra especie, y que sin el lenguaje es imposible que esta subsista, no descubrimos qué eficacia puedan tener contra argumentos tan poderosos, hipótesis y sutilezas imaginadas, para hacer probable la invención humana de los idiomas.

Consúltense, para dilucidar esta materia, el discurso de Rousseau sobre la desigualdad de los hombres, y el libro de Bonald, que tiene por título: *Investigaciones filosóficas acerca de los primeros objetos de los conocimientos humanos.*

LECCION VEINTE Y SEIS.

SUMARIO.

Las palabras no son solo signos sino expresion de las ideas.==Es la idea el alma de la palabra.==Los errores que suelen atribuirse à la imperfeccion de los idiomas proceden de las ideas.==Necesidad de estudiar el lenguaje del autor para entender el libro.==Para rectificar el lenguaje, es preciso rectificar antes las ideas.==Ejemplos.==Cuando hay variedad en los sentimientos, no puede haber armonia entre los que hablan.==Utopistas.==Misantropos políticos.==Nobles.==Aun en las cosas que aprendemos por autoridad, es preciso que para entender las palabras, estudiemos las ideas que expresan.==Opinion de Condillac.==Las palabras son el cuerpo de las nociones abstractas.==Las palabras no expresan exactamente estas nociones.==Doctrina de Bonald.==Autoridades que la confirman.==Rousseau.==Dugald-Stewart.==Haller.==La adquisicion de las ideas y del lenguaje es simultánea.==El desarrollo fisico y moral se verifica sin que de él tengamos conciencia.==Union estrecha del signo y la idea.==No hay datos para determinar si la idea de que tenemos conciencia, precede ó no à la palabra.==En punto al lenguaje, se advierte la alianza misma de lo fisico y de lo espiritual, que existe en todos los actos de la inteligencia.==La inteligencia no se ciñe à pensar las ideas que expresa el lenguaje.==Descubrimientos de los sábios.==Concepciones de los escritores ascéticos.==El signo y la idea influyen entre si reciprocamente.==Auxilios que nos prestan las palabras.==Nos sirven unas para unir muchas ideas.==Otras para distinguir las unas de otras, hasta marcar sus mas leves matices.==Adjetivos, verbos, preposiciones, adverbios y conjunciones.==Utilidades que proporcionan estas palabras.==Conclusion.

Resúmen:

En la leccion anterior hemos tratado de inquirir cuál fuese el medio que teníamos para comprender el sentido de los signos naturales, y si el lenguaje es ó no invencion humana; résta-

nos averiguar qué son los signos respecto de las ideas á quienes representan.

De todas las relaciones que puede haber entre dos cosas distintas y diferentes, dice Cardailiac (1) ninguna hay mas conocida, que la que une el pensamiento y la palabra. Esta relacion es familiar, de la propia manera á los instruidos y á los ignorantes. Pero es digno de notarse que las palabras no son solo signos, sino expresion de las ideas. El corto número de sonidos elementales de que se componen, y las infinitas combinaciones de que estos son capaces; el poder valernos de ellas en toda coyuntura; el servirnos para conversar con nosotros mismos en el silencio de la meditacion, y el ser el medio mas adecuado para comunicar con nuestros semejantes, hacen que se consideren las palabras como los signos mas importantes.

Deben distinguirse el *signo* y la *expresion*. El humo es signo del fuego; el olor de la proximidad de un cuerpo odorífero; ninguna de estas cosas muestra los objetos de que proceden. La palabra, ademas de mostrar la idea, la saca, por decirlo así, del interior del que habla para ponerla de manifiesto, y hacernos partícipes de ella. La etimología misma de la voz *expresar*, así lo persuade: expresar equivale á exprimir, cuya acepcion primitiva es sacar el jugo de una cosa, oprimiéndola. En castellano usamos la voz *exprimir*, como equivalente de *expresar*. De manera que sucede en este caso, algo parecido á lo que vemos en la union del alma con el cuerpo, pues

(1) Etudes elementaires de philosophie.

siendo dos sustancias de naturaleza diversa, ambas juntas constituyen al hombre. Las palabras, son, en rigor, el cuerpo de las ideas; y así como lo físico y lo moral, á pesar de no descubrirse entre ellos analogía, coexisten de tal modo unidos, que no nos es posible distinguirlos, ni separarlos, sino que los sentimos á un tiempo mismo en todos nuestros actos; la inteligencia consta tambien de dos modificaciones de índole distinta, que una vez unidas, se convierten en un todo, semejante al que forman el alma y el cuerpo. Se verifica una especie de fusion entre las palabras y las ideas, de suerte que siendo diversas, vienen á gozar de una existencia comun. Si la idea, modificacion puramente espiritual, no se revistiese de una forma material, como el sonido, jamás hubiera logrado ponerse al alcance de nuestros sentidos; y por otra parte, faltándoles á las voces las ideas, carecerian de vida, porque de suyo no la tienen ni pueden tenerla. Por eso la union entre unas y otras es tan indisoluble, cual la de los órganos corporales y el alma, mientras la tierra nos sirve de morada: las ideas participan de todo lo que es propio de las palabras, y estas, á su vez de lo que pertenece á aquellas; así al modo que es el cuerpo manifestacion del alma, es la voz manifestacion del pensamiento.

Portalis (1) dice en este concepto que la palabra es una *verdadera encarnacion del pensamiento*; frase expresiva que pinta con gran propiedad el fenómeno de que ahora tratamos. Las ideas se infunden en las palabras, como, segun

(1) De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique.

santo Tomas, el alma en el cuerpo, en el momento de ser este creado.

Infiérese de aquí, que para llegar á entenderse dos personas, es menester que hablen un mismo idioma; y aunque parezca superficial esta observacion, á poco que se la examine, se conocerá que es mas grave de lo que pudiera presumirse. Como las palabras expresan las ideas, si no hay conformidad en las que cada uno de los que hablan atribuye á aquellas de que usa, en vez de armonía resultará el desacuerdo mas completo. Al que solo sepa de la filosofía las argucias y las sutilezas de los escolásticos, siempre que oiga esta voz, ha de figurársele que se trata de la tarea mas ociosa que cabe discurrir; si por ventura acierta á encontrar á alguno que tenga de esa ciencia la nocion verdadera, es indudable que diciendo ambos unas mismas palabras, distarán sus pensamientos tanto como el cielo de la tierra. Hágase aplicacion á otras nociones como la de creencia religiosa y la de política, y se verá confirmado el anterior aserto. El que esté imbuido en las preocupaciones difundidas por Voltaire y su escuela, siempre que delante de él se pronuncie la palabra *religion*, imaginará que se quiere hacer mencion de supersticiones, buenas solo para desgradar al hombre. El que juzgare que es la política una ciencia abstracta cual la aritmética ó la geometria, tampoco penetrará el sentido del que le hable de las alteraciones que producen en las formas de gobierno, las que se verifican en el estado social. Obsérvese que en aquellos objetos de que nos dan testimonio los sentidos, no sucede esta divergencia: ninguno sostiene que sea azul una hoja que sus ojos le

muestran verde, ni que el sonido agudo haga en sus oídos una impresión semejante al grave: las disensiones se suscitan en ideas, cuyos tipos no están sujetos à la inspección de los órganos corporales. Han errado, pues, los que tienen à las palabras por meros signos, y creen que cada una de ellas muestra su idea, como el humo, el fuego ó el ruido, la cercanía de algun cuerpo sonoro. Algo mas que significar es el oficio de las voces que usamos. Se identifican con la idea, como la forma con la materia, y la vida con el viviente: cuando hieren nuestros oídos, reproducen en nosotros, no la idea del que las profiere, sino las que le hemos atribuido. Si las palabras, añade Cardaillac, no fuesen mas que signos, el que habla y el que escucha tendrían su mente ocupada en dos cosas distintas. El primero se fijaría en la idea para buscar la palabra que había de usar, à fin de significarla: el segundo en la palabra, para descubrir cuál fuese la idea significada. Esto acaece siempre que nos valemos de indicios ó señales para averiguar alguna cosa: si estamos en el caso de darlos, se encaminan nuestros esfuerzos à inquirir aquellos, que mas claros puedan parecer à los demas: si de recibirlos, procuramos determinar por medio del indicio ó señal, el objeto de que se quería tuviésemos conocimiento. Para que alguno llegue à saber quién es un hombre, cuyo apellido nos es desconocido, le designamos su estatura, su fisonomía, el metal de su voz, ó cualquiera otra circunstancia que le distinga de los demas hombres: el que oye estas señales, se propone desde luego hacer de ellas tal uso, que le conduzcan à la averiguación apetecida, y se abstiene de inventar por sí mismo idea

:

alguna que atribuirles. Si se nos presenta un edificio arruinado, ó un campo cubierto de árbotes medio destruidos y de yerbas secas y flores marchitas, y nos ocurre investigar si son aquellos estragos frutos de la guerra ó de la accion incesante del tiempo, cuidamos ante todo, de estudiar los escombros y los fragmentos de vegetales; porque el estado en que se encuentren, ha de mostrarnos la causa de lo que son actualmente. En ambos casos seguimos, por decirlo así, la huella del signo, absteniéndonos de inventar la cosa significada.

Al hablar acaece lo contrario. La idea y la palabra de que usamos para expresarla, se presentan á la mente de un modo simultáneo, y lo propio sucede al que nos escucha. Con la identidad de los sonidos suele ir mezclada la disparidad de las ideas: los cuerpos no varian, el espíritu que los anima suele ser en cada uno diferente.

La razon de las disputas que suelen ocurrir á propósito de unas mismas palabras es que no todos los que las profieren han tenido presentes ideas semejantes; que no todos, siguiendo la expresion de Portalis, encarnaron la propia idea en la palabra que dejan deslizar de sus labios. Esas divergencias no se verifican cuando se tratan de objetos sujetos á la inspeccion de los sentidos, comenzando el desacuerdo al hablar de ideas cuyo tipo no hallamos en el mundo sensible.

Reflexionando á cerca de este fenómeno se viene luego á los ojos que el mal no consiste en el abuso del lenguaje segun el dictámen de algunos, sino que son mas hondas sus raíces. Si entre los romanos el nombre de la *patria* no hacia

conmover al esclavo envilecido como á su señor, dimanaba la diferencia de sus impresiones de que el ciudadano de la ciudad eterna creía que el país que le vió nacer hacia ventajas á los otros pueblos de la tierra ; y que estaba escrito en los libros sibilinos que acabarian todos ellos por verse sometidos al pueblo rey. Esa palabra llevaba consigo ideas de dominacion y de gloria ; presentíanse al oirla pronunciar , el aparato del triunfo, los despojos de los vencidos, y el poder cada día mayor de la república. No era mucho que fuese la palabra una chispa eléctrica para los descendientes de Rómulo. Pero ¿cómo hubiera sido dable que conservase esa acepcion cuando llegára á sonar en los oídos de una criatura embrutecida en quien la esclavitud habia ahogado los instintos de todo lo que hay de mas excelente y sublime en la naturaleza humana? ¿qué idea despertaria la *patria* en el infeliz que estaba reducido á la condicion de los brutos ó quizá de los instrumentos de labranza?

Este ejemplo y los citados antes muestran una de las fuentes mas considerables de los errores que se achacan á los idiomas : pero ya se vé que la fuente trae su origen de paraje mas remoto que el que de ordinario se le señala. Los romanos tan celosos de sus glorias en la época de sus conquistas , vinieron á degenerar de manera por las vicisitudes de los tiempos , que al desmoronarse el imperio, el patriotismo primitivo habíase totalmente extinguido. «Aquel sentimiento tan puro y sublime, dice Sismondi (1), aquella virtud que á veces se eleva al mas alto grado de herois-

(1) Histoire de la chute de l'empire romain.

»mo y hace al ciudadano capaz de las mas gloriosas hazañas y de los sacrificios mas portentosos, »el patriotismo que fué durante largos años el »lauro y el poder de Roma, no tenia ya alimento en el imperio del universo. Caracalla habia »concedido á todos sus habitantes los titulos y »los deberes mas bien que las prerogativas del »ciudadano romano. El galo y el breton se decian »compatriotas del sirio y del moro : y el griego »del egipcio y del español : pero al paso que »iba engrosándose el haz se aflojaba el lazo que lo »tenia ceñido, ¿qué gloria ó distincion era atribuible á cosa que tan comun se habia hecho? »¿qué recuerdos podria suscitar un nombre á »quien ninguna imágen local daba interés, y á »quien no se asociaba idea alguna de cuantas hubieron de engrandecer en épocas anteriores al »pueblo decaido y cercano á su ruina en aquel »entonces?»

En la formacion de las ideas intelectuales y morales se introduce el error; que trasciende luego á las palabras como la ira al semblante del iracundo, y el amor al de la jóven que comienza á sentir un afecto que su corazon no habia antes conocido. La ciencia que estudiamos era para el conde Tracy *una parte de la zoologia*: ¿cómo habria podido convenir con el que siguiendo mas elevadas inspiraciones creyese que del hombre al bruto hay una distancia tan grande que no alcanzarian á colmarla los sofismas todos de los antiguos y de los modernos materialistas? Y si se trata no de ideas sino de afectos, la *amistad* representará la misma idea para el avaro que solo sabe calcular, y para el que lleno de benevolencia solo se deleita cuando aquellos á quie-

nes ama pueden participar de sus placeres?

La palabra no es un retrato sino un espejo en que vé cada uno su fisonomía: es una cuerda que vibrando siempre del mismo modo, produce sin embargo afectos diferentes en los oídos de unos y otros; es en suma un cuerpo idéntico para todos; pero en que á cada uno ha sido dado infundir su propia alma.

Cuando hablamos, mas bien que nuestras ideas lo que hacemos es espresar las ajenas: escitar en los otros las que de antemano poseen. Síguese de aquí que para leer con aprovechamiento un libro debe comenzarse por estudiar el lenguaje de su autor: ¿quién que á las palabras *sensibilidad* y *juicio* atribuyese las ideas que por medio de ellas hemos nosotros espresado, comprenderia los raciocinios de Condillac?

Para enseñar á otros nuestras ideas es forzoso llamar su atencion sobre las que ya tienen formadas acerca de las cosas que pretendemos darles á conocer, de manera que acaben por convencerse de que admitieron mas ó menos elementos de los que debian en su composicion; ó lo que es lo mismo, mostrarles hechos, ya del orden físico, ya del orden moral, que no habian antes llegado á su noticia.

El que hubiere concebido sus principios morales segun la doctrina de Epicuro reproducida por Bentham en nuestros días, tendrá por sinónimas estas dos palabras *utilidad*, *deber*: no vacilará en afirmar que si alguna vez se aparta el hombre de su conveniencia, nace esa aparente desviacion del fin único de sus acciones de que sacrifica un bien inmediato de menos valer á otro mas considerable, que espera disfrutar en el porvenir: y en fin ha-

brá de reducir á cálculo aritmético los móviles de sus actos todos. Si queremos sacarle de su error será menester que le hagamos observar los numerosos casos en que el individuo pospone su propio provecho al ajeno : los ejemplos de abnegacion cuya memoria han conservado los anales del linaje humano , y sobre todo el asentimiento universal que se advierte en punto á erocer la admiracion y el aprecio que sentimos hácia un individuo á medida que éste ha consumado mayor sacrificio de su interés personal. Conduciéndole por semejante via conocerá al cabo que no es una misma la idea que espresamos cuando sale de nuestros labios la palabra *deber* y cuando decimos *utilidad* : advertirá que creyendo espresar toda la parte moral de su alma, solo dejaba traslucir el egoismo confundiendo con él los nobles instintos que nos impelen á términos tan distantes de todo lo que hay de mezquino y miserable en nosotros. Mientras no haya pasado por estos trámites fuera ocioso pretender que nos entendiese : las voces conservarían sin duda el mismo sonido : serían materialmente idénticas; pero no pudiera haber esa identidad en los pensamientos que suscitasen en el discípulo de Zenon y en el de Epicuro.

Para que sea mas cumplida la dilucidacion de esta materia resta que notar que siempre que se trata de asuntos en que tienen parte los sentimientos y las pasiones , el ponerse de acuerdo los que disputan es en extremo dificultoso. El *amor* no puede espresar la misma idea en boca del jóven á quien las miradas de su dueño llenan el pecho de entusiasmo, y en la del anciano que siente helado su corazon : cómo ha de com-

prender el primero la fría indiferencia del segundo, ni éste los ardores de que los años le han alejado tanto? Los griegos miraban como bárbaros á los que no habian nacido en sus cultas repúblicas : preocupacion de que á su vez participaron los romanos ; si alguno les hubiese hablado de la *fraternidad humana* le habrian tenido por extravagante. El orgullo nacional no les consentia alcanzar el sentido de una voz que en la época presente no hay ninguno por rudo que sea que luego no comprenda. A esta causa deben atribuirse los extravios de los moralistas y políticos. Entre los moralistas ha habido quienes dominados por un sentimiento de amargura solo tuvieron ojos para ver la injusticia y la iniquidad de los hombres ; y otros que dotados de natural mas benévolo creyeron que la dosis de bondad que nos repartió el cielo era mayor que lo es en realidad. De los políticos unos han pretendido sostener utopias cuyo fundamento era solo la idea exagerada que habian concebido de la virtud humana, atribuyendo á los hombres en general los sentimientos de bondad que á ellos los animaban; otros como Hobbes, escandalizados de los desmanes de la libertad, tuvieron por cosa excelente colocar todo el poder en manos de uno solo ; y otros por fin deplorando los excesos del despotismo terminaron en desconocer cuán necesaria es una autoridad fuerte y vigorosa para conciliar el orden con la libertad. Es claro que todos usan un lenguaje inexacto : pero ¿pudiera ser factible el que se entendiesen sin que cada uno comenzára por corregir sus ideas moderando sus sentimientos?

Aun en las cosas que aprendemos por fé, es

menester que la mente repita las operaciones que fueron necesarias para que formase la idea aquel que nos la transmite : ninguno que prescindiese de tan indispensable requisito , podria entender lo que oyere : ¿ qué concepto tendria del sonido el que dando crédito al sentir de los físicos no dudase de que proviene de las vibraciones que en el aire causa el cuerpo sonoro , sino sabia qué cosas eran el aire y las vibraciones? Alcanzaríale la fé para no exigir que los experimentos en que se libra la verdad de este aserto se repitiesen en su presencia : mas allá no es factible pudiese ir. Ya que no exigiera ver con sus ojos vibrar algun cuerpo , era preciso que le describiesen el fenómeno. La fé hace que creamos las palabras ajenas : mas no escusa el trabajo de entenderlas : y para ello , ó han de pasar los hechos á nuestra vista , ó nos los han de referir de manera que consigamos figurárnoslos. Por consecuencia de suceder asi las cosas , acontece que á medida que adelantamos en el conocimiento de un arte ó una ciencia vamos perfeccionando su idioma particular. Con solo reflexionar acerca de la diferencia que existe entre el valor que antes dábamos á las voces *sensibilidad* , *entendimiento* , *memoria* , *belleza* , *abstraccion* , y *causalidad* , y en el que en el momento actual deben tener para los que han seguido este curso , habrá motivo harto suficiente para convencerse de ello. Tener un lenguaje exacto equivale á haber asignado á cada palabra la idea que debe espresar. No llamar *atencion* á la *inteligencia* , ni *sensaciones* á los *actos espontáneos* del alma : asi el perfeccionamiento de la ciencia y de la lengua con que la espresamos son cosas reciprocas.

Condillac, teniendo en cuenta la influencia que las palabras y las ideas tienen entre sí, afirmó *que las lenguas no son mas que métodos analíticos, y que todo el arte del raciocinio se reduce á una lengua bien formada.*

Ambas proposiciones han menester exámen detenido. Es evidente que las palabras son instrumentos de análisis, pero no lo es que sean el análisis mismo. Al contrario se ve con claridad, atendidas las anteriores consideraciones, que para hablar con exactitud, el único expediente provechoso es el estudiar las ideas por ellas expresadas. Lejos de ser la lengua el método, trae sus perfecciones del uso atinado que de este hacemos. Para no salir de las doctrinas que nos son mas familiares, ¿no es cierto que el conocimiento adquirido hasta ahora acerca de las operaciones mentales, se debe al estudio que de esas operaciones hemos hecho, y no al de las voces con que suelen designarse?

Indudable es que inventadas estas, facilitan en seguida el análisis á que debieron sus cualidades mas importantes: hay en este punto accion y reaccion continua; mas no ha de perderse de vista que la idea está siempre en el primer término.

Cuando decimos *inteligencia* ó *libertad*, semejantes palabras nos recuerdan las ideas que al imponer nombres á estas cosas tuvimos presentes; queriendo descubrir las nuevas ideas que de ellas se deducen, el tener una expresion que nos las muestre, por decirlo así, de una vez, hace que la tarea ulterior se facilite por extremo.

Nos convenceremos de que en esto consiste la utilidad y la importancia de los idiomas, con tal

que consideremos cuál sería la dificultad que ofrecieran las especulaciones de la mente, si caeciésemos de palabras con que significarlas. Nociones tan complexas, como lo son las de *abstraccion*, *belleza* y otras á ellas parecidas, apenas podrian conservarse en la memoria, á no revestirse de formas sensibles; tanto mas palpable será todo esto, fijando la consideracion en que las nociones abstractas no tienen en la realidad objetos que les correspondan, de manera que si les faltasen las palabras, apenas concebidas, se desvanecerian, y el trabajo del entendimiento, por siempre hubiera de ser infructuoso. Al decir *sensibilidad*, *inducccion*, *deber* ó *causalidad*, no solo significamos todas esas ideas, sino que les damos cuerpo, haciendo que de las profundidades de la conciencia, pasen á la jurisdicción de los sentidos. Cúmplase de esta suerte el principio de Bossuet; el algo material viene á unirse con el algo espiritual; el cuerpo hace visible el alma que en él reside. Reflexiones análogas á las que acabamos de hacer, se aplican á la segunda proposición. El arte del racionio depende de principios que ya antes expusimos; aunque todos los enunciados se reduzcan, como dice Cardaillac en la obra citada á estos dos: 1.º *jamas alterar el sentido de las palabras en todo el discurso del racionio*. 2.º *que la conclusion no vaya mas allá de las premisas*; puede suceder que alguno de ellos se quebrante, por muy exacto que el idioma sea. La alteracion de ia palabra es la de la idea, y no otra cosa. Si en la segunda premisa de un silogismo varió el valor del término medio, no pecó en hecho de verdad contra la gramática; mi falta es mas grave; porque repitiendo idénti-

tico sonido cada vez, le hago expresar una idea diversa. Si digo, por ejemplo, *algunos franceses son veleidosos*, *Juan es francés*, *luego es veleidoso*: el defecto de mi razonamiento será, que en la mayor tomo la palabra franceses en un sentido limitado por el determinativo *algunos*, y en la menor le dejo toda la latitud de que es capaz. Empleando las mismas palabras, hago uso de otras ideas. La enmienda ha de comenzar en estas y no en aquellas, puesto que la expresion no hace mas que sacar á lo exterior el vicio que habia en lo interior. Al que llora y suspira no se le consolará cerrándole la boca, para que no exhale sus quejas, sino tratando de curar las llagas de su corazon. Con las cuestiones del lenguaje, sucedió á Condillac lo que con las que se refieren á las facultades del alma. Tuvo presente en su análisis una parte y no mas, de los fenómenos que se proponia explicar. Por ley de nuestra naturaleza, las pasiones y las ideas tienen sus señales que las manifiestan: el que siente placer modula de cierto modo su voz, y hace determinados ademanes, que entiende desde luego el espectador que le observa. Estudiando este hecho con atencion, se conoce que el expresar lo que sentimos, es un acto tan natural como el sentir; que apenas este se ejercita, nos vemos impulsados á mostrarlo, de manera que los otros puedan percibirlo, y que así los elementos primitivos del lenguaje están en la índole misma de la humanidad. Sea el que fuere el camino transcurrido para pasar de los primeros acentos y gestos, que de una vez pintan el estado del ánimo, hasta el sistema de signos mas cumplido, la relacion entre las ideas y sus expresiones no varia por eso. Una in-

terjeccion exprime por sí sola un afecto, que en nuestros idiomas perfeccionados necesitaria tal vez considerable número de proposiciones. En ambos casos, no obstante, se verifica una cosa misma: la idea se encarna en un sonido que la pone patente á los sentidos de los otros, y á los del que la formó; cualquiera de esas condiciones que se eche en olvido, no podrá menos de traer consigo consecuencias de suma gravedad.

Las palabras son medios de análisis, á no dudar, pero su virtud toda procede de la actividad del *yo*, que se vale de los órganos materiales, para dar forma perceptible á todo lo que experimenta en lo íntimo de su sér. Si cabe usar de este término, tratando de criaturas finitas, puede decirse que el alma humana crea á sus concepciones espirituales un cuerpo material.

Mirada á esta luz la formacion de los idiomas, no han de parecer mas necesarias las palabras para expresar nociones abstractas, que para hacerlo con los objetos y con los sentimientos mas cercanos á los sentidos. El poner nombres á las cosas que vemos y palpamos, nos conduce á denominar tambien aquellas, que no están sujetas á la inspeccion de los ojos ó del tacto: y como quiera que segun frecuentes veces lo hemos inculcado, el fenómeno es la ocasion de que la mente conciba la causa, en fuerza de la cual se realiza, al ir á expresar esta, naturalmente nos fijamos en el objeto que la sugirió. Los actos que proceden de la voluntad, los atribuimos al *yo*, como efectos de su propia energía: esta actividad que experimentamos en nosotros mismos, y que nos impele á ejercitar las facultades del cuerpo y las del alma, es el origen de la idea de la causa; ob-

servando luego los fenómenos del mundo exterior, y los que vemos en nuestros semejantes, mediante el principio de causalidad, inferimos que todos ellos se verifican del mismo modo: la palabra con que expresamos la causa personal, viene á ser tambien expresion de todas las otras causas. El género y la especie conservan el nombre del individuo: *hombre* se dice igualmente hablando del linaje humano, y de alguna persona á quien en particular conocemos. Con el fenómeno y la ley sucede lo propio. La palabra designada para significar la accion de un cuerpo que se dirige al centro de la tierra, se denomina *atraccion*: descubierta esta como ley de la naturaleza, y reducida á fórmula la que comenzó á manifestarse en un caso particular, no muda de denominacion.

En el mundo sensible solo existen individuos y casos particulares de las leyes generales que rigen el universo, y es indudable que la noción del individuo precede á la de la especie, y la del caso á la de la ley. Antes de concebir la idea de la *humanidad*, hubimos de haber concebido la de *hombre*: y los ojos vieron la luz, cuando todavía no existian físicos que investigasen la reflexion y la refraccion de los rayos solares.

Luego que la mente se ha elevado á la idea general tiene que expresarla revistiéndola de la propia manera con que primero se ofreció á los sentidos. Al círculo geométrico le llama círculo, como á la figura informe que sus ojos le mostraron en la realidad. *Justo* apellida tambien al varon constante de Horacio y de Séneca.

Sucede una cosa parecida á la que vimos acaecia á los artistas. Al ir á realizar sus concepcio-

nes, la materia no se presta de manera á sus deseos que los deje del todo satisfechos. Por bello que sea el Apolo de Belvedére, mas allá de su belleza concibe la mente *la belleza ideal*. Las palabras cuando espresan ideas de cosas invisibles como *las causas*, *las leyes* y *la perfectibilidad*, están en el mismo caso.

Por todas las reflexiones que acabamos de hacer se vé que Condillac trasladó á las voces, puros sonidos materiales, la virtud que solo al alma pertenece. Hizo como el que se empeñára en dar razon de las maniobras de un buque ó los movimientos de un ejército prescindiendo del piloto y del capitán. Ni uno ni otro pudieran hacer fructuosa su ciencia si les faltasen medios de verificar las combinaciones que forma su entendimiento; pero es indudable que abandonados los marineros y los soldados á sí propios, serian tan impotentes para el fin que se propusieron los que les daban direccion, como los caracteres alfabéticos para componer ellos solos un libro.

Una lengua bien hecha es una ciencia en el mismo sentido que es una estátua muestra de la habilidad del artífice que la hizo. Cuando oimos una sinfonía no se nos figura que los instrumentos que la ejecutan la inventaron: sin embargo es cierto que sin ellos la armonía que el músico ideó en su mente jamás habria llegado á sonar en nuestros oídos. Faltando medios de expresarlas, las ideas, no solo fueran incomunicables sino tal vez para nosotros mismos permanecerian ininteligibles; porque como somos juntamente alma y cuerpo, todo lo que á nosotros se refiere ha de participar de la naturaleza de estas dos sustancias: pero querer fijarse de un modo exclusivo

en las palabras, y juzgar que cabe en ellas perfeccionamiento, prescindiendo de las ideas, seria ni mas ni menos que emprender enmendar en la sombra los defectos del cuerpo que la proyectaba, ó en el espejo las imperfecciones del rostro cuya imágen nos transmitia.

No podemos comprender cómo la semilla se desenvuelve en la tierra y aparece luego á nuestros ojos convertida en planta con flores y frutos, si no concebimos una *fuerza especial* que llamamos vegetacion. Tampoco nos es asequible el ver los movimientos de los animales y las funciones que en sus órganos se verifican, sin atribuir las á una causa interna denominada vida. La planta y el animal siempre que se les considere separados *de la vegetacion y de la vida*, quedáran convertidos en meros cadáveres: y por otra parte ¿no es constante que de los vegetales pasamos á la idea de vegetacion, y de los animales á la idea de la vida? ¿no lo es asimismo que en virtud de una facultad descrita en otra ocasion *leemos lo general en lo particular*? Caminamos entre dos abismos. Si al explicar la psicología ponemos en olvido las condiciones espirituales de los actos humanos, incurrimos en el grosero materialismo en que vinieron á parar los discípulos y continuadores de Condillac: si por otra parte no reparamos en que el espíritu no se manifiesta sino por medio de la materia, es muy probable que nuestras concepciones queden reducidas á aquellos simulacros que, segun la expresion del poeta, *no eran almas ni cuerpos*.

Las cuestiones de que hasta la sazón hemos tratado, nos traen naturalmente al exámen de la doctrina de Bouald. Segun este filósofo *el hombre*

piensa su palabra antes de hablar su pensamiento; ó lo que es lo mismo, el hombre no puede hablar su pensamiento sin pensar su palabra.

El que piensa tiene palabras en la mente, al modo que el que habla tiene pensamientos en los labios: así el lenguaje es de tal modo necesario para el ejercicio de las facultades intelectuales que si de él careciéramos no tendríamos ideas.

No podemos formarlas de ningún objeto real si su imagen no se graba en el alma por medio de las impresiones de los sentidos: ni es posible adquiramos conocimiento de las cosas que están fuera de la jurisdicción de estos faltando las palabras, que son las que las hacen perceptibles para el alma. De la propia manera que la luz revela á la imaginación, la existencia de los cuerpos, la palabra ilumina al entendimiento para mostrarle los objetos intelectuales que no teniendo este medio de distinguirse unos de otros se confundirían. Si cada idea careciese de su término ó expresión propia que la distinguiera de la demás y las determinára para que significase una cosa especial, no habría en nosotros mas que una facultad general de concebir sin idea particular de objeto alguno determinado. La mente no tiene conciencia completa de sus propias ideas mientras no se la presentan las palabras propias para expresarlas.

Por eso dice Rousseau: *que las ideas generales no pueden penetrar en el entendimiento sino por medio de las palabras, y este solo las comprende por las proposiciones en que van expresadas, porque cesando el oficio de la imaginación, el entendimiento ha menester el lenguaje para sus operaciones. Dugald-Stewart est también de dictámen que para pensar en las ideas generales son*

indispensables las palabras... Es imposible tratar sin el lenguaje de objetos y sucesos que no han hecho impresion en nuestros sentidos. Haller en sus elementos de fisiología observa que el alma está tan acostumbrada á servirse de los signos ó de las expresiones, que no piensa sino por medio de las palabras, y recibe las representaciones de los objetos por las impresiones que afectan el oído, excepto en casos raros, cuando la viveza de un afecto recuerda la imágen misma de su objeto.

Aun en los séres reales, como las plantas y los animales, las palabras los expresan de una vez poniéndonos de manifiesto todas sus relaciones, al paso que la imaginacion para figurárselos, ha menester representarse las partes de que se componen. Cuando decimos árbol, caballo; el entendimiento abraza simultáneamente la idea del individuo de cada una de estas dos especies, y las especies mismas, con lo que son una y otra respecto de nosotros. Si se nos redujera á la facultad de representar los objetos, tales como los sentidos nos los ofrecen, sin poder ir mas adelante, el signo seria entonces el retrato del individuo; pero ese retrato no suministraria la idea de la especie á que perteneciera, ni la de sus varias relaciones con nosotros, como lo hacen las palabras. Estas de una vez, significan muchas cosas. Las ideas son innatas; las palabras que las expresan adquiridas: si no hubiese en nosotros las nociones de orden y de justicia, jamás habríamos sido capaces de comprender esos dos vocablos; mas tampoco sin ellos nos fuera dable pensar en la justicia y en el orden. La palabra es el cuerpo del pensamiento.

Tal es la opinion del escritor citado. El estu-

dio del problema que quiso resolver, suministra importantes observaciones, para descubrir el enlace de los signos y las ideas. Es indudable que la idea concebida por la mente y la palabra formada por el movimiento de los órganos de la voz, son cosas tan distintas una de otra, como es la luz del cuerpo que nos la refleja. Bonald observa en prueba de lo que decimos, que una misma idea puede significarse en varios idiomas con diversas sílabas: así á lo que nosotros llamamos *justicia*, dan los alemanes el nombre de *billigkeit*. Pero admitida la realidad de la distincion ahora enunciada, resta que averiguar si las razones que presenta el filósofo en apoyo de su dictámen, son ó no tan plausibles, que debamos vernos á adoptarlos. Para decidirse sobre esta materia, se ofrecen desde luego graves dificultades. Nacemos en la sociedad, y apenas comienzan los sentidos y la inteligencia á desenvolverse en nosotros, adquirimos ideas por medio de las palabras que profieren las personas, con quienes pasamos los primeros años de nuestra vida. Oímos hablar desde la cuna, y al mismo tiempo que percibimos los objetos por medio de las impresiones que causan en los órganos corporales, suenan en nuestros oídos los nombres con que se designan en el idioma de nuestro país: aprendemos, pues, simultáneamente las ideas y las palabras, sucediéndonos esto, no solo con las que se refieren á seres físicos, sino tambien con las que expresan nociones intelectuales y morales. Un niño ve los colores y la figura de un árbol ó de un animal, oyendo en el acto de recibir la sensacion visual, los nombres de olmo y de caballo que luego repite cuando le ocurre hablar de

ellos. La palabra y la imagen percibida por medio de los ojos se unen de una manera indisoluble en su memoria. En cuanto á la justicia, á los deberes, á la idea de Dios, de orden, de ley y en fin á todas aquellas que traspasan la esfera de los sentidos, mucho tiempo antes de que sea capaz de comprenderlas, ha oído y repetido mil veces las palabras que las designan. Cuando su razon adquiere el desenvolvimiento necesario para conocer las leyes del mundo moral, saben ya sus labios nombrar todos los fenómenos que á este pertenecen.

Es por otra parte cierto que las facultades del alma se ejercitan y aumentan nuestro saber progresivamente, sin que podamos determinar los grados de este progreso ni la época en que comenzára: sucédenos en lo espiritual algo parecido á lo que observamos en lo físico: el cuerpo crece, y sus miembros reciben cada día incremento hasta llegar á la edad adulta, sin que tengamos de ello conciencia. Es una riqueza que advertimos cuando ya está acumulada, no sabiendo decir de qué manera ha llegado á nuestras manos. El infante que apenas acertaba á moverse en los primeros días de su existencia, se transforma en el atleta ágil y vigoroso cuya destreza tanto nos admira; y el que con trabajo repetía al principio palabras balbucientes, profiere luego discursos en que brilla la elocuencia que dió nombradía á Demóstenes y á Marco-Tulio. Reflexionando sobre este desenvolvimiento, la razon nos dice que ha de ser por necesidad sucesivo; que ha de ir verificándose de grado en grado; pero el hecho de la verdad es que recorremos la vía que separa la infancia de la virilidad como

el que camina dormido, y al despertar se encuentra á larga distancia del punto de donde partiera; tan imposible como á éste le sería designar los parajes por donde ha pasado, nos es á nosotros darnos cuenta de nuestro desarrollo físico y moral.

Así aun cuando estemos convencidos de que las palabras y las ideas son cosas distintas, de tal modo estan ambas unidas en la mente, que jamás nos acontece pensar en la virtud, por ejemplo, ó en la belleza sin que tengamos presentes las palabras con que una y otra se significan. ¿Es esto fruto del hábito, ó de que la idea ha menester la palabra para que de ella tengamos conciencia? ¿podríamos pensar faltándonos el lenguaje? Las observaciones y los experimentos son aqui imposibles; porque solo nos enseñan que pensamos valiéndonos de las palabras sin que haya recuerdo que alcance á la época de nuestra vida en que por primera vez pusimos en ejercicio las facultades intelectuales: ¿quién será capaz de afirmar si el primer pensamiento de que pudo darse cuenta precedió ó no á la noticia de las palabras? No está en nosotros descubrir si pensamos como ahora antes de saber los nombres de las ideas que constituyen nuestro pensamiento; así la materia actual se presta á los ratiocinios y da lugar á conjeturas mas ó menos plausibles. Juzgando por analogía parece fundada á la opinion que admite, tratando del lenguaje, la alianza de lo físico y lo moral que muchas veces hemos advertido en todas las operaciones mentales. La idea existe antes de la palabra como lo asienta el mismo Bonald. su espresion es adquirida, pero tan necesaria que no pudiéramos representárnos-

la ni aun mentalmente si no la poseyésemos. Las verdades morales, como dice S. Pablo, están escritas en el corazón del hombre; pero han menester los vocablos para hacerse visibles al espíritu mismo que las concibe. Es la idea el gérmen que espera para fructificar que la palabra le fecunde.

Nociones como las de justicia, deber, mérito y demérito, necesitan un cuerpo que las ponga en contacto con los órganos materiales. Si el hombre pudiese pensar sin las palabras que le representan sensiblemente las ideas, fuera en ese acto espíritu puro, desprendiéndose para ello de todo lo que le liga á la tierra: la ley del Eterno que dispuso que el alma y el cuerpo estuvieran unidos durante la vida, quedaría quebrantada, y la escepcion que por necesidad habríamos de admitir entonces, no se aviene con la unidad de desig-nio que resplandece en todas las obras del Criador. La criatura racional presenta en todos los fenómenos de su naturaleza la union del espíritu y de la materia. Le adapta el nombre de microscopio que le impusieron los antiguos, porque reúne en sí las leyes de lo físico y de lo moral: esto es, las dos grandes categorías en que se divide el universo. El lenguaje es la parte material del pensamiento.

Los defectos del lenguaje proceden de las ideas; siendo por lo mismo imposible que aquel se perfeccione mientras no desaparezcan los errores que en estas suelen introducirse. La palabra es un cuerpo en que infundimos nuestra propia alma; y por eso acontece muchas veces que hablando todos el mismo idioma no nos entendemos mas que si usáramos cada uno el que á los otros fuese del todo desconocido. Los ejemplos pro-

puestos antes hacen palpable este aserto. Infiérese de aquí que la inteligencia no solo distingue el signo ó la espresion de la cosa espresada , sino que es capaz de pensar en las ideas y aumentar, disminuir , ó mudar de todo punto las que cada vocablo representa. La operacion intelectual del que enmienda los errores de su entendimiento no es concebible de otro modo. Cualquiera de los casos de que antes nos valimos, asi lo persuade. Los moralistas de la escuela de Locke y de Condillac pretenden que lo útil y lo justo son una cosa misma: los que mas avisados siguieron en esta parte las huellas de la antigüedad, restablecen una distincion que perdurablemente fue admitida por los hombres. Si queremos disuadir de su sistema á algun epicúreo de los que ha producido la doctrina de Bentham, nuestra tarea se cifrará, como ya lo observamos en llamarle la atencion hácia los actos que se califican de justos para demostrarle que precisamente aquellos en que mas brilla la justicia, son los menos provechosos para sus autores. Así vendrá á concluir que ha juntado en un solo vocablo dos conceptos inconciliables : que ha infundido en un mismo cuerpo dos almas que recíprocamente se escluyen. Por demas será añadir que lo propio sucede en el caso contrario ; y no faltará por cierto entre los que lean estas líneas alguno que haya desechado las nociones morales que aprendió en su infancia , dejándose llevar del aparato científico con que aparecieron á sus ojos los sofismas de los sensualistas. El examinar los fenómenos solo bajo un aspecto conduciría á éste á unir , creyéndolas idénticas, las dos ideas de utilidad y de justicia.

La consecuencia que hemos deducido es ri-

gorosa. El entendimiento no se ciñe á adquirir las ideas que se le trasmiten por medio de las palabras, sino que ensanchando los términos de su jurisdicción, hace comparecer ante su tribunal las ideas, para decidir cuántas y cuáles han de ser las que cada palabra haya de expresar. Para que esto se verifique, es indispensable que pueda pensar directamente en las ideas mismas. Aunque á primera vista pudiera parecer que esta observacion destruye la teoría de Bonald, debemos tener presente que esas ideas que el entendimiento examina para corregir el lenguaje, se le ofrecen revestidas de sus signos; porque al comparar uno con otro los dos conceptos de *utilidad* y de *justicia*, para inquirir si hemos atribuido al uno de ellos lo que al otro corresponde, no solo no prescindimos de los vocablos, sino que son, por decirlo así, los guías que nos conducen en nuestras escursiones. ¿Hubiéramos podido hacerlas, faltándonos su auxilio? La solucion de semejante problema, de nuevo nos trae á los orígenes del pensamiento y del lenguaje en el individuo; y ya vimos que los datos que suministra la ciencia actual para resolverlo, son insuficientes.

Es indudable que observando los fenómenos del mundo físico, se han rectificado muchos errores que corrian con crédito acerca de las leyes de la naturaleza, y que el lenguaje de la ciencia se ha enriquecido, á medida que se aumentaban los conocimientos en este ramo del saber humano. Mas todavía. La química ha creado un lenguaje especial, y aun la economía, de tal modo ha modificado el sentido de las palabras *valor*, *venta*, *salario* y otras muchas, que casi pudiera decirse son todas ellas creaciones suyas. Pero á

tales creaciones se aplica muy oportunamente el *facilius est inventum adere*. Cuando un físico, dice Bonald, halla una propiedad de la materia, hasta entonces desconocida, da á su descubrimiento un nombre nuevo, ó al menos ya que se valga de alguna palabra sabida, aumenta con una nueva acepcion el valor que antes tenia. Otro tanto sucede al artista que imagina un nuevo mecanismo en el arte que cultiva. Pero la distancia que separa estas invenciones secundarias de la del lenguaje primitivo, es considerable. Una vez vencida la primera dificultad, el camino se ofrece llano, y no son menester grandes esfuerzos para recorrerlo: añadir y perfeccionar difieren mucho de inventar.

Otra reflexion se nos presenta que puede ser muy luminosa en esta materia.

El lenguaje humano no basta para expresar todo lo que la mente concibe acerca del autor del universo y de sus divinas perfecciones. Ya mostramos en otra ocasion (1) que los autores místicos, al hablar de la bienaventuranza por falta de palabras que sigan el vuelo de sus pensamientos, acuden á metáforas y á imágenes que muestran la insuficiencia radical de sus conatos. El alma incesantemente anhela por la felicidad; los bienes de la tierra no la satisfacen; cansada de sus goces, suspira por otro bien de mejor linaje que los de este mundo perecedero, se acuerda de su origen, y tal vez presiente su destino. Mas al querer expresar con palabras la idea de ese *bien*, objeto constante de sus deseos, encuentra en ellas mas bien obstáculos, que instrumen-

(1) Leccion 15.

tos dóciles que concurren á realizar las miras de su inteligencia. Quería una felicidad diversa y superior á la de la tierra, y para dar idea de lo que desea, reduce las fruiciones de los ángeles y de los bienaventurados á eternos cánticos en loor del Todopoderoso. Cierto es que la música tiene algo de celestial: mas al cabo se forman sus acentos por medio de los órganos corporales, y no está en su armonía el *bien supremo*, en cuya solicitud anduvieron los antiguos, y el siglo XVIII creyó haber hallado en los goces materiales. Poetas eminentes como Milton y Dante; escritores ascéticos tan esclarecidos como nuestro Granada y santa Teresa de Jesus, significaron con grande elocuencia las angustias de su ánimo, porque el lenguaje, á pesar de sus galas, de su abundancia y de su variedad, menguaba la alteza de sus concepciones. El aroma que respiraban, perdía parte de su fragancia al pasar por la atmósfera que hasta nosotros le conduce: el rayo de luz purísima que entreveían allá en sus arrobos místicos, se oscurecía al reflejarse en el cuerpo opaco que nos lo habia de trasmitir. ¿Qué palabras sirvieron á la mente para formar esas concepciones, que no encuentra luego palabras con que expresar? Si es cierto que el hombre piensa su palabra, lo es tambien que piensa mas que su palabra; que lleva mas adelante su idea que el signo que la representa; en suma, que el espíritu en este como en otros muchos casos, traspasa los límites de la materia.

En apoyo de la opinion de Bonald, pudiera acaso decirse, que precisamente porque esas ideas de que hablamos no tienen palabras que las expresen, son vagas é indeterminadas, como lo fueran

para nosotros las de *deber, derecho, gobierno* y otras parecidas, si careciésemos de los vocablos que les hemos asignado. Mas esta respuesta no satisface, puesto que por el propio método que el lenguaje se ha ido perfeccionando en otros puntos, lo hubiera verificado en este; y la dificultad no se nos presentaría siémpre una misma, á despecho de todos los esfuerzos empleados para superarla. Abranse las sagradas Escrituras, los libros de la India, y los que inspirados por el cristianismo escribieron los autores ahora referidos, y se verá que todos ellos prorumpen en himnos fervientes al Autor del universo; y que al querer explicar sus perfecciones echan menos el lenguaje que habían menester para fin tan excelso. Concibe su espíritu lo que no aciertan á proferir sus lábios: semejantes en esta parte al que no hallase aire con que formar los sonidos, que los movimientos de los órganos de su voz quisieran producir.

Al emprender el exámen de la doctrina de Bonald, dijimos que su estudio suministraría importantes observaciones sobre el enlace de los signos y las ideas. No fue nuestro ánimo impugnarla, ni adoptarla tampoco en su totalidad, sino que nos aprovechase para el esclarecimiento de uno de los problemas mas curiosos que presenta la ciencia del lenguaje. Habitados á pensar en las ideas por el intermedio de las palabras, no podemos ni aun figurarnos qué serian nuestros conocimientos, si no tuviésemos signos que nos las representáran. Por otra parte las ideas morales, y por punto general las que se refieren á objetos que no están al alcance de los sentidos, requieren esa especie de encarnacion que las haga perceptibles; y esto ademas está en consonancia

con lo que observamos en todos los fenómenos de la inteligencia humana. Pero la opinion de Bonald no ha de tomarse en toda su latitud, ó por lo menos requiere explicaciones, para no incurrir en el error de creer que el entendimiento no es capaz de traspasar los límites de las palabras. En buen hora sea el signo un auxiliar, ó si se quiere una condicion indispensable para pensar: mas el pensamiento, lejos de ceñirse al círculo que le traza el lenguaje, estudia las ideas, y enmienda los propios instrumentos de que tubo de valerse para formarlas, y á veces percibe lo que no puede expresar.

La relacion entre el signo y la idea no es la del señor y el siervo: mas bien que dependencia hay recíproca accion entre ambas cosas. El espíritu muestra aquí su superioridad, porque admitido que tengan necesariamente que usar de los signos para darse á sí propio cuenta de sus ideas, modifica, perfecciona y aun á veces muda del todo estas, corrigiendo su idioma á medida que realiza cualquiera de las variaciones ahora enumeradas. Es como el artífice inteligente que mejora los instrumentos de que se sirve para hacerlos mas apropiados á sus fines. La observacion de los hechos, tanto en la esfera de lo físico como en la de lo moral, le hace alterar mas de una vez sus conceptos primitivos. La palabra *atraccion*, adquiere en los labios de Newton un sentido, que hasta entonces no tuvo en los de otro alguno de los que la usaron: acaso el observador no habra podido practicar las primeras operaciones de su mente sin las palabras: mas no es dudoso tampoco que sus descubrimientos produjeron una mudanza radical en el valor del vocablo

mencionado. La idea de una ley general que asi rige los movimientos del átomo imperceptible como los del astro que gira sobre nuestras cabezas, fue , siguiendo la metáfora tantas veces usada, una nueva alma infundida en un cuerpo que de antemano existia. La propia reflexion se aplica á todos los adelantos de las ciencias físicas. Antes que los economistas hubiesen reflexionado acerca de los valores, las ventas y los salarios, no tenian estas voces la acepcion que despues han recibido: lo que equivale á decir que significan ahora ideas diversas de las que primero espresaban. Las palabras deber , derecho , virtud , vicio no espresan para el discípulo de Epicuro las mismas nociones que para el de Zenon. En todos estos casos la inteligencia descubre nuevas ideas que aplica á palabras ya conocidas como en los ejemplos citados , ó inventa un lenguaje especial segun vimos habia sucedido en la química. Es pues fuera de toda duda que forma ideas sin el auxilio de las palabras, y aunque siempre podrá sostenerse que no habria llegado á esas ideas si no hubiese tenido otras anteriores que concibió por ministerio del lenguaje , siempre será cierto que piensa algo mas que *las palabras* que por tradicion hubieron de llegar á sus oidos conforme á la hipótesis de Bonald. Lo que observamos poco ha sobre la insuficiencia del lenguaje para espresar ciertas concepciones de la mente, acaba de patentizar la exactitud de nuestras observaciones. Verdad es tambien que impuestos nombres á esas nuevas ideas se facilitan extraordinariamente las operaciones sucesivas de la inteligencia: pero esto en nada mengua la certeza de lo que decimos. El entendimiento ademas de combinar las ideas

que contienen las palabras que aprende, produce otras nuevas en virtud de su propia energía : el lenguaje es un auxiliar y no una cadena.

¿Cuáles son en realidad los auxilios que recibimos de las palabras para el ejercicio de las facultades intelectuales?

Acostumbrados desde nuestra infancia á que las palabras sean el vehículo de las ideas que adquirimos , apenas podemos figurarnos que sería la ciencia humana si de ella careciéramos; nos sucede como al que siempre hubiese visto los cuerpos por medio de vidrios. Es claro que no acertaría á dar respuesta preguntándole si sus ojos podrían ver sin valerse de semejantes recursos. No obstante, la reflexion puede enseñarnos á apreciar en algun modo la importancia y el influjo del lenguaje.

En el mundo físico no existen mas que individuos que tienen diversas relaciones con nosotros, segun es la naturaleza de cada uno de ellos. Estas relaciones son numerosas ; y á no haber un medio de distinguir las, se confundirian unas con otras, á punto de no ser factible el que de ellas pudiésemos darnos cuenta. El sustantivo *ca-sa* , como no ha mucho notamos , presenta á nuestra mente la idea de un edificio destinado para habitacion del hombre con todas las partes de que se compone y los usos á que se destina: el vocablo recuerda de una vez todas estas ideas; es una especie de lazo que las reúne, y nos escusa el ímprobo trabajo de recorrerlas una á una, cada vez que nos ocurriese pensar ó hablar del objeto referido.

Bonald observa que con solo oír estas palabras «casa, choza, palacio» se ofrecen á nuestra

consideracion las diferencias que existen entre estas clases de edificios. ¡Cuántas comparaciones y raciocinios se necesitarian para llegar á este propio resultado faltando las palabras espresadas! El que entrare en un pueblo cuyo idioma ignorase y pretendiere luego darnos razon de lo que habia visto , apenas acertaria á verificarlo con prolijas descripciones que jamás equivaldrian á las ideas que nos hubiese transmitido sabiendo los nombres de las cosas de que hablaba. La experiencia nos muestra cada dia que nos es indispensable reunir muchas señas de una persona cuyo nombre no sabemos para que el que nos escucha pueda venir en conocimiento del sugeto de quien tratamos. Mil veces dijimos que los cuerpos ocupan el espacio ; y que los sentidos son otros tantos medios de comunicacion que con ellos tenemos. Párese por un momento la atencion en las infinitas situaciones en que pueden estar respecto de nosotros ; reflexiónese cuán considerable es el número de palabras que nos sirven para significar la distancia y sus diversos grados y el tamaño de cada uno de ellos; y podremos entrever lo que serian nuestras ideas en esta parte si no tuviésemos signos que nos ayudasen á conservarlas en la memoria. Respecto á los colores , á los sabores y á los sonidos , ¿cuál fuera el arbitrio que nos quedára para distinguirlos unos de otros? Las sensaciones son simultáneas ; y muy frecuentemente un mismo cuerpo hace impresion á la vez en todos los sentidos; pero lo que la sensibilidad confunde , el lenguaje lo separa y nos lo hace perceptible. Para figurarse la dificultad que ofrecerian las operaciones intelectuales faltando los signos , inténtese hacer el cálculo mas sencillo sin

usar de guarismos y prescindo de los nombres de los números, y se conocerá prácticamente que apenas lográramos formar idea de una cantidad que pasase de dos ó tres docenas. Todo se volvería confusion, y no acertaríamos á concertar nuestras propias ideas.

Por otra parte, así como en los ejemplos ahora citados, vemos que los sustantivos *casa*, *choza*, *palacio*, condensan los conceptos, reuniendo en una misma palabra muchos diversos; así tambien sucede que las palabras nos sirvan para distinguir unas de otras hasta las partes mas mínimas de un objeto. En prueba de ello, tráiganse á la memoria los nombres que damos á las varias partes de un edificio, los que tienen los miembros del cuerpo humano, y cada uno de los órganos que le constituyen; el considerable aumento que reciben estas dos clases de vocablos en los diccionarios del arquitecto y del anatómico, y por fin, considérense las distinciones de género, de número y de caso que en los nombres pueden admitirse, sin olvidar lo que modifican el valor de estos los determinativos; y no parecerá extraño que se hayan denominado los idiomas «métodos analíticos.»

Los adjetivos expresan las cualidades de los cuerpos; los verbos la accion, la pasion y la existencia. Una simple mudanza en la radical de un verbo, nos da á conocer el tiempo y sus numerosas divisiones; y por el propio método distinguimos unas de otras las personas y los modos. Las preposiciones, los adverbios y las conjunciones nos son útiles para mil fines importantes: las preposiciones expresan la multitud indefinida de relaciones que pueden existir entre los objetos; las

conjunciones las que hay entre los juicios, y los adverbios las varias modificaciones de tiempo, de modo y de lugar, que los verbos no significan suficientemente. ¿Cuál fuera la vía que la inteligencia tuviese que recorrer, si le faltáran esas piedras miliarias que la marcan cada uno de sus pasos?

No es sazón de dilucidar cada una de las especies que hemos apuntado; porque para hacerlo, sería necesario reunir en un corto número de páginas, todo lo que tenemos que decir en punto á gramática general. Cuando hablemos de las partes de que consta la oracion, recibirán las ideas, que aquí no hacemos mas que insinuar, todo el desenvolvimiento de que son susceptibles.

Para concluir, observemos que es tal la necesidad ó el hábito contraído por el hombre en punto á buscar una espresion para cada una de sus ideas, que cuando no la encuentra en el idioma nativo la toma donde quiera que se le presenta. Los ingleses ofrecen ejemplos notables de estas adquisiciones, y los europeos acuden sin cesar al idioma de Pericles y de Tucídides para enriquecer el vocabulario de las artes y las ciencias.

Ya se ve que no son en corto número, ni de escaso valor los argumentos que pueden traerse en apoyo de la doctrina de Bonald. El estudio de los principios generales de la gramática les añadirá todavía mayor eficacia; pero convenia examinarla para darle su justo valor; porque tal vez pudiera inducir á errores no ciñéndola dentro de ciertos términos.

La inteligencia tiene en las palabras utilísimos instrumentos para pensar: sin embargo el lenguaje no es para las facultades intelectuales otro nuevo círculo de Popilio.

LECCION VEINTE Y SIETE.

SUMARIO.

Principios comunes á todos los idiomas. = Nace de la identidad de la inteligencia y de las leyes del mundo físico y moral. = Sustantivos. = Propios. = Apelativos. = Los primeros preceden á los segundos. = Aumenta el número de ambos á medida que queremos distinguir unos de otros los individuos y las especies. = Número. = Género. = Caso. = Determinativos. = Cínen el sentido de los sustantivos dejándoles solo la latitud que nos conviene darles. = La comprensión y la extensión de los nombres están en razon inversa. = Universalidad de los sustantivos. = Varian por causa propia. = Formas diversas que recibe en varios idiomas. = Nombres personales. = Son tres. = No equivalen al nombre. = Variedad de la tercera persona. = Se encuentran en todos los idiomas. = Opinion de Bonald. = Expresan los tres individuos constitutivos de la sociedad. = Orden de las personas. = Naturaleza de los sustantivos. = Son el centro de las oraciones. = Todas las otras palabras varían por causa de ellos. = Sustantivos abstractos. = Utilidad de estos para facilitar los actos de la mente. = Adjetivos. = Expresan cualidades. = Se generalizan como los sustantivos. = Su etimología. = El adjetivo es el nombre de la causa de nuestras sensaciones. = Division de nombres en adjetivos y sustantivos fundada en la de cualidades y sustancias. = Son instrumentos de análisis. = Moulismo de la lengua castellana. = Utilidad de los adjetivos.

Señores:

La coleccion de reglas preseritas para hablar un idioma determinado con exactitud, se denomina gramática; y como hay diferencias entre los varios idiomas que se conocen, y estas constituyen la índole especial de cada uno de ellos, el número de gramáticas particulares ha de ser tan

crecido, como el de los idiomas que se usan en los diversos pueblos de la tierra.

En adelante procuraremos dar razon de este fenómeno, indicando algunas conjeturas sobre el origen de los giros especiales, de los modismos, y hasta del acento propio de las lenguas de que tenemos noticia; por ahora cumple solo á nuestro propósito observar, que siendo la inteligencia una misma en todos los hombres, y hallándose todos ellos en contacto con séres sujetos á idénticas leyes, ha de haber por necesidad porcion considerable de principios comunes á todos los idiomas.

El análisis que vamos á emprender, confirmará la exactitud de lo que decimos, haciéndonos tambien palpable cuanto hemos indicado en la leccion anterior, acerca de la utilidad de los signos para la formacion de las ideas.

Comenzaremos por los sustantivos. Expresan individuos determinados, ó géneros y especies: de aquí el dividirlos en propios y comunes. *Pedro*, es un nombre propio: *árbol* es un nombre comun. Son ademas capaces de número, de género y de caso.

Examinemos cada una de estas categorías y de estos accidentes. Repetidas veces hemos observado que los sentidos nos dan testimonio de la existencia de los individuos, y que la mente forma los conceptos de especie y de género, teniendo en cuenta lo que hay de comun entre aquellos. Aunque el origen de las cosas sea para nosotros desconocido, la analogia nos inclina á creer que los nombres comunes ó apelativos en el dia, comenzaron por ser propios. La idea del individuo debió preceder á la de la especie. Como quiera,

es cierto que en todos los idiomas se encuentran ambas clases de palabras, siendo obvia por extremo la razón que para ello se ofrece. La semejanza que existe entre los seres que pueblan el universo, es la causa de haber aplicado á muchos de ellos el mismo nombre: cuando tratamos de la abstracción, vimos que en la idea general, la mente conserva las cualidades que convienen á todos los individuos de una especie ó de un género, desechando aquellas en que se diferencian. Así se forman las ideas de *caballo*, *piedra*, *vegetal*, *inglés* ó *africano*. Cada una de las voces indicadas, expresa solo lo que constituye la esencia de las cosas que designa. *Vegetal*, tanto quiere decir como *ser que saca su nutrimento de la tierra*. *Inglés*, el hombre que ha nacido en las islas británicas; y *africano* el que vió por primera vez la luz del día en esa parte del mundo. Si no contentos con semejantes generalidades pretendemos distinguir unos de otros los vegetales, entonces la nomenclatura crece de una manera prodigiosa: impónense nombres diversos al *arbusto*, y la *planta*; y luego al *trigo*, al *maiz*, al *arroz*: no es ya solo la circunstancia de *nutrirse* con los jugos de la tierra la que tenemos presente, sino las de la figura, el sabor y los usos particulares de cada uno de los vegetales á que imponemos nombre. Las copiosas clasificaciones de la botánica, pueden hacer que se forme concepto de la indefinida variedad que cabe en este punto. Todavía se vé mejor en la especie humana la cantidad prodigiosa de voces que dimana del deseo de no confundir unos con otros sus individuos. Reflexiónese que además del signo destinado á señalar el género *hombre*, se encuentran otros para

expresar *las razas*, como *caucasianos, mongolenses, etiopes*: que cada uno de estos se subdivide en *européos, asiáticos, americanos*: que las naciones de Europa se distinguen unas de otras, *españoles, franceses, rusos*: que las provincias de una misma nación tienen nombres diversos para sus habitantes *catalanes, aragoneses, andaluces*: que los varios pueblos de una provincia asimismo varían unos de otros, *jerezanos, gaditanos*; y que, en fin, los individuos de una familia recibe cada uno un nombre singular, como *Diego, Francisco....* Recuérdense ahora la multitud de palabras inventadas para nombrar los muebles, los vestidos, los instrumentos de las artes, y por punto general las cosas todas de que nos servimos para los usos de la vida, y no será de hoy mas dudoso que el haber de distinguir unos de otros los objetos es fuente perenne para la invención de los vocablos.

Toda la vida intelectual del hombre se reduce á *generalizar* y á *particularizar*. La observación psicológica, nos induce á creer que el *nombre individual*, ha precedido al *general*: porque las abstracciones suponen la sucesiva comparación de los individuos: no es posible que á la idea *vegetal*, se llegará antes de ver y comparar unos con otros multitud de *árboles, arbustos y plantas* de todas especies y dimensiones. La ciencia etimológica corrobora este raciocinio, como á su tiempo se hará patente: por otra parte es cierto que á medida que crecen las naciones en cultura se aumenta el número de palabras abstractas. Vico (1) observa que antes de la época de Adriano las voces, *ens, essentia, substantia,*

(1) Oeuvres choisies, tr. p. Michelet.

accidens, eran desconocidas en latin: y Ciceron se vale con frecuencia de locuciones griegas para exponer los sistemas de los filósofos de aquella nacion, á quienes era tan aficionado.

No basta, con ser tan numerosa, esta clase de palabras: para apropiarlás á las necesidades de la mente han de recibir ciertas modificaciones que las hagan mas adaptables á los fines á que se las destina. El *número* hace que en vez de un individuo designe muchos individuos de una especie: *hombre, hombres; planta, plantas*: el *género* determina el *sexo*, *perro, perra*: adviértase que con frecuencia el varon y la hembra se expresan con nombres diferentes como *caballo, yegua*; y que á veces son del género masculino ó femenino voces que significan objetos que ni á uno ni á otro corresponden: *mesa, baston, casa*; pero estas son anomalías de las lenguas, que no menoscaban en lo mas mínimo la exactitud de nuestras observaciones. Los casos sirven para manifestar la relacion de los nombres. *Principio enim terra, sita in media parte mundi. Cic.* (2) La tierra que se presenta la primera situada en el *centro del mundo*. La terminacion *i* que recibe el nominativo *mundus*, equivale á la proposicion *de*, que cumple en castellano el mismo destino. *Mutuemur hoc quoque verbum*: adoptemos esta palabra, dice Ciceron en el paraje citado, señalando tambien con una desinencia particular lo que es *verbum* respecto de *mutuemur*.

En los idiomas modernos apenas quedan vestigios de las declinaciones de los antiguos: súplese esta falta con el uso de ciertas partículas se-

(2) De natura deorum. lib. 2. p 36.

mejantes á las siguientes : *de, para, con, á, sobre, en,* y otras que fuera proligidad enumerar : y aun en el latin mismo se usaban ; porque los seis casos de sus declinaciones. distan mucho de agotar las innumerables relaciones en que pueden hallarse unas palabras respecto de otras.

Ademas de las referidas hay otras modificaciones que sirven para extender, ceñir, ó fijar el valor de los sustantivos : consisten estas en añadir á la voz de que usamos una palabra que fije la latitud que queremos darla : denominanse *adjetivos determinativos*. *Todo hombre, este hombre, aquel hombre* : la idea general expresada por el sustantivo, va variando de extension en cada uno de estos tres ejemplos. *Pocos, muchos, varios, alguno, cualquiera...* le modifican tambien de un modo semejante. *Mi, tu su,* significan la idea de posesion.

El nombre sustantivo comienza por ser individual : entonces expresa la reunion de cualidades que constituye el individuo que se menciona : v. g. *pedra, ave* : generalizase luego y se convierte en nombre *especifico* : la diversidad de sexos hace que se inventen terminaciones que muestren á cuál de ellos pertenece el individuo de que se trata : la circunstancia de ser uno ó muchos dá origen á los números singular y plural : los varios respectos en que suelen estar los nombres á los casos ; y la diferente extension que deben recibir, á los *demonstrativos y posesivos*.

Habíamos citado otras veces el dicho de Portalis : *la palabra es una verdadera encarnacion de la idea* : quanto hemos notado con ocasion de los sustantivos confirma este pensamiento : á la manera que en el semblante se pinta en ocasiones

no solo el alma racional sino la variedad de afectos de que es capaz, los signos ponen de manifiesto hasta los matices mas delicados de la idea. Entre el individuo que afecta nuestros sentidos y la clase á que corresponde hay una escala que las necesidades de la inteligencia nos hacen recorrer sucesivamente. El nombre propio es el primer término: el genérico el último: *Alejandro, humanidad*. Cada uno de los grados intermedios representa las necesidades de que hablamos. De solo un corto número de personas sabemos los nombres propios: al resto de los hombres los distinguimos, ya por el pueblo en que nacieron, ya por la provincia á que éste pertenece; ya por el reino, ó ya por fin por la parte del mundo en que su país se halla situado. A medida que distan mas de nosotros y que es menor por consiguiente el contacto que con ellos tenemos, va siendo mas general la idea que de los individuos formamos. De los miembros de la familia se conocen las circunstancias todas que pueden hacérselos distinguir unos de otros: lo propio acontece con los amigos: el nombre que les damos significa, no como quiera, las cualidades comunes á la especie, sino las que son peculiares á aquellos individuos. Compárese la idea que se suscita en nosotros al oír el nombre de una persona conocida, con la que formamos cuando solo percibimos el que expresa una especie ó un género.

El primero nos representa la estatura, la fisonomía, el carácter, la edad y otra multitud de circunstancias que pertenecen á aquella persona: los segundos un número incomparablemente menor de ideas: de *Pedro*, á quien conozco en particular, sé cuanto á su físico y moral es relativo:

del *gaditano* tengo una idea ya mucho menos determinada: del *andaluz*, todavía mas general; y si así voy observando las que formo del *español*, del *uropeo*, del *caucásico*, y por último del *hombre*, veremos que al paso que es mas escasa la relacion que existe entre nosotros y nuestros semejantes, se disminuye tambien la comprension de la idea que de ellos conservamos. Es una serie de figuras que empieza por la imágen animada del amigo, en cuyo semblante leemos hasta los sentimientos mas recónditos del corazon, y acaba en el esqueleto descarnado, en que apenas acertamos á descubrir los rasgos característicos de la humanidad.

Los *adjetivos determinativos* se inventaron para colmar la distancia que separa esos dos extremos: ¿no es evidente que de continuo nos vemos obligados á modificar con ellos el sentido de los sustantivos? qué se nos ofrece hablar de *este*, *ese*, *aquel*, *alguno*, *pocos*, *muchos*, ó *todos* los hombres? ¿y que estas palabras aparecen en realidad como medios de determinar la idea principal, reduciéndola de modo que de las elevadas regiones de la abstraccion, descienda á los usos mas familiares de la vida?

Tal es la naturaleza de los nombres sustantivos y la de las voces, que ha sido preciso discurrir para que cumpliesen el fin á que fueron destinados.

Desde luego se echa de ver que han de encontrarse en todos los idiomas; porque segun la juiciosa observacion del conde Destutt-Tracy (1) son las únicas palabras variables por causa pro-

(1) Elemens d' Ideologie. 2.º vol.

pia, puesto que todas las restantes tienen por oficio describir lo que á aquellas sucede; lo que pensamos de las ideas que representan. Y en efecto ¿qué lengua sería la que careciese de signos, que expresáran los objetos que sin cesar están en contacto con el hombre, y el hombre mismo que sobre ellos ejercita su actividad? Cuando abrimos los ojos por primera vez, preséntansenos al punto árboles, flores, minerales, seres vivientes; el sol que ilumina desde el firmamento las obras todas de la creación, criaturas racionales como nosotros, en suma, individuos de todas especies; las semejanzas y las diferencias que entre ellos advertimos, hacen que del modo otras veces descrito, nos elevemos á las ideas de clases y de géneros, de leyes y de causas: pero no debe olvidarse que de la propia manera que en la psicología el estudio de los individuos es la piedra angular del edificio, en la gramática el de las palabras destinadas para significarlos, ha de ser por razón idéntica la base de todas las teorías que hayan de establecerse. Para que no cause confusión el habernos servido hasta aquí indistintamente de voces concretas y abstractas, como *Diego*, y *humanidad*, p. ej. debe atenderse á que estas últimas tienen la misma forma gramatical, y por consiguiente idénticos accidentes que las primeras. Decimos *Diego es virtuoso*, *la humanidad es perfectible*. El oficio del nombre propio y el del genérico, es uno mismo en ambas proposiciones. Consiste esto, como ya lo notamos en otra parte, en que el nombre del individuo es el que se aplica á la especie: así aunque en realidad mude de sentido, conserva la forma que antes tenía. Es como el líquido, que después de de-

jar en el tamiz las heces que le enturbiaban; si se le vierte de nuevo en el vaso en que estuvo depositado, vuelve á ajustarse á las proporciones de este.

Al hablar de los casos, mostramos que en castellano hacian su oficio las preposiciones, lo cual se verifica asimismo en francés y en inglés. Alguna huella de la declinacion latina queda en nuestro idioma, segun puede verse en los pronombres *me, mi, te, ti*; y en el inglés, como lo prueba el posesivo *the scholar 's duty*. Pero en general la preposicion se ha sustituido á las terminaciones de que se usaba en los idiomas antiguos. La identidad de la idea, y la diversidad de los medios usados para expresarla, nos pone en camino de comprender la distincion entre la gramática general y las gramáticas particulares. En todas ellas hay signos para los respectos en que los nombres suelen estar: ¿cómo pudieran escusarse en ningunas palabras, para expresar las relaciones que nosotros significamos con las partículas *de, para, con, en, sobre, bajo* y otras semejantes? La índole particular de cada idioma, se ve en el modo de llegar á este fin comun: *filius regis* decian los latinos; nosotros decimos *hijo de rey*.

Hágase la misma observacion con los plurales; *hijos* lo es de *hijo*, *filií* de *filius*, y *men* de *man*. En estos tres ejemplos se nota que el castellano, el latin y el inglés, se valen de una alteracion especial en el nombre singular, para convertirlo en plural.

En el mundo real hay unidad y pluralidad. Ambas cosas habian de hallarse en el lenguaje; aunque difiriérese de idioma á idioma su expre-

sion. Lo propio acontece con todas las obras humanas: existen siempre dos elementos, uno constante y otro variable: en las costumbres de los pueblos, en sus leyes y en su literatura, á vueltas de ciertos rasgos característicos, hay un fondo comun que deja traslucir la unidad de la especie humana.

Tratemos ahora de los nombres personales.

Llámanse así los que se destinan á expresar la persona que habla, aquella á quien se habla, y la de que se trata.

Yo, tú, él. Redúcese á tres su número; porque el sujeto que piensa, el *yo*, ha de tener algun objeto en que su pensamiento se ejercite, y solo á un semejante suyo puede comunicarlo. En rigor no hay mas que dos personas, puesto que la tercera tan bien se concibe que sea un individuo de nuestra especie, como un cuerpo inanimado, ó un sér de género distinto del nuestro. Cuando hablamos, suponemos siempre que existe un interlocutor inteligente que nos escucha: sin este requisito, jamás nos habria ocurrido expresar las ideas y los sentimientos que allá en lo íntimo del alma tienen su asiento: pero el asunto de los discursos que proferimos, es á veces una persona racional, y á veces una cosa; porque la mente es capaz de pensar del mismo modo en cuantos objetos existen. Claro es que dirigiéndonos á un amigo, podemos tomar por materia de nuestro coloquio, ya las prendas de un sujeto que ambos conocemos, ya las cualidades de un mineral ó de una planta.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, místico collado...

Dice Rioja en su *cancion á las ruinas de Itálica*, manifestando á un sér racional, á Fabio, las lúgubres reflexiones que suscitaba en su alma el espectáculo que entonces se le ofrecia. Ocupábase de los escombros y del *amarillo jaramágo*, que veia crecer en el sitio mismo donde estuvo el circo: veníansele á la memoria las proezas de Trajano, y pensando en lo que habia ido á parar la gloria y la grandeza del pueblo-rey, prorumpia en sentidas quejas sobre la vanidad de lo que el mundo precia por mas grande y mas sublime. Iba su pensamiento pasando alternativamente de los restos de la ciudad *famosa*, á los recuerdos de los héroes que un tiempo la esclarecieron: los nombres de Elio, Adriano, de Teodosio y de Silo, mezclábanse con los mármoles y arcos *destrozados*. La persona del interlocutor no se muda por eso; solo á quien participára de su inteligencia y de sus afectos, podia comunicar Rioja la multitud de impresiones que en aquellos momentos sentia. La tercera persona varía sin cesar; la segunda permanece una misma constantemente. El ejemplo citado basta para hacer palpable esta doctrina. No hay que esforzarse mucho para persuadir seria delirio hablar con quien no tiene facultad de entendernos.

Verdad es que los poetas suelen tener sus coloquios con las flores y los prados: el que acabo de citar, dice en la *Silva á la rosa*...

Pura, encendida rosa,
 émula de la llama,
 que sale con el dia,
 ¿cómo naces tan llena de alegría
 si sabes que la edad que te dá el cielo
 es apenas un breve y veloz sueño?

Garcilaso en una de sus églogas pone en boca de Nemoroso estos versos:

Corrientes aguas , puras , cristalinas ;
 árboles que os estais mirando en ellas ;
 verde prado de fresca sombra lleno ;
 aves que aquí sembrais vuestras querellas ;
 yedra que por los árboles caminas
 torciendo el paso por su verde seno ;
 yo me vi tan ajeno
 del grave mal que siento...

Pero estas escepciones y otras semejantes no menguan la certeza de la doctrina establecida; una cosa es que el poeta infunda vida en los árboles y en las fuentes que ven sus ojos , y otra que la razon deba admitir que puedan nuestras palabras dirigirse á séres que no participan de la inteligencia y de los sentimientos que á nosotros nos distinguen.

Los nombres personales son sustantivos. Los gramáticos dicen se les denomina pronombres porque se ponen en lugar del nombre , pero erraron en esta parte. *El oficio respectivo del yó y del tú no admite substitucion*: á ellos solos es dado significar la personalidad que corresponde al acto de la palabra.

El origen de la denominacion viene á corroborar este concepto. Es sabido que en los teatros de Roma representaban los cómicos cubierto el rostro con una máscara que hacia resonar mucho la voz: de aquí *per-sonans, persona, personaje...* el *per* ponderativo se añadía al participio *sonans* para significar que el sonido se aumentaba considerablemente. Y es tan cierto que el uso de los nombres personales es ajustado á la etimología que acaba de señalárseles, que cuando que-

remos conocer al sugeto que habla ó aquel á quien se habla, tenemos que despojarle del *yo* y del *tú*, haciendo que el nombre propio se convierta en atributivo del personal. Así se vé constantemente en todos los casos en que concurren juntos el pronombre y el nombre.

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuvo por su padre al diablo... *Cerv.*

El personal *yo*, no era suficiente por sí solo para expresar la idea que representa el nombre propio *Merlin*; prueba evidente de que su oficio está reducido á designar el sugeto que habla. En idéntico caso se halla el de la segunda persona.

La necesidad de este linaje de voces en todos los idiomas, es obvia por demas: ¿cómo pudiera haber alguno en que faltasen signos para los interlocutores de todo coloquio? Los nombres propios no sirven para este propósito; en primer lugar, porque no contienen la idea que el pronombre está destinado á significar: examínense las palabras *Pedro* ó *hombre*, y se verá que ni en el nombre propio ni en el apelativo se descubren vestigios de semejante sentido: en segundo, porque pudiendo estar en el caso de hablar, de oír y de ser asunto de la conversacion los individuos todos de la especie humana, tienen que tomar alternativamente el carácter de primera, segunda y tercera persona. Yo, que en este momento dirijo la palabra, tal vez en el siguiente tenga que escuchar lo que otro de los que me oían, se propone decirme: múdanse entonces nuestros papeles: el *yo* conviene á mi interlocutor, y el *tú* á mí que antes era el que estaba en primer término. Cada uno de nosotros experimenta en sí mis-

no innumerables transformaciones á estas parecidas , en el discurso de un dia. Somos como el cómico , que al acabar la comedia se despoja de las vestiduras de monarca , cuyo papel habia desempeñado , para tomar quizá los andrajos del rufian en el sainete. Con esto se ve cuán indispensable es el que haya en los idiomas nombres personales.

Que sean capaces de número , es cosa fácilmente concebible. Del propio modo que un individuo , pueden ser muchos los que hablen , escuchen ó sean materia del coloquio. *Yo discurre , nosotros discurremos*. El caso ha de convenirles tambien ; porque los respectos en que suelen hallarse estas palabras con relacion á las demas , ha menester una expresion determinada. *Yo te estimé siempre. Tu me pagabas. El se fió de tí. Tu viniste conmigo*. En el primer ejemplo la primera persona está en nominativo y la segunda en acusativo: en el segundo sucede lo contrario : en ambos y en los dos siguientes se muestra esa variedad de relaciones que hay entre las partes de que consta la oracion. Los latinos las espresaban mudando la terminacion del nombre : nosotros por lo regular por medio de proposiciones.

La diversidad de las lenguas vése aquí de manifiesto : como tambien en los sonidos que sirven para formar estos nombres. El *yo* nuestro equivale al *ego* de los latinos ; al *je* de los franceses ; al *Io* de los italianos y al *I* de los ingleses.

Conocida la naturaleza , y determinado el oficio de los nombres personales , ninguna duda puede quedar , ni acerca de la razon que tuvimos para tenerlos por sustantivos , ni tampoco sobre la universalidad de su uso.

Bonald dice « la sociedad puede variar en sus accidentes, esto es, en el número de los individuos que la componen, y en la extensión y calidad del terreno que comprenda. Pero es imposible haya añadido nada á su constitución, porque desde el principio por su propia esencia ha constatado, y constará perdurablemente de tres personas necesarias *padre, madre, hijo*; ó bien generalizando estas personas y sus nombres, para constituir la sociedad pública *poder, ministro, súbdito*; en cuyas relaciones se cifran su estructura y sus leyes políticas. Que sea la sociedad doméstica ó pública, religiosa ó civil, existen las tres personas referidas del modo que hemos dicho; lo cual establece la diferencia entre la sociedad perfecta ó natural, y la imperfecta y degenerada; porque en la primera las tres personas sociales distintas entre sí, están en relaciones naturales, fijas, invariables; al paso que en la segunda se encuentran confundidas.... las personas y sus relaciones aparecen siempre en los idiomas, conservando las relaciones mismas de orden y de número que tienen en la sociedad; lo que se ve claramente en los nombres *yo, tú, él*; y en el orden de las personas primera, segunda y tercera; esto es, *la persona que habla, aquella á quien se habla y la de que se habla*. El estudio reflexivo de la constitución íntima de la sociedad, nos hace descubrir sus elementos esenciales; y hallando en el lenguaje la expresión que les corresponde, comprendemos por qué es universal el uso de estas palabras. Los nombres personales sirven para significar los tres interlocutores necesarios en todo coloquio; aunque el tercero puede ser tan bien una persona como una cosa. Del propio modo

que no existe cuerpo que carezca de latitud, longitud y profundidad, porque esas tres dimensiones son constitutivas de su esencia, tampoco cabe que los hombres se comuniquen sus pensamientos sin dirigirse la palabra unos á otros, y sin tratar de alguna cosa. Así no sería fuera de propósito asegurar que son los nombres personales signos de la sociabilidad humana; pues si bien es cierto que el lenguaje supone la sociedad, y que en este sentido todas las palabras pueden llamarse sociales, lo es también que las que ahora nos ocupan, se destinan esencialmente á significar el acto más característico de la unión de unos hombres con otros.

Antes de pasar á los adjetivos, apuntaremos algunas especies acerca de cierta proposición que poco há emitimos. Los sustantivos son las únicas palabras que varían por causa propia. Se les debe considerar como los puntos céntricos de la oración, á los cuales vienen á converger todas las otras partes de que esta consta: los adjetivos conciertan con ellos en género, número y caso: los determinativos, si bien reducen ó aumentan el número de los individuos á que han de aplicarse los nombres para que se juntan, no por eso se eximen de pagar este tributo. La acción, la pasión y la existencia que expresan los verbos, claro es que han de adaptarse á las condiciones del individuo á que se apliquen. Si uso del adjetivo *blanco*, en vez de valirme de la terminación femenina, diciendo *blanca*, es porque pertenece al género masculino el sugeto de que hablo: si digo alguno y no algunos, es porque trato de un solo sugeto; y no de muchos, y si expreso *que ama*, en lugar de decir *amará* ó *ha amado*, es porque la

accion que le atribuyo sucede en el momento actual. Lo que acabamos de establecer respecto á los adjetivos, á los determinativos y á los verbos, se aplica con mayor razon á los adverbios, preposiciones y conjunciones, pues estas palabras por sí solas nada significan, y sus nombres mismos indican bastante la cualidad aditicia que las distingue.

La razon de este fenómeno lengüístico, se encuentra en la naturaleza de las ideas que expresan los sustantivos. El mundo físico es una coleccion de individuos, que tienen con nosotros diversas relaciones: los colores, los sabores, los sonidos, los olores, el movimiento y la quietud, son cualidades de esos individuos; las conocemos por medio de las sensaciones, y las referimos siempre á los séres en quienes existen. Es todo esto obvio por demas; ¿es posible que alguno haya adquirido idea del color verde ó amarillo, sin un cuerpo que los hiciera patentes á sus ojos? Las otras cualidades que conocemos por ministerio de los órganos corporales, se encuentran en el mismo caso. Respecto al movimiento, es sabido que de él formamos idea, viendo moverse los cuerpos en el espacio; y á este propósito se aplica la ocurrencia feliz de aquel filósofo de la antigüedad, que oyendo á cierto sofista que discurría mil sutilezas para negar el movimiento, se paseaba de él por toda respuesta.

Los sustantivos que significan los cuerpos, tanto los inanimados, como los que tienen vida, reproducen en el lenguaje el oficio mismo que los séres á quienes representan hacen en la naturaleza. Todas las demas palabras sirven para darnos á conocer las variaciones de que son susceptibles. Asi decimos *el mármol es blanco; el*

árbol crece, se nutre, levanta al cielo su copa; Pedro, ama, teme, anhela.... porque de la misma manera que en la realidad ninguna de estas cosas existe por sí sola, no cabe tampoco que al espresarlas nos desentendamos de lo que constituye su esencia. Una cualidad sin substancia y una acción sin agente, no existen en la naturaleza; y el lenguaje no había de crearlas, porque su destino es el revestir de forma sensibles el pensamiento, y no el trastornar el orden del universo. No debe ser parte para impugnar nuestra doctrina el que por eclipse suceda muchas veces que las oraciones carezcan de sustantivo; porque siempre que vemos esta figura, inventada en gracia de la brevedad y tal vez de la elegancia, suplimos mentalmente la falta de ese requisito indispensable: al modo que al oír el eco creemos que la voz lo ha producido, y al ver la sombra juzgamos existe un cuerpo que la proyecta, por más que la voz y el cuerpo no nos sean todavía conocidos.

También es de advertir que los nombres que imponemos á las especies y á los géneros, y los que damos á las cualidades generalizadas y á las nociones racionales, toman la forma misma gramatical de los sustantivos. Solemos decir *el europeo hace ventajas al africano: la humanidad es perceptible: la hermosura agrada: la justicia es eterna.*

Consideramos en todos estos casos las cosas mencionadas cual si existieran por sí mismas; y las palabras reflejan fielmente nuestro pensamiento. Con esta ocasión podemos comprender la importancia del uso del lenguaje en los actos de la mente. La palabra *humanidad* significa aquello

que es común á todos los individuos de la especie á que pertenecemos: sin tener que fijarnos en las numerosas diferencias que distinguen unas razas de otras, ni en las que advertimos entre los individuos, la palabra citada representa todo lo que hay de semejante en los hombres. Ese signo nos reproduce de una vez el resultado de comparaciones infinitas, que tendríamos que repetir si de él careciéramos cada vez que nos ocurriese tratar de la idea que expresa. No se necesita discurrir mucho para penetrarse de la dificultad que presentarían entonces las operaciones intelectuales.

Las reflexiones anteriores nos ponen en camino de conocer la verdadera índole de los adjetivos.

Diferénciase de los que acabamos de analizar en que aquellos expresan la idea total del objeto, y estos algunas de las que les componen. Por ejemplo, *árbol*, es un sustantivo que significa el conjunto de cualidades que constituyen ese individuo: *alto* es un adjetivo que solo nos dá idea de una de esas cualidades. Los determinativos se inventaron para ceñir ó estender el sentido de los nombres con quienes se juntan: *pocas aves*, *muchos peces*: modificanse las ideas generales de *ave* y de *pez* determinando el número de individuos que hacemos por aquel momento blanco de nuestra atención. La semejanza que existe entre las plantas dió origen á la idea genérica de *vegetal*, y la que hay entre las piedras á la de *mineral*, la que se halla en las cualidades de estos individuos ha de ser motivo para que se generalicen los nombres que primero se les impusieron. Mirando las hojas de los árboles reparamos que

todas ellas son *verdes*, esto es, que hay en las que vemos cierta cualidad que hace una impresión uniforme en nuestros ojos, y que por eso denominamos de la misma manera. El canto del ruiseñor que por primera vez hirió nuestros oídos, recibe un nombre particular; si de nuevo escuchamos esos acentos, las palabras de que usemos para significar la cualidad que tiene el ave que los produce, ha de ser la misma de que antes nos habíamos valido. ¿Qué cosa mas natural que llamar *olorosos* á todos los cuerpos que afectan el olfato, y *sonoros* á los que percibimos por los oídos?

La progresion que se echa de ver en este caso es parecida á la que sigue el entendimiento al formar las ideas abstractas. La analogía hace que la palabra vaya aplicándose sucesivamente á las cualidades, como antes sucedió con los séres en quienes estas residen: *caballo* llamamos al individuo de esta especie que conocíamos; en adelante estendimos el nombre á todos los que se nos presentaron: *el color*, *la agilidad* y todas las otras cualidades que en ellos observamos, habian de tener por idéntica razon los mismos nombres. Pero es forzoso ahondar mas la doctrina de los adjetivos.

Atendida la etimología de esta denominacion, se advierte que significó en la lengua latina *cosa sobrepuesta*, *pegada ó añadida á otra*: tal es el sentido del participio *adjectus*, *a*, *um*, de que se ha formado: corresponde este al verbo *adjicio* (*añadir*). Cuán conforme sea el valor que el uso atribuye al adjetivo con el origen que le hemos señalado en este momento, es cosa clara como la luz del día. Al decir *el caballo* que me regalaron

es ágil, fogoso, noble... voy añadiendo todos estos adjetivos á la idea general de *caballo*. Cada una de esas palabras es signo de una de las cualidades que le distinguen.

Ademas, cuando esplicamos la formacion de las ideas de individuos, especies y géneros, vimos que el individuo era para nosotros el conjunto de cualidades que en él percibíamos por medio de los sentidos: una planta, por ejemplo, hace impresion en los ojos, y á la causa de que esa impresion procede, la designamos con el nombre de *color*; la que proporciona al paladar, con el de *sabor*, y con el de *estension*, la que se refiere al tacto. Por punto general, nuestro conocimiento de los seres animados é inanimados que habitan en el mundo, no traspasa los términos de las impresiones que producen en nuestros sentidos. Si es que hay en ellos cualidades diversas de aquellas que nos dan testimonio los ojos, los oidos, el tacto, el olfato y el gusto, tales cualidades son para nosotros lo que fueran para el que hubiese nacido privado del olfato, los aromas que exhalan las flores, ó la música para el sordomudo. La cualidad es la causa de la sensacion: *el cielo es azul*, significa que existe en el cielo una causa que produce en mis ojos cierta impresion: *el metal es sólido*, equivale á afirmar que hay en él otra causa que se opone á mis movimientos. Examinando reflexivamente cómo penetran en nosotros los conceptos de las cosas corporales, comprendemos el fundamento de la division de los nombres en sustantivos y adjetivos. No es sazón de discutir las graves cuestiones, que acerca de la sustancia y de la cualidad se ofrecen en la ciencia que estudiamos: para nuestro propósito

basta solo con observar que diciendo: *este cuerpo es oloroso, sonoro, suave, amarillo*, enumeramos las causas de otras tantas impresiones recibidas en el olfato, en el oído, en el tacto y en la vista; que estas causas reciben el nombre de cualidades; y como quiera que la mente no concibe jamás la cualidad sin el sugeto, llamamos *substantivo (sub-stat)* (el que está debajo), á la palabra que expresa el cuerpo en que todas ellas existen. La separacion de las varias cualidades que constituyen un sér determinado, proviene de que afectan diversos sentidos: recibiendo por conductos separados unos de otros las ideas de su color, sabor y figura, al darles nombres diversos, reproducimos en el lenguaje los orígenes de su formacion. En este concepto es exacto decir con Laromiguière, que los órganos corporales son verdaderas máquinas de abstraer; ó á la manera de Condillac, que debe mirárseles como instrumentos de análisis. En seguida sucede la generalizacion del nombre adjetivo, porque vemos la cualidad misma reproducida en multitud de séres distintos. Hé aquí como el hecho psicológico y el hecho gramatical coinciden uno con otro. Concebimos el sugeto y el atributo unidos: el idioma es la imágen de esta concepcion: cada atributo se expresa con un adjetivo: el sustantivo es la expresion con que designamos el individuo que reúne en sí todas esas cualidades. Y nótese que si careciésemos de la doble nomenclatura que acabamos de explicar, el uso del idioma seria desproporcionado á las necesidades de la inteligencia. El nombre *planta* basta para significar *lo que hay de comun en los vegetales*: pero no todas las plantas tienen *la misma figura*,

ni *el mismo olor*; ni todas se encuentran en el propio estado; unas están *lozanas*, otras *marchitadas*: acudimos á los adjetivos, para asignar á cada uno de estos accidentes su nombre particular; si no los tuviéramos, el pensamiento habria de quedar por siempre encerrado en el alma, ó por lo menos se manifestaría incompleto.

Con los determinativos circunscribimos la idea: una vez circunscrita la calificamos con los *adjetivos*. *Algunos hombres son prudentes*. Estúdiese con detenimiento este ejemplo, y se verá que cada una de las palabras de que consta es necesaria para la espresion del concepto en el contenido. La prudencia es prenda de *algunos* y no de *todos* los hombres: no podia por consiguiente incluirse en la idea general *hombre* ni aplicársele, sino añadiendo á esta el oportuno determinativo.

Explicada la naturaleza del adjetivo, con suma facilidad se concibe los que llaman los preceptistas sus accidentes gramaticales. Enséñase que concierta con los sustantivos en número, género y caso. Es de toda evidencia que si hablo de *muchos hombres* y quiero luego decir que les conviene el atributo *bondad*, he de usar de la voz *buenos*, y no *bueno*: que si es varon el individuo de que me ocupo habré de valerme de la terminacion masculina del adjetivo. «*Pedro es blanco*,» y por el contrario si es hembra «*Isabel es sonrosada*;» y por fin que el respecto en que estuviere el nombre ha de ser el de su calificativo: *vir magnus in primis, cujus fontibus, Epicurus hortulos suos irrigavit*, dice Ciceron (1) hablando de Demócrito. Nótese que el *magnus* vá en

(1) De natura deorum. lib. 1. p. 42.

nominativo; porque este es el caso del nombre *vir* con quien concierta: y *suos* en acusativo, porque *horticulos* así lo requería. Esta última concordancia no tiene cabida en los idiomas que no admiten declinaciones. En español se dice: *la huerta es fértil; la huerta es de Juan; reservó la huerta para Pedro*. Aunque la relación en que está la palabra *huerta* con las demás varíe, su forma gramatical permanece inalterable. La preposición suple la falta de terminaciones diferentes para los casos.

El adjetivo se distingue del sustantivo en que este expresa la totalidad y aquel una de las cualidades del individuo: *Alejandro fué ambicioso*. Pero sucede á veces que hallamos en castellano ciertas locuciones en que los sustantivos usurpan, por decirlo así, su oficio gramatical al adjetivo. *Vargas Machuca era muy hombre*: aquí á primera vista aparece desmentida la doctrina anterior: mas si se tiene en cuenta la acepción particular que en este caso recibe la palabra *hombre*, se echará de ver que es equivalente á un conjunto de adjetivos: puede traducirse diciendo: *Vargas Machuca posee las cualidades propias del hombre en sumo grado: es valiente, leal, generoso.... es en suma un tipo de valor y de nobleza*.

Al hablar de los sustantivos, notamos cuánto facilitaban los actos de la mente condensando las ideas de modo que una sola palabra reproduce el fruto de numerosas operaciones: los adjetivos nos muestran el envés de la medalla, porque, como lo hemos visto ahora, sirven para distinguir unas de otras las varias cualidades de los objetos. Los signos se prestan pues á las diversas necesidades de la mente: son sintéticos ó analíticos, se

gun nos conviene generalizar ó particularizar nuestros conceptos. Sin los sustantivos tendríamos que recorrer una larga série de ideas para venir á parar á lo que de una vez espresamos con un nombre abstracto: sin los adjetivos no nos fuera hacedero adquirir conocimiento individual de las cualidades, que merced á esta clase de palabras estudiamos ahora á todo nuestro placer.

LEGION VEINTE Y OCHO.

SUMARIO.

Importancia del verbo.—Doctrina psicológica acerca de la actividad y la sensibilidad.—Distincion de la actividad y la inteligencia.—El juicio es elemento de todos los actos de la mente.—La interjeccion, sea el que fuere su origen, expresa un juicio.—Las ideas son los juicios que formamos de las cosas.—Conocemos las cualidades por la accion que ejercen en nuestros órganos y la que la voluntad comunica á estos.—El verbo expresa esta accion.—El verbo es inseparable del sugeto.—La idea de existencia está contenida en todas las afirmaciones.—Doctrina de Destutt-Tracy.—El verbo equivale al adjetivo con el verbo ser.—El tiempo y el modo transforma en verbo el adjetivo.—Opinion de Hermosilla.—Argumentos en que se funda.—Respuestas.—La idea del verbo siempre supone la de existencia.—Verbos activos precedieron al verbo ser.—Los hay en todos los idiomas.—Y fueron inventados antes que los adjetivos.—El verbo ser, que expresa la última de las abstracciones, debió venir despues de los que significan acciones en concreto.—Pasaje de Hermosilla.—Contradiccion en que incurre.—Definicion del juicio por D. Tracy.—El verbo expresa la cualidad en ejercicio.—El adjetivo la cualidad en potencia.—La teoria del verbo adoptada por D. Tracy era consecuencia de su ideologia.—El sentido comun ha distinguido siempre el acto de la cualidad.—Opinion de Scaligero.—De Port-Royal.—De Buchez.—El verbo expresa la vida y el movimiento.—La teoria del verbo único desfigura los hechos en vez de explicarlos.—Cuando el verbo activo se aplica á seres inanimados es porque metafóricamente se les atribuye una accion de que no son capaces, ó porque en realidad la ejercen.—El participio ha menester un adverbio para equivaler al verbo.—El verbo es la parte esencial de la oracion.—Los verbos pasivos, los que expresan la cesacion de las acciones, y los que significan el estado suponen todos que la actividad es la idea constitutiva del verbo.—Consideraciones psicológicas.—Parménides.—Demócrito.—El verbo ser expresa el acto de la mente cuando afirma las relaciones que es capaz de conocer.

Del verbo.

Señores:

Entre las palabras todas de que consta el lenguaje no hay ninguna cuya naturaleza haya sido

tan controvertida como la que vá á ser ahora asunto de nuestro estudio. El oficio importante que hace en la oracion esplica sobradamente los conatos que mostraron siempre los gramáticos por esclarecer su origen y determinar con exactitud cada una de sus propiedades. Lo que nos proponemos decir acerca del verbo confirmará el dictámen de los que le tuvieron por la mas calificada de las palabras, por la palabra por excelencia.

Traigamos á la memoria las primeras nociones de la psycologia. La sensibilidad es por sí sola insuficiente para darnos idea de las cualidades á que es debida la sensacion: si la actividad inherente al alma no dirigiese el órgano hácia el objeto que la produce, la accion de la luz y de los sonidos fuera estéril, como los clamores del que se quejára en medio de un desierto. Es preciso que la causa personal, que el yo, se ponga en contacto con las causas exteriores.

Pero no se completa con esto el fenómeno del conocimiento. La capacidad de sentir hace que las impresiones recibidas en un órgano se conviertan en sensaciones: la de movernos, que la voluntad dé direccion á ese mismo órgano: ninguna de estas dos acciones nos enseña que la sensacion procede de un objeto y es recibida por un sugeto. Para formar este concepto son menester dos juicios; y el juicio es peculiar y privativo acto de la inteligencia. Si á pesar de las reflexiones que á este propósito hicimos cuando deslindamos los términos de las facultades humanas, alguna duda se conservára sobre la distincion establecida entre la actividad y la inteligencia, una sola consideracion habia por necesidad de disi-

parla. Podemos movernos ó permanecer en la quietud; mirar el cielo y las estrellas sembradas en sus espacios infinitos; escuchar el canto de las aves y respirar el perfume de las flores, ó apartar los ojos y los oídos de esos sublimes espectáculos. En todos estos actos la espontaneidad se ostenta de una manera visible: mas todo su imperio á esto queda reducido. Ni le es posible al yo no ver azul el cielo cuando alza al firmamento sus miradas, ni dejar de juzgar que aquello que siente por medio de los ojos procede de una causa exterior y distinta de su propio individuo. Los caracteres de la sensibilidad y del juicio, y los de la voluntad son entre sí desemejantes: ¿qué motivo plausible pudiera discurrirse para persuadirnos que la facultad de juzgar es una modificacion y no mas de la de querer? ¿cómo lo que es fatal traería su origen de la libertad?

Si el alma fuese solo activa y sensible, su vuelo no se alzára jamás á las altas regiones del pensamiento. Supongamos por un instante que hubiese el Todopoderoso formado las plantas y los animales mismos que hoy habitan en la tierra; y el sol y los planetas tales como existen y el aparato óptico de nuestros ojos; todas estas maravillas quedarían por siempre ocultas é ignoradas si faltase la luz, que hace que la criatura perciba las obras del Criador. Mientras no se separaron las tinieblas de la noche de la luz del día, no recibió la vida el sér cuyo destino era, segun Milton, contemplar los portentos del universo. Destituídos de inteligencia, fuera empresa tan insensata creer que pensáramos con la actividad y la sensibilidad, como lo sería el empeñarse en oír el sonido de una campana colocada en el recipiente.

te de la máquina neumática. Faltábanos el vehículo de la sensación que apetecíamos. Estas imágenes materiales sean quizá apropiadas para desvanecer escrúpulos que aun podría haber acerca de la legitimidad de la clasificación propuesta. La sensibilidad, la actividad y la inteligencia concurren en el acto de formarse el pensamiento: pero son tres facultades primitivas, y en manera alguna cabe el referir la una de ellas á las demas.

No hay fenómeno de la mente de que no sea el juicio elemento necesario. La percepción no se convertiría en idea, á no ser por los dos juicios que atribuyen la sensación al sugeto, y su cualidad á un objeto distinto de él: el recuerdo no se nos presentaría cual es, si al tiempo de ejercitar la memoria, no afirmase la inteligencia que ya otra vez habíamos experimentado aquello de que nos acordamos: el abstraer, supone el juzgar, que existen en varios individuos propiedades análogas: el imaginar, que la belleza que concebimos es mejor que la que conocemos por los sentidos; y el raciocinio se reduce á una série de juicios mas ó menos prolongada. Si atendemos á lo que constituye la esencia de los principios racionales, luego se nos hará patente que todos ellos suponen la intervencion de esta facultad: juzgamos que *no hay efecto sin causa, ni cuerpo sin espacio, ni suceso sin tiempo en que se verifique*. La concepcion de lo infinito, bajo cualquiera de sus formas, lleva tambien consigo un acto de la facultad de juzgar, puesto que afirmamos que existe en nuestra mente.

Así pues, el juicio, segun lo nota Damiron (1)

(1) Logique ch. 4.

se reproduce en todas las operaciones intelectuales. Cuando le describimos, se vió cuán infundada era la doctrina que lo consideraba como resultado de una comparacion anterior: los dos términos que habian de constituir la, suponen, para que el entendimiento logre concebirlos, el ejercicio de la facultad de juzgar. Antes de comparar dos hojas de un árbol, con el fin de conocer si se asemejan ó no en el color verde, es forzoso que haya sabido que ambas son verdes; y para esto, debo haber referido la sensacion que en mis ojos producen á la cualidad de que dimana; es decir, que he menester usar del juicio para preparar los materiales, que en sentir de algunos filósofos debian servirme para construirlo.

Síguese de aquí, que á la manera que los antiguos poetas pintaban á la diosa Minerva naciendo de la cabeza de Júpiter, armada con su lanza y su éjida, el juicio es un acto de la inteligencia que no depende de ningun otro, que nace completo, y que así se descubre en la percepcion de los objetos del mundo fisico, como en las mas sublimes ideas á que es dado llegar al alma humana. Minerva era el emblema de la sabiduría. El juicio lo es de la ciencia toda del hombre, porque constituye todos sus conocimientos.

Con esto se conocerá que la palabra destinada á expresarlo, ha de tener considerable valor á los ojos del que se propone averiguar los principios en que se funda la gramática. No es ahora del caso discutir si el verbo proviene de la interjeccion, como afirma Destutt-Tracy, ó si trae origen de fuente distinta, segun el sentir de otros no menos entendidos que el célebre ideólogo en estas materias. Como quiera, es cierto

que el grito que suele arrancarnos el dolor, el miedo, la alegría ó la sorpresa, significa para los que le oyen, *yo padezco, yo temo, yo gozo, yo admiro*. A no ser así, ningún sentido tendría, y esa facultad de interpretar los acentos de la voz, los gestos y los ademanes, hace que equivalgan á un juicio, puesto que si son inteligibles, es porque aquel en cuya presencia se profieren, juzga que sentimos tal ó cual afecto determinado. Afirma que el sugeto se encuentra alegre ó triste, temeroso ó sorprendido.

El juicio se nos presenta desde los primeros albores de la inteligencia: con su expresion sucede lo propio; porque el designio del que habla, no puede ser otro que el poner á los demas en el caso de comprender, de juzgar de lo que á él mismo le pasa. Además, las ideas que tenemos de las cosas, son en realidad los juicios que de ellos hemos formado. El color, el sonido y las otras cualidades de los cuerpos, las conocemos en virtud del principio de causalidad que nos hace referir la sensacion que experimentamos á la cualidad de que procede: y es digno de notarse que este conocimiento resulta de la accion de los objetos en nosotros, y de la que nosotros imprimimos á nuestros órganos: para ver el sol, es preciso que la luz que difunde hiera nuestra retina, y que el *yo* haga á los ojos moverse en la direccion de la luz. Así las propiedades, tanto de los seres que pueblan el universo, como las de nuestro propio individuo, se nos presentan bajo una forma activa: el *verbo* está destinado á servirla de expresion: decimos *el sol brilla, la flor huele, el perro ladra, la liebre corre; y yo miro, yo escucho, yo atiende*.

Descartes decía que con *el movimiento y la materia* él mismo hubiera sido capaz de fabricar la máquina del mundo: sin tan altivas pretensiones podemos ahora tener por cierto que el movimiento es el punto de contacto entre el hombre y la naturaleza. La palabra que lo significa ha de ser por lo mismo la que mayor luz nos proporcione para penetrar la índole especial de los idiomas.

Acostumbrados á ver separadas unas de otras las partes de la oracion, tal vez incurrimos en el error de creer que es posible cumplan de este modo el fin para que se inventaron. El verbo, si no se junta al sugeto, carece de sentido: porque en hecho de verdad el agente y la accion no pueden estar separados. En las gramáticas particulares se habla en capítulos distintos del nombre y del verbo: como en los tratados de anatomía se enseña lo que es relativo á los huesos, prescindiendo por entonces de las carnes que los cubren, de los músculos que los mueven, de la sangre, de los nervios y de la bilis, pero del mismo modo que el esqueleto no es el hombre, no es tampoco la imagen fiel del lenguaje la que solemos hallar en los libros de los gramáticos.

Andar, correr, saltar, brillar, oler, comer, expresan acciones que por algunos han de verificarse necesariamente. El verbo, separado del nombre, es una mera abstraccion: es el sonido sin el cuerpo sonoro.

Esta doctrina cuya evidencia es manifiesta, nos conduce á la teoría que pretendemos establecer.

Cuando decimos, *el sol brilla*, afirmamos que la accion de brillar pertenece al sol: que en él *existe*. La idea de la existencia es la base de to-

das las afirmaciones: ¿cómo podría haber brillado sin objeto que brillara? ¿cuál sería el modo que á ninguna sustancia correspondiese?

Multipliquemos los ejemplos: *el perro ladra*, equivale á decir, *el perro existe ladrando: yo ando*, á *yo existo andando: el ave vuela*, á *el ave existe volando*. La certeza de este hecho psicológico movió sin duda á Destutt-Tracy (1) á asegurar que el verbo es un adjetivo en el cual vá incluida la idea que se representa con la palabra *existente*. Son, dice, los verbos *adjetivos á quienes por un exceso de abstraccion no se ha privado de la idea de existencia.....* y en otro lugar «*los adjetivos son verbos mutilados, y los verbos adjetivos completos.*» En prueba de ello observa que el verbo es solo capaz de *modos*: porque mal podría existir de una manera positiva ó condicional el que antes no existiese: *yo amo; si yo amara*, presentan la accion de *amar* bajo dos distintos aspectos: ni uno ni otro fueran concebibles á no ser por la idea de *existencia*. Otro tanto acaece con el *tiempo*: lo que *existe* solo es capaz de durar. *Caton ama, amó y amará la república*.

Por eso asienta que un adjetivo á quien se diesen modos y tiempos, quedaria desde luego convertido en verbo: porque estas modificaciones son tan inseparables de la idea de existir, como lo es el concepto de causa del de efecto: y el movimiento espontáneo de la vida. *Verde, verdéa, verdéa, verdecará*. El tiempo y el modo hace la transformacion que fácilmente se deja percibir en estas palabras. Hé aqui porqué hay pensa-

(1) Grammaire. 2. vcl. de l'ideologie.

miento, esto es, juicio, toda vez que esas circunstancias se especifican por medio del verbo: porque *apenas á una idea que solo puede existir en un sugeto, se le fija el modo y el tiempo, queda con esto significado que existe en ese sugeto.... amaba, temia, esperé, escuché....*

De todas estas reflexiones concluye el ideólogo citado, que el adjetivo *existente (étant)* es el unico verbo y el único atributo, puesto que todos los otros verbos no son en rigor mas que ese mismo adjetivo unido á un modificativo. *Yo amo....* tanto quiere decir como *yo soy amante.*

No faltan razones en apoyo de este sistema. Cuantos esfuerzos se usen para concebir qué cosa seria un verbo, faltándole la idea de existencia, ó mas bien, cómo ha de haber sentido en una proposicion, sin que alguna de las voces de que se componga exprese este concepto, son estériles por necesidad. Si consigo que me comprendan, cuando salen de mis lábios frases semejantes á estas: *el árbol crece, el caballo corre*, es sin duda, porque en las voces *crece y corre*, van incluidas las circunstancias de tiempo y de modo que suponen, segun poco ha lo mostramos, la idea de existir. El verbo la lleva siempre embebida; y en este principio se fundan todos sus accidentes gramaticales.

Sin embargo, el Sr. Hermosilla (1) propone varios argumentos contra esta teoría del verbo. Los examinaremos con el ánimo de darles su justo valor.

1.º Las oraciones de verbo sustantivo no enuncian el mismo idéntico pensamiento, que las

(1) Principios de Gram. general. Madrid. 1856.

hechas por los activos correspondientes. « *Pedro escribe*, » significa que en este momento está ejerciendo la acción de escribir. « *Pedro es escribiendo*, » expresa que tiene la cualidad que con esta voz *escribiendo* se designa. No es lo mismo poseer una cualidad, que ejecutar el acto á ella consiguiente: al decir que Antonio comercia, afirmo que ejerce en la actualidad la acción de comerciar: si digo que es *comerciante*, solo vengo á manifestar *que es esta su profesión, aunque no la ejerza ya en el día.*

2.º En muchos casos no es posible la resolución del *verbo activo por el sustantivo... llueve, truena, graniza, relampaguea...* porque no estando todavía determinado de un modo suficiente cuál es el sujeto de estas proposiciones, *decir es lloviendo, es tronando*, fuera no decir nada.

Tampoco tiene cabida la resolución en los *pronominales*: si en lugar de *Pedro se abstiene de jugar*, dijera... *es abstinento de ser jugante*, desaparecería la idea esencial de que la abstinencia nace de su voluntad. Otras veces sustituyendo el participio activo al verbo, mudaría el sentido de la oración *Pedro se emborracha, es emborrachante*: la primera de estas dos proposiciones quiere decir, *que bebe vino hasta embriagarse*; la segunda *que lo da á beber á otros*. Con el verbo *estar*, no se admite la transformación *estar bueno=ser bueno*, son cosas distintas. En los tiempos compuestos de la *activa*: *Juan ha visto, ha sido visto*, sería absurdo poner en su lugar expresiones como estas: *Juan es habiendo visto, es habiendo sido visto.*

3.º Todas las lenguas tuvieron verbos activos, mucho antes que uno de ellos adquiriese la sig-

nificación metafísica en que ahora se usa el verbo ser, y por la cual se le denomina sustantivo.

El verbo *ser* fué en su origen adjetivo. El español *ser*, el francés *être* y el italiano *essere*, nacen del latino *esse*, derivado de *é* y *o* de los griegos. Si se inquiera la manera que tuvo este de llegar á significar la existencia abstracta, se verá que con el espíritu suave significó *ir*, y con el áspero *hacer*—*ir*=*enviar*, que antecedente por consiguiente, expresó luego *llegar al paraje donde uno va ó es enviado*; y por consiguiente *estar en él*: generalizada en adelante la idea, vino á equivaler á *estar de cualquier modo*, y mas particularmente *estar fuera de la nada*—*existir*=*ser algo*. El *to be* de los ingleses es el griego *δύω*, del cual proviene el latino *vi—vo*; y por lo mismo que aquel significó primero *vivir*, *existir físicamente*, y en general *existir en la naturaleza*=*ser*.

4.º No existe, ni ha existido, ni puede existir una lengua sin verbos activos.

No es dable imaginar alguna en que hablando el hombre de sus propias sensaciones y de los movimientos que ejecuta, dejase de haber palabras á estas equivalentes, *veo, oigo, palpo, huelo, ando, entro, salgo*.... y que por el contrario expresase de continuo las cualidades de que proceden semejantes actos: *es viente, oyente, palpante*: ni mucho menos que en vez de decir *el gato marea, la liebre corre*, se dijese *el gato es mayante, la liebre es corriente*.... ¿cómo habia de faltar una voz que significase el *movimiento* que es el alma del universo?

5.º Suponer una lengua que sin tener verbos activos tenga nombres adjetivos es suponer un

imposible. No pudo el hombre calificar de *corredora* á la liebre antes de verla correr, ni de *rugiente*, al leon si no le hubiese oido rugir. Es absurdo suponer que inventase voces para que sirviesen de signo á las cualidades de un objeto sin tener ya las destinadas á las sensaciones, en virtud de las cuales dedujo que en tal ó cual objeto habia esa cualidad.

En las lenguas primitivas los verbos activos son las raices de que se formaron los nombres sustantivos y adjetivos. Así sucede en el griego: en los idiomas secundarios se verifica lo propio *amans* es derivado de *amo*; y tambien lo son *amable* y *amado*.

«Los verbos, dice el mismo autor, son aquellas palabras que significan (ó significaron en otro tiempo) el acto de ejecutar los movimientos materiales, y por estension las operaciones del espíritu.» Es esto indudable respecto á los que conservan su significacion activa como *andar*, *venir*.... respecto á los que expresan operaciones intelectuales como *juzgar*, *pensar*, ó morales: *amar*, *aborrecer*; tampoco lo será para el que atienda al sentido traslaticio de estas palabras. En cuanto á los que sirven para pintar el estado de reposo, *sentarse*, *descansar*.... bien se vé que su verdadero sentido es la *cesacion del movimiento*. *Existo*, verbo latino, se compone de *ex* (*de*) y de *sto* (*alzarse*) de aquí *sobresalir*, *estar fuera de su nivel*, *estar fuera de cualquier cosa*, *estar fuera de la nada*.

Veamos la eficacia de cada una de estas objeciones. Dado caso, que la oracion *Pedro escribe*, no puede reducirse á *Pedro es escribiente*, no por eso sufre menoscabo alguno la teoría de que

la idea de *existencia* está embebida en el verbo. Tan bien se une á la cualidad como al ejercicio de ella: mas todavía; de la voz *escribiente*, se ha separado por abstraccion la idea de existir; y así es forzoso restituírsela al juntarla con el sustantivo á quien ha de calificar, *Pedro es escribiente*. No sucede así con *escribe*, porque segun vimos, el *modo* y el *tiempo* suponen por necesidad la idea de existencia, y por este motivo el verbo la conserva eternamente.

Ademas si no cabe verificar la reduccion en los términos que indica el Sr. Hermosilla, podria esta realizarse de un modo análogo al siguiente: *Pedro está escribiendo*. Lo propio se aplica á los verbos pronominales: si *Pedro es emborrachante* no equivale á *Pedro se emborracha*; no es dudoso que puede traducirse por *Pedro se está emborrachando*.

Que los idiomas todos tuvieron verbos activos antes que alguno de ellos adquiriese la significacion metafísica de *ser ó existir*, es cosa de suyo evidente. No comenzamos por hacer abstracciones. Los latinos tenian de mucho tiempo su lengua formada, y hasta la época de Ciceron no se usaron las palabras *ens, substantia*, y otras á ellas parecidas. Fuera sin embargo delirio sostener que en los nombres de que se valian no estaban incluidas esas nociones que aun no habia separado de ellos el análisis filosófico: de que transcurriesen largos años sin que hubiese en los idiomas una palabra destinada á significar la nocion de la existencia, no se sigue que no estuviera esta embebida en el verbo activo. El mas inculto de los hombres y Leibnitz, creen con idéntica fé en el principio de causalidad: dife-

réncianse en que el primero no se dá cuenta del principio á que obedece; y el segundo lo ha abstraído por la reflexion de los casos particulares en que los sentidos se lo presentaban. Cuando el ignorante vé á su amigo herido, no vacila un instante en afirmar que alguno le causó el daño que ven sus ojos: en su juicio entran los conceptos de causa y efecto aunque jamás hayan sonado estas voces en sus oídos.

Es incuestionable que no hubo jamás, ni hay, ni habrá en el mundo, idiomas que carezcan de verbos activos. Nuestras acciones y las que en nosotros ejercen los otros séres no habian de quedar innominadas. El movimiento, alma del mundo físico, debia tener signos que lo expresáran.

La hipótesis de una lengua con adjetivos y sin verbos no es admisible. Antes de decir *el sol es resplandeciente*, se dijo sin duda *el sol resplandece*. Si la cualidad no hubiese hecho impresion en nuestros órganos; si ninguna accion ejerciera en ellos, jamás la hubiéramos conocido. La idea de la accion precede á la de la cualidad; ó lo que es mas exacto todavía, la accion es la forma bajo que se nos revela la cualidad, porque viendo resplandecer al sol, decimos que es *resplandeciente*, y oyendo cantar al ave, que es *cantante*.

El que los verbos *ser y existir* traigan origen de otros verbos que significan acciones materiales, ninguna extrañeza debe causar; pues es sabido que la nomenclatura toda de las ciencias intelectuales y morales, está sujeta á ese inconveniente. Para trasladar á los demas los actos del espíritu por medio de signos, es en cierto mo-

do necesario materializarlos. La metáfora entra por mucho en el idioma de los filósofos. Pero ¿qué se infiere de este hecho en pro ni en contra de la doctrina que se impugna? Antes expresó el verbo *existir* la idea de *estar fuera de una cosa*, que la de *estar fuera de la nada*, porque empezamos por lo concreto para venir á parar á lo abstracto: ¿se querrá por ventura persuadirnos que en la idea de *estar fuera de una cosa*, no está comprendida la de *existir*? porque la existencia separada de todo sugeto y de todo atributo, es la última de las abstracciones: ¿se pretenderá sostener que puede atribuirse una acción ó una cualidad á un sugeto, *Pablo reflexiona*, *Pablo es reflexivo*; sin que implícita ó explícitamente haya en la frase la idea de existencia?

En la sintáxis de su gramática, dice el autor citado: «Las oraciones hechas por el verbo sustantivo, expresan lo que son las cosas; las del verbo activo lo que hacen. El leon es rugiente. El leon ruge. Ambas son verdaderas y completas enunciaciones de juicios, *sin que en las activas esté embebido ó callado por elipsis el verbo ser*, como suponen los filósofos.» Poco antes habia dicho *que en las oraciones activas se atribuye al sugeto el acto de ejecutar un movimiento*.

No cabe concebir de qué manera se juzga, prescindiendo de la idea de existencia, y se atribuye un acto á un agente, faltando la base de todos los atributos que es posible discurrir. Miradas á esta luz las cosas, la opinion del ideólogo parece mas cercana á la verdad, que la del gramático, cuyas objeciones se encaminan á refutarla. Pero admitiendo desde luego como hecho

averiguado que todo verbo supone la idea de *existencia*, ¿será cierto del mismo modo que es esta su condicion esencial, y que las ideas significadas por cada verbo particular, no son mas que modificaciones del verbo *ser*? ¿solo se diferencian los adjetivos de los verbos, en que de aquellos se ha abstraído, y en estos se ha conservado la idea de existencia? ¿la accion y el estado deben tomarse por cosas idénticas?

Para el conde Destutt-Tracy toda la inteligencia humana se cifraba en estas dos facultades: *sentir-juzgar*. Así lo dice terminantemente en el cap. 1.º de la Gramática «*sentir i juzgar*: he aquí toda nuestra inteligencia: mas debo decir: hé aquí todo nuestro sér: todo lo que somos...»

Añade en seguida: «juzgar no es como quiera sentir relaciones, sino sentir *que un sér cualquiera que sea, contiene una cualidad*: esto es, que una idea está contenida en otra. Cuando pienso en Pedro y juzgo que es bueno, siento que la idea de Pedro contiene la de ser *bueno*. Cuando tengo una percepcion *siento*: y siempre que en ella descubro alguna circunstancia *juzgo*.... la proposicion, pues, que sirve para enunciar el juicio, debe constar de una idea bajo forma nominal ó sustantiva, y de otra idea bajo forma atributiva. La distincion entre verbos activos, pasivos, de estado.... es infundada... todos ellos expresan que un sugeto existe de una manera ó de otra: al decir, *yo duermo, yo amo, yo soy vencido, yo golpeo ó estoy cansado*, no se dice mas sino que *existo* de este ó del otro modo... el verbo es un adjetivo que lleva consigo la idea de existencia.»

Hasta ahora hemos mostrado que los racioni-

nios de Hermosilla no terminaban en probar lo que se propuso el que los discurrió. No hay afirmacion, no es concebible el juicio faltando *el verbo sér* expreso ó subentendido. *El leon ruge... el leon es rugiente*, lo necesitan de la misma manera. No obstante examinando con detenimiento el sentido de las dos oraciones enunciadas, se deja percibir que no dicen ambas una cosa idéntica. Si llega á mis oidos el rugido del leon y digo, como observa Hermosilla, á la persona que vá á mi lado: *el leon ruge*, expreso que el sonido de su voz está haciendo en la actualidad impresion en mí: pero si hablando de ese animal me ciño á esta proposicion, *el leon es rugiente*, solo expreso que hay en él la facultad de *rugir*. Hágase la prueba con otras oraciones y se verá confirmada la realidad de esta distincion. *Alejandro es cólerico... Alejandro se encolerizó. Pedro es racional... Pedro raciocina. Cecilia es obediente... Cecilia obedece*. En los ejemplos citados es fácil conocer que la primera de las dos oraciones de que constan expresa la idea de que la cualidad existe en el sugeto: la segunda que la está ejercitando en el caso presente. Hablando el idioma de los escolásticos diríamos que el adjetivo significa la potencia y el verbo el acto.

Esta reflexion nos inclina ya á no tener por del todo infundadas las doctrinas de Hermosilla. Nos hallamos entre dos verdades que al primer aspecto parecen opuestas. Por una parte es cierto que la idea de existencia es elemento constitutivo de todo verbo: por otra que el poseer una cualidad y el ejercitarla son cosas diversas: ¿cuál es el medio de conciliar estos extremos?

El autor de la Ideologia, fiel á las creencias

de su escuela, tuvo siempre por hecho indudable que las facultades intelectuales y morales eran modificaciones de la sensibilidad. *Pensar*, decia, es *sentir*: la memoria es una segunda especie de sensibilidad que nace de cierta disposicion que las impresiones dejan en el cerebro: juzgar es sentir relaciones; y querer sentir deseos. Todo se reduce en este sistema á una facultad esencialmente pasiva; y por consecuencia del espíritu sistemático se llega á tomar por mera modificacion de esta facultad pasiva á la voluntad. Tanto valdria decir que el calor es modificacion del frio, ó que lo es la vida de la muerte. Admitido este hecho psicológico, el principio gramatical que se deriva, no podia menos de dejar traslucir el error que en aquel se habia introducido. La actividad, olvidada en el análisis de la inteligencia, venia á ser por ese olvido inadmisibile en el de las palabras.

A los ojos del sentido comun, jamás se confunden los movimientos de un animal con la facultad de moverse que en él reconocemos. El acto y la potestad de ejecutarlo, difieren entre sí, como la amenaza y el golpe: pero esta diferencia, de suyo tan palpable, se oscurece, y acaba por desvanecerse de todo punto en la mente del que concentra su atencion en una sola faz de los fenómenos. En el discurso de estas lecciones hay repetidos ejemplos de la exactitud de este aserto.

Si juzgar es sentir relaciones, y el que juzga no hace mas que percibir que el sugeto contiene una circunstancia determinada; y si esta circunstancia, bien sea un acto ó una cualidad, se la considera como simple modificacion suya, ¿de qué manera al clasificar los signos, habia de colocar-

se en dos categorías, lo que en las ideas se había reducido á una sola? Cuando muevo el brazo, segun Destutt-Tracy, mi accion es el cumplimiento de un deseo que formé en virtud del juicio que antes hice; y este juicio procede de la sensacion. Saboreo un manjar que afecta mi paladar de un modo agradable; juzgo que es causa de placer; deseo volver de nuevo á disfrutarlo, y por eso me muevo para conseguir lo que apetezco. En esta sucesion de hechos, la actividad viene á quedar ceñida á ser una consecuencia, un mero accidente de la sensibilidad. La voz que sirve para expresarla, tuvo que correr igual fortuna. Al acto que se equiparaba con la cualidad, le correspondia por signo una voz que participase de los accidentes gramaticales que á esta distinguen.

No obstante, es notorio que un hombre y un verbo unidos forman oracion, lo cual no sucede con el adjetivo; pues este para llegar á constituir la ha menester el verbo que significa la existencia. *Antonio habla. Antonio hablador. Antomo es hablador.* Este hecho, y la consideracion de que la idea de existir es el vínculo necesario de las cualidades y las sustancias, indujo á creer al ideólogo citado que la diferencia entre el verbo y el adjetivo se cifraba: en que el primero habia conservado la idea que se expresa con la palabra *ser*, y el segundo la habia perdido por efecto de la abstraccion: de aquí el asegurar que los adjetivos son verbos mutilados; y los verbos adjetivos completos; y el sostener que todos los verbos se reducen al verbo *ser* y un adjetivo.

Lo que semejante teoría tiene de plausible, lo hemos ya manifestado. Es evidente que en todo verbo está *el verbo existir*: en este punto D. T.

iba por el buen camino: pero no lo es igualmente que la acción sea un puro estado ó modificación de la sensibilidad; ni que la voz que la significa solo en la circunstancia que él tuvo presente se diferencie del adjetivo.

Al proferir palabras como estas, *quiero, ando, canto, venzo*; no me ciño á señalar cualidades mías sino *actos* que tienen su origen en la voluntad; en la fuerza espontánea, en cuyo ejercicio consiste el libre albedrío. Cuando tratando de los cuerpos con quienes estoy en contacto, digo: *el sol brilla, el arroyo suena, el ruiseñor trina*, me sucede lo propio: expreso el efecto de una causa: la acción que en aquel entonces hacen en mis ojos ó en mis oídos, la luz del sol, el sonido del arroyo, y los trinos del ruiseñor.

No solo se han tenido por dos especies de palabras distintas el verbo y el adjetivo, sino que según insinuamos antes, el verbo se miró siempre como la palabra por excelencia. ¿Qué causa hubo para predilección semejante?

Aquí tocamos el punto crítico de la cuestión. La diferencia de índole de la escuela sensualista y de la espiritualista, déjase percibir en esto claramente. Los que impusieron nombres á las cosas, como no llevaban el ánimo preocupado por principio alguno filosófico, no solo conocieron que el adjetivo y el verbo eran palabras distintas, sino que llegaron á comprender que la palabra que expresa la actividad que nos es inherente, y los movimientos de los cuerpos, era el alma de los idiomas, á la manera que lo es la actividad de la nuestra y el movimiento del universo. El hecho, según la cuerda observación de Mr. Guizot, les sirvió de norma para inventar el signo que ha-

bia de representarle. Este hecho explica el enigma todo. Mil veces lo hemos repetido. La acción de los objetos exteriores en nuestros órganos, y la que el alma les imprime en virtud de la actividad de que está dotada, son dos condiciones esenciales del pensamiento. El sensualismo que consideraba la acción como consecuencia del deseo, y que hacia derivar el deseo del juicio, y el juicio de la sensación, podia solo ver en el verbo una voz formada para significar un estado, un accidente, una modificación cualquiera de la sensibilidad; y por eso la idea de existencia era la única que en su sistema le distinguia del adjetivo. El espiritualismo demostró la realidad del elemento que los sensualistas habian desconocido, ó mejor, confundido en su análisis. La actividad del alma apareció como distinta de la sensibilidad: de este modo la teoría filosófica vino á confirmar la importancia que en los idiomas se atribuye á los verbos. El sentido comun y la doctrina de los pensadores, despues de caminar por distintas vias, coincidieron en este punto. Y así debía suceder; porque cuando la filosofía se aparta del sentido comun, bien puede asegurarse que delira en vez de discurrir. El abismo á que va á parar, le da á conocer que ha perdido el norte que debiera guiarla. El escepticismo que duda de la existencia de los cuerpos, y el materialismo que confunde el espíritu con la materia, son de ello pruebas irrefragables.

La acción lleva siempre consigo la idea de existencia; porque no hay abstracción que llegue á separar el *hacer* del *existir*. El adjetivo expresa la cualidad, esto es, la simple posibilidad de causar en nosotros cierta impresion. *La*

hoja verdea. El joven ama. La hoja es verde. El joven es amante. Obsérvense estos ejemplos en los dos primeros las palabras *verdea* y *ama*, expresan una acción que se verifica de cierto modo y en cierto tiempo. En los dos segundos *verde* y *amante*, no significan modo ni tiempo, sino una cualidad que tan bien puede existir en un individuo como en otro.

Infiérese de todo esto, que la teoría de Destutt-Tracy contiene parte de la verdad, puesto que la idea de existencia es elemento constitutivo del verbo, pero que incurre en el error, cuando sustenta que es esta la única circunstancia que lo diferencia del adjetivo. Hermosilla acierta en decir que la palabra que expresa *la acción*, no ha de confundirse con la que solo designa la cualidad; pero abusa de la idea con que refuta al ideólogo, y se adelanta hasta á negar proposiciones de evidencia manifiesta. No hay afirmación sin la idea de existencia. Además se vale de razones que no conducen al fin que él se propuso.

La naturaleza del verbo es significar las acciones que provienen de la actividad del *yo*, y los movimientos de los seres animados que pueblan el universo; y como la acción y la existencia son inseparables, va en todos ellos embebida esta idea. La verdad y el error del ideólogo y del gramático español, quedan con esto explicados de una manera plausible.

Para esclarecer mas esta materia citaremos la opinión de algunos célebres pensadores. Scalígero divide las cosas en *permanentes* y *fluentes*, fundando en esta división la índole del sustantivo y la del verbo. El primero expresa lo que perma-

nece: *árbol, caballo, hombre*: el segundo lo que es de suyo transitorio: *verdea, corre, quiere*: y aunque puede atribuirse cierta vaguedad á ese modo de clasificar, porque hay verbos que significan la *accion y el estado*, no por eso deja de contener la idea capital que sirve de línea divisoria á estas dos clases de palabras.

Port-Royal define el verbo diciendo que « es una *palabra que significa la afirmación, designando la persona, el número y el tiempo.* » Todo esto es exacto, pero diminuto: el verbo lleva consigo la afirmación: y comprende las tres ideas de persona ó agente, de número, y de tiempo; porque la acción que expreso cuando digo *ando*, no es concible sin el agente que la ejecuta y sin el tiempo en que ha de ejecutarse: respecto al número, es claro que al designar el agente, habré de tener en cuenta si es uno ó son muchos los que verifican el acto; pero ninguna de estas circunstancias constituye la esencia del verbo. La acción á que se destina es la causa de que sean sus accesorios indispensables los conceptos de *agente número y tiempo*: así la definición de Port-Royal no satisface cumplidamente su objeto.

Buchez (1) cree que el verbo es el *signo de la actividad misma*: su oficio es representar la acción del alma humana; y al modo que esta obedece en sus actos á la ley de sucesion, el verbo recibe modificaciones varias para expresar las que son propias de la actividad. De aquí *el tiempo, el número el modo y la persona*. Los que sostienen que el verbo equivale á un adjetivo y el verbo ser, continua el mismo autor, despojarían

[1] Essay de philosophie du point de vue du catholicisme.

al lenguaje de toda su energía si su sistema se redujese á la práctica. El verbo activo representa los sucesos tales como han pasado; les conserva la vida, si es lícito decirlo así, y los hace visibles reproduciéndolos fielmente. Si en vez de decir *creo en Dios*, digo *soy creyente en Dios*, quito toda su fuerza á un acto de fé y lo reduzco á la especie de molicie que se deja traslucir en estas proposiciones *estoy triste, soy incrédulo*.

Ademas, *si creyente en Dios* es un mero atributo, como *alto ó blanco*, en ese caso se prescinde de la voluntad y se le equipára con aquellas cualidades que en mí existen sin intervencion mia. Equivale esto á decir *soy creyente, tengo la cualidad de creer*, cual otras muchas que poseo por haberlas recibido del Autor de la naturaleza. Y es lo cierto que al proferir estas palabras «*creo en Dios*» no quiero expresar que esa creencia es una de mis cualidades, sino que mi intencion es significar un *acto* que nace de la energía de mi voluntad.

Por otra parte; á pesar de que la teoría del verbo único cuenta largos dias, no vemos que haya producido efecto considerable en el uso del lenguaje; siendo digno de notarse que los que la inventaron, en lugar de estudiar los idiomas para descubrir las leyes de su mecanismo, discurrieron un principio que contradicen los hechos á que debia servir de esplicacion. Es poco razonable desfigurar el fenómeno para descubrir la ley que lo rige.

Los ejemplos que al primer aspecto pudieran parecer excepciones, confirman la verdad de la regla establecida: hay sustantivos que designan seres que tienen en sí el principio de la accion y del

movimiento, *el hombre, el animal...* y otros que de suyo son pasivos como *casa, bondad...* claro es que los primeros son propiamente los *sujetos* de los verbos activos, *el hombre ama, el animal corre*, y que los segundos no pueden serlo. No obstante es muy frecuente el uso de frases, como estas, *el monte se levanta hasta perderse en las nubes; el aguardiente, enardece, la bondad atrae á sí los corazones*. En los casos citados y en todos los que se les asemejan, el sustantivo admite por metáfora el verbo activo, ó bien lo es en realidad con respecto á nosotros, ó por fin la cualidad de que hablamos produce el efecto que se le atribuye, siendo activa entonces por mas que no lo sea en otras ocasiones: ¿podrá ser dudoso que es metafórico el sentido del verbo *levantar* cuando le aplicamos al *monte*: que el *aguardiente ejerce en nuestra naturaleza una verdadera accion*, y que la *bondad* tiene una fuerza atractiva que influye poderosamente en el ánimo? En todos tiempos y en todos los países la imaginacion ha personificado la naturaleza inanimada trasladando á séres de suyo inertes los actos propios de los que están dotados de vida y de movimiento: y como quiera que la traslacion supone que de antemano existia, en otra parte lo que se traslada, habrá de inferirse que el uso primitivo del verbo es el significar las acciones y los movimientos de los séres que en sí propios tienen el principio de su actividad.

Tal vez se diga que la proposicion *yo obedezco*, puede traducirse por *yo soy obediente*; porque obediente se llama *el que obedece*; y que si bien es cierto que *obedezco* expresa un *acto de obediencia que se verifica en este momento, y soy*

obediente significa que es uno de mis atributos *obedecer*, dando así mayor latitud á la idea, es fácil remediar ese inconveniente ciñendo el sentido del participio de este modo: *yo soy obediente ahora*, en cuyo caso significamos que la cualidad me pertenece en el instante presente, como lo hace el verbo activo.

El argumento se convierte en daño del que lo usa; porque el haber de añadir el adverbio *ahora* al participio *obediente* para que sea igual su sentido al verbo *obedezco*, prueba que no hay equivalencia tan cumplida como se pretende. El atributo pierde su cualidad de permanente, y mediante el adverbio se hace transitorio y movetizo; por ventura ¿se querrá sostener que son una cosa misma el verbo y el participio, cuando este ha menester se le añada una nueva idea para hacer las veces de aquel? Además ¿cómo se explica la existencia y la distincion del verbo y del adjetivo? ¿por qué se encuentran frases distintas para significar *el acto y la cualidad*? Por mas que en lo contrario se obstinen gramáticos sistemáticos, el *estado* y el *acto* se tendrán siempre por cosas distintas.

Otras reflexiones se ofrecen tambien sobre esta materia. El verbo es el centro, por decirlo así, de la proposicion de que hace parte. Representa la idea que explica el fin á que se dirige la actividad; porque la accion participa tanto de la naturaleza del agente, como de la del término á que se encamina: si digo *yo construyo una casa*, la accion que significo con el verbo *construir*, expresa la manera particular de ejercitarse en este caso mi actividad; y no es dudoso que ese ejercicio lo determina el objeto que me propongo.

Acaso los verbos contengan el gérmen de toda la proposicion, porque el acto es el que nos da á conocer, tanto al agente, como al término á que se encamina: si profiero estas palabras *aconsejo*, desde luego advertirá el que las escuche, no solo que el verbo expresa un acto propio de una criatura racional, sino que el término del verbo mencionado es otro individuo de nuestra especie.

Claramente se percibe que la accion es conforme al fin que nos proponemos, y en este sentido seria exacto decir que el fin es el que la determina. Hé aquí otro motivo mas para tener al verbo por diverso del adjetivo y del participio: ambos suponen que la palabra que expresa el acto ha debido precederles. *Amante* es el que ama; y aunque pueda sustentarse con razon que el participio posee las dos propiedades que acabamos de atribuir al verbo, puesto que pronunciándolo, luego se echa de ver quién es el agente, y cuál es el término de su accion, no por eso será menos cierto que jamás se habria obtenido semejante resultado, no habiendo estas dos ideas en el verbo *amo*, de que trae origen el participio. Este no hace mas que mudar en estado lo que antes era un mero acto, y en este caso el estado es, por decirlo así, la continuacion del acto.

La variedad de aspectos bajo que es posible considerar las acciones y los movimientos, y los modismos que en cada idioma se han introducido con el discurso del tiempo, ó por efecto de circunstancias que no son de examinar ahora, serán tal vez causa de que se presenten algunos ejemplos, en que á primera vista aparezca desmentida nuestra doctrina.

El verbo es el signo de la actividad; no obstante, hay verbos pasivos, como sucede en el latín; y en los idiomas modernos se suple la falta de estos por medio del verbo ser y el participio. El verbo es signo, no solo de la actividad, sino también de la pasividad. Hay verbos que, lejos de significar *acción*, expresan todo lo contrario; *reposar*, *descansar*, *yacer*, llevan consigo la idea de *inacción*. El verbo, pues, además de la actividad y de la pasividad, sirve de expresión á la inactividad.

Por fin, hay verbos que significan el estado, como *permanecer*, *durar*, *vivir*, *estar*; y otros la existencia, como nuestro *ser*, y en latín *sum*, y sus compuestos *adsum*, *absum*, etc. Síguese que el verbo es signo de la actividad, de la pasividad, de la inactividad, del estado y de la existencia.

Comenzaremos por observar que si la razón que aquí se aduce en contra de la doctrina que hemos expuesto sobre la esencia del verbo prevaleciese, fuera necesario destruir todas las clasificaciones que han hecho de las palabras, tanto los gramáticos como los filósofos que han discurrido acerca de los principios del lenguaje. En efecto, los sustantivos se destinan á significar los seres existentes, *los hombres*, *los animales*, *las plantas*, *las piedras*; y por este oficio, que es el primero y el que sirve de fundamento á los demás, se les define. No obstante, hay sustantivos, y por cierto en número harto considerable, que expresan ideas abstractas, *humanidad*, *hermosura*, *nombradía*, y á veces, hacen papel de adjetivos, como en la frase que citamos poco ha: *Vargas Machuca* es muy hombre. También sucede que

el adjetivo se use como sustantivo: *lo bello agrada, lo justo es preferible á lo útil*. Seria por esto razonable sostener que la naturaleza del sustantivo y la del adjetivo no son las que le hemos asignado? Teniendo en cuenta la generacion de las palabras, advertiremos que los nombres de las especies, los géneros y las cualidades han debido inventarse despues que los de los individuos que existen en la realidad; y que para aplicárseles ha tenido la mente que sustantivarlos; de modo que la objecion prueba el principio: convenciéndonos de que los sustantivos son por esencia signos de los séres reales; puesto que si se imponen á ideas abstractas es porque estas se realizan envirtud de un acto de nuestra inteligencia, ¿por qué no se dice que el sustantivo significa la cualidad valiéndose para ello del modismo ahora citado? La propia reflexion se aplica á los adjetivos y por punto general á todas las palabras.

El verbo tiene en hecho de verdad todos los usos que dejamos enumerados: pero ninguno de ellos se opone al que le hemos atribuido como principal.

La voz pasiva es consecuencia necesaria de la voz activa: *yo soy amado* dá á entender que alguno *ama* y que soy el término de su accion: apenas se necesita añadir que todas las acciones expresadas por los verbos transactivos están en idéntico caso, *golpeo, aborrezco, halago, festejo*. La voz pasiva es un testimonio irrecusable de que la actividad es el origen del verbo. Los que expresan la cesacion de aquella por necesidad la suponen; porque el *descansar, el yacer* y otros á estos parecidos son verbos que jamás se hubie-

ran inventado donde no se conocieran la acción y el movimiento: su sentido es significar que concluye la actividad, ó que se suspende; y como es claro que esa conclusión y esa suspensión pueden ser mas ó menos duraderas, de aquí el aplicarles los mismos accidentes que á los verbos activos. El ser que se mueve es el que *separa, y descansa y yace* por intervalos; era lógico que el signo que se destina á significar el fin del ejercicio de la actividad fuera correspondiente al que expresa esta misma actividad. Son estas dos ideas tan correlativas como las de *acción y pasión* de que ahora hicimos mérito. Los dos conceptos de pasividad y de cesación de actividad han de ser por esencia secundarios: uno y otro muestran perspicuamente que les precedieron verbos activos.

No quisiéramos pecar por sutiles adelgazando el discurso quizá mas de lo razonable; pero no podemos menos de advertir que los verbos *descansar, yacer* y otros que pertenecen á su misma categoría, á vueltas de la significación especial que se les dá en el uso corriente, despiertan la idea de acción cuyo término ó intervalo expresan. *Descansa, reposa*, son dos palabras que suscitan en el que las oye las ideas de que ha ejercido su actividad el sujeto de quien se habla.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que bien analizados los verbos que pudieran conceptuarse como excepciones ó reparos del principio establecido, vienen en realidad á confirmarlo. El verbo activo produce el pasivo: la acción nos trae á su término: de modo que la idea esencial del verbo es la de ser el signo de la actividad:

esta es la raíz de todas las que en adelante llega á expresar.

En cuanto á los verbos estar y ser, su mismo oficio en el uso del idioma nos convence de que ambos presuponen los verbos activos. *Estar alegre, pesadoso, agitado*, son locuciones que significan la situación del ánimo: *España está colocada en una estremidad de la Europa; el caballo está inmovil*, se refieren al estado físico del país y del animal de que tratamos.

La alegría, el pesar y la agitacion son afecciones del alma; mas ninguna de esas afecciones existiria sin la actividad, y lo que queremos decir cuando pronunciamos palabras semejantes á estas *estoy alegre ó triste*, es que permanece la impresion producida en nosotros por objetos capaces de inspirarlas... *estoy trabajando*, equivale á «*trabajo de continuo*», esto es, la accion de trabajar repetida hasta constituir mi estado. Si no empezára por alegrarme ¿podria alguna vez decir *estoy alegre?*; y se sostiene que en los dos casos citados soy pasivo, porque la alegría y la tristeza provienen de causas exteriores, como por ejemplo: *oir una buena nueva, perder un amigo querido*: habremos de aplicar aquí lo que sentamos acerca de que la pasividad supone la actividad. Para que yo sea paciente, es preciso haya habido un agente que ejerciera en mí accion. El estado es la continuacion del acto, ó mas bien el resultado que este produce. Si se aplica el verbo estar á los cuerpos que carecen de vida para que exprese su situación en el espacio, significa entonces la idea opuesta á la de *movimiento*, y solo por contraste podemos conocerla. Pero se dirá que el estado de los cuerpos inertes, como

una piedra ó una montaña nada tiene que ver con el *movimiento* de los séres dotados de vida, ni mucho menos con la actividad; y que es traspasar los límites prescritos por la razon á clasificaciones de esta especie confundir unas con otras cosas que así difieren. Para responder á la objecion recordaremos en primer lugar que el conocimiento de esos mismos cuerpos es debido á la accion que ejercen en nuestros órganos segun á la larga lo mostramos antes cuando espusimos el modo de transformarse en adjetivos los verbos; y es esto tan palpable que aun la misma *inercia* la conocemos por la resistencia que opone á los movimientos de nuestro cuerpo, y la concebimos como una fuerza que conserva adheridas entre sí las moléculas de que aquellos constan: de suerte que la idea del *estado* tiene su origen en la de *accion*. En segundo que los verbos *estar* y mas todavía *ser* son signos característicos de los actos de la inteligencia. Para dilucidar cumplidamente la materia de que tratamos tendremos que elevarnos á consideraciones psicológicas y casi tocar los términos de la ontologia. Los sentidos nos dan á conocer los fenómenos que son en realidad los movimientos de la naturaleza; con harta frecuencia hemos observado que las sensaciones que producen los colores, sonidos, sabores y olores en los órganos del cuerpo y la dureza ó blandura que en ellos advertimos, eran debidos á la accion que cada una de estas cualidades ejerce en nosotros. Los rayos de la luz hieren la retina: las emanaciones de los cuerpos olorosos el olfato: sin esta correspondencia que por medio del movimiento se establece entre los sentidos y las cualidades de los séres que pueblan el universo, fal-

taria el primer dato de nuestra ciencia. Hablando del principio de causalidad (1) y del juicio (2) procuramos demostrar que á los movimientos voluntarios del *yo* y á la idea que en virtud de ellos concibe el entendimiento, es debido el que nos conozcamos como causa y el que formemos concepto de las causas exteriores que están en contacto con nosotros. Así la actividad del *yo* y el *movimiento* de la naturaleza física son los dos eslabones de esta cadena.

En la lección XVI dijimos también, que la memoria hace que la idea de causa se convierta en la de cualidad: *al percibir el fenómeno de la atracción, me acuerdo de haberlo ya percibido otra vez: la fuerza que lo produce, no es ya como quiera una causa transitoria, sino permanente: es una cualidad del cuerpo á de los cuerpos que produjeron en mí aquella impresión.*

No cabe duda en vista de lo expuesto acerca de que los dos verbos *estar* y *ser*, se inventaron después de los activos; y es no menos cierto que les deben su origen.

El lenguaje representa en esta parte las dos grandes facetas que ofrece el universo á la consideración del hombre reflexivo. Los que siguiendo las huellas de Demócrito se fijan solo en las apariencias fenomenales, hallarán en los verbos activos la expresión de ese movimiento continuo, que hace de la naturaleza un vasto laboratorio, en que incesantemente se suceden la vida y la muerte; ó mas bien, en que una serie indefinida de transformaciones, presenta los objetos á nues-

(1) Lección 7.

(2) Lección 16.

tros ojos revestidos de mil formas distintas. La perdurable movilidad del fenómeno, y la de nuestra propia actividad, se significan por ministerio de los verbos activos, *sonar, resplandecer, vegetar, vivir.... querer, moverse, atender....* Examinense con detenimiento los mencionados verbos, y se hará palpable nuestro aserto.

Los que alzando á mayor altura su ánimo, quieran penetrar en las regiones descubiertas por Parménides, y frecuentadas luego por la escuela idealista, verán en el verbo estar, y mas todavía en el verbo ser, la expresion de la *causa permanente, de la ley constante, de la unidad*, que la razon percibe en la pluralidad y en la inconstancia de los fenómenos. *La atraccion es una ley de la naturaleza*: esta proposicion muestra la permanencia; así como esta otra: *dos partículas afines se atraen recíprocamente*, es fiel imágen del fenómeno que conocemos por los sentidos.

Negar que los verbos activos proceden de los dos orígenes que les hemos asignado, y empeñarse en confundirlos con el verbo *ser*, equivaldría á desmentir el testimonio de los sentidos y el de la conciencia, desconociendo la vida, el movimiento y la actividad de que nos dan idea. Traduciríamos entonces la filosofía del lenguaje el *ente absoluto y necesario* de Parménides. Tal vez hubiera razon mas plausible para reducirlo todo á la actividad y al movimiento, adoptando la doctrina de Demócrito como base de la teoría que sobre las palabras nos propusiéramos enseñar.

Al establecer los principios psicológicos, no negamos, ni la realidad de los fenómenos, cuya noticia debemos á los sentidos, ni la de las leyes

eternas que la inteligencia descubre al través de las apariencias fenomenales: los verbos activos y el verbo ser coexisten en nuestros idiomas, como las ideas de lo variable y de lo permanente en nuestros conocimientos.

El mundo es una série de fenómenos, y es también la revelación de un sistema de leyes ordenado por la sabiduría divina.

Reasumiendo todo lo que hasta aquí llevamos expuesto, concluiremos que el verbo es la palabra destinada á expresar la actividad del alma humana, y el movimiento de la naturaleza física, y que el verbo *ser*, manifiesta el oficio mas noble de la inteligencia.

Para persuadir todavía mas la verdad de la tesis sustentada en esta ocasion, nos resta solo preguntar: ¿si el alma es pasiva ó activa, cuando juzga *que la atracción es ley de la naturaleza ó que la justicia es eterna?* Hemos enseñado que la verdad es independiente de nosotros; que somos capaces de conocerla, pero en manera alguna de crearla. No está en nuestro albedrío dejar de creer que *el todo es mayor que cada una de sus partes, ni que es amarillo el cuerpo que aparece blanco á nuestros ojos.* No tratamos de destruir en la gramática las doctrinas enseñadas en la psicología; mas si observamos, que el formar cualquiera de los juicios ahora enunciados, supone un *acto* del entendimiento; de lo cual se infiere claramente, que el que dice *Dios es la esencia de la justicia*, es tan activo como el que *le dirige fervorosas súplicas implorando su misericordia.*

Así los cuerpos que al primer aspecto nos parecían privados de vida, mejor observados des-

cubren en los fenómenos que en ellos advertimos, un principio de actividad que las apariencias encubrian á nuestros ojos.

El verbo es la expresion de la actividad del alma y del movimiento de la naturaleza: es el signo de la vida, y por eso se le consideró siempre como el vocablo por excelencia.

LECCION VEINTE Y NUEVE.

SUMARIO.

El participio no expresa el tiempo ni la persona.==Respuesta á una objecion.==Hay palabras que sin ser verbos expresan accion.==El participio es posterior al indicativo.==El participio es un adjetivo verbal.==Necesidad de circunloquios para que el participio y el indicativo se sustituyan uno á otro.==Infinitivo.==Expresa en abstracto la accion del verbo.==Gerundio es un caso del infinitivo.==Son simultáneos la accion ó el estado que expresa.==Subjuntivo ==Significa la dependencia.==Imperativo.==El mando.==Razon de estos dos modos del verbo.==Modismos ==Tiempo.==Pasado, presente y futuro.==La idea de tiempo es inseparable de los modos definidos del verbo.==Las otras voces no la llevan consigo.==Nombres y adverbios que significan tiempo.==Por si solos no tienen valor.==Presente.==Es fugaz.==Se reproduce sin cesar.==No admite grados.==Preterito.==Puede ser perfecto, imperfecto, plusquamperfecto.==Denominaciones de Hermsilla.==Grados del futuro.==Pasado, próximo y remoto.==Destutt-Tracy.==El modo definido es capaz de todos los tiempos.==El indicativo y el subjuntivo están en esta parte en idéntico caso.==El verbo admite números.==Variedades de los idiomas.==Verbos auxiliares.==Suplen la falta de voces en los verbos.==Ser, haber, tener, se adoptan como auxiliares por la generalidad de la idea que expresan.==Las preposiciones modifican el sentido del verbo.

De los modos.

Señoras:

Hemos procurado establecer la verdadera teoría del verbo, adoptando de varios autores las ideas que juzgamos mas atinadas.

Lo que nos proponemos decir del *participio*, del *gerundio* y del *infinitivo*, acabará de de-

mostrar la verdad de la doctrina antes establecida.

El participio es una forma, en la cual pierde el verbo la propiedad de designar la persona: cuando digo *amante* ó *creyente*, no expreso si soy *yo*, ó eres *tú* ó *él*, el que *ama* ó *cree*. Tampoco en rigor se conserva la idea de tiempo; puesto que ciñéndose á decir: *hombre amante de la virtud... ó creyente*, no se sabe si el amor ó la disposición á creer, se ejercitaron en la época actual ó la que le ha precedido, ó en alguna que aun no ha llegado.

Cierto es que en los dos ejemplos referidos *amante*, *creyente*, expresan las acciones de *amar* y de *creer*; de lo cual pudiera inferirse con apariencia de fundamento, que no es la idea de acción la que constituye el verbo, puesto que el participio la contiene; y sin embargo, no se le considera como tal, hasta que el verbo sustantivo le suministra la idea de la existencia; á lo que se agrega que hay muchas palabras que significan acción, sin que por eso se las haya nunca tenido por verbos. Cuéntanse entre estas *corredor*, *amador*, *gemidor*, *veloz*, *fugaz*, *desdeñoso*, y otras muchas que se les asemejan; todas ellas añadiéndoles el verbo *ser*, quedan en la esfera de verdaderos verbos: *el galgo es corredor*; *el águila fué veloz en su vuelo*. La objeción se desvanece fácilmente.

Hemos visto que el modo que se denomina participio, no pudo inventarse hasta despues del indicativo. Para llegar á esta oración: «*Pedro es amante*», fué preciso verle amar: antes que *amante*, hubo otra voz que expresase la acción del amor: *ama*, *amó*, *amará*.

A no dudarlo, el participio significa accion: *tonante*, equivale al que truena; *caminante* al que camina; pero desaparecen la idea de la persona, la del tiempo y la de la existencia; de modo que no expresa este vocablo la accion actual, la pasada ni la futura, ni tampoco el sugeto que la verifica. Es verdad que conviene en algo con el verbo; mas si bien se considera, dista mucho del sentido de éste; es, por decirlo así, un verbo sin vida, porque la vida del verbo es significar una accion existente en un sugeto. *Amante* se traduce *el que ama... creyente, el que cree*. El sentido verdadero de estos participios, es mas parecido al de los adjetivos que al de los verbos. La cualidad que significa el adjetivo, suele ser lo mismo *activa* que *pasiva*. *Pablo es dadivoso...* vale tanto como *Pablo da mucho, hace muchas dádivas*. En este caso se encuentra el participio. *Sócrates fué amante de la justicia*; esto es, tuvo la prenda del alma que se denomina *amor de la justicia*; y como el amor es activo por su esencia, es claro que la propiedad de amar que se designa con la voz *amante*, ha de significar *accion*, á la manera de *dadivoso*, y otros muchos adjetivos que pudieran citarse.

Y en prueba de que el participio designa la accion del verbo convertida en hábito ó cualidad perenne, es de notar que en el uso del idioma no se confunden por lo comun estas espresiones *yo camino... yo soy caminante... yo navego... yo soy navegante*. Las dos primeras dicen simplemente que practico el acto de caminar ó el de navegar: las dos segundas que es mi profesion pisar los caminos ó surcar los mares.

Ademas en nuestro idioma sucede á veces que

no conserva el régimen mismo del verbo de que se ha formado: *calmante del dolor* se dice, y no *calmante el dolor*, como se diría si el participio siguiese el propio rumbo que el verbo *calmar*: *Veturia calmó la ira de Coriolano*.

Amo, corro: son las raíces de *amante, amador, amando, amar*: y de *corriente, corredor, corriendo, y correr*. Todas estas voces provienen de abstracciones sucesivas; y aunque en la variedad de formas que reciben los idiomas mas de una vez se combinen las palabras, de manera que el indicativo venga á tener el mismo sentido que el participio, esto en lugar de menguarlo corrobora nuestro aserto. *Sócrates amó siempre la justicia*, equivale á *Sócrates fué amante de la justicia*. El ejemplo muestra que para dar á la voz *amó* el carácter de perpetuidad, de calidad habitual que significamos con el participio *amante*, se usó del adverbio *siempre*: lo cual convence de que el oficio del verbo es expresar la acción y que las voces que de él se derivan designan las varias significaciones especiales que la facultad de abstraer ha dado á las palabras que de él se derivan.

El participio á que se une el verbo *ser* no equivale por eso al presente de indicativo. Su oficio es significar bien la continuacion, bien la facultad ó el hábito del acto á que el verbo se refiere, *delirante* es aquel cuyo delirio no cesa: *rumiante* el que tiene la facultad de rumiar, *obediante* el que ha contraído el hábito de la obediencia. Cuántos ejemplos se propongan para persuadir lo contrario, examinados con detenimiento, vendrán á confirmar nuestra opinion; porque si como repetidas veces lo hemos observado el

participio ha menester la adición de otras palabras para expresar la idea del indicativo:— *yo amo* = *yo soy ahora amante*; y el indicativo se encuentra en el propio caso si ha de hacer las veces del participio *yo amo siempre*; *yo soy amante*; ¿no será esta una demostración tan cumplida como puede discurrirse de que no es el mismo el concepto por ambos significados?

El verbo ser por sí solo no comunica al participio las virtudes de que carece: desempeña en este caso el mismo papel que cuando se interpone entre un nombre y un adjetivo.

No son una cosa misma la acción expresada por el verbo y la que el participio designa.

El exámen del *infinitivo*, del *gerundio*, del *imperativo*, y del *subjuntivo* hará mas plausibles nuestras conclusiones.

Quando el verbo se transforma en participio pierde la propiedad de significar el tiempo y la persona, quedando reducido en rigor á la categoría de un mero adjetivo. El infinitivo es en realidad un grado mas de abstracción que el participio, porque designa la acción; prescindiendo en un todo del agente. *Compadecer es propio de las almas tiernas: Perdonar las injurias es virtud enseñada á los hombres por el Evangelio.* Las acciones de compadecer y de perdonar se consideran aquí en sí mismas como si fueran seres reales. Están en el mismo caso que los sustantivos abstractos. Lo que *afabilidad* es á *afable*: lo es *amar* á *amante* y á *amó*.... Es de observar el órden progresivo de estas acepciones. *Amo*, quiere decir, *ejercito la acción de amar*: *amante*, *tengo la cualidad de amar*; y *amar*, *la acción que procede del amor*. Las dos ideas que

presentan el participio y el infinitivo no pudieron preceder á la que ofrece el indicativo.

Hé aquí la razon de haber denominado infinitivo, esto es, indefinido, infinito á esta especie de sustantivo verbal. Por eso Destutt-Tracy, dice en una nota de su gramática (1) *«algunos gramáticos entendidos en las lenguas antiguas opinaron que la verdadera raíz, la forma primitiva de los verbos latinos, es la segunda persona del presente de indicativo, y Leibnitz pretende que la raíz es la segunda persona del presente de imperativo, que en hecho de verdad apenas difiere de la otra.*

El gerundio expresa que se ejecuta el acto en el modo, tiempo y persona que tiene el verbo que se le junta; solo si, que la accion es dilatada y no momentánea, ya por emplearse en ella mucho tiempo, ya por la sucesiva repetición de los actos. *Estoy estudiando: ayer estuve tirando al blanco.* Este uso del gerundio en nuestra lengua, se aviene con el concepto que formaron Beauzéc y D. T. acerca de su oficio gramatical. Ambos los consideraron como casos del infinitivo; y así es en efecto: *venciendo se engrien los conquistadores, equivale á los conquistadores se engrien con vencer: diciendo esto se despidió de nosotros; quiere decir, despues, ó mas bien, al tiempo de decir esto, se despidió de nosotros.* El sentido de esta voz da á conocer que se inventó despues del infinitivo: para tomar la accion del verbo como dependiente de otra, es fuerza haberla ya generalizado. No se habria dicho, *cultivando la memoria se aumenta su capacidad*, si antes hubiese

(1) P. 177. vol. 2.

habido el infinitivo *cultivar*; porque esa oracion es idéntica á esta: *con cultivar la memoria se aumenta su capacidad.*

El subjuntivo es una forma que toma el verbo, para manifestar una relacion de dependencia. *Importa seas prudente; si fueras aplicado alcanzarías el premio.* El imperativo indica la accion del verbo en forma de precepto: *amad á vuestros enemigos, dice J. C.*

En las gramáticas particulares, estos modos son asunto de muchas reglas, y dan lugar á observaciones curiosas é importantes. Para nuestro intento solo conviene observar, que la idea esencial del verbo no se altera porque se la presente bajo diversos aspectos. El movimiento ó el acto que está destinado á expresar, no se muda por eso. *Yo amo, amad, y si yo amára,* contienen igualmente la idea del *amor*. Si se pretende inquirir el origen de esa diversidad de formas que toma el verbo, se conocerá que cada una de ellas es retrato fiel de un hecho psicológico. Es notorio que las acciones dependen unas de otras: del amor nace la gratitud; del agravio el deseo de venganza: *si amares, serás amado: si insultases á otro, le convertirás de amigo quizá en enemigo.* El mandar y el obedecer dependen de las diferencias que la naturaleza y la sociedad han establecido entre nosotros. Que el padre mande y el hijo obedezca, es cosa natural; porque entre estos séres, tales son las relaciones que existen. Si luego atendemos á la indefinida variedad de condiciones á que dá origen el estado social: si tenemos en cuenta cómo difieren unos de otros los hombres por el poder, por el talento ó la virtud; si además reflexionamos sobre la necesi-

dad del gobierno, y la de las diversas gerarquias que provienen de la desigual distribucion de la riqueza, ninguna cosa admirable deberá parecer-nos hallar en todas las lenguas el modo imperativo, ó algun equivalente suyo.

No en todas hay igual copia de palabras, para significar los varios aspectos bajo que puede ofrecerse una idea idéntica. Nosotros tenemos dos participios, uno activo como *amante*, y otro pasivo como *amado*. Los latinos tenían ademas otro participio con dos terminaciones, para significar la accion y la pasion en tiempo futuro: *amaturus*, quiere decir *el que será amante*; *amandus*, *el que ha de ser amado*. En castellano apenas queda alguno como futuro: *ordenando*, *vitando*, *doctorando* y pocos mas. Tambien sucede á veces que la terminacion pasiva se ponga por activa: *es hombre entendido*: *estás cansado*. Pero ya se ve que estos son modismos, que se explican por las circunstancias particulares de cada pais, y no por los principios que tienen su raiz en la índole de nuestras facultades.

De los tiempos.

La division del tiempo en *presente*, *pasado* y *futuro*, de tal modo está en la naturaleza de las cosas, que luego ocurre á la mente del que por un momento fija su atencion en esta materia. Nadie confunde los tres períodos de la duracion; y de todos es sabido que solo puede haber un tiempo presente, y que hay muchos pasados y futuros, segun sea mas ó menos considerable la distancia que de aquel los separa. Tambien sería tarea ociosa el pretender definirlos, porque la idea

que su simple enunciaci3n suscita, en vez de recibir luz de la definici3n, acaso se oscureciera. Es notorio que el tiempo presente es aquel en que estamos en la actualidad; el pasado el que le ha precedido y el futuro el que ha de venir en seguida. Los verbos son las 3nicas palabras que llevan consigo la idea de tiempo. Consiste esto en que la acci3n 3 el movimiento que expresan se refiere 3 una persona; esto es, se representan como existentes en la 3poca actual, en la pasada 3 en la futura en esa persona. La idea de existencia y la de tiempo son inseparables; porque ninguna cosa puede existir, si no existe en algun momento de la duraci3n. Cuando refiero que en un sugeto determinado hay, hubo 3 habr3 amor, no puedo menos de pasar por este t3rmino. La acci3n de amar se nos presenta, no de un modo vago y abstracto, sino concretada 3 un agente. *Pedro ama, amaba, am3, amar3.*

Las otras palabras de que hasta ahora hemos hablado y las que aun nos restan por examinar no comprenden la idea de tiempo. Los nombres sustantivos, los adjetivos y los determinativos se encuentran todos en este caso. Al decir *pedra, Alejandro, 3 verde, amarillo, 3 3l, 3ste, ese*, no doy 3 entender si el individuo *pedra 3 Alejandro*, y el color *verde y amarillo* existen ahora 3 existieron antes en alguna parte. De los determinativos es esto mas evidente; puesto que separados de los nombres ningun valor tienen.

Destutt-Tracy afirma que en realidad los nombres son capaces de modos y de tiempos: porque la idea que designan la expresan como existente cuando no sea mas que en la mente del que los pronuncia: y a3ade que as3 sucede en efecto,

porque en el mero hecho de proferir estas ú otras palabras: *Juan, Pablo*, digo que las tengo presentes en el momento en que salen de mis labios los signos que las expresan. Esta observacion es en cierto modo verdadera: pero del todo estéril á mi entender: porque al ir á hablar de César ó de Napoleon nadie duda que ocupan mi pensamiento estos dos personajes: lo que á los otros y á mí mismo me interesa es saber si existen, ó existieron; qué cualidades son las suyas, y qué hazañas se les atribuyen. Ninguna de estas cosas nos dicen los nombres. En tanto que el verbo no aparece, las palabras son como los mármoles y las maderas que nada representan á los ojos del espectador hasta que el arquitecto les ha dado la forma conveniente.

Hay no obstante en los idiomas ciertos nombres y ciertos adverbios que expresan el tiempo. Cuéntanse entre los primeros *hoy, ayer, mañana*: entre los segundos *ahora, jamás, luego*. Ni unos ni otros por sí solos dejan en el alma idea que tenga sentido; y si ciertas locuciones de que usamos contradicen al primer aspecto esta asercion, mejor examinadas dejan traslucir que hay en ellas una oracion omitida por elipse ¿*cuando vendrás? mañana*: es decir: *vendré mañana*. El tiempo sin sucesos es lo mismo que el espacio sin cuerpos. La accion y el movimiento le suponen por necesidad cuando se expresan de un modo determinado.

Dijimos que el tiempo presente es el que sirve para denotar el instante actual: varía este sin cesar porque nuestra vida es un movimiento continuo que dura un período mas ó menos prolongado: no obstante, por mas fugaz que sea ese

momento como se reproduce sin interrupcion, le hallamos siempre que le hemos menester y nos sirve de término de comparacion para comprender por medio suyo lo pasado y el porvenir. Se vé tambien con evidencia que no caben en él grados como en los otros; porque apenas se le considere algun tanto desviado del instante en que hablamos, no puede menos de tocar en los límites del tiempo que *ha muerto en nuestros brazos* segun la pintoresca expresion de Rioja, ó bien dirigirse al que todavía no ha sido.

No sucede así con lo pasado y lo futuro. Una época anterior á la presente puede ser simultánea de otra que tambien há ya transcurrido. Se concibe muy bien que hablemos de sucesos ó de personas que existían en otro tiempo: que entonces eran presentes. De aquí el que los gramáticos llaman pretérito imperfecto. *Cuando llegaste de tu viaje estaba yo en casa. Estaba*, significa una cosa presente en un tiempo de que ya no queda vestigio: un estado: un acto ó un movimiento que entonces era actual. *Yo la idolatraba en los días que le diste aquel ramillete*. Aquí se muestran las dos modificaciones del tiempo pasado: *llegaste, diste*; que significan una época del todo pasada: *estaba y idolatraba*, que se refieren á lo que por aquellos días iba sucediendo.

Otra modificacion recibe tambien este tiempo. Cabe considerar la accion ó el suceso de que se trata como anterior á una época ya pasada. *César habia triunfado de sus contrarios cuando Ciceron le tributó alabanzas*. Este tiempo se denomina en gramática, *plusquamperfecto*: y nótese de paso cuán filosóficas son todas estas denominaciones. *Pretérito perfecto* se llama al que

expresa la acción del verbo como enteramente pasada: *amé*: *imperfecto*, el que ofrece la idea de que era presente en una época anterior: *amaba*; es en efecto un pasado en algo imperfecto porque envuelve la idea de lo presente; y *plusquamperfecto*, esto es, mas que perfecto; porque el verbo es tan pasado, por decirlo así, que vá mas allá del tiempo que precedió á aquel en que estamos: *Dies habia creado la luz cuando infundió al hombre el soplo de su espíritu divino*.

Hermosilla en su gramática denomina *pretérito absoluto* al perfecto, *amé*: *actual*, al imperfecto *amaba*, y anterior al plusquamperfecto *habia amado*. Además llama *posterior* al que significa el acto que sigue á otro tambien pasado: *vení así que leí la carta*: pero este, como se vé, carece de voz propia; y es mas bien un circunloquio en que por medio de varias palabras reunidas se logra expresar una idea á que no se ha impuesto nombre especial: como sucede cuando por medio de los adverbios distinguimos en el tiempo pasado ciertos matices para cuya determinación no bastan los pretéritos que conocemos. Así, por ejemplo, diciendo *anduve*, no expreso mas sino que esta acción se ha verificado ya: pero no la proximidad ó la distancia á que se encuentra de la época actual: si añado *antes*, *despues*, *poco ha*, cada una de estas palabras modifica la idea del tiempo en que se verificó mi movimiento: *anduve antes de verte*: *anduve despues de comer*: *anduve poco ha*. Pero la explicación de estas proposiciones y de otras que se les asemejan, mas bien corresponde á la sintaxis que á la materia de que ahora tratamos. En adelante mostraremos que el oficio de aquella es

reunir los miembros del pensamiento divididos por la abstraccion.

Con el futuro se nota lo mismo que hemos observado respecto del pretérito. O se dice que la accion ha de suceder en una época venidera, «*caminaré:*» y entonces el tiempo se denomina futuro perfecto; ó bien se añade la circunstancia de que la accion futura respecto del acto de la palabra, ha de ser anterior á otra cualquiera: *habré caminado cuando él venga*. Del actual y del posterior no hay que decir; porque se les aplica la misma reflexion que acabamos de hacer respecto de los pretéritos. *Cenaré mientras él lee: cenaré así que pongan la mesa*, son frases y no voces del verbo. Pueden variar y de hecho varían de unos idiomas á otros, por lo cual no deben aquí tener cabida: tampoco es de este lugar la distincion del pretérito absoluto en próximo y remoto. El primero se usa segun observa Hermosilla quanto la oracion, aunque pasada, dura en parte: «*en este siglo ha habido en Europa grandes trastornos políticos.*» El remoto quando ningun vestigio queda de la época á que nos referimos «*en el siglo XVI, hubo en España muchos nelenistas.*»

No sucede así con esta observacion de Destutt-Tracy «*al verbo, dice, quando hace officios de atributo se le han dado todos los tiempos posibles; porque quando recibe esta forma es quando los ha menester.*» El infinitivo entre los latinos tiene tres voces; una para lo pasado, *fuissè:* (*haber sido*); otra para lo futuro, *fore:* (*haber de ser*); y la del presente, *esse* (*ser*) que le es comun con el castellano, *ser*; con el francés, *être*; con el italiano, *essere*; y con el inglés; *ot*

be: en estos idiomas hay que suplir con circunloquios la falta de palabras especiales. El *participio* hemos mostrado que se añade á significar la accion ó la pasion, mas no el tiempo: *camillante* se dice con igual exactitud del que ahora *camina* que del que *camino* en época remotísima: *el camillante apetece llegar al término de su viaje. Hanon fué un navegante osado. El futurus* de los latinos puede citarse por escepcion de esta regla. El motivo de que el verbo contenga la idea de tiempo cuando recibe las formas definidas, es que estas son las que constituyen su verdadera esencia. El participio es un adjetivo cuyo origen es posterior al verbo: en vez de la accion de este puede decirse que expresa la cualidad de que dimana: y al entrar en la categoría de adjetivo solo conserva la idea capital del verbo. El infinitivo es un substantivo abstracto: presenta la accion separada del agente. La abstraccion separa de la cualidad la idea de tiempo; y con mas fundamento todavía prescinde de ella tratándose del mero nombre de la accion. Mas si la accion misma es la que queremos expresar; si es nuestro intento referirla á un agente determinado, y esta como superabundantemente se ha hecho ver, es la forma que primero ofrece el verbo ¿cómo prescindir del tiempo? si quiero expresar que yo ejercito el acto de amar, tú el de aborrecer y la liebre el de huir, habré por necesidad de indicar la parte del tiempo en que cada uno de estos actos se verifican. Lo contrario fuera infringir la ley psicológica que otras veces referimos: *no hay fenómeno sin tiempo*. Al hablar de la cualidad, como prescindimos de su ejercicio actual, pasado ó futuro, podemos omitir la circunstancia del tiem-

po: no pensamos entonces en espresar el acto mismo. *Pedro es amante del lujo: Pedro ama el lujo.* En el primero de estos ejemplos el verbo *ser* designa el tiempo: si en vez del presente se le sustituye el pasado ó futuro no se alterará por eso el sentido del participio, *fué amante, será amante*: en el segundo se trata de la accion de amar ejercitada á la sazón por un agente determinado: entonces á esa accion vá unida la idea de tiempo.

Todas las observaciones hechas respecto al indicativo, se aplican al subjuntivo. El que la accion sea condicional ó dependiente de otra, no ha de influir en las varias épocas del tiempo que puede significar. Entre *yo ame* y *yo amo*, entre *amaba* y *amaria*, y *habia amado* y *habria amado*, ya se ve que la diferencia está toda en que la accion es en los unos absoluta y en los otros relativa.

Acaece asimismo que el subjuntivo lleva siempre consigo cierta idea de tiempo futuro: *yo la amaria si me fiara de su fidelidad.* La razon de esto es, que las condiciones suspenden siempre la verificacion del acto del verbo; y en esta suspension va implícitamente la idea del porvenir:

De todo lo que hasta ahora hemos discurrido, se infiere que el verbo es capaz de modos, tiempos y personas: facil es conocer que lo es tambien de números; puesto que los movimientos, actos y estados que por ministerio suyo expresamos, tambien se atribuye á uno como á muchos individuos: *yo corro: nosotros corremos*; y así de las demas personas.

Por accidente hemos mencionado algunas locuciones, que son en rigor modismos de la len-

gua castellana ó de la latina: estas, por sí solas, bastan para manifestar que en punto á verbos hay entre los diversos idiomas la propia divergencia que se advierte en las otras partes de la oracion. No solo difieren, porque hay en algunos copia de voces de que carecen otros, como acontece con el infinitivo latino respecto del francés y el español: tambien varian en la estructura material de las palabras: *sum, soy, suis, sono, am*; y en el sentido especial que en ocasiones suelen darlas: *entendido*, se llama en castelano al *inteligente*, y *leído* al *leyente*. Estas divergencias y otras muchas que no son aquí de mencionar, pertenecen á las gramáticas particulares. Solo cumple á nuestro propósito estudiar las propiedades esenciales del verbo, las que permanecen siempre idénticas por mas diversidad que en ellos se descubre bajo otros respectos. Es claro que la voz primitiva del verbo es el indicativo; este expresa el movimiento ajeno ó propio, de que los sentidos o la conciencia nos dan testimonio. *La yegua corre: yo ando, yo amo*. Ha de indicar la persona; porque segun vimos en otra ocasion, que en todo coloquio hay dos interlocutores y otro tercero, cosa ó persona de que se habla. Así el verbo designa esta circunstancia: si hablando de mí mismo, digo: *yo amo*; cuando á mí me hablen, ha de mudarse la frase en esta otra, *tú amas*, y en *él ama*, si es la tercera. No obstante, en el inglés no sucede así siempre. *Yo era*, se expresa *I was*; y el mismo *was* se usa en la tercera persona: en el plural, las tres son idénticas *we were, you were, they were*. El contexto de la frase suple la falta de terminaciones, como sucede con el pronombre *su*, castellano, que se usa indiferentemente,

hablando del varón y de la hembra: *su madre*, *dice ella y él*: en inglés se distingue el masculino del femenino *his* designa aquel, y *her* este. En estos puntos suele haber á un tiempo mismo riqueza y penuria de palabras en los idiomas particulares. La abundancia de una clase de voces, se compensa quizá con la escasez de otros.

La indicación del tiempo es peculiar del verbo; pues ya se deja conocer que los movimientos y las acciones, presentes hoy, fueron futuras ayer, y serán pasadas mañana. Los modos proceden del enlace que tienen entre sí todas las cosas: las relaciones de dependencia de los movimientos y de los actos, han de aparecer en los signos que los representan: *si lanzáres la piedra, tardará en caer mas ó menos tiempo, segun fuere su peso y el impulso que le diste. Si agraviares á alguno, el deseo de vengarse se apoderará de su corazón.*

Nada hay de arbitrario en el verbo. Su esencia y sus accidentes corresponden á los hechos psicológicos de que es expresión.

Las lenguas que traen origen del latín, abundan en verbos auxiliares, más que el idioma de que traen origen. La voz pasiva *amor*, por ejemplo, se traduce por el verbo ser y el participio pasivo «*soy amado*:» *fuera*m=*había sido*. Careciendo de una terminación destinada á denotar la idea de una cosa anterior á otra también pasada, se combinan los dos conceptos expresados, por *había* y por *sido*, de manera que reunidos, equivalgan al *fuera*m. El pretérito imperfecto sirve para significar una idea presente en un tiempo pasado; el participio, el pasado mismo: *había sido*, quiere decir, *yo tenía en aquella época el*

sido, esto es, *la existencia pasada... el haber ya existido*.

La prueba de que tal es el oficio de los auxiliares, la tenemos comparando algunos tiempos compuestos de otros idiomas con sus equivalentes en los nuestros. Los ingleses dicen: *i shall be*, *i will be*; *yo debo ser*; *yo quiero ser*, para suplir la falta de una voz, como *ero*, *lat.*; ó *saro*, *ital.*; ó *serai*, *francés*; ó *seré*, *castellano*; y todavía adquiere mayor fuerza esta reflexion, si se considera el origen de nuestros futuros. *Seré* es una palabra formada de la contraccion de estas dos *ser—he*; *amaré* de *amar—he*; y así de los demas.

La razon de valerse como auxiliares de los verbos *ser* y *haber* ó *tener*, es fácil de penetrar. La preferencia que han obtenido, consiste en la generalidad de las ideas por ellos expresadas. La de existencia, es elemento constitutivo de todo juicio, y por lo mismo de la proposicion que lo enuncia: faltando la voz pasiva de los latinos, no podia darse cosa mas natural, que acudir al verbo sustantivo para llenar este vacío: no pudiendo decir *amor*, habia de decirse, *soy amado*, esto es, *existo amado*; *existo*, con la circunstancia de recaer en mí la accion de amar ejercida por otro. En cuanto á *haber*, si bien es cierto que no es tan general la idea que se le asigna como la del verbo sustantivo, sin embargo, tiene la generalidad suficiente para este propósito. *Yo he amado*, *corrido*, *juzgado*, *creido*, *saltado*, *combinado*, *repelido*.... esto es, *tengo* el ser en tiempo pasado, *amante*, *corredor*, etc. Ya se echa de ver que despues de la de *existir*, la de *tener* ó *poseer*, es la idea mas general que puede imaginarse. No habria sido posible convertir en auxilia-

res, verbos que designasen actos ó movimientos especiales. Pruébese si no á sustituir, á haber, alguno cómo andar ó discurrir.

Por fin, es evidente que el sentido de los verbos se modifica por medio de las preposiciones que se les añaden: de *ver*, añadiéndole la preposición *pre* ó *ante*, se forman *prever* y *antever*, que significan la acción de ver en lo futuro. *Entremeterse*, es *colocarse-entre*, y *subentender*, *entender-bajo* ó *por debajo*; esto es, entender más de lo que terminantemente se dice. En estas modificaciones entra por mucho la índole de cada lengua. La inglesa, no solo añade por medio de la preposición alguna circunstancia al verbo, sino que á veces muda del todo la acepción de este: *to pass*, significa *pasar*; añadido el adverbio *away* (á fuera) *to pass away*, equivale á *desperdiciar*. Aunque no sea esto común en nuestro idioma, alguna muestra de ello puede presentarse. El señor Salvá, en su Gramática, cita unos cuantos ejemplos: tener, con el adverbio mucho, convierte su acepción propia en la de *estimar*. «Tengo en mucho el talento de fulano;» vale tanto como: «le aprecio considerablemente:» *echar menos*, por notar la falta, y otros que se encuentran en la obra citada.

LECCION TREINTA.

SUMARIO.

Adverbios.—Expresan una idea que sin ellos necesitaría una preposición con su régimen.—Proceden de sustantivos, de adjetivos, y á veces de oraciones completas.—Son atributos de atributos.—La interposición de una sílaba hace oficios de adverbio en algunos verbos.—La etimología muestra como algunas expresiones adverbiales se convirtieron en adverbios.—Opinion de D. Tracy.—El adverbio no modifica solo al verbo, sino á otra clase de palabras.—Cuando el adverbio modifica al adjetivo, ó á otro adverbio, vá implícito el verbo ser.—El adverbio determina la idea de tiempo.—Y la de lugar.—Preposiciones.—Expresan las relaciones de nuestras ideas.—Variedad y usos de algunas de ellas.—A veces se agregan á las palabras añadiéndolas la idea que expresan.—Ejemplos.—No bastan estas agregaciones para significar las numerosas relaciones de unas ideas con otras.—Estas son de ordinario eventuales.—D. Tracy.—La preposición proviene del adjetivo.—Del adverbio y del nombre.—Ejemplos.—Motivo de estas transformaciones.—Los nombres adjetivos, los sustantivos y los adverbios debieron preceder á las preposiciones.—Varias acepciones de las voces.—Van desviándose cada vez de la accion primitiva.—Etimología de la preposición hasta.—No son declinables las preposiciones.—Porque es su oficio señalar el enlace de las ideas.—Conjunciones.—Unen los pensamientos.—Opinion de Hermosilla.—Las conjunciones comenzaron por ser sustantivos ó adjetivos.—Ejemplo.—Clases en que se dividen.—Diversidad de las proposiciones á que sirven de vínculo.—Ejemplos tomados de Fr. Luis de Granada —De Cervantes, de Coloma y de Rivadeneira.—Ninguna otra palabra pudiera hacer su oficio en la proposicion.—Beauzee.—Las conjunciones son parte del lenguaje y no de la oracion.—Equivalen á una oracion.—Opinion de D. Tracy.—La conjuncion *que* no está contenida en todas las otras conjunciones.—Hermosilla cree que el *que* recibe de la conjuncion y su cualidad conjuntiva.—Adjetivo, conjuntivo, denominado, pronombre relativo.—Equivale á un determinativo y la conjuncion *que*.—Reúne los oficios de estas dos palabras.—Une una proposicion con su antecedente.—En vez de sugeto suele ser término de la accion del verbo.—Vestigios en esta clase de palabras de la declinacion latina.—Concierta á veces con el siguiente.—El conjuntivo se ciñe á unir.—La proposicion de que es sugeto es la que ciñe ó estiene el sentido del nombre á que se junta.—Interjecciones; manifiestan los afectos del alma.—Una misma interjeccion significa diversos afectos.—Constan

de una ó pocas sílabas los verbos proceden de ellas. = Carece esta opinión de fundamentos etimológicos. = La disparidad de sílabas entre la interjeccion y el verbo tambien la contradice. = Analogía de las interjecciones entre idiomas por otra parte diversos. = Desemejanza de los verbos. = No son parte de la oracion. = Hermosilla. = Es de sentir deben escluirse de la gramática general. = Es infundado este dictámen, porque las interjecciones son los primeros elementos al lenguaje.

Del adverbio.

Señores:

Denominanse adverbios ciertas palabras cuyo destino es de ordinario juntarse al verbo para modificar su significacion.

Sirven para expresar de una vez una idea, que de otro modo seria preciso vertir con una preposicion y su réjimen: *obra rectamente* equivale á *obra con rectitud* = *con mente recta*. Muchos adverbios comenzaron por ser sustantivos ó adjetivos. Hermosilla (1) dice que *fuera* es, á no dudarlo, un sustantivo; pues todavia en ocasiones se le junta una preposicion «*á fuera, de fuera, por fuera,*» y con la preposicion *á* tiene plural *los afueras*. *Mucho* y *poco*, son en su sentir terminaciones de adjetivos usados elípticamente. En ocasiones, el adverbio procede de una oracion entera. El abate Denina (2) afirma que *quizá* es procedente de dos palabras latinas *quis scit*: y en efecto, el sentido del adverbio se ajusta muy bien con esta etimología: *quizá* equivale á *quién sabe!* *Acaso* — *ad—casum*.

El carácter de este linaje de palabras es, como cueradamente dice un entendido literato, (3) «*sig-*

(1) Obra citada.

(2) La clef des langues, tome second.

(3) D. B. J. Gallardo.

«*nificar la idea que representan de un modo circunstancial, aditicio. Son atributos de atributos.*»

En prueba de ello, nota, que estas circunstancias pueden expresarse intercalando ciertas sílabas al verbo, como v. g. *mascellar*, de *mascar*, *parlotear* de *parlar*, y *besucar* de *besar*: y los frecuentativos latinos *iterare* de *ire*; *cantitare* de *canere*, *agitare* de *agere*. La acepcion que dá á estas voces el Diccionario de la Academia manifiesta que la sílaba interpuesta equivale á una preposicion con su régimen: *mascellar* ó *mascujar*=*mascar con dificultad*: *parlotear*=*hablar sin sustancia*: *besucar*=*besar repetidamente*; esto es, *con mente repetida*, *con repeticion*.

No es á veces factible el conocer á primera vista en una palabra semejante á las citadas las condiciones del adverbio. Es fuerza acudir á la etimología, en solicitud de indicios, para comprender la gramática. El literato citado advierte: «que muchos adverbios de la lengua castellana y de otras, son expresiones elípticas, que con su respectiva preposicion pasaban antes por adverbiales, y ahora, sin ella tal vez, por adverbios simples, para el que no desmenuza las palabras. Nuestro adverbio *ahora*, que antes decian *agora*, es una composicion de las voces latinas *hac hora*, elipse de *in hac hora*. Como, es *quomodo*, elipse tambien de *quo modo*.

«Hay razonables motivos para creer que los adverbios latinos acabados en *iter*, sean voces compuestas de un adjetivo trabado con el nombre *iter* (de *itum*, del verbo *eo*, *is*, *ire*) y una preposicion tácita, v. g. *breviter*, *cuasi*, «*per*, *breve iter* (*iter*, equivale á *idero*, lugar de ida.)»

«Con los adverbios en *mente*, se observa en

testimonio de esta doctrina, que cuando van muchos seguidos en una oracion, solo el último de de ellos lleva el nombre. *César escribió clara, concisa y elegantemente.*»

«Ademas, el régimen que admiten despues de si, es el que corresponde al adjetivo de que se componen.»

«La esperanza siempre nace juntamente con el amor...» (Cervantes). «A todas las voces en que se encuentran unas tees antecedentemente á los puntos, se ha de trinar en aquellos puntos que las trajesen.» (Ribayaz).

La diversidad de régimen de los adjetivos *junta y antecedente*, se deja ver en los adverbios que con ellos se han formado de una manera palpable.

Destutt-Tracy asegura (1) «que la denominacion de adverbio no debe inducirnos á pensar que solo á los verbos modifican estas palabras; porque á menudo modifican adjetivos, y aun á otros adverbios: v. g. *un hombre bien formado, muy bien formado, extremadamente bien formado.*»

Esta observacion carece de fundamento. Las apariencias hicieron errar al ideólogo francés. En todos los ejemplos que cita el verbo ser, va implícito; porque decir, un hombre bien formado es, ni mas ni menos que si se dijera: *un hombre que es bien formado*. Cuando se junta el adjetivo con el nombre, aunque la indole del idioma permita omitir el verbo sustantivo, es claro que en la frase está subentendido. Estas frases son juicios hechos, que entran como elementos

(1) Grammaire.

en el juicio que por entonces cautiva nuestra atención.

Como quiera es evidente, que la insuficiencia de los verbos, para trasladar al lenguaje los matices todos del pensamiento, es la causa de la invención de los adverbios. El tiempo presente, á pesar de que en rigor psicológico, no debería ir mas allá del momento actual, tiene en el uso que de él hacemos, cierta vaguedad que exige la adición de alguna otra palabra que la corrija: con decir, por ejemplo, *vengo de verte*, no se expresan los grados de proximidad de la acción de venir, que expresaría, si dijese: *vengo ahora de verte*. Con mucho mas motivo sucede esto en los tiempos pasado y futuro: á pesar de las varias ideas, ó mas bien circunstancias, que conseguimos hacer perceptibles por medio de los pretéritos imperfecto y plusquamperfecto, se echa luego de ver, que sin las palabras *ahora, después, luego, ya, jamás, nunca*, el pensamiento no llegaría al grado de exactitud que estas palabras le comunican. ¿Es por ventura lo mismo decir *la vi*, que *la vi luego*; ó *viene*, que *ya viene*; ó *no le veré*, y *no le veré jamás*?

Por otra parte, las circunstancias de lugar no van embebidas en el verbo, como acaece á la idea de tiempo. *Acá vino el rey: de allá salió al romper el día. Allí aconteció el mal de que me duelo*; que es equivalente á decir, que en tal ó cual parte tuvo lugar el suceso que referimos. Los adverbios de tiempo y de lugar se aplican indistintamente á todos los verbos, sea el que fuere el sentido que estos tengan: *ya la vi, la oí, la amé, la aborrecí: entonces me amó, me aborreció, anduve, comí, bebí*, y cuantos puedan imaginarse.

Respecto á los adverbios que modifican el sentido mismo del verbo, los ejemplos aducidos antes muestran que su destino es suplir lo que á estos falta para ser version fiel de nuestros conceptos. *Habló el jóven cueradamente*; esto es, *con cordura: hizo-lo como lo decia*; = *de la manera que lo decia*. Los verbos *hablar* y *hacer* no comprenden, entre las ideas que significan, las de los adverbios *cueradamente* y *como*.

Preposiciones.

Así se denominan las palabras de que nos valemos para expresar las relaciones de nuestras ideas. Estas relaciones son de varias especies, y por eso hay tambien distintas clases de preposiciones: *á* indica el término de la accion del verbo: *daba el parabien á su amigo*; *ante*, *en presencia*: *El reo compareció ante el juez*; *bajo* dependencia, subordinacion, *está bajo mis órdenes*; *con* compañía; *iba con el amigo*; *de*, procedencia; *el rey se veia odiado de sus súbditos*; otras veces la materia de que alguna cosa está hecha: *cuchara de plata*; otras la posesion: *estátua de Venus*; otras por fin, el modo: *canta de garganta*. Algo que se asemeja á lo que de los adverbios deciamos poco há se aplica á las preposiciones; sirven de complemento al sentido de ciertas voces; y la prueba de que suele ser este su oficio la tenemos en que á veces quedan por siempre incorporadas á las palabras á que se allegan, añadiéndola su peculiar significacion. *Abs*, ó *ab* denota separacion: *absolver* es dejar á uno libre de algun cargo. *Ad*, la idea opuesta; así *adjunto* equivale al que está junto *de*, separacion: *desamorar*, sepa-

rar del amor: *entre*, colocar unas cosas con otras; de aquí, *interponer*, *poner entre*: *per*, vehemencia, *perturbar*, *turbar mucho*: *sobre adición*, *sobrevenir*, venir sobre lo que ya había sucedido: *con*, unión de dos cosas; *condiscípulo*, *copartícipe*, *compuesto*, *congeniar*.

Por rico que sea un idioma en este linaje de palabras, y por mas que á veces se hayan ido allegando á una palabra copia de preposiciones que modifiquen ó quizá destruyan mas la idea de las otras, cual se verifica en *descomponer*, *independencia*, *incomensurable*, y muchas que á ser razon citaríamos, todavía no han de alcanzar á satisfacer las infinitas exigencias del lenguaje en este punto. *Contigo*, *conmigo*, *consigo*, denotarán que *tú*, *yo* y *él* se unieron con otro individuo ó cosa: *yo le traje conmigo*; *tú le llevaste contigo*; *él le llevó consigo*. *Condiscípulo*, *compuesto correligionario*, podran servirnos para espresar de una vez las ideas de ser una cosa puesta con otra, ó de profesar alguno la religion que nosotros profesamos: pero debe atenderse á que si hubiesen de esplicarse las relaciones de unas ideas con otras por medio de preposiciones incorporadas, á la manera de las que hemos referido aquí, seria preciso añadir todas ellas á todas las palabras, de modo que ni una siquiera se exceptuára. Los ejemplos harán esto perceptible. *Voy á Jerez, á Ronda, al Puerto, á Chiclana. Vienes con tu amigo, tu padre, mi hermano. Anduvo cerca de tres leguas. Colocóse bajo el patrocinio de los poderosos: bajo el pabellon. Este libro es de Pedro, Juan ó Diego.*

Si para cada una de estas combinaciones que sin cesar se ofrecen hubiera una palabra com-

puesta ¿á dónde iría á parar el número de estas? Además, se concibe muy bien que la prep. *ad*, por ejemplo, se incorpore con el adjetivo *junto* y forme con él la voz *adjunto*: mas no se alcanza cómo había de suceder esto mismo en los innumerables casos en que fortuitamente une dos ideas: *voy á Paris*; *vino á verte*; *se lo dije á él*. Estas uniones tienen un decidido carácter de eventualidad, que claramente enseña que el oficio de la proposicion es unir bajo mil aspectos diversos ideas á que hemos impuesto nombres distintos. En la sintáxis irá el complemento de esta idea.

Destutt-Tracy es de sentir que las preposiciones provienen de ciertos adjetivos que comenzaron por espresar una idea de relacion; y que luego han quedado reducidas á este solo oficio. *Prés* (cerca) *je suis lá tout prés*: *je suis prés de vous*. En la 1.^a de estas proposiciones podria sostenerse que es *prés* adverbio: en la 2.^a es, á no dudarlo, una preposicion.

Nuestro *bajo* es un adjetivo que conserva su significado cuando se le usa como preposicion. *Está bajo sus órdenes*.— *Acerca de*, se compone del adverbio anticuado *acerca*, y de la voz *de*. *No me enteré bien acerca de la disputa*.— *Hácia* viene de *faz* ó *haz*, que procede del ablativo del nombre *facies* (la cara), y este mismo sentido conserva cuando se convierte en preposicion: *se encamina hácia Roma*: *inclinado hácia el suelo*: que es como si dijéramos: *camina con la faz ó la cara vuelta á Roma*: *inclina al suelo la cara*.

Los hechos referidos apoyan la doctrina del ideólogo: la razon no la repugna; porque es evidente, en primer lugar, que las preposiciones se inventaron despues de los nombres, adjetivos y

verbos; pues no había de preceder la idea del lazo á la de las cosas que estaba destinado á enlazar; y en segundo, que es mas conforme con la ley de analogía que domina en los idiomas, el que una palabra, formada para servir de signo á una idea relativa, viniese á convertirse en preposicion, como acabamos de verlo en las que hemos citado del francés y del español, que no suponer que para este oficio de propósito se inventáran nuevas palabras: ¿no acaece de continuo que los nombres y los verbos vayan así aumentando el número de sus acepciones? ¿no suele suceder que en las mas remotas, de puro sutil, apenas se percibe el hilo de la analogía?

Pendon, segun el diccionario de la Academia, significa *la bandera ó estandarte pequeño de que se usa en la guerra como insignia*:—*la insignia que tienen las cofradías para guiar las procesiones*:—*cualquiera de los pedazos de tela que quedan á los sastres de las obras que les dan á hacer*:—*en los árboles, el vástago que sale del tronco principal*. En las últimas acepciones de *pendon*, apenas se distingue un reflejo de la acepcion primitiva. Recórranse los diccionarios todos, y se verá constantemente reproducido el mismo fenómeno: las semejanzas que existen entre las cosas, son la causa de que se les aplique el mismo nombre á todas las que se asemejan.

Si es cierta la etimología que Covarrubias atribuye á *hasta*, haciéndola venir de *faz*, voz latina, que quiere decir *lo justo, lo sumo, lo último*, se descubrirá cuál ha sido el norte que han tenido los que progresivamente fueron atribuyéndole ideas, cada vez mas lejanas de la principal: denota el término de una cosa: *viajó has-*

ta Jerusalem; eran hasta dos mil caballos; equivale á tambien, hasta tuvo la imprudencia de echármelo en cara: eres hasta indiscreto en mencionarlo; es decir, llegas á lo sumo en este punto, pues eres indiscreto.

En la formacion de las preposiciones sigue el idioma la propia via que en la de las otras palabras: acrecientan el caudal de sus acepciones por medios en un todo conformes á los que antes expusimos. Ha podido muy bien suceder, que á fuerza de desviarse de su acepcion primitiva, hayan quedado muchas de ellas reducidas á significar solo la relacion; de manera, que separadas de las palabras á quienes sirven de vínculo, ningun sentido conserven. ¡Cuántas voces no hay en el idioma que han perdido enteramente su valor primitivo! ¿Quién usa ya, por ejemplo, la palabra *estilo*, en el sentido de *punzon*, para grabar letras en tablas enceradas? Algo de esto ha de haberse verificado con las preposiciones.

Estas voces no son declinables. Un nombre varía de terminacion, para indicar diversos accidentes de género y de número; un adjetivo y un verbo para adaptarse á sus sustantivos; pero una preposicion que en realidad no se une con su antecedente ni con su consiguiente; que solo se usa para señalar el enlace que entrambos tienen. ¿Por qué habia de ser capaz de declinaciones? *Libro de Pedro; para Pedro*: el *de* y el *para* designan las dos ideas de posesion y de destino que se interponen entre Pedro y libro.

Hay en los idiomas otras voces que desempeñan un oficio muy parecido al de las que ahora acabamos de analizar. Tales son

Las conjunciones.

Diferéncianse desde luego de las preposiciones en que estas unen dos ideas, según se ha visto, y aquellas están destinadas á unir dos pensamientos. Al decir, por ejemplo, *voy á París*, la preposición *á* no hace más que indicar cuál ha de ser el término de la acción del verbo *ir*; se reduce á juntar una con otra esas dos ideas, que forman parte de un mismo pensamiento. Todos los casos de que hemos hecho mérito, demuestran es este el oficio de las preposiciones. Lo contrario se verifica con la *conjunción*. *Yo amo y soy amado, me esfuerzo por aprender, pero no puedo. Alejandro fué magnánimo, aunque más de una vez se dejó llevar de la ira.*

Hermosilla cree que las conjunciones empezaron por ser nombres sustantivos ó adjetivos, que de abstracción en abstracción perdieron su sentido primitivo, quedando ceñidos á ser simples signos de una relación cualquiera entre dos proposiciones. Nuestro *pues*, voz apocopada de *puesto*, es el participio pasivo irregular del verbo *poner* tomado del latín *pósito*, y equivale á *esto puesto*, ó *supuesto*. *Le dije que viniera, pues no era cosa de desairarle*; es decir, *esto supuesto* que no era cosa, etc.

Reciben diversos nombres, según es la relación de los dos pensamientos entre quienes se interponen. *Copulativas*, se llaman las que sirven para juntar. *Juan lee y Francisco escribe*. *Disyuntivas*, las que separan: *tomando ora la espada, ora la pluma*. *Adversativas*, las que muestran la oposición: *Es justo, pero débil*. *Condicio-*

nales, las que expresan alguna condicion: *con tal que obres con rectitud, tendrás tranquila la conciencia*. *Comparativas*, las que llevan consigo la idea de comparar unas con otras las proposiciones que enlazan: *asi como el justo no teme los azares de la fortuna, el malvado huye de su propia sombra*. *Causales*, significan la causa ó motivo: *le amo porque es candorosa*: *Finales*, las que señalan el fin: *te reprendo para que te enmiendes*. *Ilativas*, la consecuencia: *eres atrevido, de consiguiente tendrás muchos lances*. *Continuativas*: *me puse á escribir en tanto que llegabas*.

Asi el nombre de conjuncion para ser exacto ha de entenderse con suma latitud. De otro modo las calificaciones que suele recibir aparecerian contradictorias. El juntar una con otra las proposiciones no ha de tomarse á la letra; porque en tal concepto no fueran conjunciones las adversativas ni las disyuntivas: en rigor solo se usa aqui de la idea de unir en sentido de poner dos cosas una al lado de otra, bien para que dejen ver sus semejanzas, bien sus diferencias.

Esta reflexion nos conduce á otra que entra mas de lleno en nuestro propósito.

Vimos poco há que la preposicion en ocasiones se incorpora á nombres sustantivos, á adjetivos y á verbos, modificando el sentido especial de estas palabras; pero notamos que por considerable que sea el número de estas uniones no era ni con mucho suficiente para expresar la multitud de relaciones que en el uso del lenguaje se ofrecen entre los nombres y los adjetivos, ó estos y aquellos unos con otros, ó los verbos con los términos de su accion. Esto mismo se aplica á las con-

junciones. Examínese cada una de las categorías enunciadas antes y se verá cuán diversos pueden ser los pensamientos entre quienes se colocan.

«Tales parece que somos, dice Fr. Luis de Granada, en la Guía de pecadores, como algunas malas mujeres, que se andan perdidas tras un rufian, que les come *y* juega cuanto tienen, *y* sobre esto las arrastra *y* las dá de cozes cada día.»

«Ya en este tiempo (Cerv. Quij.) estaban el duque *y* la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada.»

«Ofrecíanse dos caminos para la retirada, el uno por el bosque el otro por el llano.» (Don Cárlos Coloma).

«Se alcanzan por las armas, *si no* mas riquezas, á lo menos mas honra que por las letras.» (Cerv. Quij.).

«Ha sido ventura el hallaros, *si no* para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo.» (El mismo).

«Cuando un hombre que estaba sosegado en su casa, *y si no* con mucha abundancia, á lo menos con una pasada honesta....» (Rivadeneira, trat. de la Tribulacion).

Los ejemplos citados hacen palpable que las conjunciones *y*, *si no*, sirven para unir en cada uno de ellos pensamientos entre sí diversísimos. Son á la manera del lazo material, que así puede atar á las azucenas unas con otras, como los clavos ó las rosas. Todas las otras conjunciones están en idéntico caso; poca lectura se necesita para conocer que *pero*, *aunque*, *con tal que*, *sin embargo*.... se asemejan en esta parte á las dos que hemos tomado por ejemplo. Una ó dos páginas de cualquier libro, nos mostrarán que su ofi-

cio es indicar la relacion que significan , sean las que fueren las proposiciones entre quienes esta se halla. Hé aquí por qué son palabras especiales: ninguna modificacion que hubiera querido inventarse con el fin de denotar el enlace de unos pensamientos con otros , habria bastado para cumplir el oficio que á ellas les ha cabido.

Por eso decia Beauzèe , que las conjunciones hacen parte del lenguaje , pero no de la oracion , porque solo están destinadas á mostrar el enlace que tienen entre sí las oraciones.

Síguese de lo que hasta ahora hemos enseñado respecto á estas palabras , que en cada una de ellas va embebido el concepto de una proposicion completa :

Ama la verdad , porque procede la verdad de Dios.

La sigue dia y noche; sin embargo, ella le desdeña.

En el primer ejemplo la conjuncion *porque*, equivale á «*y la razon de su amor es.*»

En el segundo, *sin embargo*, á «*es inútil su tarea*»

Te aplicas, pero no mucho. Si me vieses me compadecerias. Pero, esto es «hay que corregir» el juicio primero diciendo que.» *Sí*, en el caso que «me vieses sería preciso que.»

Consiste esto en que para conocer la relacion que hay entre dos juicios es inexcusable formar otro tercer juicio: puesto que no se concibe que semejante conocimiento pudiese adquirirse de otro modo. En cualquiera de los casos ahora citados hay desde luego dos afirmaciones: dos juicios expresos. *El ama la verdad. La verdad procede de Dios.* Cuando coloco el *porque* en seguida de la

primera, afirmo que las dos mencionadas proposiciones se hallan una para con otra en el respecto de causa y efecto. La conjuncion es signo de un juicio: claro es que este ha de ser tan vário como lo dan ya á entender las denominaciones de *causales*, *disyuntivas*, *continativas* y otras mas que reciben las conjunciones. Unas veces, como en el ejemplo de que nos hemos valido, afirmará que los juicios enunciados provienen uno de otro, cual el efecto de la causa; otras que se excluyen ó que el segundo limita ó corrige el concepto vertido en el primero.

D. T. enseña que en toda conjuncion está contenida la conjuncion *qué*; pero si bien es cierto que ha traducido cierto número de conjunciones, de manera que en las frases explicativas se encuentre siempre *el qué*, lo es asimismo que á esas frases se sustituyen otras en que este no entra. *Si*, en su dictamen, significa *en el supuesto que*: debe concluirse.... *Pero* = á lo que se ha dicho es preciso añadir por correctivo *que*.

Pudiera ponerse en lugar de la primera esta otra: *en el supuesto este debe concluirse &c.*: en vez de la segunda á lo que se ha dicho, debe añadirse por correctivo, lo siguiente....

Hermosilla, refutando la opinion del ideólogo, se adelanta hasta á sostener que ese *que* que este hallaba en todas las conjunciones, ni aun es siquiera conjuncion: *Deseo que vengas: Te mando que vayas*: equivalen á estas proposiciones: *deseo, te mando una cosa, y esta cosa es,—vendrás, irás*. La cualidad conjuntiva la recibe de la palabra *y*. El *que* frances y castellano es el *quod* latino: este equivale á estas dos voces *et hoc*.

Sea que las conjunciones se resuelvan todas

en una frase que empiece y acabe por el conjuntivo *que*, como dice D.T.; ó sea que el *que* reciba de la conjuncion *y* su cualidad de conjuntivo, siempre será cierto que la conjuncion es una palabra destinada á manifestar las relaciones que tienen entre sí nuestros pensamientos, y que cada una de ellas es por lo mismo expresion de un pensamiento.

Es un medio de coordinacion, como largamente lo veremos al tratar de la sintaxis.

Del adjetivo conjuntivo ó pronombre relativo.

Equivale en realidad á estas dos palabras: un determinativo y la conjuncion *que*. Reune en sí los oficios de ambas, porque se refiere á un nombre subentendido, y porque sirve para unir una proposicion con su antecedente; de manera que aquella á quien sirve de sugeto, es un incidente; y no mas, del sustantivo. *El hombre que te ama es prudente.* El *que* significa *el cual hombre*; la proposicion entera *que te ama*, va unida con el sustantivo *hombre*; es una idea accesoria que se allega á la que este significa siempre: por eso suelen llamarse estas proposiciones de relativo, y pronombre relativo al *que*: son en efecto por su esencia apropiadas para este uso.

A veces el relativo en lugar de sugeto, suele ser término de la accion del verbo. *El hombre que tú amas...* en este ejemplo, el sugeto de la proposicion incidente es el pronombre *tú*, y el *que* relativo, el fin á donde va á parar la accion del verbo: equivaldría á esta frase; *el hombre; al cual hombre tú amas.*

Al hablar de los accidentes del nombre y del uso de las preposiciones, insinuamos que aun se conservaban en nuestro idioma vestigios de la declinacion latina. Cabalmente el relativo es uno de ellos. Perdiéronse el dativo, acusativo y ablativo; pero ha quedado el genitivo: *la mujer, cuya hermosura te trae enloquecido, es liviana:— el caballero, cuyo distintivo es el honor, no se rebaja hasta el extremo de cometer una villanía.*

La primera de estas dos preposiciones equivale á *la mujer, la hermosura de la cual.... el caballero, del cual es distintivo....*

En ocasiones no concierta el relativo *cuyo, cuya* en género y número con su antecedente: *el hombre, cuya vida relajada.... las mujeres cuyos artificios me son conocidos.* El verdadero antecedente de esas oraciones es el nombre mismo que vá en ellas expresado, y no el de la oracion principal. *Las mujeres cuyos artificios....* equivale á *las mujeres, los artificios de las cuales.... El hombre, cuya vida... á el hombre, la vida del cual....* La forma que entonces recibe el relativo sirve para denotar la relacion de dependencia de las dos proposiciones principal y accesoria.

Si queremos expresar otra especie de relaciones, tenemos que acudir á preposiciones por carecer de casos. *Zeno vel Chrysippus, si interrogentur, qui sit sapiens, respondebit, eum esse, quem ipse descriperit* (1) *Zenon O Crisipo, si se les pregunta quién es el verdadero sabio, responderán que es aquel á quien ellos han descrito.*

La misma idea se espresa de dos distintos modos.

(1) Cic. Academicoru n.

Dejando particularidades propias de las gramáticas especiales, observa D.-T. que el relativo por sí mismo no modifica ni la extensión ni la comprensión del nombre á que se agrega; la proposición que trae consigo es la que produce este efecto. *El relativo se ciñe á unir. El discípulo que estudia es digno del aprecio de su maestro.* El sentido del sustantivo *discípulo*, se circunscribe por el de la oración, de quien es sugeto el *que*.

El relativo es un medio inventado para modificar un pensamiento principal, añadiéndole otro pensamiento accesorio; es un arbitrio para ceñir ó extender el sentido de los nombres con quienes va unido. El ejemplo ahora citado, deja conocer claramente lo que decimos. *El discípulo que estudia*; quiere decir, no todos los discípulos, sino aquel en quien concurre la circunstancia de ser estudioso, es digno de aprecio.

La misma observación es aplicable á los demás ejemplos citados.

De la interjección.

Se denominan interjecciones los gritos que el placer ó el dolor suelen arrancarnos. Con estas voces manifestamos los afectos y los movimientos del alma: el temor, la admiración, la alegría, la congoja, y otros que no es del caso enumerar. La interjección, sea que proceda del temor ó de la alegría, ha de venir siempre á resolverse en placer ó dolor. Una misma interjección expresa afectos diversos: nuestro *ay*, es á veces indicio de contento y otras de pesadumbre. Son por lo regular palabras de pocas sílabas: *ah, oh, hola, ea, ce, bravo, viva.*

La interjeccion significa por sí sola un juicio. *Ay*, quiere decir: *yo padezco, yo gozo*, segun sea el afecto que nos ha movido á proferir ese grito *oh*; significa *me admiro de eso*, y asi de las demas.

Deduze de aquí D.-T., que ciertas voces como *sí, no*, cuando se usan aisladamente respondiendo: v. g. *viste al amigo... no*: deben tenerse por interjecciones: hay entre ellas con efecto ese punto de contacto; las unas y las otras valen tanto como una proposicion entera; el *no* ahora citado, significa *yo no vi al amigo*.

La doctrina de que la interjeccion expresa un juicio, es de toda evidencia; si esos acentos que el estado de nuestro ánimo nos mueve á veces á proferir, han de tener sentido, preciso es que cada uno de ellos equivalga á las proposiciones en que los hemos traducido. Si el *¡ay!* que sale de mis labios cuando un mal me aqueja, no significase para los demas y para mí mismo *yo padezco*, en vez de elemento del lenguaje, debiera mirársele como mero sonido, semejante al que suele producir el choque de unos cuerpos con otros, ó alguna otra causa tan mecánica como esta. Por eso el autor citado, cree que el verbo trae origen de la interjeccion. *Cuando digo (1) ouf, (ay), esa exclamacion es equivalente á la proposicion completa j' etouffe; (yo me ahogo). Asi diciendo. je ouf; ouf no significa mas que lo que ahora significamos con la palabra etouffe. Asi el verbo resulta formado, luego que el atributo y el sugeto unidos en la interjeccion, llegan á separarse.* Ya hemos indicado lo que hay en este dictámen de plausible: en las interjecciones

(1) Grammaire.

se encuentran con efecto *el verbo y el sujeto del verbo*; ambos están embebidos en el grito en que el placer ó el dolor nos hacen prorumpir; pero ¿la consecuencia deducida por D-T., es tal, que merezca asentimiento?

Fuera indispensable para que así sucediese, que examinados los orígenes de los verbos en los varios idiomas que se hablan en el mundo, resultara en todos ellos comprobada esa filiación. La etimología debiera venir en auxilio de la gramática. Destutt-Tracy no funda su opinión sobre ningún dato de esta especie; la única prueba que aduce, es la que ya he mencionado, citando sus palabras. La interjección equivale á un juicio; cuando se ha impuesto nombre al sujeto de ese juicio, naturalmente queda ella reducida á no expresar más que el atributo. Esta es una conjetura y no un hecho, cuya certeza sea manifiesta. En vez de las pruebas etimológicas que habrían podido elevarle á esta esfera, hay ciertos indicios que inclinan á dudar hasta de su probabilidad. Si hubiese entre la interjección y el verbo las relaciones de procedencia que supone el autor de la ideología, se hallara por necesidad gran semejanza entre los sonidos que sirven de expresión al verbo, y los que constituyen la interjección; sucedería siempre lo que en el caso por él referido, se verifica entre *ouf* y *etouffe*. No es esto lo que sucede. Los verbos, ó más bien las sílabas de que se componen, en nada se parecen á las interjecciones de que debieron nacer, admitida la hipótesis de que ahora hacemos mérito. ¿Qué analogía se descubre entre el ¡ay! que el terror hace proferir, y el sonido *temer* con que expresamos ese mismo terror? ¿Cómo no siendo el ver-

bo mas que una interjeccion transformada, han desaparecido de todo punto las huellas de esa transformacion?

Por otra parte, observando las interjecciones de diversos idiomas, se echan de ver entre ellas notables analogías: los gritos con que el asiático, el europeo y el africano expresan la alegría ó la tristeza, se asemejan mucho unos á otros. Compárense despues los verbos de esos mismos idiomas, y se advertirá que la analogía del todo se desvanece: ¿cuál es la razon de que los hijos no conserven en esta coyuntura ni un leve vestigio de las semejanzas de los padres?

Hermosilla (1) no cuenta las interjecciones entre las partes de la oracion; porque equivaliendo á una completa, seria contradictorio el que á un tiempo mismo fuesen parte y todo; ademas como gritos involuntarios no deben tenerse en cuenta, cuando se trata de la enunciacion reflexiva y voluntaria del pensamiento; nada hay que decir nuevo de ellas; todos saben que proceden de los movimientos maquinales que escitan en el órgano vocal las sensaciones ó sus recuerdos; y por último, admitiendo entre los elementos del lenguaje las interjecciones, tambien deberian contarse como tales *la risa, los suspiros y los sollozos*, pues tambien expresan los afectos interiores del ánimo. El que no sean parte de la oracion como los sustantivos ó verbos, no es motivo bastante para excluirlas de una gramática general. Si expresan, como en realidad se verifica, nuestros pensamientos, ¿á qué otra ciencia deberia referirse lo que á ellas pertenece? La enunciacion

(1) Gramática.

reflexiva es la que da lugar á las reglas y á los principios gramaticales; pero no por eso deben desatenderse las interjecciones, que son, por decirlo así, la espontaneidad del lenguaje: mucha distancia hay de los albores de la aurora á la luz meridiana; no obstante, fuera desacuerdo palpable olvidarlos, cuando se quiere explicar la transición de las tinieblas á la luz. ¿No es cierto que esos acentos primitivos son el primer eslabón de la cadena de nuestras comunicaciones con los otros hombres? La risa, los suspiros, los sollozos, y pudiera añadirse el tono de la voz, el gesto, la disposición del semblante, y hasta la del cuerpo, expresan ideas, y á veces con notable energía; cuando por sí solos manifiestan nuestro pensamiento, ha de considerársele como interjecciones: cuando no hacen mas que modificar un pensamiento, son signos accesorios que declaran el grado de intensidad de un afecto.

LECCION TREINTA Y OCHO.

SUMARIO.

La generalización de las ideas hace que para expresar un concepto sea necesario juntar varias palabras. = Ejemplos. = A este fin se encaminan la construcción, la concordancia y el régimen. = Ejemplos. = Siempre que hablamos expresamos juicios. = El nombre de un personaje despierta en nosotros las ideas todas que de él tenemos. = Enlace de las ideas. = Construcciones directas ó inversas. = Oraciones que distinguen los gramáticos. = De verbo sustantivo. = Unen la cualidad al sujeto. = Cuando unen el participio al nombre del sujeto expresan el estado activo ó pasivo en que se encuentra. = Court de Gebelin. = Opinión de Herosilla. = El participio significa que el sujeto experimenta los efectos de la acción expresada por el verbo. = Modismos castellanos. = Oraciones activas. = Expresan los actos y los movimientos. = Verbos neutros. = Diferencia entre los dos verbos ser y estar. = El gerundio significa la continuación del acto del verbo. = La concordancia es medio de sintáxis, porque las varias terminaciones de las palabras hacen que se adapten unas á otras. = Régimen. = Herosilla. = Los seis casos de la declinación expresan las principales, pero no todas las relaciones de las palabras. = Resúmen.

Señores:

Poca reflexión se necesita para conocer que las palabras de que una lengua se compone no son signos completos y absolutos, puesto que para la expresión de un pensamiento es indispensable presentar unidos varios vocablos.

Nace esto de la índole misma de nuestra inteligencia. Advirtiendo las semejanzas que tienen entre sí los seres que pueblan el universo, y la que existe entre sus cualidades y acciones, gene-

raliza los conceptos que de unas y otras había formado; y es por demás añadir que generalizando el concepto, ha de correr la misma fortuna el signo que sirve para expresarlo.

No había de suceder que el cuerpo y su sombra siguieran rumbos opuestos.

La palabra que comenzó por significar el individuo *hombre*, acaba por aplicarse á todos los individuos de la especie humana: lo propio se verifica con los nombres de los colores, olores, sonidos y sabores, y con los que se imponen á los movimientos de los cuerpos y á las acciones de los animales y de las criaturas en quienes infundió el Todopoderoso el soplo de su espíritu divino. Si se exceptúan los que se denominan *nombres propios*, todas las voces que de continuo usamos expresan ideas generales. Acaece por lo mismo, que al ir á comunicar á los otros nuestros pensamientos, cada una de esas voces no basta por sí sola para este propósito. No pretendo hablar del *agua* en general, sino de la de *esta, esa ó aquella* fuente; al signo que expresa la idea principal, ha de juntarse algún otro que lo determine circunscribiendo su sentido. Si quiero decir que *es saludable para los que padecen tal ó cual enfermedad*, ya se vé que además de unir el adjetivo saludable al sustantivo por medio del verbo, tengo que modificarle añadiéndole una série de palabras sin cuyo auxilio no podría hacer perceptible el concepto que en mi mente había formado.

En el acto de hablar particularizamos las abstracciones; por eso se encuentran en los idiomas copia de palabras que nada significan de por sí, y que el uso ha destinado á unir unas con otras, las que aisladas, serán del todo punto in-

suficientes. Tales son las preposiciones, las conjunciones, y los que en castellano se llaman artículos; pues como ahora hemos visto, ciñen la acepción de la voz á que los unimos, de manera que sea adaptable al uso que nos conviene.

Ese árbol de mi vecino produce limones bastante abundantes para el consumo de toda su familia, y de algunos de sus conocidos.

En este ejemplo, el significado vago de los nombres *árbol, limones, consumo y familia*, adquiere la precision necesaria mediante las voces de que van acompañados; *ese, bastantes, su, sus y algunos*; las proposiciones *de, para*; y la conjuncion *y*, eslabonan unos con otros los signos que, de faltar esa condicion serian por siempre ineficaces para poner al alcance de los demás el pensamiento.

Estas reuniones transitorias de las palabras presentan unidos los elementos de la idea que la abstraccion habia diseminado. El esqueleto recibe de nuevo el movimiento y la vida; la flor disecada en el gabinete del botánico vuelve á recobrar su frescura y los perfumes que de sí exhalaba.

Hé aquí la naturaleza de la sintáxis: El artificio exquisito con que por medio de la construccion, la concordancia y el régimen, logramos significar á los que nos escuchan las ideas que concebimos, se cifra todo en la observacion anterior. Vemos juntas en el objeto que cautiva nuestra mente multitud de ideas á las cuales la facultad de generalizarlas habia inducido á imponer nombres distintos; colocámoslas todas en derredor del principal; y de tal manera las disponemos que el orden mismo de su colocacion demuestra las relaciones que entre sí tienen.

.....el corazon entero y generoso
 al caso adverso inclinará la frente ,
 antes que la rodilla al poderoso...

Dice Rioja en la epístola á Fábío. La série de las voces de que se vale el poeta va mostrando cuál fué la de los conceptos que formó su entendimiento. Aunque separándolas unas de otras, conserva cada una de ellas su significacion; solo reunidas del modo que lo están en el terceto , dejan en el ánimo el sentimiento que el que las escribió se propuso inspirarnos.

Colóqueselas de otra manera, y luego desaparecerá el concepto que juntas expresaban.

Las partes en que los gramáticos suelen dividir la sintáxis convencen de que es su esencia la que le hemos asignado. La concordancia enseña á concertar unas con otras las palabras: el adjetivo con el sustantivo; *hombre justo, muger justa*: el verbo con el pronombre personal; *yo amo, nosotros amamos*; y así de los demás: el régimen, muestra la dependencia que tienen entre sí las voces de que nos servimos: *amor de padre: aborrezco al vicio*: y la construccion enseña el orden en que hemos de colocar los signos de nuestras ideas. Unas veces es directo; *Ciceron es elocuente*: otras inverso: *Atinadamente juzga el que desconfia de su propio juicio*.

Los recursos que proporciona la sintáxis aprovechan, pues, para el designio de unir las voces , de suerte que en el acto de la palabra las generalidades desaparezcan y vuelvan á verse juntas las partes que en virtud de abstracciones sucesivas habian quedado separadas.

Dilucidemos mas esta doctrina. Siempre que

hablamos se dirigen nuestras palabras á expresar juicios; y tan cierto es que así sucede, que aun aquellos gritos que el placer ó el dolor nos arrancan á veces, y que se llaman interjecciones, equivalen en realidad á una verdadera afirmación: *¡ay!*, tanto quiere decir como *yo padezco*. El motivo de este hecho es óbvio por extremo: si no expresasen juicios las palabras que proferimos, ¿qué especie de interés pudieran tener para el que nos escucha, ni qué estímulo habría que nos inclinára á pronunciarlas? Bórrense de una cláusula los verbos, y luego se verán desaparecer las ideas que antes contenía: *atinadamente... el que... de sus propios juicios*. Subsisten los materiales; pero se echa menos el edificio.

Infiérese de aquí, que aun dado caso que faltasen las abstracciones que extienden el sentido de las palabras, de suerte que las imposibilitan para significar por sí solas objetos individuales, no por eso dejaría de haber reunion de algunas de ellas al tiempo de hablar. Los nombres sustantivos, tales como existen en el día, no dejan ver al primer aspecto su formación: como están reducidos á designar un objeto cualquiera, sin afirmar de él cosa alguna, no se descubre desde luego que para inventarlos ha sido forzoso hacer uso frecuente de la facultad de juzgar. Un sér, bien sea animado ó inanimado, es para nosotros el conjunto de las cualidades que en él conocemos; pero el conocimiento de cada una de esas cualidades, supone por necesidad un juicio. Tenemos idea del *oro*, porque el tacto nos ha mostrado que es extenso, los ojos que es amarillo, y los oídos que es sonoro: á cada una de esas sensaciones ha seguido la percepción de la cuali-

dad que la causa; *la extension, la amarillez y la sonoridad*. Claro es que aun suponiendo que solo existiese un sér determinado, y no hubiera en el mundo la indefinida variedad de séres que ostentan los altos designios de la Providencia, y ademas que en vez de la riqueza de propiedades que en ellos advertimos, solo tuviese una propiedad; en esta hipótesis misma, para asegurar que la conocíamos, fuera menester reunir el nombre de la cualidad, el de la persona que la percibia y el del acto de la percepcion; *yo veo amarillez*.

En el fenómeno psicológico se encuentra la razon del principio gramatical.

Ya lo hemos dicho. No hay acto de la inteligencia en que no esté incluido el juicio; la misma distincion que existe entre los términos de que consta, ha de hallarse en los signos de que nos valemos para trasladarlo á nuestros semejantes.

Las raices de la sintaxis son mas profundas de lo que al primer aspecto parecen: los nombres, sin los otros signos que fijan las relaciones que tienen entre sí ó con nosotros, serian meros sonidos. Repítase una larga série de ellos, y no quedará duda de lo que decimos *Pedro, Juan, Diego, mesa, ave, jardin, sepulcro...* son palabras que ninguna idea dejan en el alma del que las escucha, si no se les añaden otras que completen el concepto. *Diego es generoso; el jardin es bello; el ave recrea los ojos con los variados colores de sus plumas*. Verdad es que en ocasiones al oír pronunciar un nombre, se suscitan en nuestra alma ideas y sentimientos de mil diversas especies: *Alejandro, César, Napoleon...* pero esto mismo prueba la exactitud de lo que antes he-

mos observado, porque si esas voces alcanzan por sí solas á producir el efecto de una cláusula, debe atribuirse tal privilegio á las noticias que tenemos de las hazañas y de la gloria de aquellos esclarecidos capitanes. A nuestra mente se ofrecen entonces los recuerdos del Conquistador del Asia, del que triunfó en los campos de Farsalia y del famoso emperador, cuyo poder se ostentaba no ha mucho en Europa.

El efecto producido procede de causa mas excelente. No son los nombres de tales individuos los que tienen la virtud de excitar en el ánimo hondos sentimientos de admiracion: nos conmovemos porque se nos vienen á la memoria los juicios que de ellos habíamos formado, y aunque no lleguemos á proferir las palabras con que se expresan estos juicios, no por eso es menos cierto que son la verdadera causa del efecto mágico que se atribuye á una voz, que solo designa un hombre. El nombre de Alejandro, si se pronuncia delante de alguno que no haya saludado la historia, ni oído las tradiciones que de siglo en siglo trajeron hasta nuestros tiempos la fama de sus proezas, hará en su ánimo tan escasa impresion, como en nosotros la de algun personaje oscuro, que por primera vez oímos mentar. *Basilio, Juan ó Pedro.* Al que oiga el nombre de *Rama*, héroe de la epopeya de Valmiki, si le es desconocida la poesia de la India, no concebirá idea alguna determinada. Es menester agregar al nombre propio una porcion considerable de palabras para que adquiera el sentido de que carece: es fuerza decir; *que es un caudillo de la casta guerrera, que acude á dar el auxilio de su brazo á ermitaños, sacerdotes y solitarios, y que prefiere*

la vida contemplativa á los honores y grandeza con que la fortuna le brindaba.

Todos los conocimientos que adquirimos en el discurso de la vida son relativos; puesto que solo por las relaciones que con nosotros tienen llegamos á alcanzar noticia de las cosas exteriores: ¿qué son la luz, los colores, los sonidos y los sabores, sino las causas de otras tantas impresiones que reciben los ojos, los oídos y el paladar?

El individuo de quien ninguna propiedad conociéramos sería como la arena estéril á que el labrador cuida de no confiar las simientes en que libra sus esperanzas. Las ideas provienen del juicio; porque juzgando es como percibimos lo que son respecto de nosotros y unas para con otras; el lenguaje, si ha de ser comprensible, ha de proferir juicios y no meros nombres. En el acto de hablar se deshacen las abstracciones. Somos como el artífice que después de haber encomendado á distintos obreros las ruedas de una máquina, las ajusta de manera entre sí que moviéndose con regularidad puedan todas ellas producir el resultado que en vano hubiera sido esperar de algunas de ellas separadas de las demás. *Varon... constante... peligros... nada dicen de por sí: reuniéndolas por las reglas de la sintáxis y agregando el verbo expresan un concepto inteligible: el varon constante desprecia los peligros.*

La construcción, la concordancia y el régimen, juntan los miembros que la facultad de abstraer hubo antes de dividir: y el principio de esta unión está en que las ideas que expresamos no pueden ser más que los juicios formados acerca de las cosas que conocemos. Aunque per-

manezcan las abstracciones, como en estos ejemplos: *el todo es mayor que cada una de sus partes: la inteligencia es el distintivo del hombre*: no es menos evidente que sin el verbo nuestro lenguaje es ruido puro.

Condillac funda la teoría toda del «arte de escribir» en esta doctrina. El principio del mayor enlace de las ideas no tiene otro fundamento. Todo su secreto se reduce á disponer las palabras de modo que el tejido de las proposiciones, cláusulas y períodos corresponda á las varias relaciones que haya entre las ideas. *El hombre desengañado se ríe de la ciega ambicion que agita el alma del desvanecido cortesano.*

Al sustantivo *hombre*, van allegándose las otras voces que modifican el sentido que le damos generalmente. Unense unas á otras, enlazándose cual si fueran los eslabones de una cadena.

Cuando van las palabras colocadas en el órden directo, nada parece mas claro que el motivo de la teoría mencionada: ¿qué cosa mas racional que hacer que sigan al sustantivo sugeto de la oracion, los adjetivos que le califican, en seguida usar del verbo, poner las preposiciones entre las palabras, cuya relacion están destinadas á designar, y por fin comenzar por el pensamiento principal, cuidando de que preceda á los accesorios? Pero si se trata del órden inverso, entonces al primer aspecto resulta desmentida la doctrina del célebre filósofo. Si vemos que empieza una oracion por los incidentes; que el término de la accion precede al verbo, y el adjetivo al sustantivo, ¿cómo sostener que se guarda fidelidad al principio del mayor enlace de las ideas?

Parece al contrario que de todo punto se quebranta. *A los vencedores del mundo, domadores de las gentes, no conviene encender y animar con palabras; ni aun á los cobardes dará esfuerzo este razonamiento* (1). Estas palabras puestas por el Padre Mariana en boca de Atila, antes de dar la batalla de los campos Cataláunicos, presentan invertido el orden lógico de las ideas; si bien reflexionamos, conoceremos que se ajustan admirablemente al que debieron tener en la mente del caudillo de los hunos. Ante todo, habian de ofrecérsele á la consideracion las hazañas de sus guerreros, y el mundo sometido á su pujanza irresistible; en seguida las otras ideas que vienen á completar su pensamiento. La expresion es adecuada á la manera de formarse los conceptos. Muchas veces acaece que el lugar en que sucedió una cosa, el tiempo, el modo como se verificó, ocurren al que habla ó escribe, antes del sugeto ó el verbo de la oracion.

En el campo venturoso
 Donde con clara corriente
 Guadalaviar hermoso
 Dejando el suelo abundoso
 Da tributo al mar potente;
 Galatea desdeñosa...

Dice Gil Polo en una de sus canciones pastoriles.

Cuando con resonante
 Rayo y furor del brazo impetuoso...

Fernando de Herrera. Cancion á don Juan de Austria.

(1) Historia de España.

Batiéndole las quijadas
 Con los duros acicates
 Y las riendas algo flojas
 Porque corra y no se páre ;
 En un caballo tordillo ,
 Que tras de sí deja el aire ,
 Por la plaza de Molina
 Viene diciendo el alcaide...

Romance morisco.

En estos ejemplos arranca el discurso, por la circunstancia que mas preocupado tenia el ánimo del poeta. Si miradas á la luz de la lógica pueden ser tachables semejantes locuciones, no es dudoso que son imágen fidelísima de la mente del que las profiere. Manifiestan con extremada claridad qué ideas se concibieron antes, cuáles despues, y cómo se enlazaron unas con otras en el alma: el desórden es mas aparente que real; porque de la misma manera que la fisonomía, así dá á entender la ira que enciende el pecho del que recibe una afrenta, como la gratitud de aquel á quien acaba de hacerse un beneficio, el lenguaje debe expresar lo que se siente sin disfraz alguno. La palabra es un cuerpo material de que se reviste la idea; y el cuerpo ha de ser por siempre esclavo del alma. Pretender que todas las oraciones se vaciáran en el propio molde, fuera introducir en la gramática una especie de hipocresía tan nociva para el arte de hablar como lo es la que se usa para las costumbres.

No todos los idiomas admiten igual latitud en punto á transposiciones: cada uno de ellos goza de sus franquicias, y no es dable mas de una vez conseguir el trasladarlas de unas lenguas á otras. El uso ostenta aquí los fueros todos de su abso-

luta soberanía. Ciceron (1) pudo decir *tota enim philosophorum vita, ut ait idem, comentatio mortis est*. La traduccion literal de esta proposicion disonaria entre nosotros. Fenelon comienza su célebre poema de este modo: *Calipso ne pouvait se consoler du depart d'Ulise...* fuéle vedado decir como habria dicho un escritor castellano: *Inconsolable estaba Calipso*.

A las gramáticas particulares toca enseñar los giros propios de cada idioma: á nuestro propósito solo convenia dar razon de lo que un exámen poco reflexivo podria calificar de error del entendimiento.

Al romper á hablar, reunimos los signos de las ideas que en virtud de la abstraccion habíamos diseminado. Sucede esto constantemente; porque siempre son juicios los que expresamos cuando hacemos uso de los medios con que el cielo nos dotó para comunicar con nuestros semejantes. La interjeccion es quizá el único caso que pueda citarse en menoscabo de este principio; y no obstante, al ir á traducirla, tenemos que decir *yo padezco, aquel está alegre*.

La sintáxis es una consecuencia necesaria de la índole del pensamiento; y como los varios estados en que el ánimo suele hallarse, son parte para que las ideas accesorias se presenten antes de la principal, los giros del lenguaje acuden á satisfacer esta necesidad del corazon. Las palabras cumplen así su destino. Ponen de manifiesto las ideas y los afectos humanos.

Las varias clases de oraciones que distinguen los gramáticos, confirman nuestra doctrina.

(1) Tusculanarum questionum ad Brutum. lib. I. pág. 51.

Las de *verbo sustantivo*, constan unas de tres términos: *el monarca es justiciero*: otras de dos: *fué Troya*. En realidad, ó hay en la segunda una elipse, puesto que para que tenga sentido esta especie de oraciones debe encontrarse un sugeto á quien se atribuya la cualidad de que se trata, ó ha de suceder, como en el caso actual, que solo quiera hablarse de la existencia física; esto es que nuestro pensamiento sea: *hubo una ciudad llamada Troya*. Si dijéramos, por ejemplo, *es bueno, fué laborioso*, desde luego conoceríamos que en ambas oraciones habia subentendido un nombre sustantivo. Toda la diferencia consiste en que á veces el verbo ser significa meramente la existencia de una cosa, y otras se interpone entre el atributo y el sugeto, para indicar que aquel existe en este: *Pablo fué*; esto es, *vivió*. *La hoja es verde*: = la cualidad denominada *verdura*, existe en la hoja.

Tienen por objeto estas oraciones, mostrar que hay una cualidad en un sugeto determinado. Si en lugar de un adjetivo es un participio el que hace de atributo, lo que atribuimos al sugeto no es la cualidad, como en los casos ahora referidos, sino el estado activo en que se constituye al ejecutarla. «El participio activo *amante*, »dice Court de Gebelin, pinta a los hombres en »un estado de accion, al mismo tiempo que designa el género de accion en que se ocupan; y el »*participio pasivo* los pinta experimentando ó habiendo ya experimentado los efectos de una accion extraña, y designa juntamente la naturaleza de esta. *Yo soy amante*, significa *yo estoy en aquel estado activo que se denomina amar*; *yo soy amado*, significa *yo estoy en aquel estado pasivo*

«que consiste en experimentar ó haber experimentado los efectos de la accion que se llama amar.»

Hermosilla sostiene que las oraciones de verbo pasivo no tienen por fin atribuir al sugeto una accion ejecutada en él, sino el estado que á la misma accion es consiguiente. *Pompeyo fué vencido*; equivale á *Pompeyo, despues de la batalla, quedó en aquel estado que llamamos de vencido*. Cierto es que en algun modo el participio pasivo lleva consigo la idea de que el que recibe la accion muda de estado por el mero hecho de recibirla; pero á veces se expresa con estas oraciones lo mismo que los latinos solian con la voz pasiva de sus verbos *Pompejus vincitur á Cesare*, quiere decir que está en la actualidad recibiendo la accion del vencimiento de parte de César: esta es tambien la significacion de la frase castellana. *Pompeyo es vencido*. Asi cuando afirmo que *soy amado de mi padre ó aborrecido de mis enemigos*, los dos participios *amado*, *aborrecido*, expresan que en la actualidad se ejercen en mí estas dos acciones, y no que he quedado en el estado que es á ellas consiguiente. Tambien ha de tenerse en cuenta que una misma terminacion del participio se usa muchas veces en castellano para expresar dos ideas diversas. La pasion, *yo soy amado*; el tiempo, *yo he amado*, que vale tanto como *yo fui amante*. En estos ejemplos el participio con la terminacion pasiva significa accion, como sucede en frases parecidas á las siguientes: *Jóven leido*, *hombre sufrido*, *mujer parida*.

Las oraciones activas son aquellas en que se atribuye al sugeto un acto ó un movimiento. *Pedro quiere*:—*el ruiseñor trina*. Afirmase al proferirlas que alguno ejecuta el acto ó el movi-

miento que el verbo significa. En esto difieren de las enunciadas hasta aquí: las de verbo sustantivo enseñan que la cualidad ó el estado que produce la acción actualmente existen en el sujeto; las activas muestran el ejercicio de esa cualidad: y como quiera que el acto y la existencia sean inseparables, no necesitan del verbo *ser* para completar el sentido. Hay acciones que recaen en un objeto, como amar, aborrecer, adorar, que no pueden concebirse sin que haya a'guno amado, aborrecido ó adorado. Otros no pasan mas allá del agente: tales son *pasear, salir, dormir*; á los verbos que las designan suele denominárseles neutros ó intransitivos. A las gramáticas particulares corresponde tratar largamente de unos y otros. =Es de notar la diferencia que se encuentra entre el verbo *ser* y el verbo *estar*. El primero, colocado entre la cualidad y el sujeto, manifiesta que esta existe en aquel habitualmente. *Juan es vehemente*. =El segundo que solo le conviene en una época determinada. *Jacobo está ó estuvo vehemente*. Ya se vé cuán diverso es decir que la vehemencia es distintivo de una persona, ó que en una coyuntura especial usó de vehemencia.

Si al verbo *estar* se junta un gerundio, el sentido de la oración es que se continúa el acto ó el movimiento por él expresado. *Estuve leyendo... estoy admirando...* son frases que expresan que la lectura ó la admiración han durado algun tiempo: lo cual no sucede cuando decimos tan solo *leo, ó leía, admiro ó admiraba*, pues entonces expreso que ejecuto ó he ejecutado esos actos; pero no si se han prolongado mas ó menos.

Las oraciones de que hacen mérito los gra-

máticos, y acabamos en este momento de examinar, se reducen á las de verbo sustantivo y activo; porque todo lo que sabemos de los séres del universo, son sus cualidades y sus actos.

La psicología y la gramática caminan siempre paralelas. Si nos fijamos en las oraciones que nos han servido hasta ahora de ejemplo, no tardaremos mucho en advertir la insuficiencia de coordinar las palabras, si á las que son por su índole particular atributivas, no se las modificáramos, de manera que en un todo se ajustasen al sugeto á quien se aplican. De aqui, el concertar los adjetivos con sus sustantivos en género y número, y aun en caso, en las lenguas en que los hay. *Arbol verde, árboles verdes.*==*Mujer buena, hombre malo;*==y en latin *sequitur stellarum in errantium.*

El verbo tambien conviene en número y persona con el sugeto: *Alejandro ama; los soldados aman: yo amo, tú amas.* Considerase á la concordancia como medio de sintáxis, porque esas terminaciones del verbo y del adjetivo determinan el sentido general que unos y otros expresan, ciñéndole de manera que venga á desaparecer la abstraccion en el caso particular. Aseméjense á los determinativos, que tienen tambien por objeto fijar el sentido de los nombres de tal manera, que en vez de la idea abstracta que conviene á todos los individuos de una especie, no exprese mas que aquel ó aquellos que son por entonces blanco de nuestra atencion. *Ese caballo, algunos caballos.* No son, sin embargo, tan esenciales estas concordancias, que no haya á veces idiomas en que algunas de ellas no se encuentren. El verbo, en inglés, no señala por lo regu-

lar ni el número ni la persona. *Yo tengo, nosotros tenemos*, se traducen: *I have, we have*. Pero estas son escepciones que confirman la regla, puesto que en tal caso se suple con la repetición de los pronombres la falta de voces propias, para significar las ideas de número y persona.

El régimen acaba la obra de la construcción y la concordancia. Al tratar de las preposiciones y las conjunciones, indicamos que en la sintáxis recibiría cumplido desenvolvimiento la doctrina que á ellas pertenece: tiempo es de realizar nuestra promesa. Ni el orden con que están dispuestas las palabras, ni las modificaciones que reciben para concurrir reunidas á la expresión de un concepto, alcanzan por sí solas al logro de este propósito. Verdad es que á veces con los medios referidos hasta aquí se logra el fin. *El varón recto ama la verdad*: pero si además de las relaciones que en esta oración se enuncian por medio del orden de las palabras y de las terminaciones que fijan su sentido, hubiera que expresar otras de dependencia; si se pretendiese poner de manifiesto el término de la acción del verbo ó el objeto que se propone el que ejecuta la acción por él expresada, luego se echaría de ver la insuficiencia de tales recursos. Las preposiciones llenan este vacío. Hay idiomas en que los casos suplen en parte el oficio que en el nuestro y en los demás de Europa desempeñan esas partículas. Será, pues, útil examinar su valor filosófico.

Hermosilla es de sentir que las relaciones entre la idea expresada por el verbo, y las que enuncian las otras voces que hacen parte de una

oracion activa, no pasan de las seis que comprende la declinacion latina. En un movimiento hay dos cosas que considerar; *la cosa que se mueve, y la movida*: ha de haber por precision dos casos: uno que exprese la relacion que tiene con el movimiento significado por el verbo la cosa moviente, y otro la que existe entre el verbo y la cosa movida. *Juan impele á Pedro*. Hé aquí el nominativo y el acusativo; la persona que hace y la que padece, segun el lenguaje de los gramáticos. Puede el agente proponerse un fin; y ademas, en cualquier movimiento cabe que haya circunstancias de modo y de lugar. Si se dice, por ejemplo, *Juan impele á Pedro para obligarle á andar*, entonces, ademas de la acción y de su término, expreso la causa final que hubo para verificarla; esta nueva relacion es la que se significa con el dativo. Puede haber circunstancias de tiempo y de lugar que acompañen al movimiento. *Juan impele á Pedro para obligarle á andar en el prado en este momento*. Estas ideas que se allegan á la principal, modificándola de la manera que lo vemos, pertenecen al ablativo. Al proferir las palabras que componen la proposicion enunciada, tal vez me dirijo á alguno *Oh Jacobo! Juan, &c.* Dícese, que en este caso Jacobo está en vocativo, porque en efecto se le llama la atencion acerca de lo que vá á referirsele. Las personas y las cosas de que se habla, ademas de las relaciones ahora indicadas, tienen asimismo la de pertenencia. *Oh Jacobo! Juan hijo de Manuel y sirviente de Francisco, impele á Pedro vecino de Jeréz, para obligarle á andar por el prado en este momento*.

En latin todas estas relaciones se expresaban

por medio de los seis casos denominados *nominativo*, *genitivo*, *dativo*, *acusativo*, *vocativo* y *ablativo*.

Examinando el sentido de cada uno de ellos, se conoce que las relaciones que señalan son, en efecto, de los mas importantes: pero no por eso seria atinado sostener que á estas se reducen todas las que pueden discurrirse. La importancia es á todas luces manifiesta. No hay movimiento ni acto sin agente, del mismo modo que tampoco hay cualidad sin sustancia. El nominativo está pues destinado á expresar una relacion, que es en realidad el fundamento de todas las otras relaciones. El que la accion ó el movimiento tengan un término, es ley del orden físico y moral: *la luz hierre mis ojos*; *amo á Matilde*. De esta regla solo se exceptuan los actos y los movimientos que expresan los verbos neutros: el acusativo es por lo mismo de uso muy frecuente. Es propio de la criatura racional obrar siempre con designio; y percibir tambien el de las obras del Criador, observando la maravillosa armonia del universo. El dativo ocurre con frecuencia; porque de continuo advertimos la relacion que está destinado á significar. *Ando para alcanzarlo*. *Dios crió plantas y animales para el nutrimento del hombre*. El vocativo ha de ser de mucho uso; porque el que habla, á alguien se dirige; y en el mismo caso está el genitivo; puesto que sea que consideremos las cosas físicas ó las intelectuales y morales, habremos de notar que están enlazadas unas con otras de mil modos diversos.

Se vé con esto cuál es el fundamento del dictamen de Hermosilla, y cuál tambien el que hubo para marcar esos casos en las lenguas cuyos nom-

bres son declinables. No obstante, es en este punto tan dilatado el horizonte, que en vano sería querer señalarle límites. Cierto es que los casos citados designan las principales relaciones de nuestras ideas: mas si se traen á la memoria las que enumeramos hablando de la preposicion, luego se verá que los seis de los latinos están muy lejos de agotarlas.

El mismo Hermosilla dice á propósito del *ablativo* que son de tal modo numerosas las relaciones que expresa, que es á veces necesaria una preposicion que indique la circunstancia especial de que se trata. Ya el Brocense (1) habia notado la disparidad de las ideas de relacion que suelen referirse al ablativo: «*pésimamente*, dice, *se le denomina ablativo, habiendo en él comparaciones: doctior Cicerone* (mas docto que Ciceron) *modo, lento grado* (paso lento): *materia, lápide cuadrato* (piedra cuadrada): *instrumento, lápide ictus* herido con piedra): *causa eficiente, amor patris* (por el amor de padre.)»

Para completar el convencimiento obsérvense las relaciones que se significan con cualquiera de estas dos particulas *en, con*. *En*, denota el sitio donde se halla una cosa; *en Cádiz*: el lugar á que nos dirigimos, *entré en casa*: el tiempo, *en breve*: el modo, iba *en cueros*: el estado de una cosa, *frutos en leche*: la causa, *en virtud de orden...* *Con*, designa la concurrencia de una cosa con otra; iba *conmigo*: el instrumento para hacer algo; *abrí la tierra con el arado*: lo que se sirve de pábulo ó entretenimiento; *el fuego se alimenta con leña*:— *se entretiene con su aficion á los li-*

(1) Minerva.

bras: conformidad, *se contenta con poco*.

Reflexiónese acerca de la variedad indefinida de sentidos que reciben las otras preposiciones; y se verá, que si bien es cierto que la declinación latina comprende las relaciones que mas á menudo ocurren, quedan todavía muchas, para cuya expresion es preciso acudir á otros medios. Contrayendo todo esto á nuestro propósito principal, notaremos que tanto los seis casos de la declinación en los idiomas que la tienen, como las preposiciones en los que de ellas carecen, terminan siempre en deshacer la abstracción en el acto de la palabra. La acción ó el movimiento que en virtud de la facultad de abstraer se consideraba separado de su agente y de su término, del tiempo, del modo y del lugar en que se verificó, va recobrando sucesivamente cada una de estas circunstancias, sin las cuales jamás existe en realidad. Ya vimos tambien que la concordancia y la construcción á este propio fin se encaminaban. Pero no basta enlazar unas con otras las palabras que entran en una oración; como el pensamiento por ellas expresado tiene tambien conexión con otros pensamientos, ha de haber en los idiomas signos para expresarla; de aqui las conjunciones. De esta manera las ideas abstractas se concretan, y el idioma se hace apropiado para los usos de la vida. La sintáxis, con varios fragmentos de ideas, compone la idea que en la actualidad queremos expresar.

Hemos estudiado progresivamente la índole y los accidentes de cada palabra. Los nombres con que designamos los seres que existen en la realidad, y los que nosotros concebimos por medio de la facultad de abstraer, aparecen desde luego en

primer término. Estos, si varían, es siempre por causa propia, á diferencia de las otras voces que vienen á juntarse con ellos para modificarlos; entre estas se cuentan los adjetivos, tanto los que se usan para determinar como los que sirven para calificar, los verbos, las preposiciones y los adverbios. El pronombre personal corresponde á la clase de los sustantivos. La interjeccion por sí sola hace oficios de la oracion; pues ya vimos que para ser inteligible, ha de llevar embebido un juicio en el grito que la constituye. La conjuncion es el complemento del lenguaje.

Examinando las palabras de que consta el lenguaje, conoceremos que la variedad de sus especies se funda en la índole especial de nuestra mente. El idioma es, respecto de ella, lo que el agua del rio para las copas de los árboles, la cima de los montes y las flores que se reflejan en su trasparente superficie; ó lo que esos mismos objetos para el pintor que los traslada al lienzo. La palabra es, en efecto, la encarnacion del pensamiento, porque nos le presenta de bulto; y estudiándola reflexivamente, en ella han de descubrirse hasta los mas esquisitos matices de nuestras ideas. Es un verdadero micróscopo de la inteligencia humana.

Difieren unas de otras las lenguas: no obstante los elementos que hemos enumerado, encuéntranse todas ellas. Si nuestras ideas se refieren á los seres y á sus cualidades ¿cómo pudiera haber lengua en que faltasen sustantivos y adjetivos? Si estas cualidades necesitan para ser conocidas ejercer accion en nuestros órganos, y nosotros por otra parte somos activos ¿qué signo se concibe para suplir la ausencia del verbo? La nece-

sidad del pronombre personal es no menos evidente: porque el acto de hablar supone además del sujeto que lleva la palabra, aquel ó aquello de que se habla, y por fin la de los determinativos, adverbios, preposiciones y conjunciones se viene á los ojos, porque pasando sin cesar de lo abstracto á lo concreto, si careciésemos de esas partículas, se parecerian las palabras á los átomos de Demócrito, que vagaban por el espacio hasta que por acaso vinieron á juntarse unos con otros. La abstraccion dispone los seres y sus propiedades en géneros y especies: la sintáxis los restituye á su sér primitivo. Podrian quizá compararse á los dos movimientos de repulsion y de concentracion, que, sabiamente combinados, forman la armonía toda del universo.

LECCION TREINTA Y DOS.

SUMARIO.

Causas de la variedad de los idiomas.—Dificultades de este nuevo estudio.—Diversidad de las causas del fenómeno.—Idioma primitivo, pretensiones de algunos idiomas para que se les conceda esta prerogativa.—Perron.—Webb.—Gorospio.—Astarloo.—Hipótesis y extravagancias acumuladas con este motivo.—Mitridates de Gesner.—Catálogos de las lenguas.—Afinidades verbales.—Van Kennedy.—Comparación de la forma gramatical.—Bopp.—Lepsius.—Wiseman.—Argumento en favor de la unidad del lenguaje.—Separación violenta de los idiomas.—Humboldt.—Goulianoft.—Klaproth.—Schelegel.—Herder.—Sharon-burner.—Dialectos 'de' América.—Sus afinidades con otros idiomas.—Sistema de aglutinación.—Humboldt.—La Lexicología viene en apoyo de la religión revelada.—Desenvolvimiento de los idiomas.—Murcay.—Denina.—Refutación de esta doctrina.—No hay ejemplo de tales progresos.—Inglés.—Hebreo.—Egipto.—Griego.—Latín.—El idioma es uno mismo en los primeros albores y en las épocas de mayor cultura literaria.—Ejemplos de idiomas imperfectos que no se han mejorado á pesar del trascurso de los siglos y del contacto con otros más perfectos.—Chino.—Lenguas semíticas.—Grimm.—Formas gramaticales de las lenguas germánicas.—Humboldt.—Mejoras de los idiomas.—Schlegel.—Italiano.—Pellicci.—Kawi.—Idiomas tártaros.—Abel-Remusat.—La mezcla de unos pueblos con otros puede hacer que permaneciendo su índole sufran modificaciones un idioma.—G. Humboldt.—La lengua es expresión del progreso intelectual de cada pueblo.—Adulteración del latín en la época de las irrupciones de los bárbaros.—Mas en la construcción que en las palabras.—Clemencin.—En los primeros ensayos de la literatura castellana abundan las palabras latinas.—Elementos varios que suelen constituir los pueblos.—Niebuhr.—Unidad y diversidad en el estado.—Social.—En el lenguaje.—Prólogo de las Partidas.—La índole de las lenguas no es progresiva.—Mas bien pierden con el trascurso del tiempo.—Ejemplos tomados de las Partidas.—Si es posible que en el porvenir se amalgamaran todas las lenguas.—Estas expresan las costumbres y las creencias de los pueblos.—Ejemplos.—Varietas causas de la diversidad de los idiomas.—Ejemplos.—Varia aptitud para preferir ciertos sonidos.—Contacto de los pueblos unos con

otros.—Variedad del lenguaje metafórico nacida de la que existe en la naturaleza exterior.—Hechos particulares.—Las causas de la variedad de los idiomas proceden de lo físico.—Ideas eternas reproducidas en los idiomas.—Eclécticismo aplicado á la gramática.

Señores:

Hasta ahora todas nuestras investigaciones se han encaminado á inquirir lo que hay de uniforme en los idiomas. El análisis de las partes de la oracion nos ha convencido de que, lejos de haberse inventado estas por mero capricho, no se encuentra una sola que no tenga su fundamento en las leyes de la inteligencia humana. Tambien hemos visto que la construccion, la concordancia y el régimen, sirven para presentar unidas en los actos de hablar y de escribir, las ideas que la abstraccion habia, por decirlo así, diseminado.

Para completar la tarea que emprendimos, apuntaremos algunas especies acerca de las causas á que pueden atribuirse las numerosas y considerables diferencias que existen entre las lenguas conocidas. Este nuevo estudio ofrece dificultades que no hallamos al hablar de los principios generales de la gramática. Entonces el exámen reflexivo de la cosa significada, nos daba á conocer la naturaleza y los accidentes gramaticales del vocablo que la servia de expresion: sabiendo, p. ej., que los adjetivos designan cualidades; ¿cómo pudiera ser dudoso, que á la manera que estas jamás existen sin el sugeto de su inherencia, aquellos tampoco podrian subsistir aislados en la oracion? En la actualidad carecemos de un principio de criterio, á este semejante; porque siendo considerable la variedad de

los idiomas, y numerosas las causas á que cabe atribuirlos, no hay motivo suficiente para fijarse en una de ellas, con exclusion de las demas. En vez de un texto siempre abierto á nuestros ojos, habremos de inquirir el sentido de multitud de textos, con copia de glosas y comentarios de todo género.

¿Existe una lengua primitiva, origen comun de todas las otras que se hablan en el mundo? Dado caso que asi sea; ¿cuál de las conocidas alega títulos mejores para merecer tan alto privilegio? Volúmenes enteros se necesitarian para dar alguna idea de las tareas de varios filólogos que han tomado á su cargo sustentar las pretensiones de los idiomas, que miraba cada uno de ellos con especial deferencia.

Perron concedia tal privilegio á la lengua céltica; Webb le atribuye á la del imperio chino; Gorospio Becano creía que el flamenco era el idioma que usaron Adán y Eva en el paraíso. Astarlos tiene al vascuence por el mas antiguo de cuantos se hablan en toda la redondez de la tierra; y aunque el hebreo ha sido el que en todos tiempos logró patronos mas ilustres, no por eso ha faltado quien sostenga que el idioma de la Biblia es una mera imágen terrestre del que hablaron nuestros padres antes de su desobediencia.

No hace al fin que nos proponemos discutir las opiniones de los eruditos que acabamos de citar, porque el hacerlo seria asunto mas bien de un libro escrito con este solo designio, que no de una leccion de gramática, en que por necesidad habia de hablarse someramente de sistemas, que á primera vista dejan conocer su mucha transcendencia. Los hemos indicado para mostrar

la diversidad de pareceres que ha habido sobre el origen de los idiomas. Tampoco entraremos en el análisis de las doctrinas de algunos lingüistas, que, fundándose en las afinidades que observaban entre las palabras de varios idiomas, concluyeron que descendían unos de otros; ni haremos mérito de las hipótesis aventuradas, que ha sido preciso sostener para que parecieran admisibles. Ha habido en este punto quien imagine emigraciones de pueblos y establecimiento de colonias, que jamás mencionaron los historiadores; y fuera cosa entretenida referir las extravagancias á que ha conducido el prurito de derivar unos vocablos de otros. Los que se propusieron escribir catálogos de las lenguas, cuyo conocimiento habían adquirido por las relaciones de los viajeros, y por los libros escritos por los misioneros, también han pagado su tributo á la credulidad, adoptando como datos históricos las invenciones mismas de los poetas. En el *Mitridates* de Gesner, publicado en 1555, entre las lenguas enumeradas, se cuenta la que Homero atribuyó á los dioses del Olimpo. No obstante, las eruditas tareas de Hervás, de Adelung y de Vater, han traído á la ciencia filológica utilidades, que fuera injusticia desconocer. Una vez formados los catálogos de las lenguas, comenzaron á percibirse las afinidades que tienen entre sí las que se usaron, ó actualmente se usan en países muy distantes unos de otros. Los dialectos teutónicos se asemejan al idioma de los persas, el latín tiene puntos de contacto muy notables con el ruso y el eslavon; y el griego muestra en varias de sus conjugaciones su parentesco con el sanscrito. De aquí el haber clasificado los idiomas, reuniendo

en un mismo grupo aquellos que son entre sí mas parecidos. La comparacion de los vocablos sirvió para este propósito. El coronel Van-Kennedy comprende en su obra sobre el origen y las afinidades de las principales lenguas de Europa, novecientas palabras comunes al sanscrito, y á otras lenguas, cuya semejanza con sus equivalentes en inglés es manifiesta.

En adelante se creyó no bastaba la afinidad verbal, y se dirigieron las investigaciones á inquirir las semejanzas entre la estructura gramatical de los idiomas comparados.

Bopp abrió esta nueva senda, publicando en 1816 una memoria sobre el sistema de conjugacion del sanscrito: los filólogos que siguieron sus pasos, acreditaron con nuevos datos la exactitud de la opinion, que reune en varios grupos idiomas, que al primer aspecto no descubrian tener unos con otros la mas remota analogía. Lepsius en su Paleografía, establece semejanzas muy notables, que convencen el parentesco del hebreo y el sanscrito. Tambien sus tareas han puesto en evidencia las relaciones que tienen entre sí los dos grupos de idiomas, semítico é indoeuropeo.

«Estas afinidades que se encuentran, dice Wisesman, de quien he tomado las noticias anteriores (1), en el carácter mismo y en la esencia de cada lengua, á tal punto, que ninguna de ellas hubiera jamás existido sin los elementos en que se funda la semejanza, excluyen la idea de que hayan tomado unas de otras las partes de que se componen; y con mas razon, la de

(1) Discours sur les rapports entre la science et la religion révélée publiques par Genoude.

»que nacieran en cada una de un modo indepen-
 »diente y espontáneo. Las diferencias radicales
 »entre esas mismas lenguas, no consienten que
 »las tengamos por dialectos de alguna de las que
 »nos son conocidas; por lo que vendremos á pa-
 »rar en que esos idiomas debieron en un princi-
 »pio formar uno solo, de cuyo origen dimanar
 »las analogías antes notadas; y por otra par-
 »te, como la separacion que ha hecho desapa-
 »recieran los otros elementos de semejanza, no
 »ha podido ser paulatina, hemos de deducir que
 »ha debido provenir de una fuerza activa, vio-
 »lenta y extraordinaria, capaz únicamente de ex-
 »plicar las semejanzas y las diferencias.»

El mismo Wiseman cita, en apoyo de su opi-
 nion, autoridades dignas seguramente de todo
 respeto.

Humboldt se expresa en estos términos: «Por
 »mas aisladas que parezcan las lenguas al pri-
 »mer aspecto, todas tienen entre sí analogía; y
 »sus numerosas relaciones se irán conociendo
 »mejor á medida que la historia filosófica de las
 »naciones y el estudio de sus idiomas se acerquen
 »mas á la perfeccion». Goulianoff, en el discurso
 sobre el estudio fundamental de las lenguas,
 dice: «la sucesion de los hechos anteriores á la
 »historia, se pierde en la noche de los tiempos;
 »lo cual mengua desde luego la certeza de la
 »opinion que establece la fraternidad de los
 »pueblos. Ahora bien; para fundarla sobre
 »bases indestructibles es suficiente la compa-
 »racion de los idiomas antiguos y modernos; y
 »si algun sistema filosófico pretendiese todavia
 »multiplicar los orígenes del linaje humano, la
 »identidad de las lenguas seria la mejor refuta-

«ción que de él pudiera imaginarse.» Klaproth, en la obra que lleva por título *Asia polyglotta*, sostiene que «la afinidad de las lenguas es un hecho evidente: y este hecho solo se esplica admitiendo que existen en todas las lenguas del antiguo y del nuevo mundo, fragmentos de las lenguas primitivas.» Federico Schlegel defiende asimismo la unidad de la lengua tanto en su tratado sobre el idioma y la ciencia de los indios, como en la filosofía del lenguaje.

Aducidas las pruebas para demostrar que los idiomas subsistentes ahora y los que antes existieron, proceden de uno primitivo, cita Wiseman otros escritores, que afirman como inconcuso que *la separacion de la especie humana que dió lugar á las diferencias que se advierten entre los varios idiomas, fué violenta y súbita*. Tales son entre otros Herder y Sharon-Turner, que sostuvo en unos ensayos leídos en la sociedad de literatura de Lóndres, que «las numerosas apariencias de atraccion y repulsion de las lenguas, solo son explicables por algun suceso análogo al que se refiere en el Génesis. Abel Remusat, Niebuhr y Balbi, apoyan el propio sentir. Este en su *atlas ethnográfico*, escribe la cláusula siguiente: «hasta ahora ningun documento, sea histórico, sea astronómico, ha podido convencer de falsedad los libros de Moisés; lejos de haberse así verificado, están en consonancia con los descubrimientos de los mas célebres filólogos y geómetras.»

Es muy crecido el número de dialectos que se hablan en América; y á primera vista no se descubren puntos de contacto entre ellos y los idiomas del antiguo mundo; no obstante, Vater

y Barton señalan 170 palabras escogidas entre ochenta y tres lenguas americanas, de las cuales las tres quintas partes se asemejan al *mantchiu*, al *tonguso*, al *mongol*, y al *samoyado*; y las otras dos se encuentran en la lengua céltica y tchuda, vizcaina, copta y congo.

El exámen de la estructura gramatical de las lenguas de América, da á conocer su unidad. Todas ellas modifican la significacion y las relaciones de los verbos por medio de las sílabas interpuestas en los vocablos que los expresan. Este método ha sido denominado de *aglutinacion* por Guillermo Humbold. La analogía notada, lejos de ser parcial, se estiende á las dos grandes divisiones del Nuevo-Mundo, y comunica un notable aire de familia á las lenguas que se hablan en la zona tórrida, y en el polo ártico, sean civilizadas ó salvajes las tribus que las usan. Malte-Brun dice á este propósito: «la uniformidad maravillosa en el modo de formar las conjugaciones de los verbos de una extremidad á otra de la América, favorece singularmente la hipótesis de que un pueblo primitivo es el origen de todos los que en adelante han habitado y habitan ese vasto continente.

Sin proponernos hacer la apología de la religion, empresa que no es de este lugar, y que por otra parte escede con mucho los límites de nuestros conocimientos, no podemos dejar de repetir, á propósito de la unidad del lenguaje, lo que dijimos en la leccion XXIII, tratando del origen del linaje humano.

La filosofía, por término de sus investigaciones, viene á parar al recinto de las verdades reveladas. Las tareas del erudito, que á fuerza de

constancia y de vigiliás consigue reunir los fragmentos de la ciencia filológica esparcidos por todo el mundo ; la sagacidad del hombre reflexivo, que , comparándolos unos con otros, llega á descubrir las analogías que ocultaban al principio diferencias mas ó menos considerables ; y las conclusiones que el raciocinio deduce de todas estas premisas, coinciden de una manera maravillosa con la narracion contenida en el Génesis. El dicho de Bacon recibe aqui otra prueba de su exactitud ; y los pensadores tienen en las observaciones que preceden, asunto adecuado para ejercitar su entendimiento.

Otra opinion encontramos en el libro de Wiseman no menos digna de estudio que la anterior. Generalmente se ha creído que las lenguas propenden á desenvolverse y á mejorarse: hay escritores que hablan de la época en que cada verbo auxiliar tenia su significado propio , y cada conjuncion era un imperativo. Murray describe el estado de las lenguas cuando se inventaron las palabras compuestas y los pronombres; y aun se adelanta á señalar por origen á todas las lenguas un corto número de monosílabos. Asi, analizando los idiomas semíticos, especialmente el hebreo , puede fácilmente reducirse todo su sistema de conjugacion á simples adiciones de pronombres añadidos á la forma mas elemental del verbo ; y haciendo esto, se descubrirán en sus palabras las raíces monosilábicas en lugar de las disilábicas que se le conocen. Asi tendríamos un lenguaje simple , que solo constase de palabras cortas, sin inflexiones , y que determinase el valor de sus elementos por la colocacion de estos en la frase ; un idioma muy parecido al chi-

no en su estructura. Considerando este estado con respecto al actual, parecería mas simple, y por consiguiente habría de inferirse que la lengua ha llegado á los términos en que hoy la vemos por efecto de un progreso continuado durante el transcurso de largos siglos. Muchos hombres entendidos adoptaron este dictámen. Merian, Michaelis, Gesenius, Oberleitner y otros que fuera prolijo referir.

Denina (1) cree que las lenguas comenzaron por algunos sonidos vagos parecidos á estos: *ab, am, ap, ba, ma, pa, ta, at, ka, la*; y que en cada pueblo pudo suceder que un mismo objeto se expresára con sílabas distintas. Los escitas y los sármatas en lugar de formar el nombre de padre con la sílaba *pa*, como los latinos, se han valido de *at* y así han hecho la palabra *atta*, que equivale á la de los latinos. El nombre de bárbaros que dieron los griegos á los pueblos extranjeros, procedió, segun el mismo Denina, de la frecuencia con que les oían la sílaba *ba*: el de tártaros, de que los pueblos conocidos repetían de continuo la sílaba *ta*.

Esta opinion, aunque plausible, porque se aviene con las ideas de progreso y de perfeccionamiento propias de las cosas humanas, no cuenta á pesar de todo, con la prueba y el apoyo de la experiencia. No hay ejemplo en la historia de tales adelantos. Cualquiera que sea la época que escojamos para examinar un idioma determinado, le vemos siempre completo en lo que toca á su índole y cualidades características: puede recibir cierto grado de perfeccion, aumentar su ri-

(1) La clef des langues.

queza y adquirir una construcción mas variada; pero sus propiedades distintas, su principio vital, su alma, si así puede llamarse, se forma de una vez y nunca varía. Si acaece semejante alteración, es porque nace una nueva lengua de las ruinas de otra, como el fénix de sus cenizas; y aun cuando se verifique esa sucesión, como ha acontecido con el italiano respecto del latín y con el inglés respecto del anglo-sajón, un velo misterioso encubre á nuestros ojos esas transformaciones: sucede á estos dialectos lo que al gusano de seda, que se oculta para pasar el estado de *crisálida*, y solo le vemos cuando sale á luz; inmutable y cumplidamente organizado: así, observando la lengua primitiva, descubriremos los gérmenes de la que de ella habia de derivarse.

El inglés aparece en la aurora de la literatura del Reino-Unido tan completo como en los poemas de Milton y en los dramas de Shkcaspeare. En los escritos de Moisés, lo mismo que en los primeros fragmentos incorporados en el Genesis; la estructura esencial de lenguaje es completa; y á pesar de sus imperfecciones manifiestas, no parece susceptible de ulteriores mejoras.

El antiguo *egipcio*, tal como le vemos escrito en geroglíficos en los monumentos mas antiguos, le encontramos en la liturgia copta, á pesar de que hay un intervalo de tres mil años, segun lo ha notado Lepsins. La misma observación se comprueba tambien comparando los escritores mas antiguos de Grecia y Roma con los que florecieron en las mejores épocas de aquellas literaturas. Y es de tener en cuenta, que si bien es cierto que la conquista de la Grecia introdujo en el Lácio la escultura, la pintura, la poesía, la historia, las

artes y las ciencias; y que el contacto con los griegos enseñó á los latinos á dar rotundidad á sus períodos y facilidad y energía á su lenguaje, no lo es menos que la comunicacion con los sábios de Atenas, no añadió un tiempo ó una declinacion á su gramática, ni una partícula á su diccionario, ni una letra á su alfabeto.

Nacion ninguna por solo conocer y sentir los defectos de su idioma hallándose en circunstancias ordinarias, ha ido á tomar de otra, ó ha producido un nuevo elemento de lenguaje. Asi vemos que el chino, tan pobre en construcciones gramaticales, que se asemeja mucho á los signos que usan los sordo mudos para expresar sus pensamientos, nunca se ha mejorado en este punto: y que las lenguas semíticas, á pesar de haber tenido los pueblos que las hablan, roce y comunicacion con otros que usan idiomas mas perfectos, nunca han formado el tiempo presente ni los compuestos y los modos; siendo de advertir, que el carácter de todas estas cosas dá á su lenguaje cierta ambigüedad que lo hace poco inteligible; ni han inventado nuevas construcciones para aliviar á la copulativa *y*, de la tarea de exprimir todas las relaciones posibles entre las partes de la oracion, y por fin, conociendo siglos ha alfabetos mas completos, no ocultándoseles la grave dificultad que les presenta el carecer de vocales, los que hablan esos idiomas no han conseguido ni intentado siquiera introducir las vocales, valiéndose todavia de puntos cuyo uso es muy poco cómodo. Si las lenguas fueran capaces de adelanto y de perfeccionamiento, un transcurso de siglos tan prolongado lo hubiera sin duda producido. Lejos de ser asi se observa que son las lenguas mas perfectas

en sus épocas primitivas. Las observaciones de Grimm, acerca de las formas primitivas de la gramática de los dialectos germánicos, muestran que en vez de perfeccionarse, la mas esquisita de esas formas han desaparecido.

El tratar, pues, del estado secundario de los idiomas, ó lo que es lo mismo, suponer que han transcurrido muchos siglos para alcanzar un punto dado de desenvolvimiento gramatical, es cosa contraria á lo que nos enseña la experiencia. Los idiomas no nacen á la manera de la simiente que se arroja en la tierra, germinando allí de un modo maravilloso; sino que son semejantes á la materia que se encierra dentro de un molde, y sale de él con sus formas fijas y determinadas; el molde es en realidad la mente humana, modificada por las circunstancias exteriores.

Guillermo de Humboldt, conocido por su vasto saber en punto á ethnografía, se expresa en estos términos, hablando de la cuestion que ahora nos ocupa: «no considero, dice, las formas gramaticales como fruto de los progresos que hace una nacion en el análisis del pensamiento, sino mas bien como resultado de su índole especial (1).» Asimismo observa que dos lenguas americanas la *maya* y la *betoya*, tienen dos formas para el verbo, una para expresar el tiempo, y otra simplemente la relacion del sujeto y el atributo. Semejantes particularidades, dice: (2) cuando se encuentran en dos idiomas, comparándolos como ahora acabamos de hacerlo, demuestran que erraríamos, atribuyéndolas á al-

(1) Carta á Abel Remusat sobre las formas gramaticales.

(2) La misma obra.

guna idea filosófica en sus inventores... Y poco mas adelante continúa: «estoy convencido de que hay una fuerza divina en las facultades humanas, que constituye el genio creador de las naciones, sobre todo, en el estado primitivo en que todas las ideas, y aun las facultades mismas, en virtud de las cuales las formamos, reciben nuevo vigor por la novedad de las impresiones, y son capaces de concepciones á que jamás llegarían, siguiendo la marcha lenta y progresiva de la experiencia. Ese genio creador puede salvar los términos prescritos á la humanidad, y si no es posible descubrir sus huellas para señalar la senda que ha seguido, su existencia no deja de ser por eso indudable, mas bien que renunciar en la explicacion del origen de las lenguas, al influjo de esa causa poderosa y primera, y asignar á todas las lenguas una marcha uniforme y mecánica, que las conduzca desde el origen en que se suponen groseras y defectuosas, hasta su mayor perfeccionamiento, adoptaré el dictámen de los que atribuyen este origen á una revelacion inmediata de la divinidad. Los que así piensan, reconocen por lo menos el destello divino, que brilla al través de todos los idiomas, aun los menos perfectos y cultivados.» Conviene, pues, en que los idiomas no llegan gradualmente á su mayor desarrollo, sino que lo reciben desde luego de la energía inherente á la inteligencia humana, á no ser que admitamos que ese desarrollo, así como el primer lenguaje, provienen del cielo.

Sin embargo, para no violentar las cosas, debemos observar, que si bien es cierto que las lenguas no poseen la potestad de alterar su es-

tructura y formas gramaticales en circunstancias ordinarias, no por eso deja de suceder tal modificación en algunos casos. Ejemplos hay que prueban que la acción continuada de influjos particulares, puede hacer que una lengua sufra alteraciones tan considerables, que pertenezcan sus palabras á una clase y su gramática á otra. Y aunque entonces lo que acaece en realidad, es que se forma un nuevo idioma, diverso de aquellos que le han dado origen, todavía la separación del que le ha precedido, habrá de consistir en el hecho de adoptar distintas formas gramaticales. Así Schlegel asienta que el anglo-sajon perdió su gramática en la época de la conquista de los normandos (1). El italiano difiere del latin, mas bien por haber adoptado un nuevo sistema gramatical, que por mudanzas en los vocablos: comparando dos obras escritas en estos idiomas, hallaremos en el italiano artículos tomados de pronombres latinos, ausencia de declinaciones, los verbos conjugados por medio de auxiliares en la voz activa, y falta completa de la voz pasiva. Estas alteraciones son las que lo constituyen idioma aparte.

Otro ejemplo de esa transformación le ofrece el antiguo pehlwi ó pahlavi como se le denomina ahora. William Jones (2) observa que los vocablos de este idioma son semíticos, y su gramática indo-europea; por eso Balbi le ha colocado en su tabla de las lenguas semíticas. El Dr. Dorn atribuye el hecho á que las palabras semíticas han ido introduciéndose en el idioma de que hablamos

(1) De studio etym.

(2) Asiatic. researches.

por el comercio y trato con las naciones arameanas circunvecinas.

El *Kawi*, lengua del Archipiélago indico, es otra prueba de la observacion anterior; á propósito de esta dice Crawford: (1) «Si hubiese de emitir mi opinion respecto á la historia del *Kawi*, diria que es el sanscrito privado de sus inflexiones, habiendo adoptado en lugar de ellas las preposiciones y los verbos auxiliares de los dialectos de Java. Es de suponer que los bramans, nativos de esa isla, hallándose separados del pais de sus antecesores, ya por ignorancia, ya por negligencia, abandonaron las inflexiones dificiles y complexas del sanscrito; por los motivos mismos que los bárbaros alteraron el griego y el latin convirtiéndolos en los idiomas modernos.»

En las lenguas tártaras se descubre asimismo la huella de una desviacion semejante. Abel Remusat (2) dice: «Desde la extremidad del Asia se ignora enteramente el arte de conjugar los verbos; los participios y los gerundios hacen un papel muy importante en los idiomas tongus y mongoles, en los que no es conocida la distincion de las personas. Los turcos orientales son los primeros que presentan en sus idiomas algunos vestigios de conjugacion; pero el escaso uso que de ella hacen persuade la preexistencia de un sistema mas simple. En fin, entre los turcos, los mas próximos á la raza gótica en las comarcas que separan el Yich, y el Jaik y que rechazaron esa misma raza y la persiguieron despues hasta Europa; hacen ventaja á las de-

(1) Sur l'existence de la religion hindoue dans l'île de Bali.

(2) Recherches sur les langues tartares.

»mas naciones turcas en tener las conjugaciones
»por medio de auxiliares cuya particularidad les
»es comun con la raza gótica: á pesar de esta adi-
»cion, que parece pegadiza á sus lenguas, con-
»servan estas el mecanismo embarazoso de los idio-
»mas que carecen de conjugaciones.

Otro tanto sucede con el anfárico. Este idioma (1) que se suponía un dialecto del gheez (abisinio) y despues del semítico, es en sentir de los mas modernos ethnógrafos de origen africano, aunque con alguna semejanza con los inflexiones semíticas.

Todas estas autoridades y los ejemplos que las sirven de fundamento, convencen de que es posible, como ya muchas veces se ha verificado, que los idiomas por el contacto de los pueblos que los usan, se alteren recíprocamente y acaben por transformarse dando origen, bien á nuevos dialectos, bien á otros idiomas, conforme ha sucedido con el italiano y el español respecto del latin. La invasion de los pueblos del Norte en el imperio romano, fué causa de que mezclándose la lengua que aquellos hablaban con la de los antiguos señores del Orbe, naciesen los idiomas modernos. A la sazón parece al primer aspecto que la experiencia viene en apoyo de opuestos resultados. Por una parte vemos que la idea de que los idiomas se mejoran con el transcurso del tiempo es quimérica; porque las lenguas antes citadas demuestran que el discurso de muchos siglos no es capaz ni de corregir ciertos defectos inherentes á la índole misma de un idioma, ni tampoco de que este adquiera por grados el

(1) On comparative philologie.

perfeccionamiento, como acaece con las demas obras humanas. Por otra parte notamos que el contacto de unos idiomas con otros, no solo los altera, sino que llega á suceder que de la union de dos ó mas, traiga origen un nuevo idioma. ¿Se oponen entre sí estas dos observaciones? ó por el contrario ¿son conciliables?

A nuestro entender la ciencia filológica puede dar razon de ambas de una manera satisfactoria. Es claro que las formas gramaticales, mas bien que los sonidos que se llaman palabras, son las que propiamente constituyen lo que se denomina *índole* ó *genio* de las lenguas; esta índole ó genio es adecuado al modo de ver las cosas, á las ideas y á las costumbres de los pueblos; y á la manera que cada escritor tiene su estilo especial, y sus giros que le son peculiares, los pueblos dejan traslucir en los idiomas de que usan, los rasgos distintivos de su carácter.

Guillermo Humboldt, sagaz analizador, y de un vasto saber en punto á la ciencia ethnográfica, miraba el estudio de las lenguas como medio de adquirir conocimiento cabal de las formas del pensamiento y de los varios procederes del progreso intelectual de cada pueblo; y aunque nos desviaríamos mucho de nuestro propósito, y traspasaríamos los límites de esta leccion, si quisiéramos trasladar aqui las observaciones que el autor citado hace sobre la materia, no podemos menos de notar que sus eruditas tareas persuaden la certidumbre de lo que dejamos establecido sobre las causas á que es de atribuir la varia índole de los idiomas. Asi vemos que la lengua latina se adultera con la irrupcion de los bárbaros en el imperio romano, dimanando de aquí

parte considerable de las lenguas que hoy se hablan en la Europa; pero si paramos algun tanto la consideracion, conoceremos que la mudanza sucede en la gramática, y que las palabras, si bien adulteradas, conservan al pasar á los nuevos idiomas los distintivos de la fisonomía que tenían en la lengua madre. En el italiano y en el español desaparecen las declinaciones de los nombres y de los pronombres, la voz pasiva de los verbos, y por consiguiente, la forma transpositiva que tanto engalana los escritos de los autores latinos.

Un célebre literato español, el señor Clemencin, dice (1): «La construccion de la lengua entre los romanos era como la de sus edificios; sus participios, sus verbos y sus nombres, eran sillares grandiosos, en cuya comparacion nuestras partículas y monosílabos son fragmentos mezquinos é irregulares, con los que solo se puede construir á fuerza de tiempo y de mortero. Los participios de las lenguas antiguas, eran unos verbales, que reuniendo la fuerza y accion del verbo á las flexibles formas de los nombres, encerraban una frase en una palabra. En nuestros idiomas suple la multiplicacion de los vocablos, en cuanto es posible, la pobreza de las formas.»

Si es lícito decirlo así, los bárbaros del Norte fundieron el latín en el molde de sus propios idiomas; conservaron la parte material, aunque desfigurada, acomodándola á su modo de concebir y expresar las ideas; y en suma adoptaron el diccionario, desechando la gramática, quizá por-

(1) Notas al Quijote.

que era superior á la tosquedad de sus agrestes ingenios el delicado mecanismo de aquella constitucion esquisita que traba las palabras unas con otras, sin dejar percibir los vínculos que las conservan unidas, ó tal vez, porque el giro peculiar de sus ideas no se adaptaba á esas formas, y exigia otras menos bellas artísticamente, aunque preferibles, examinadas bajo otro aspecto.

Sea lo que fuere de nuestras conjeturas acerca de la causa del fenómeno lengüístico que ahora nos ocupa, su existencia es á todas luces evidente. En los primeros ensayos de la literatura latina y castellana, abundan las palabras latinas á tal extremo, que ha habido entre nuestros escritores, algunos que intentaron y consiguieron redactar largos trozos, que juntamente eran latinos y españoles.

Admitido este hecho como inconcuso, luego se ve desvanecida la contradiccion que antes advertíamos. La índole de los idiomas permanece inalterable, á pesar del transcurso de los siglos, y de las numerosas vicisitudes que trae consigo la perenne volubilidad de las cosas humanas; las palabras varian con el contacto de unos pueblos con otros, ora por las guerras y las conquistas, ora por las pacíficas relaciones del comercio. Acaece en este particular, lo propio que observamos con las creencias, las costumbres, y hasta las razas en que está dividida nuestra especie. Analizando las leyes y las religiones de los pueblos, se separan unos de otros los elementos de que se componen, y en lo que á primera vista parecía unidad, descubrimos multitud de principios y orígenes diversos. Nieburh aplicó este análisis moral á la historia romana, presentándonos,

merced á su inagotable erudicion y esquisita crítica, como un conjunto de tribus distintas, el pueblo que reputábamos fruto de un solo origen. No obstante esa diversidad, hay algo especial que amalgama y liga unos elementos con otros, haciendo que reunidos formen un todo, que es lo que constituye la nacionalidad de cada pais. El pueblo de Rómulo, aunque compuesto de otros pueblos, los absorbe y les imprime el carácter particular que ofrece en la historia. La unidad oculta la diversidad, de modo que solo se deja esta conocer en una época, en que el prurito de inquirir las causas, por recónditas que sean, y la extension de los conocimientos históricos, hacen posibles tales investigaciones. He aquí lo que acontece á los idiomas: la misma unidad acompañada de diversidad que se ostenta en el estado social de cada pueblo, es la que en ellos descubrimos; y esto explica juntamente la permanencia de la índole ó genio, y la inconstancia de todo lo que á ella es accesorio. Tambien la observacion anterior nos da á entender el motivo de que la lengua se ostente ya con toda su gala y sus riquezas en los primeros destellos de la literatura de cada pueblo. No era posible que otra cosa sucediese; porque la transformacion se hace de una manera latente, dejándose percibir solo cuando está completa; y si la lengua de que se trata, en vez de tener origen conocido, cual sucede al italiano y al latin, carece de él, ó por lo menos no alcanzamos á designarlo; entonces con mayor razon la primera vez que llega á nuestra noticia, se nos presenta en estado de cabal desenvolvimiento; porque los escritos en que se conserva, no habrian siquiera podido existir, mien-

tras el idioma no hubiera adquirido todas las condiciones que para tenerlo en concepto de tal se requieren.

La lengua castellana en que están escritos los versos del famoso poema del *Cid*, es inteligible para los que hoy hablan el lenguaje de los Ríojas y los Cervantes. Muchas de las voces recibidas en aquel entonces, han desaparecido del idioma como anticuadas, pero el fondo subsiste todavía.

En el prólogo de la edicion de las Siete Partidas del rey Sabio de 1807, se leen estas palabras: «la elocucion en las Partidas es sencilla, como convenia à una obra que puede llamarse didáctica, »y que debia ser de todos entendida; pero al mismo tiempo es muy copiosa, y los períodos están con un artificio tanto mas laudable, quanto menos aparece. Débese á la era en que aquellas se compilaron, que á los números, á los nombres »y á las alegorías, se les diese alguna vez un valor, que la mayor ilustracion y cultura les niegan hoy; pero las razones que se producen están expresadas con claridad y enérgia, y con tal medida y número, que *la lengua castellana comparece ya con aquella pompa y magestad que tan recomendable la hicieron en el siglo XVI.* »En la sintaxis se observa una admirable exactitud, como que no hay cláusula en que el sentido quede pendiente, ó en que se dé márgen á equivocaciones y antíbológias; y el lenguaje es sumamente propio, usándose de cada voz en su mas rigoroso significado. ¡Y cuánta es su riqueza y copia! Da lástima que por una mala delicadeza hayamos perdido mucho de aquel precioso caudal. La mayor prueba de la pureza y propiedad del lenguaje de las Partidas es, que aun

»hoy, despues de *pasados cerca de seis siglos, es*
 »necesario que sea un hombre de muy poca lectu-
 »ra, el que no entienda las leyes tan corrientem-
 »mente como los escritos de nuestros dias. Asegu-
 »remos, pues, sin temor de que se nos contradi-
 »ga, que desde entonces tiene la España formada
 »ya su lengua, y una lengua abundante, expresi-
 »va, sonora, y propia para todo género de escri-
 »tura, cuando otros pueblos que nos están zahii-
 »riendo por nuestro atraso, no tenian todavia
 »por todo lenguaje mas que una confusa é in-
 »exacta degeneracion del latin: con la misma Ita-
 »lia podemos entrar en competencia: aun no ha-
 »bia nacido el Dante, y ya existian las Partidas.»

El libro á que se refiere el trozo que acabamos de copiar, es una prueba demostrativa de que no son progresivos los idiomas en la parte que puede denominarse constitutiva. Lejos de suceder así, hay en las Partidas locuciones y vocablos que, siendo sumamente expresivos, han caido en desuso con grave perjuicio de la lengua castellana. Sirva entre otros de *ejemplo* la conjuncion causal *ca* que es el *quia* de los latinos, abreviado. Es muy frecuente el valerse de ella el rey Sabio, «á semejanza, dice la ley 28 tít. V, Partida I, del primer obispo que hubo en Jerusalem, que fué Santiago el apostol, el que llamaban justo, et decíenle hermano de N. S. Jesucristo, porquel semejaba, et fué fijo de su hermana santa María; ca este fué consagrado de sant Pedro, que era cabdiello de los apóstoles....» A la manera de este, fuera fácil citar numerosos pasajes, en que hallamos el *ca*, evitándose así la enfadosa repetición que ahora tenemos que hacer de nuestro *porque*, y haciendo mas conforme el uso á los

principios de la razón, según lo haríamos patente, si fuera oportunidad de determinar las diferencias que existen entre las dos conjunciones *ca* y *porque*.

Admitida la exactitud de las observaciones que llevamos hechas, aun podría preguntarse si la comunicación que de día en día se hace más fácil entre los pueblos, no concluirá por extinguir del todo las diferencias de los idiomas, así como propende irresistiblemente á mezclar los usos y las creencias, privando á cada país de su individualidad, y dándoles á todos un carácter uniforme y monótono.

No nos es dado arrebatarse sus secretos al porvenir. La cultura se difunde con suma rapidez, y sus tendencias á la unidad son decididas. Fijar el punto á donde terminará la centralización, es empresa muy desproporcionada para las fuerzas humanas.

Como quiera, las doctrinas que hemos establecido tienen la sanción de la experiencia, y están en armonía con las nociones más claras del entendimiento.

Veamos ahora cómo los vocablos indican el estado social de los pueblos; y señalemos también algunos orígenes de las diferencias que hay entre las lenguas y las causas á que en nuestro concepto deben atribuirse.

Los idiomas son un traslado fiel de las creencias y de las costumbres de los pueblos. El aspecto que presentan las cosas, determina el nombre que se las impone. El nombre de la divinidad en griego, se deriva de un verbo que significa *correr*, quizá porque tal denominación alcanza á la época en que eran las estrellas veneradas co-

mo dioses. Los romanos llamaban á Neptuno *Deus consus*, porque le tenían por la deidad que infunde las determinaciones acertadas; atribuyendo el robo de las Sabinas á un consejo dado á Rómulo por este dios. Hércules se conocía por *Deus sancus*, porque presidía á los juramentos inviolables.

Los dioses lares y penates eran al principio fantasmas caprichosas y malévolas; rectificada la opinion en este punto, se significó por las palabras referidas *los genios desinteresados y tutelares*; y acaso *las almas de los hombres virtuosos de cada familia*; *los protectores de sus descendientes*. Así mudó la acepcion de la voz, luego que se hubo transformado en la idea de *amparo y protección*, la de *malignidad*, que antes se achacaba á esos séres sobrenaturales.

Es considerable el número de divinidades que los romanos adoraban con el nombre de *fortuna*. *Fortuna virilis, muliebris, publica, privata, obsequens, aurea, mala, equestris, hujus diei, redux*, y otras muchas. Este culto es propio de la especie de fatalismo que deja traslucirse en sus dogmas religiosos. Algo, á esto parecido, se nota en los anales de los árabes y los escandinavos.

Los nombres de las festividades eran otros tantos recuerdos, ya de las victorias de la república, ya de las calamidades de que el auxilio de los dioses la habia libertado, ya por fin, de las antiguas tradiciones. Las danzas sálicas se instituyeron, segun Plutarco, para tributar gracias á los dioses por los escudos que habian enviado á Numa. Las *lucarias* solemnizaban el asilo concedido por Rómulo á los fugitivos que habian de poblar su nueva ciudad. Las *matronales* conme-

moraban la reconciliación de los sabinos y los romanos, por medio de las hijas de aquellos y esposas de estos. Las *carmentales*, el nacimiento y las costumbres del pastor Evandro: las *lupercales*, representaban los juegos infantiles de Remo y Rómulo, y la loba que los había amamantado. Tanto Dionisio Halicarnasco, como Plutarco, les dan este origen. En sentir de Plutarco, el nombre *pontífice*, dimanaba del puente con que Anco Marcio unió el Janículo con la ciudad.

Los judíos mudaron la acepción del vocablo *demonion*, que en griego significaba *espíritu*, en el de *ángel rebelde*; porque creían que las divinidades paganas eran los ángeles, que habían sido lanzados del cielo en castigo de su orgullo. En nuestro idioma no comprendemos la idea verdadera que expresan los antiguos filósofos é historiadores de Grecia, cuando hablan del *demonio* de Sócrates; porque al oír pronunciar esta palabra, involuntariamente se nos ofrece á la memoria el sentido que en fuerza de nuestras creencias le hemos dado, y no el que tuvo entre los griegos.

Los mismos judíos, persuadidos de que la *lepra* era un castigo de Dios, le daban un nombre, que, vertido literalmente, equivale á *golpe de látigo*. Imponían á Dios un nombre que significa *beneficencia*, en contraposición del terror, que era el aspecto bajo que otros pueblos le consideraban. En griego *alma* se expresa por un vocablo que equivale á *oruga*; significando de este modo que la muerte la transformaba en una naturaleza divina.

Ludolph refiere que los etíopes no tenían en su idioma mas que una sola palabra para las dos

ideas, *naturaleza y persona* : así no les fué posible comprender las cuestiones suscitadas en otro tiempo acerca de las dos naturalezas en la persona de J. C.

Ya tenemos observado anteriormente cuán escaso era el vocabulario filosófico entre los latinos. Ciceron usa de continuo locuciones griegas, para expresar los conceptos de los estóicos y otros pensadores, cuyos sistemas expuso en sus admirables diálogos. Podía esto explicarse por las razones de que hemos hecho mérito en otras ocasiones ; pues no habiéndose dedicado los romanos á las tareas filosóficas, debía carecer su idioma de vocablos destinados á expresar ideas abstractas que les eran desconocidas ; pero añade Wiseman en la obra citada : «que el usar subjetivamente el pronombre de la primera persona, según los alemanes lo han introducido en las otras lenguas de Europa, sería casi imposible en latin por la falta de artículos; y es seguro que jamás habria ocurrido tal cosa al que solo esta lengua conociera.» Así la falta de partículas y de formas gramaticales adecuadas para significar las relaciones de las cosas, son parte para que este idioma no sea á propósito para que la mente se eleve á las nociones generales. A esta propia causa atribuye el autor referido, el que las mas profundas revelaciones de la religion, las profecías y los dogmas morales, se nos presenten en el idioma hebreo, revestidos de imágenes, sacadas de la naturaleza exterior. La misma observacion se aplica al Koran.

Las explicaciones que pudieran darse del fenómeno de que tratamos, no son de este lugar; solo hace á nuestro intento inquirir el influjo de

las ideas en los idiomas; y lo que hemos observado respecto al latín, al hebreo y al árabe, es prueba inequívoca de la tesis que propusimos. La ausencia de la palabra indica siempre la de la idea correspondiente.

El lenguaje del corazón suele ser á veces diminuto en los pueblos atrasados en cultura. Mr. Peron refiere que en las lenguas que se hablan en las tierras australes, no hay vocablos equivalentes á *abrazar* y *acariciar*, añadiendo que por mas que repitió delante de ellos las acciones significadas por estos dos verbos, con el ánimo de averiguar si tenían alguna voz que las expresára, siempre le respondieron negativamente, dando muestras de la extrañeza que les causaban estos actos para ellos desconocidos; y concluye que ni en la tierra de Diemen, ni en la Nueva-Holanda, vió nunca que un salvaje abrazase á otro, bien de su propio sexo, bien del femenino.

La palabra *pecunia*, equivalente á riqueza entre los romanos, procede de *pecus*, y alcanza á los tiempos en que los rebaños eran todo el caudal que aquel pueblo poseía. Humboldt hace la misma observacion hablando del vascuence *aberatsac*, rico, procede de *aberca*, rebaño; al modo que nuestro verbo *ganar* dimana de *ganado*. Todos estos nombres se inventaron en época en que la riqueza agrícola era la única que se conocía. Depping cita algunas palabras vascas, que indican las costumbres de un pueblo primitivo, que vive sin cesar en contacto con la naturaleza. *Jaun goicoa*, que equivale á *Señor de lo alto*, es el nombre de Dios: *gab-a* ausencia de la luz, significa la noche: *eriotza*, enfermedad fria, expresa la muerte: *eguzquta*, *criador del día*, el

sol: *ilgoria*, *la luna que crece*; *ilgoria la que mengua*. Los errores y las preocupaciones mismas, suelen quedar consignados en las lenguas; sucediendo á veces que subsista el vocablo cuando ha desaparecido la idea que le dió origen; si bien entonces el sentido se modifica, y casi seria exacto decir que solo lo material de la palabra permanece. Nuestros escritores de los siglos XVI y XVII, denominan *paganos* á los moros, y hablan alguna vez del *ídolo de Mahoma*, sin duda porque les era poco conocida la aversion que tuvo siempre á la idolatría el falso profeta. *Hechizo*, *hechizar*, *hechicera*, *encanto*, *encantar*, *encantadora*, son palabras que en el día se usan para expresar *lo muy agradable que es para nosotros una cosa ó una persona*, conservando así algun vestigio de su acepcion primitiva. Otro tanto se aplica á las expresiones *alma en pena*, *hacer mal de ojo*, *aparecido*; y muchas mas que fuera prolijo referir.

Acaece tambien en ocasiones, que los descubrimientos de la ciencia no penetren de tal modo en el uso del idioma, que logren hacerle variar. Las lenguas, segun la frase feliz de Michaelis, son una especie de democracia, en que hace ley la voluntad del mayor número. Por eso, á pesar de Galileo y de Copérnico continúa diciéndose *el sol sale*, *el sol se pone*.

La que hemos analizado es una de las causas mas eficaces de la diversidad de los idiomas, porque las opiniones y las creencias humanas son de suyo movedizas y por consiguiente su inconstancia ha de contribuir muy poderosamente á que el lenguaje no sea uniforme.

Otras existen no menos influyentes.

Los nombres de los oficios suelen tomarse de alguna de las operaciones que le son propias, y cabe gran latitud en la que cada pueblo escoge para designarle. *Acestes* llamaban los griegos al sastre, derivando el vocablo de un verbo que significa *juntar piezas separadas*: los franceses le llaman *tailleur* porque corta las telas de que hace los vestidos.

Al *anteojo* los italianos le conocen por *vechiali de ochio* (ojo); al telescopio, *cannachiale*, porque se compone de una especie de caña ó tubo y de los vidrios; en alemán es una voz compuesta de estas dos *fern*, (lejos) y *glas* (vidrio): la voz francesa *lunettes* se formó á no dudarlo por la semejanza de la luna con la forma del vidrio que se pone en el anteojo.

La misma diversidad y abundancia se advierte en el lenguaje metafórico. *True* significa en inglés *fiel*: en italiano se expresa la idea de *amante*, con la voz *drudo*; los galos llamaban *druidas* á sus sacerdotes; así los primeros de la cualidad de ser fiel, que constituye el mérito todo del que ama, hicieron el nombre mismo del amante, los segundos escogieron esa misma cualidad para designar al sacerdote cuyo ministerio exige la fidelidad como prenda necesaria.

El campo de las metáforas es indefinido porque son innumerables las relaciones que existen entre los objetos del orden físico y del intelectual y moral. Las voces metafóricas varían como los climas, las inclinaciones y las ideas de los pueblos.

Por otra parte la guerra y el comercio estableciendo comunicaciones multiplicadas entre los países contribuyen á que los idiomas se mezclen

y que tomen unos los vocablos de los otros. En francés se encuentran vestigios de la lengua céltica ó teutónica; y una multitud de palabras derivadas del latín, aunque corrompidas al pasar por los labios de los galos. En nuestro idioma aunque hay número considerable de palabras que traen su origen del latín, se encuentran asimismo muchas voces griegas y arábicas que no dejan duda de la larga mansión de estos pueblos en la Península. En francés los nombres relativos á las cosas de la guerra y á la caballería son de raiz teutónica *bride* (brida) *escrime* (esgrima) *estocade* (estocada) *blason* (blason) *heraldique* (heráldica) *treve* (tregua) *guerre* (guerra) *bataille* (batalla) *escadron* (escuadron.) El lenguaje belicoso debia nacer en un pueblo que en tan alta estima tenia á la guerra.

El castellano descubre las huellas de las naciones que sucesivamente dominaron en España. Escusado seria hablar de los romanos; porque es notorio que el habla que usamos consta en su mayor parte de voces latinas modificadas ó corrompidas. Los vocablos arábicos se encuentran frecuentemente. *Beni*, es segun Mayans (1) una palabra que equivale á *edificio*: de suerte que siempre que le hallemos antepuesto á otra voz, es indicio seguro de que la poblacion á que se aplica, ha sido edificada ó renovada en tiempo de los moros: *Benaguacil*, *Bemarjo*, *Beniganim*, *Benimamet*. *Medina*, equivale á ciudad. Son nombres en parte arábicos los siguientes: *Medinacely*, *Medina del Campo*. Como los árabes permanecieron mas tiempo en Andalucía que en Castilla, hay en

(1) Orígenes de la lengua castellana,

la primera una porción de palabras arábigas del todo desconocidas en la segunda: *alucema*, por espliego, *acemite*, flor de harina; *albacora*, breva, *alcantarilla*, puentecillo, *matalahuga*, anís.

Con la casa de Austria se introdujeron en España muchos nombres para designar los oficiales de la casa real, de los cuales algunos se conservan todavía: *baillet*, *servant*, *contrator*, *escuyer*, *frutier*, *ugier*.

Asesinar, *aspirar*, *comodidad*, *entretener*, *bagatela*, *designio*, son voces traídas de Italia, durante las guerras que sostuvimos en aquel país. Tal es la opinión de don Ramon Cabrera. Los españoles y los portugueses, despues de sus conquistas en las Indias occidentales y orientales, han naturalizado en sus idiomas muchas voces de aquellos países: *algodon*, *bejuco*, *curamaquei*, *escuerzonerá*, *guayacan*, *pinipinichi*, *tabaco*, *vicuña*. Algunas de ellas se transforman en el tránsito: cacao se deriva de *cacahuquahuittl*.

Una circunstancia accidental suele ser el origen de un vocablo. Tal es el de *ginete*, segun Mayans. «Antiguamente, dice, se llamaban *cinetes* los que habitaban entre el promontorio Sacerro, hoy cabo de S. Vicente, y el rio *Anas*, porque *Guid* en arábigo, quiere decir rio. Los antiguos cinetes eran soldados de á caballo, muy expeditos, armados solo con su adarga y lanza; á la manera que se ven muchos caballeros en las antiguas medallas españolas. A semejanza pues de aquellos, se llamaron ginetes los que guardaban y defendian las costas de los moros, que por eso son tambien llamados *guarda-costas*. Y de ahí pasó el nombre de ginete á cualquier solda-

«do de caballería y aun á cualquiera que ande á «caballos».

Denina cree que la voz francesa *marechal*, (albeitar) procede de la palabra gótica *mar* que significa caballo y *Schalk* que en aleman equivale á *hábil*. *Marschal* ó *marechal* es un hombre hábil para cuidar de los caballos.

Guardia, *guardare*, *guard*, proceden de *warten*, vocablo teutónico que significa guardar. De aquí se derivó tambien el verbo francés *regarder* que significa *mirar*.

En Cataluña hay crecido número de nombres góticos. *Hermenegildo* proviene de *Armengol*, y se compone de *Erman*, y de *gild*: esto es, el que distribuye á los soldados. Enrique viene de *Eurico* y este de *Ew-ríich* que quiere decir observador de las leyes. *Fernan* ó *Hernan* que es apócope de *Fernando* ó *Hernando*, se compone de estas palabras *fair-thein-hand* (tu mano lejos). *Lope* de *Lup* ó *Loef*: significa *quietud*. *Romualdo* es *Grim-wald* poderoso en la ira: *Rodrigo* de *Rode-ríihc*, el que logra quietud.

Ademas de todas las enumeradas hay causas puramente locales que aumentan las desemejanzas de los idiomas.

Malte Brun atribuye el número considerable de idiomas que se hablan en Africa, á la hostilidad que tienen unas con otras, las tribus que pueblan aquella region. Es este un arbitrio á que acuden para librarse de sus recíprocas asechanzas.

En la Polinesia, dice el doctor Leyden, los negros orientales constituyen tribus reducidas con pocas comunicaciones entre sí. De aquí, la multitud de dialectos que con el transcurso del tiempo han ido perdiendo unos con otros toda es-

pecie de semejanza. (1) Lo propio sucede á las razas negras que habitan las montañas de la península Malaya. En la isla de Timmor, se usan mas de cuarenta dialectos diversos. En la de Borneo, pasen acaso de ciento. Las tribus de la Australia cuentan asimismo porcion de dialectos distintos (2). En América, dice Humboldt: « la configuración del terreno, el vigor de la vegetacion, el temor de los habitantes de las montañas, que les hace huir de las llanuras, por el escesivo calor que en ellas se siente, son otros tantos obstáculos que, dificultando la comunicacion, contribuyen á producir la admirable variedad de los dialectos americanos. Además, cada pueblo que por conquista se apodera de otro, introduce en él el uso del propio idioma. Los toltzecos, los huaztecos y los aztecos, han conseguido que sus lenguas se adoptáran en Méjico.

En el estado salvaje las lenguas abundan; la cultura de los pueblos las disminuye; porque á medida que se suavizan las costumbres y se aumentan los conocimientos, desaparecen las preocupaciones que los tenian antes separados; y la necesidad de entenderse da uniformidad á su lenguaje. Despues de las conquistas de Roma, se estendió el uso del latin á las naciones sujetas al pueblo rey: en la actualidad se ha generalizado el francés; porque esta nacion no solo es de las mas adelantadas de Europa, sino que posee el arte de hacer comunicativas á los demas paises, tanto sus propias ideas, como las que ha recibido de otras naciones.

(1) Asiatic researches, vol X. p. 162.

(2) Narrative of a survey of the intertropical and Western coasts of Australia. 1829. Vol. 2. pag. 201.

Las lenguas dejan también traslucir las afecciones de los pueblos. El ocio en que viven las tribus salvajes, es tal vez la causa de que para expresar aquellas ideas que les son familiares, haya en sus idiomas abundancia considerable de voces. Los tártaros, que tanto usan del caballo, tienen en su lengua más de cien nombres, para significar sus varias cualidades y edad; esto mismo sucede con el perro. En la lengua *aimard*, que se usaba en el reino del Perú, hay catorce palabras, distintas para designar las épocas diferentes de la vida del hombre (1). En una de las tribus de Africa tiene el león más de cuatrocientos nombres.

La variedad, nacida de las circunstancias accidentales, es de todas la más indefinida: quererla sujetar á reglas, equivaldría al intento de contar la multitud de figuras que vemos en las nubes que vagan por el cielo. Algunos ejemplos tomados de nuestro idioma, darán idea de lo que decimos. La palabra *bolatin*, se introdujo en el castellano, según el etimologista don Ramon Cabrera, por haberse presentado en España á fines del siglo XVI un tal *Buratin*, cuyas habilidades refiere Alonso Pinciano en la epístola XIII de su antigua filosofía poética. La poca diferencia de las dos voces *bolatin* y *buratin*, hace plausible esta etimología. Muchos nombres hay también que comenzaron por ser propios, y por sinéque se convirtieron en comunes; tales son *lazarillo*, que es el nombre del héroe de la novela titulada *Lazarillo del Tormes*; *Adonis*, por hermoso; *Aristarco*, por crítico ó censorador; *Quijote*, por es-

(1) Origine, formatione, meccanismo ed armonia de g'idiomi.

travagante; *Rocinante*, por caballo de poco valor, y *Matusalem* por hombre de larga vida. En este corto número de voces, se ponen á contribucion la mitología, la historia, las obras del ingenio y las tradiciones contenidas en los libros sagrados. Es palpable cuanto hay de fortuito en esa multitud de orígenes, y cuán difícil seria, por no decir imposible, reducir á un principio común tantos principios, que ninguna analogía tienen unos con otros.

Los modismos confirman mas la exactitud de nuestras observaciones. Unas veces deben su origen á un juego, como sucede, por ejemplo, en aquel tan usado en el lenguaje familiar: *llevar el gato al agna*, que se tomó de cierta lucha en que atados dos, cada uno al cabo de una sogá, forcejean cerca de algun pantano, hasta que el mas vigoroso logra arrojar en él á su contrario; ahora se dice del que vence á otro, bien á viva fuerza, bien porfiando con razones. Otras proceden de hechos históricos, que por su pequeñez, mas bien que esta calificación, merecerian la de anedócticos. *Andar de Zeca en Meca*, es modismo, que, segun Pellicer, tiene este origen. Los moros habian edificado en Córdoba una casa de devocion, que denominaban *Zeca*; y como la patria de Mahoma fué la *Meca*, y los musulmanes hacian á ella sus peregrinaciones, se adoptó esta expresion, para significar la persona que vaga ó es traída de una á otra parte. Algunos creen que dimanó de haber en Zaragoza un juez llamado *Zeca*; porque es vastísimo en esta parte el campo de las conjeturas. No faltan frases cuya raiz se encuentre en la jurisprudencia. El señor Clemencin en sus notas al Quijote, dice: que *ir por*

lana, y volver *trasquilado*, refran tan antiguo, que ya se le menciona en el romance del conde Fernán González; procede de la costumbre de los visigodos, que, teniendo en mucha estima la cabellera, imponían como pena el cortarla, siendo este castigo de los que inhabilitaban al delincuente para obtener prebendas eclesiásticas: ya en el cuarto concilio toledano se leen estas palabras: *turpiter decalvare*; y en el Fuero Juzgo se encuentran estas otras: *esquilar laidamientre*.

Referiremos un modismo, cuya etimología trae Mayans en la obra citada.

Decíase en el antiguo castellano: *éntrale por la boca-manga y sácale por el cabezon*; ó *metedle por la boca-manga y salirse os ha por el cabezon*; y se aplicaba á aquel, que, comenzando por adquirir escasas relaciones con alguna persona, iba poco á poco adelantando, hasta lograr con ella el mayor grado de familiaridad; igualmente se usaba esta expresión para designar el progreso del cortesano, que de ser apenas notado en la corte, conseguía el valimiento de su príncipe; y del criado que se granjeaba el amor de su amo, de manera que de mero sirviente, se tornaba en persona de influjo en casa de sus señores.

En sentir de don Juan Lucas Cortés, procede este modo de hablar de cierta ceremonia, con que de antiguo se solemnizaba en España la adopción. Si alguien quería legitimar un hijo bastardo, ó adoptar uno ajeno, su mujer legítima le entraba por la boca-manga de una camisa muy ancha y le sacaba por el cabezon, imitando con este acto un verdadero parto que tenía por fin lavar al prohijado de la mancha de su depravado origen. Que esta ceremonia era costumbre re-

eibida consta por el testimonio de Ambrosio Morales, el cual refiere que se verificó en los términos enunciados cuando D. Gonzalo Gustios Lara de Sales tomó por hijo á Mudarra Gonzalez el vengador de los siete infantes de Lara. Anton Benter cita otro ejemplo tomado de la historia de Aragon y de Navarra. La reina doña Mayor á quien llaman otros doña Elvira ó Munnia Donna, adoptó de este modo á D. Ramiro, hijo del rey D. Sancho el Mayor.

La diferencia que se nota en los órganos de la voz comparando unos pueblos con otros, es motivo no leve para explicar la diferencia de los idiomas. La mayor facilidad de proferir ciertas vocales ó consonantes mas bien que otras, es causa de que varíen los sonidos de que constan las palabras.

Los hotentotes tienen la lengua mas gruesa y mas corta que nosotros, y los sonidos que profieren se asemejan segun los viajeros á los gritos de ciertas aves. En las lenguas de los negros y en las de los americanos meridionales se hallan con frecuencia las dos consonantes *mb* unidas al principio de las palabras. Esto mismo se observa en el dialecto eolio de los antiguos griegos. En la Noruega hay pueblos enteros que principian las palabras con las letras *ng*, tan comunes en las lenguas de Angola.

Es tambien observacion confirmada por repetidas esperiencias que el acento de los habitantes de las montañas es en general mas alto y mas fuertemente articulado que el de los que viven en las llanuras; siendo la razon de este fenómeno el que han menester hacerse oír á grandes distancias habiendo de luchar para conseguirlo con

el ruido de las aguas y el de los vientos.

Las palabras de los idiomas del norte abundan en consonantes; las vocales dominan en las del mediodía. La molicie propende á suavizar las consonantes llegando á veces á extinguirlas de todo punto.

La semejanza de las vocales, y aun de las consonantes unas con otras, es causa de que los vocablos se transformen al pasar de un idioma á otro.

Elb y *Ems* nombres de los celtas, se convirtieron entre los latinos en *Albis* y *Amasis*. Los alemanes hacen *Keln* de Colonia. El célebre *Arminio* se llamaba entre sus compatriotas *Hermann*.

Los ingleses mudan la *p* en *f*, diciendo *father* por *pater*: los alemanes en *v*: padre se pronuncia *vater*. De *capo* se hace en español *cabo*. De *castigare* se forma *gastigare*. Los godos, de Derthosa hicieron *Tortosa*. Los franceses, de *pingere* *peindre*. Mucho hacen variar las palabras, las adiciones y supresiones de iniciales. De *scho-la*, añadida la *e*, se forma *escuela*; de *scuto*, *escudo*. Al contrario, suprimida la *e* de *Ecclesia* y *episcopus*, se forman los dos vocablos *Chiesa* y *vescovo*.

La metatésis ó transposicion de sílabas muda las palabras. *Morpha* se convierte en *forma*. En algunos códices de la Edad-media, se lee *liber spalmorum*, en lugar de *liber psalmorum*. En italiano se encuentra *padule* por *palude*. *Kram*, es la voz *Marck*, invertido el orden de las letras.

El tratamiento *usted* que usamos en España, es el *vuestra merced* abreviado. El *ussurea* del dialecto piomontés es abreviatura de *vostra signoria*.

Réstanos inquirir si las causas que hemos ido enumerando bastan ó no para dar razon de la variedad y de las anomalías de los idiomas.

La diversidad de los órganos de la voz entre pueblos distintos, es un hecho fuera de toda duda. Podrá nacer en parte de la que hay en las razas de que consta el linaje humano y en parte tambien del influjo de los climas. Tráigase á la memoria lo que dijimos acerca de los hotentotes, y lo que de continuo observamos si un extranjero profiere en presencia nuestra las palabras del idioma patrio: ¿no es cierto que siendo tan familiares para nosotros nos suenan de diverso modo cuando salen de sus labios? Esa diferencia consiste en la modificacion particular que reciben las vocales y las consonantes de que las palabras constan; y semejante modificacion solo puede dimanar de la que en cada pais tienen los órganos de la voz. A no ser así; ¿como se explicaría lo que suele denominarse acento nacional? Consecuencia de este principio es la varia aptitud que notamos en los pueblos para proferir los sonidos. Para unos es mas fácil una consonante que otra; y al tomar una palabra de un idioma extranjero hacen la transformacion de la que les ofrece dificultad en la que encuentran llana. Hervás (1) trae un largo catálogo de voces griegas que comienzan en *d* y que al pasar al latin mudan en *t* esta letra. Cuéntanse entre otras: *daira* = *terra*; *dysis* = *tussis*; *dinos* = *tinus*. Además las adulteraciones de los vocablos latinos que al cabo vinieron á formar los idiomas modernos no pueden tener otro origen. Cada pueblo los acomodó

(1) Obra citada.

á su manera de pronunciar, añadiendo, variando ó suprimiéndoles sílabas. En latin se decia *fames*; los italianos que son los que menos se han desviado de la matriz usan la voz suprimiendo solo la *s* final=*fame*: los franceses omiten la *e* y la *s*, y mudan la *a* en *ai*=*faim*: nosotros trocamos la *f* en *h*, y en vez de la sílaba *es*, ponemos *bre*=*hambre*.

Hágase la misma observacion con *filius* que los italianos convierten en *figliuolo*; los franceses en *fils*, y los españoles en *hijo*. Si se pretendiera sostener que esa variedad en las mudanzas de las letras era fruto puro del acaso, responderíamos que este jamás procede con regla uniforme porque en el mero hecho de seguir tal via, dejará de ser acaso. Ahora bien; es cosa averiguada que en cada lengua siguen las mudanzas un rumbo constante: los italianos conservan la *f*, por ejemplo en las palabras latinas antes citadas: los españoles ponen en su lugar la *h*: así de *figere*, *lat.*—*siccare*, *it.*—y *hincar*, español: de *inflare*: *gonfiare*: *hinchar*: de *funda*: *fionda*: *honda*: y otros infinitos que fuera prolijo insertar aqui.—Es la adulteracion de las palabras parecida á la que observamos en los cuerpos: su esencia consiste en mudar la disposicion de las moléculas del sér que la sufre: pero varia el estado en que quedan segun hayan sido las causas que la produjeron. No presenta á los ojos el mismo aspecto un cuerpo que se adultera por la accion del fuego que otro en quien este fenómeno se hubiere verificado por la del aire ó la del agua. Así en los idiomas.

En el diccionario de etimologías de D. R. Cabrera, en la Lexicologia de Butet, en la obra de Denina y en la de Hervás, abundan pruebas

de las precedentes observaciones. Los vocablos que habian usado Ciceron y Horacio degeneraron en los labios de los pueblos bárbaros: pero cada uno de ellos los hizo degenerar á su manera. Si algun tanto se fija la consideracion en esta causa de diversidad, se echará de ver cuanta es su importancia.

El *ubi* de los latinos segun lo nota Villemain, se transformó en *ubi* en boca de los ilirios, celtas y germanos (1); y como es propension de los pueblos bárbaros el hablar con rapidéz, le suprimieron la *i* final, *oub*, hasta que al cabo vino á parar al *ou* (*donde*) de los franceses. En todos los puntos del imperio romano, dice este célebre literato, se verificó una transformacion parecida á la de *ubi*; de modo que yendo así alterándose la lengua latina, nacieron de su corrupcion misma las que en el día se usan en Europa.

Otra de las causas que señalamos, fué el trato y comunicacion que se establecen entre los pueblos, ya por la guerra, ya por el comercio. Los ejemplos de que nos valimos, lo prueban palpablemente. El germano, observa Villemain (2) traía siempre en los labios la palabra *war*, que hacia su fuerza; el romano vencido la latinizaba diciendo *guerra*: hé aquí un modo singular de enriquecer la lengua de Virgilio. Multitud de palabras latinizadas expresan los hábitos de la vida de los bárbaros. Una porcion considerable del Glosario de Ducange con ellas se ha formado. El estudio detenido de los libros poco ha citados, hace patente la influencia de esta causa en el me-

(1) Tableau de la Littérature au moyen age. t. vol.

(2) Obra citada.

canismo de las lenguas. Aseméjense al jardín que la mano del cultivador adornò con plantas y flores de diversos climas; aunque todas se nutran de los jugos de un mismo suelo, dejan conocer en su forma y en sus colores que no traen idéntico origen. Cada una de ellas lleva consigo el sello del país de que es indígena. La lectura de la historia, mostrándonos las frecuentes mezclas de unos pueblos con otros, naturalmente nos pone en el caso de comprender cuánto deben los idiomas á las numerosas vicisitudes que ofrece á los ojos del observador la vida de la humanidad. Mas debe tenerse en cuenta que esta causa no produciría efecto alguno sin la anterior; porque si en el modo de pronunciar unas mismas vocales y consonantes no difiriesen entre sí las naciones; si no hubiera en el habitante del Norte propensión á abreviar las palabras sonoras y copiosas del Mediodía, y si en suma no fuesen tan variadas como lo son las modificaciones de la voz humana; cómo de la mezcla de los bárbaros con los romanos, habría resultado la variedad de lenguas que existen en Europa?

Usar de metáforas para significar los objetos del mundo intelectual y moral es, no como quiera afición de un pueblo determinado, sino hecho constante de que nos dan testimonio los pueblos todos cuya noticia ha llegado á nosotros. Pero como quiera que la naturaleza material no es idéntica, tampoco lo son las metáforas de que usan. En italiano por *bello* se dice *avvenente*, *vistoso*, sacando la primera de estas voces del verbo *venire ó advenire*, que en rigor significa lo que viene de un modo agradable á nuestra vista. El alemán traduce *bello* por *hübsch* que en sentido

recto quiere decir *alto* (1). He aquí dos metáforas tomadas la una de ellas de las impresiones de la vista y la otra de la estatura. Quizá no iría errado el que creyese que la primera debió ser inspirada por el cielo transparente de la Italia, y la segunda por el clima nebuloso del Norte.

Donde la naturaleza presenta su faz risueña, y convida á los hombres con la abundancia de sus frutos, las cualidades del cuerpo y del alma han de expresarse por medio de imágenes que reflejen en lo moral la belleza física que percibe el alma por los sentidos. En un país que ofrece por todas partes obstáculos al libre y cabal desenvolvimiento de la actividad humana, la idea de belleza debía ser sinónima de la de fuerza: y como la estatura es signo de esta á medida que se aumenta, sin mas que esa circunstancia, era natural tomar la voz que la significa en sentido traslativo para espresar la idea del adjetivo *bello*.

Por fin, los hechos particulares y contingentes dan origen en los idiomas á multitud de modismos, refranes y espresiones cuyos orígenes es punto menos que imposible determinar. Las muestras que hemos presentado sirven para formar algun concepto de la vía que han seguido al introducirse en el lenguaje. Quererlos contar todos de manera que ni uno solo se perdiese es intento vano: porque los hechos meramente individuales ó locales son los que mas pronto desaparecen de los fastos del mundo. El dar á cada una de las causas enumeradas su cumplido desenvolvimiento, sería impropio de este lugar. No ha sido nuestro ánimo recorrer el vasto recinto de la ciencia eti-

(1) Benina, La clef des langues.

mológica, sino tomar de ella algunas indicaciones adecuadas para el fin que nos propusimos. Añadiremos una reflexión antes de terminar esta materia.

Examinando la naturaleza de los signos de que usamos para expresar nuestras ideas, hemos hallado acerca de ellos principios que se reproducen en todas las gramáticas por mucho que difieran entre sí bajo otros aspectos. Estos principios constituyen la gramática general. Sus fundamentos estriban en las leyes universales de la inteligencia humana. En seguida el exámen del fenómeno que acabamos de estudiar nos ha dado á conocer que ademas de esos principios generales hay en los idiomas otros particulares que entran por mucho en su formación, y constituyen lo que en ellos se advierte de especial. Estos se fundan por necesidad en circunstancias variables; porque no es en manera alguna concebible que de una causa constante naciesen efectos inconstantes. ¿Cuáles son estas circunstancias? ¿á qué parte de nuestro sér corresponden?

Si se reflexiona acerca de las causas que hemos señalado á la variedad de idiomas, luego se nos vendrá á los ojos que todas proceden de lo físico. En efecto, las modificaciones que reciben los órganos de la voz, segun los climas, hacen que cada pueblo tenga sus sonidos, por decirlo así, predilectos, y que unos se inclinen á prolongar y otros á reducir al menor número posible las sílabas de que se componen las palabras. Ya se ha visto no solo cuánta es la trascendencia de esta causa para producir el efecto cuya explicación solicitábamos, sino tambien que de ella proviene el que la comunicacion de unos pueblos

con otros contribuya á alterar sus respectivos idiomas. Pero mientras mayor sea el detenimiento con que se la examine mas se conocerá que depende de una circunstancia física, de un mero accidente de nuestra organizacion. A la anatomia y á la fisiologia mas bien que á la ciencia psicológica corresponde de derecho el averiguar cuál sea esta.

No menos notorio es asimismo que el tomar los pueblos rumbos distintos en la invencion de su lenguaje figurado, consiste en ser diversos unos de otros los aspectos bajo que se les presenta el mundo físico. El idioma metafórico es todo traslaticio; no es, pues, posible que se trasladen de la esfera de lo físico á la de moral, sino aquellos objetos que hacen impresion en nuestros sentidos: hé aquí por qué son risueñas y apacibles las imágenes que se ofrecen á la fantasía de los que habitan en los países meridionales, y por qué tienen tanto de sombrío y de temeroso las que inspiran las nieves del Norte: ¿cómo era factible que al que respiraba el ambiente embalsamado de las orillas del Bétis, y al que veía reflejarse el sol en la superficie de sus aguas cristalinas, le ocurriera jamás pintar la vida con los lúgubres colores que la pintan los que solo sintieron resonar en sus oídos el bramido de los vientos y los ayes del labrador, á quien la inclemencia del cielo arrebató en un momento el fruto de infinitos afanes? El carácter físico de esta causa es de suyo evidente.

Los sentimientos y las pasiones influyen muy eficazmente en la índole de los idiomas: el lenguaje del siervo envilecido, no es idéntico al del hombre libre que está poseído del sentimiento de

su propia dignidad. Pero, ¿quién ignora que los sentimientos y las pasiones se modifican considerablemente, ya por el temperamento, ya por el influjo de causas exteriores, como los alimentos, los aires y las aguas? En todas las regiones de la tierra, se dirá, quizá, existen el amor de la patria, y el sentimiento religioso; en todas hay amor paternal, y amistad, y gratitud, y generosidad; es cierto que así sucede; mas, por ventura; ¿tienen esos afectos un mismo grado de energía en todos los pueblos y en todas las épocas? El que llevado de ciego fanatismo, cree cumplir un acto meritorio, exterminando á los que no participan de su creencia; y el impío que, á fuerza de encenagarse en los deleites sensuales, espera ahuyentar de su conciencia la idea de un Dios justiciero, que, cual sombra importuna, enturbia todos sus placeres, ¿tendrán en un mismo grado el sentimiento religioso? Y el de cualquiera de estos dos, admitiría comparacion con el del justo, que á la manera de Job, glorifica al Señor en los momentos mismos en que llueven sobre su corazon las tribulaciones y las calamidades? La misma religion que profesamos ¿no nos advierte sin cesar que no manchemos con nuestras maldades la imágen pura de la divinidad grabada en nuestro pecho? ¿no se nos aconseja de continuo que no atribuyamos á Dios nuestras pasiones, convirtiéndole en iracundo y vengativo, á el que es fuente inagotable de perdon y de misericordia? Pues si todo esto es cierto; ¿á qué otra causa que á la accion de los órganos corporales, pudieran atribuirse semejantes aberraciones? y en prueba de ello, cuando callan las pasiones, y la razon logra que se escuche su voz serena, no se

nos presenta la idea de Hacedor supremo en toda su pureza , y no sentimos entonces vivamente que se nos dió la vida para admirar su poder y bendecir su munificencia? ¿no muestra esto que la nocion de la divinidad se oscurece ó degenera al descender de la inteligencia al corazon? ¿que la materia la empaña con sus álitos ponzoñosos?

¿Y el patriotismo? ¿acaso el del esclavo que servia á Caton seria idéntico al del ilustre ciudadano? si se busca la razon de esta diferencia se conocerá que para el esclavo el pais en que vivia era una tierra ingrata que solo espinas y abrojos le habia ofrecido, y sus semejantes unos enemigos dispuestos á robarle el fruto de sus afanes y á desdeñar sus dolores como si nada tuviesen de comun con él. Los padecimientos físicos vienen al cabo á embotar la sensibilidad y hacen que los mas nobles afectos se perviertan. En cuanto á la amistad ¿habrá quien pretenda asimilar la que por interés suele formarse, con la pura y desinteresada que se refiere de Orestes y Pílates? y ¿no es evidente que á medida que crece el egoismo, esto es, el deseo de satisfacer las afecciones individuales, el anhelo de solicitar el placer físico, se enfria el dulce sentimiento de la amistad hasta convertirse en un mero cálculo en que entran por elementos esenciales las sensaciones agradables ó desagradables?

Los sentimientos varian por causas físicas: síguese que las diferencias que por no ser uno mismo su grado de intensidad, notamos entre los idiomas, dimanar de esas causas. Claro es que los refranes y modismos nacidos como vimos de hechos particulares, proceden de las infinitas combinaciones que en el discurso de la vida son ca-

paces de recibir los sentimientos, las pasiones y los intereses humanos. En cualquiera de los citados es fácil hallar la prueba de ello. Su origen no puede ser dudoso.

El elemento variable que descubrimos en las lenguas nace sin duda de la parte que cabe en su constitucion á los órganos corporales y á las impresiones del mundo exterior. El permanente de la inteligencia. Observemos ahora el contraste que entrambos forman. El uno, como todo lo que al espíritu pertenece, no se muda ni se altera por multiplicadas y diversas que sean las vicisitudes de las cosas humanas. Que un pueblo prefiera los sonidos graves y el otro los agudos; que tome sus metáforas de unos ó de otros objetos del mundo físico, siempre encontraremos bajo esas formas distintas las ideas eternas del sustantivo, del verbo y del adjetivo. La lengua podrá expresar con mayor ó menor número de vocales y consonantes esas ideas: la mente las concibe siempre del propio modo.

Esta antítesis, continúa, merece que en ella se fije la consideracion, porque la vemos reproducida en todas las ciencias, que toman al hombre por asunto de estudio. En las artes la idea de la belleza aparece á nuestros ojos revestida de multitud de formas que si bien las examinamos nos dan á conocer que traen su origen de las pasiones y de los afectos que reinaban en los pueblos y en las épocas que vieron nacer las obras que arrebatan nuestra admiracion. Al través de costumbres, de leyes y de instituciones entre sí diversísimas, percibimos las leyes eternas del orden moral, y la eterna justicia que en todos tiempos habla el mismo idioma: y á pesar de tanta

:

ceremonias y de tantos cultos, y de tantos errores producidos unos por la impiedad y otros por el fanatismo, la idea de Dios brilla en toda su pureza á los ojos del que se desprende de la servidumbre de los órganos corporales para buscarla. La religion cristiana atribuye todo el mal á la materia y todo el bien al espíritu criado para tenerla sujeta á su señorío. El orgullo, el rencor, la ira, la venganza son otras tantas formas con que se reviste la rebelion de los sentidos contra el alma: triunfar de todos esos enemigos es el laureo y la gloria del hombre.

La filosofia, en este como en otros muchos puntos, viene á coincidir con la religion. Sea que examine las facultades intelectuales, ó los signos de las ideas: sea que haga asunto de su estudio los hechos morales, halla perdurablemente el *algo del cuerpo* y el *algo del alma* de que hablaba el elocuente y profundo Bossuet: siempre se ofrecen por término de sus investigaciones las ideas inalterables, los tipos de Platon, adulterados por el contacto de los órganos materiales.

El sol difunde su luz por el ámbito todo de la tierra: sin embargo los rayos que caen sobre el pantano cenagoso no brillan con el mismo esplendor que los que refleja la fuente cristalina. Esta es la imágen de la inteligencia, y del corazon humano. La lucha interminable del cuerpo y del alma es tal vez la mejor explicacion que puede discurrirse de los fenómenos psicológicos y morales. Platon y San Pablo comprendieron el enigma de nuestra naturaleza.

NOTA A LA LECCION XXXII.

El siglo XII es la aurora de la literatura castellana. Además de varias obras escritas en latín cuya mención no es de este lugar, tenemos una Crónica de España escrita por autor anónimo; habiéndose también escrito otras crónicas por dos ó tres autores igualmente anónimos; singularidad que patentiza cuán mal recibidas eran en aquel tiempo las obras en romance. Dábase este nombre á la lengua castellana y el de romancistas á los que en ella escribían, ó á los que ignoraban la lengua latina.

A pesar de ese prurito de permanecer ocultos los autores que se valían del idioma vulgar, Pedro Seguino, obispo de Orense, escribió en castellano un librito acerca de la invención del cuerpo de la vírgen y mártir Santa Eufemia, no teniendo reparo en dar su nombre quizá, porque en virtud de su calidad de prelado no podía atribuírsele ignorancia del latín.

También por aquel tiempo salieron á luz las *Flores de Filosofía*. Hé aquí un pensamiento tomado de esta obra, cuyo autor no quiso darnos á conocer su nombre: «*El rey es como el árbol de Dios, que tiene gran sombra, y fuelgan en so del todos los cansados, flacos y lardrados.*» El rey D. Fernando III llamado el Santo, formó ei

designio de que el latin corrompido que se empleaba en los instrumentos públicos fuese sustituido por el castellano, haciendo tambien traducir al lenguaje comun el *Fuero Juzgo*; y aunque no vió logrado su propósito, pues el triunfo de tal sustitucion le reservaba el cielo á su hijo don Alonso por sobrenombre el Sábio, siempre le cabe el lauro de haber acometido tal empresa.

Fijada ya el habla popular, los poetas estimulados con el ejemplo de los árabes comenzaron á expresar en ese nuevo lenguaje los afectos del ánimo, el fervor religioso de que por aquel entonces estaban poseidos los españoles, y las hazañas de nuestros héroes.

El primer poema de que tenemos noticia es el histórico del Cid Campeador, que se cree fué escrito en el último tercio del siglo XII. Su autor es desconocido.

Hé aquí la descripción de una batalla tomada de este venerable monumento de la literatura española.

Embrazan los escudos delante los corazones :
 Abajan las lanzas apuestas de los pendones :
 Enclínanon las caras desuso de los arzones :
 Y banlos ferir de fuertes corazones :
 A grandes voces lama el que en buen hora nascó :
 Feridlos caballeros por amor de caridad :
 Yo soy Rui Diaz el Cid Campeador de Vivar.

A mediados del siglo XIII, tambien por autor anónimo, se escribió un poema histórico semejante al del Cid, cuyo asunto es la vida del conde de Castilla Fernan Gonzalez. Descúbrese en él mas adelantamiento en la lengua, y en la elocucion poética mejor versificación en general y

mas abundancia de buenos pensamientos. Existe este poema en un antiguo códice de la biblioteca del Escorial, y en caracteres poco legibles de fines del siglo XIII ó principios del XIV.

Hablando de la traicion del conde don Julian para dar entrada á los árabes en la Península, y suponiéndole de vuelta para España, pone estos tres hermosos versos, que por el pensamiento que encierran pudieran figurar en cualquier poema épico.

Despidió de los moros é luego pasó la mar.
Devyérase el mezquino con sus manos matar,
Pues que en la mar yrada non se pudo alogar.

Despues de referir la órden dada por el rey don Rodrigo á instancias del conde don Julian para que se inutilizasen todas las armas y se redujesen á instrumentos de labranza, dice así:

Tenienvo á gran vyen los pueblos labradores;
Non sabyan la traicion los pobres pecadores;
Los que eran entendidos é entendedores,
Dezian, mal siglo ayan tales consejadores.

La descripcion del segundo dia de la batalla cerca del Guadalete está hecha con notable valentía.

Otro dia mañana los pueblos descreydos
Todos fueron en el campo de sus armas guarnidos:
Tañendo añafites é dando alarydos,
Las tierras é los ciclos semejaban movidos.
Volvieron esas oras al tornéo pasado;
Comenzaron el ado lo avyan dexado:
Morieron los cristianos todos ¡ay mal pecado!
Del rey esas oras non sopieron mandado.

Las anteriores noticias las he tomado de unas Lecciones de literatura española escritas por mi apreciable amigo don José de la Revilla que ha tenido la bondad de franqueármelas con tal objeto. En esta obra, que los amantes de nuestras glorias literarias anhelan ver impresa, despues de enumerar los autores que florecieron en el siglo XII y á principios del XIII se encuentran las siguientes reflexiones.

Hemos llegado, y aun traspasado ya los límites del siglo XII. En la extensa série de los que hasta él transcurrieron, hemos tenido ocasiones de admirar el ingenio nacional, compitiendo en la arena literaria de los romanos con sus mismos dominadores. Le hemos seguido durante el curso de las vicisitudes políticas, que hicieron de la nacion española un objeto favorito de la codicia y ambicion de otras naciones, por entonces mas afortunadas que ella, y en todos tiempos la hemos visto progresar en el cultivo de las letras, y ponerse muy pronto á la cabeza de la ilustracion europea. Los mismos árabes que podian con razon llamarse sus maestros, eran españoles; pues no otra cosa podian ser, aunque con distinta lengua y religion, los que hasta un siglo despues de la conquista no manifestaron la ilustracion y el saber, fomentados en escuelas fundadas en las mismas ciudades españolas, en donde por la vez primera vieron la luz del dia. Mas en medio de este cuadro lisonjero que tan poderosamente halaga nuestro orgullo nacional, mediaba una circunstancia notable que, si bien era comun entonces á toda Europa, disminuye algun tanto nuestra satisfaccion á la vista de nuestras antiguas glorias literarias. Esta circunstancia consis-

te en que carecieron los españoles durante esos siglos de un órgano verdaderamente nacional para la expresion de sus pensamientos; en suma, que les faltaba una lengua patria. Herederos así de las virtudes como de los vicios de los romanos, émulos de sus glorias, pero sin mas patria que la que se albergaba en sus almas indomables; recibieron la lengua de los conquistadores, por hallar reunidas en ella todas las ventajas que en ninguna otra podian encontrar. Mas esta lengua era prestada; esta lengua iba á entrar muy pronto en el catálogo de las muertas; y si en su época de vida comenzó á corromperse, natural era que esta corrupcion llegase á su colmo, apenas dejára de ser por vicisitudes de la fortuna la lengua popular del Occidente. Exenta España de adoptar el idioma del Coram y de los Califas, no solo por la contraria religion de sus vencedores, sino tambien por no haber hecho estos tan cumplida su conquista como la hicieron los romanos; hubo de formarse insensiblemente un idioma informe, reunion grosera de palabras corruptas de la lengua latina y de otras góticas y arábigas, segun la varia fortuna con que estas circulaban entre el pueblo. Pero al fin se formó una lengua que si bien no era primitiva, de dia en dia iba adquiriendo nuevos caractéres de originalidad.

Desde esta época hemos visto ya despuntar la primera literatura verdaderamente española, puesto que hasta entonces perteneció de derecho á la romana; y hemos gustado con el placer del orgullo satisfecho, los primeros frutos del ingenio español en una lengua propia, permanente, que ha llegado á ser de las mas hermosas de Eu-

ropa, y que aun pudiera serlo con ventaja, si la fortuna nos dispensase sus favores.

Los ejemplos y los raciocinios que acabamos de transcribir persuaden la verdad de las doctrinas establecidas en la Lección XXXII. El lenguaje del libro titulado « Flores de Filosofía » según se colige por el trozo que de él se ha referido, muestra ya nuestro idioma completo; pues si bien es cierto que los escritores del siglo XVI acrecentaron su riqueza añadiéndole nuevos giros, y procurando que se asemejara á la lengua latina, lo es asimismo que en la esencia ó índole del mismo idioma no hicieron alteracion alguna.

La propia reflexion se aplica al poema del Cid y al del conde de Castilla Fernan Gonzalez; siendo tambien de notar que el designio formado por el santo rey D. Fernando III, no habria podido siquiera concebirse, si en aquel tiempo no hubiesen hablado los españoles un idioma capaz de sustituir al latin que se usaba en los instrumentos públicos.

Los españoles que á principios del siglo VIII se refugiaron á los paises fragosos, huyendo de la dominacion de los árabes, hablaban sin duda la lengua latina adulterada por la pronunciacion de los godos; á medida que fueron reconquistando su perdido territorio se extendió este dialecto, si bien el contacto con los pueblos tributarios de los moros, hubo de causar en él algunas alteraciones.

Hay en nuestro idioma muchas voces enteramente latinas. Tales son los pronombres

me, te, se, nos, vos.

Los sustantivos *pena*, *arte*, tomado el primero del nominativo y el segundo del hablativo.

Cuestiones, oraciones, molestos, leves, impunes, dóciles, útiles.	}	del acusativo.
--	---	----------------

Otras se encuentran cuya modificación es muy leve: crin de *crinis*; quietud de *quiete*; allende de *aliunde*; enfermo de *infirmo*; igual de *equale*; mosca de *musca*; trecho de *tractu*; frente de *fronte*; loar de *laudare*; fuente de *fonte*; tierra de *terra*, cabo de *caput*; agudo de *acuto*; águila de *aquila*; conejo de *cuniculo*: padre de *pater*; yerno de *génere*; jugo de *sacco*; seña de *signo*; cuña de *cunnea*; daño de *damno*; pecho de *pectore*; dicho de *dicto*; llanto de *planctu*, siempre de *semper*; grey de *grege*; cárcel de *cárcer*; boca de *bucca*; iluso de *illuso*; popa de *puppi*; atestar de *attestare*; matar de *mactare*; noble de *nóbile*; crecer de *credere*; maestro de *magistro*, y muchas mas que fuera prolijidad inoportuna mencionar al presente.

Las que hemos citado bastan para comprender cómo pudo realizarse el intento de los escritores á quienes saludamos en la lección XXXII. Habiendo en el idioma castellano copia de vocablos enteramente latinos, pudo verificarse que escogiéndolos de propósito resultára una obra que á un tiempo mismo estuviese en latin y en español.

En la biblioteca real de Lisboa existe un MS. español que lleva por título: *Elementos etimológicos de la lengua castellana*, por don José Cornide de Saavedra, aunque el erudito don B. J. Ga-

Hardo cree que su verdadero autor fué el benedictino Fr. Martin Sarmiento, conmonje y amigo del célebre Feijóo; fundándose para creerlo así en que el MS. está escrito de mano de Sarmiento, cuya letra le era muy conocida.

Daremos alguna noticia de esta obra, tanto por su valor real, cuanto por las circunstancias de que habiéndose escrito en 1757, coincide su autor con las ideas de un libro recientemente traducido y publicado en Francia.

Elementos etimológicos segun el método de Euclides, para averiguar por la analógica alteracion de la lengua latina en todos sus dialectos, el primitivo origen de muchísimas voces, ya anticuadas, ya vulgares, que se hallan escritas, ó actualmente se usan en las provincias de España.

Apuntase por incidencia el origen de muchas voces que á las dichas provincias se han comunicado de otras lenguas orientales, griegas, septentrionales, africanas, indianas y algunas vascogadas.

Obra estéril, si solo se para en estos elementos etimológicos, pero amena, fecundísima y curiosa, si con crítica y método geométrico se aplican sus teoremas para resolver sus etimológicos problemas, que serán tantos, cuantas serán las voces cuyo origen se pregunta.

A la hoja de la vuelta dice:

Para mi uso y del de los que quisieren descubrir noticias curiosas, nada vulgares en todo género de erudicion y literatura: v. g. en Orografía, Gramática, Mitología, Anticuaria, Historia natural, Botánica, Escritura, Teología, Física, Matemáticas, Artes fabriles, Economía y Miscelánea.

Etimologista. = Madrid y abril 1.º 1757.

Protesta humilde, confesion ingénua y testimonio veráz del que á ratos perdidos piensa escribir sobre estos

Elementos etimológicos
segun el método de Euclides.

Sigue luego un prolijo discurso escrito en el mismo estilo que la portada; manifiesta en él que vá á emprender una tarea árida, pues no piensa salir del *Cristus y de la combinacion de las letras del a b c* miradas á todos visos: que ignora las lenguas orientales, y que solo sabe el gallego que mamó y el castellano: habla de un viaje á Galicia que hizo por los años 1745 en el cual recogió gran copia de voces de aquel dialecto: asegura que tanto este como el castellano son corrupciones del latin; pero que cada uno ha seguido diferente analogía en su formacion, y que asi es muy grave error decir que la lengua gallega es una corrupcion de la castellana. Que las lenguas muertas son pobres de voces; las vivas copiosísimas y tanto que no hay diccionario que baste: las lenguas que no se escriben como el gallego no se adulteran; si se aumentan, siguen la analogía.

A estos elementos, continúa, ha de seguir un *onomástico* en el cual á la sombra de la lengua gallega han de ponerse diferentes etimologías de las voces puras de su subdialecto portugués: no pienso, dice, pasar del latin, mi intento es tejer una série cronológica de la voz hasta hoy.

PROLOGO.

Los que han de enseñar á los niños el *Cristus* y la cartilla deben reparar que la cartilla empieza ✠ A B C D, etc. La cruz suple por *Cristus*. En las cartillas antiguas no se ponía la cruz desnuda, sino el monograma ó la abreviatura del nombre *Cristus*, que en griego se escribe con una *X* y una *P* enlazadas. Desde Constantino se introdujo esta cifra para señal de ser cristiano; y todo sepulcro que la tuviere, evidentemente era de cristiano.

En los instrumentos y privilegios antiguos en lugar de ✠ es el dicho monograma con su *alpha* y *omega*, aunque en el pronombre *Cristus* no haya *p* ni *x* se pone, porque *x p* es abreviatura griega; la *x* es la *ch* griega, la *p* es la *r* latina: así *XP* griega corresponde á la letra latina *Chris* ó *Cristus*. Este es el *Cristus* de la cartilla que los maestros nunca esplicaron porque no lo sabían.

I. H. S.

I H es la *Etá* ó *E* larga del alfabeto griego; es pues como si dijéramos *Jes*.

Habla en seguida de las observaciones que hizo acerca de los alfabetos de varias lenguas, y observa que la division de las letras griegas en *tenues*, *medias*, *aspiradas*, *dobles*, *líquidas* y *vocales*, *largas* y *breves*, le dió una gran luz para hacer la misma division de las letras latinas.

Pasé despues, continua, á considerar las 22 letras, todas consonantes del alfabeto hebreo, y ví que se dividian en cinco clases de letras segun los

cinco órganos de la locuela humana: v. g. 4 gutturales; 4 palatinas; 5 linguales; 5 dentales y 4 labiales. Esta division de las letras es la clave fundamental de las etimologías; pues las letras de un mismo órgano de la locuela naturalmente se mudan entre sí: aplicando esta division á las letras latinas que han pasado al castellano ó gallego, sin voluntariedad alguna, al punto se descubre el tránsito de una letra á otra diferentes: y esta propiedad útil y primorosa es lo primero que se nos debe enseñar en los *Cristus* y cartillas con solo hacer las cinco clases de letras de los cinco órganos. «El estudio de las cartillas griega, hebrea y arábica me hizo comprender el artificio de sus alfabetos; y que esto me sirvió de mucho para la inteligencia de la cartilla.»

Concluye así: este alfabeto comprendido en los números 17, 18 y 19 contiene tres divisiones de las letras numeradas por su orden; en la primera está el alfabeto latino y castellano; además siete letras de extraña pronunciacion y cuatro pronunciaciones de las cuatro letras *ge*, *gi*, *ju*, *x* á la gallega. En la segunda division hay 70 tránsitos de unas consonantes á otras: pueden aumentarse 28 tránsitos mas.

El total de 98 equivale á otros tantos elementos etimológicos numerados, con los cuales se ha de probar la etimología. Aquí no es lugar de demostrar esos elementos sino suponerlos, adelante probaré cada elemento con 10 ejemplos palmarios; y así pasará de elemento á teorema que convenza al mas incrédulo. Después diré algo de las consonantes que se pierden al principio, en el medio y en el fin de la diction. También hay voces en las cuales por metalepsis ó trans.

posición se trasponen las letras: como *olvido* de *oblitus*: otras hay recortadas *chatartico*: *tartago*.

LIBRO I.

De las transiciones.

TEOREMA I.

B del latín P.

Castellano Cabra.....de.....latín Capra.
Gallego Gabedo.....de.....Capedo : barreñon.
Castellano Biznaga.....de.....Pastinaca.
Gallego Abella.....de.....Apicula.

Continúan de este modo hasta 64 teoremas, en que van probando con ejemplos las letras en que se mudan las del alfabeto latino al castellano.

LIBRO II.

De las vocales.

A viene de E.

TEOREMA I.

Gallego garbanzo.....de.....Erebinthos.
Castellano antiguo malancima.....de.....melancolía.

Tiene 24 teoremas este libro: en el último dice: el pretérito perfecto de los verbos gallegos y castellanos en la tercera persona del singular, si son castellanos, todos acaban en *o* larga, como *amó*, *mordió*, *leyó*, *vió*; si son gallegos los de la pri-

mera conjugacion acaban en *on*, los de la segunda y tercera en *en*, y los de la cuarta en *in*, como *amon*, *morden*, *leen*, *onir*.

LIBRO III.

De las letras perdidas.

Castellano Rayo..... Raius.
Raer..... Radere:

Habla de los patronímicos *Alvarez de Alvaro*; *Dieguez de Diego*; y concluye con una lista de algunos pueblos, rios, montes é islas de Galicia, á las que no se les descubre semejanza con el latin; y van notadas las variedades con que se hallan en instrumentos y autores antiguos. Son 309


PUEBLOS.

Fiacre: Louro: Naviga, etc. Tiene 47 hojas se conserva en la biblioteca pública de Lisboa.

El libro á que antes aludia, está impreso en Paris en 1844: se titula

La decouverte de la science des langues.

«Contenant une opinion sur la manière d'opérer de l'esprit humain; l'explication de la nature réelle des parties du discours, et de la signification que tous les mots renferment en eux memes comme leur propre définition; l'origine des mots, lettres, chiffres, etc.; ainsi que les principes fondamentaux de la première religion del 'homme. Par Morgan Cavanagh; traduit de l'anglais par Morgan Cavanagh et Ch. Joubert en deux parties. 2 vols.»

Nos estenderíamos mas de lo que consienten los términos ya harto dilatados de la presente nota, si hubiéramos de dar cuenta de la obra de Cavanagh. Su autor censura cuanto han discurrido sus predecesores acerca de la ciencia del lenguaje, y cree haber acertado con la verdad donde los otros gramáticos se perdieron en mil hipótesis tan infundadas como las de los astrónomos antes de la época de Galileo: mas sea lo que fuere de sus pretensiones y dejando á jueces competentes que le señalen el lugar que le corresponda, bien entre los que acrecieron el caudal del saber humano con nuevos y útiles descubrimientos, bien entre los utopistas que equivocaron sus imaginaciones con las verdades científicas, solo cumple á nuestro propósito observar la coincidencia de que poco há hicimos mencion. El autor de los elementos etimológicos descifra del modo que hemos visto el  de la cartilla: habiendo además examinado escrupulosamente los alfabetos de varios idiomas. Cavanagh explica á su manera el sentido de cada una de las veinte y cuatro letras del alfabeto griego, atribuyéndoles un valor especial; de suerte que su sistema es la interpretación de un enigma que hasta ahora habia permanecido oculto á los ojos de los pensadores; ó quizá, y este es el verdadero pensamiento del autor, ha descubierto y resuelto un problema desapercibido para los gramáticos tan cumplidamente, que ni aun llegaron á sospechar que existiese. Por el ligero extracto que hemos presentado de los elementos etimológicos se deja conocer que un español habia discurrido á mediados del último siglo algo semejante al método de Cavanagh.

LECCION TREINTA Y TRES.

SUMARIO.

Pasaje de Ampere.==Necesidad del estudio de los resultados de las ciencias físicas y matemáticas para conocer las facultades intelectuales.==Ejemplos.==La filosofía ecléctica admite esta nueva faz de la ciencia.==También se aplica á la gramática general.==Esta sería mas completa, si al estudio de las facultades intelectuales se uniese para formarlas el de los idiomas de que nos dan noticia los lexicólogos.==Ejemplos.==Idioma perfecto.==El ejemplo de las bellas artes y aun de las artes mecánicas, lo hace parecer empresa asequible.==Es ilusion, porque el artista concibe y realiza por sí solo su obra; al paso que la lengua es patrimonio de todos.==El uso haría perder sus perfecciones al idioma inventado por el filósofo ==Lengua destinada solo para los sabios.==Tentativas para constituirla de Galeno, Vosio, Scaligero, Hermann, Hugo, Bacon.==Idea del carácter de Wilkins.==Objeciones.==Pedro Sanchez, Iro, Faro de la ciencia del español, Izquierdo.==Lengua filosófica de Felipe Labbe.==Cifras de Beck d'Ipswick.==Atanasio Kircher.==Raimundo Lulio.==Leibnitz.==Historia de la lengua característica.==Alfabeto universal de los pensamientos.==Descartes.==Orden de los pensamientos.==Las sensaciones no son para todos unas mismas.==Otro tanto sucede con los sentimientos.==Alfabeto compuesto de las ideas generales de causa y de ley.==Estas varían, bien por la imperfeccion de nuestra inteligencia, bien por el aspecto distinto que presentan segun los tiempos y paises.==Ejemplos.==Separar al pensador del contacto de su época, sería dejar la ciencia estadiza.==Los signos dejarían traslucir todas las imperfecciones de las ideas.==Para cada filósofo ha sido bello ideal de idioma, aquel que mejor se adaptaba á su doctrina.==Destutt-Tracy.==Leibnitz.==Inconvenientes del idioma filosófico de D-T.==Ensayo de Krause.==La dificultad consiste en que la distribucion en categorías sea perfecta.==Imposibilidad de que esto suceda.==La humanidad es perfectible, pero dista mucho de la perfeccion.==El anhelo de conseguirla, da testimonio de su divino origen.==Pasaje de Pascal.==Reflexiones.

Del idioma filosófico ó lengua perfecta.

Lecciones:

«Los que hoy estudian las ciencias filosóficas,

:

»dice Ampère, (1) agitan todavía cuestiones, que
»fueron ya objeto de discusion para los filósofos
»de la antigüedad. Es digno de observarse que el
»haber permanecido tales cuestiones sin resolver,
»consiste en que se ha tratado de ellas, haciendo
»abstraccion de los resultados á que han venido
»á parar los físicos y los matemáticos, respecto á
»la existencia de la materia y á sus propiedades.

»En prueba de esta verdad, tomemos, por
»ejemplo, la uranología. Tendríamos que reducir-
»la á la uranografía, si solo existiesen fenómenos
»y relaciones percibidas entre ellos por el enten-
»dimiento. En efecto, la bóveda celeste tachona-
»da de puntos luminosos; el disco resplandeciente,
»que presentándose por intervalos periódicos, pro-
»duce el día, y esa luz mas apagada que descu-
»brimos durante la noche, conservarían la mis-
»ma existencia fenoménica que hoy tienen. Mas
»como el movimiento de la tierra y de los plane-
»tas al redor de un sol, un millon de veces ma-
»yor que nuestro globo, no existe en parte al-
»guna en el mundo de los fenómenos; siendo
»ademas cierto que en ese mismo mundo los pla-
»netas no describen elipses, ni las áreas son
»proporcionadas al tiempo, ni hay atraccion en ra-
»zon inversa del cuadrado de las distancias; con-
»cluiríamos que las otras tres partes de la urano-
»logía son meras fantasías de nuestra imaginacion.

»Muchas veces se ha dicho que el idealismo
»de Berckley, de Kant y de Fichte, destruye to-
»das las ciencias cosmológicas, negando la reali-
»dad de la materia: debieran haber conocido los

(1) Essay sur la philosophie des sciences.

»que tal imputacion hacian á esos filósofos, que
 »las ciencias quedan destruidas del propio modo,
 »con la asercion que Dumarsais y otros muchos
 »filósofos que siguieron sus huellas, han vertido
 »tantas veces. *Las relaciones no son mas que mo-*
dos de ver de nuestra mente. Confunden el acto
 »de concebir la relacion, que es privativo de la
 »facultad de pensar, con la relacion misma, en
 »cuanto existe, siendo su existencia tan positiva,
 »como la que tienen las otras relaciones entre las
 »sustancias reales que subsisten, sin necesidad de
 »que las hayamos descubierto.

»De otro modo habríamos de sostener que so-
 »lo desde la época de Kepler, es la distancia de
 »un planeta al sol, cuatro veces mayor que la de
 »otro, y dura un período ocho veces mas largo
 »su revolucion; y que hasta Newton no se atra-
 »jeron los planetas en razon directa de sus ma-
 »sas, é inversa del cuadrado de sus distancias.»

Hemos copiado este pasaje de Ampère, por-
 que corrobora un aserto que ya insinuamos en
 las lecciones de psicología, y se aplica muy oportu-
 namente á lo que llevamos escrito acerca de la
 Gramática, y á lo que tenemos que añadir para
 dar idea cumplida de la ciencia del lenguaje.

Las facultades intelectuales se nos manifiestan
 en los conocimientos que por ministerio suyo ad-
 quirimos. Los conocimientos que constituyen el
 saber humano, son, pues, los que nos ponen en
 el caso de poder apreciar el alcance y la capaci-
 dad de esas mismas facultades; al modo que juz-
 gamos del árbol por el fruto que produce. Infié-
 rese de aquí, que para conocer la inteligencia,
 es necesario el estudio detenido de sus obras, y
 que no será apto para distinguir las facultades

unas de otras, ni para fijar los términos á que cada facultad llega á extenderse, el que no tuviera noticia de las ciencias por ellas descubiertas.

Fácil es comprender lo que decimos. Quien jamás hubiese leído los poemas de Homero, de Virgilio, del Taso y de Ariosto; ni visto las vírgenes de Rafael y los ángeles de Murillo, ni la Basílica de S. Pedro, ó el Escorial; ni oído la música de Mozart ó de Rossini, ¿seria apto, no ya para calcular, pero ni siquiera para concebir la fuerza creadora de la imaginacion? ¿Cabe el que se estudie y se defina esa facultad, sin tener presentes las pruebas que acreditan la altura á que pueden elevarse sus creaciones? Equivaliera esto á querer que concibiese lo que es la inmensidad del Océano, el que solo alcanzó á ver las aguas de algun humilde arroyo; ó á que el réprobo, cuyo corazon empedernido vive solo para el crimen, gustase las delicias inefables que el cielo concede á las almas virtuosas.

Los descubrimientos de Newton, los de Copérnico, y por punto general, los de todos los que han explorado el vasto territorio de la naturaleza física, hacen que tengamos idea exacta de la facultad de abstraer, ó mas bien, de la de percibir con ocasion del fenómeno la ley que lo rige: ¿quién, que haya comprendido la mecánica celeste, sostendrá que la *idea general* es, ni mas ni menos que la particular? ¿podrá haber duda de que la ciencia traspasa los límites de la sensacion, cuando vemos á los astrónomos medir la distancia y calcular las revoluciones de los planetas?

Aunque otras ventajas no tuviese, bastaria para acreditar el método eclético, la de que ad-

mitiéndolo todo en su vasta síntesis, dado caso que por sí solo no sea bastante para constituir la ciencia, suministra al menos los materiales que han de aprovecharse para tal propósito. El que se preocupa en favor de una idea sistemática, acaba por figurarse que todos los fenómenos de la ciencia que estudia, están en ella comprendidos, pierde la facultad de ver lo que limita, ó quizá contradice su sistema; sucediéndole como al que á fuerza de ejercitar la mano exclusivamente en dar movimiento á la rueda de alguna máquina, entorpece por el desuso los otros miembros de su cuerpo, y solo conserva aptitud para la tarea á que constantemente se ha dedicado. Condillac y su escuela, solo descubrieron la sensación en el dilatado campo que recorrían: Maine-Biran distinguió la actividad de la sensibilidad; pero á tal extremo hubo de concentrarse en el punto de vista que habia escogido, que no acertó á dar á la inteligencia el lugar que la corresponde en el análisis de las facultades del alma; y en suma, los ejemplos de antiguos y modernos que hemos citado en el curso de psicología, demuestran de una manera decisiva, que el exclusivismo y el aislamiento de los pensadores, dañan á la ciencia considerablemente. El método ecléctico preserva de ese peligro; porque haciendo profesion el que lo adopta de que la verdad no se encuentra toda entera en ningun sistema, y que, no obstante, hay en cada uno de ellos una parte de verdad, todo lo examina, y de todo se aprovecha, semejante al que habiendo viajado mucho, se desprende de las preocupaciones que le infundieron en su infancia, y adquiere el tacto necesario para apreciar en su justo valor las ventajas y los in-

convenientes de los países todos, que ha visitado. ¡Cuánto no han contribuido á los adelantos de la filosofía las tareas del ilustre fundador de la moderna escuela del eclecticismo! La version de las obras de Platon, la publicacion de las de Proclo y Descartes, los fragmentos de historia antigua y los relativos á Abelardo, han abierto una nueva senda á los filósofos. Véanse en prueba de ello los estudios sobre el Timeo de Henrique Martin, las investigaciones de Bartolomé Saint-Hilaire acerca de la Lógica de Aristóteles, la disertacion sobre la Metafísica del mismo autor de Ravaison, la historia de la escuela de Alejandría de J. Simon, y otras muchas obras escritas todas por discípulos y continuadores de M. Cousin. La ciencia, pues, ha conseguido, si es lícito decirlo así, acrecentar su caudal, utilizando la riqueza acumulada en todas las edades, sin menospreciar los destellos de luz que pudieron lucir en los siglos de mas profunda ignorancia; con lo que ha dado razon á Leibnitz, y hecho que no queden perdidas, ni las especies descubiertas por la sagacidad de los escolásticos.

Para completar el eclecticismo, fuera útil añadir al estudio de los monumentos consignados en la historia de la filosofía y de las bellas letras, como ya se ha hecho, el exámen de los descubrimientos que forman las ciencias físicas y matemáticas. La historia de la filosofía nos enseña cuáles fueron las ideas de los pensadores acerca del alma y sus facultades: la historia de las ciencias físicas y matemáticas, mostrándonos de lo que son capaces las fuerzas del entendimiento, nos darán medios para formar de él concepto adecuado. ¡Seria provechosa esta nueva faz

del eclecticismo? ¿Pudieran ser oportunas tales investigaciones para determinar con exactitud los términos hasta donde se estiende el dominio de la razon humana? Muchas páginas se necesitarian si hubiésemos de dilucidar la especie propuesta con la latitud que requiere su importancia; pero lejos de poder verificarlo en la actualidad, tememos se nos censure como digresion inoportuna la cita de Ampère, y las reflexiones que hemos hecho con el ánimo de esclarecerla.

La disculpa de semejante desviacion de nuestro propósito principal, se funda en las aplicaciones que admite lo que observa Ampère á la ciencia del lenguaje, y mas especialmente á la cuestion de que vamos ahora á tratar.

La filosofia de los signos del pensamiento ha de tener por base la de las ideas que representan, porque el signo no es mas que la forma material de la idea. Conforme á este principio, hemos explicado los accidentes gramaticales de cada una de las partes de la oracion, teniendo presentes las ideas que espresan; y al hablar de la sintaxis la consideramos efecto de la necesidad de reunir en el acto de la palabra las ideas que por ministerio de la facultad de abstraer habíamos separado unas de otras. Los términos de que nos valimos fueron la inteligencia humana tal como la habíamos descrito en la psicologia, y los idiomas de que tenemos noticia. Al inquirir las causas á que debe atribuirse la variedad de las lenguas conocidas, hallamos un nuevo campo que explorar; porque las investigaciones de los lexicólogos de que hemos tratado, aunque muy someramente en la leccion anterior, conducen á re-

sultados que jamás habríamos discurrido, no abrazando de una vez el copioso catálogo de los idiomas que se usaron ó se usan todavía en el mundo. Sin hacer mérito de la coincidencia que existe entre la analogía y las variedades de los idiomas, y la historia de la dispersion del género humano, contenida en el Génesis, solo consideraremos el hecho de no ser las lenguas progresivas, segun ya lo hemos observado, aduciendo copia de ejemplos que demuestran la exactitud de este aserto. Es indudable que el estudio de las abstracciones de la ciencia no nos hubiera nunca puesto en el caso de imaginar que la ley del progreso y de la perfectibilidad quedase aquí desmentida: y juzgando por analogía, podemos inferir que si á las reflexiones filosóficas acerca de las palabras se agregára el exámen y la comparacion, si no de todos, por lo menos de muchos de los idiomas que se conocen, la filosofía del lenguaje debiera adelantar considerablemente. En otros términos, fuera útil en extremo suplir lo que falta á las teorías de Port-Royal, Buffier, Beauzéc y los que siguiendo sus pasos trataron de la gramática especulativamente, con las tareas de Adelung, Humboldt, Schlegel y demas ethnógrafos que dejamos mencionados en otro lugar. El conjunto de observaciones hechas acerca de las lenguas que se hablan en países distintos; la noticia de las que se usaban en los pueblos mas cultos de la antigüedad; y el exámen de sus gramáticas respectivas, verificado á luz de los principios filosóficos, debiera rectificar muchas de las ideas á que hemos dado asenso, fiados solo en la autoridad de los hombres reflexivos. Entonces nos seria quizá posible

distinguir lo que es de esencia de todos los idiomas, sean los que fueren los signos de que conste y las formas gramaticales que cada uno haya adoptado, de la parte accidental y transitoria: tambien determinariamos las causas de la imperfeccion irremediable de ciertas lenguas hallándolas quizá en el clima, ó tal vez en las creencias morales, políticas y religiosas que admitieron ó recibieron por tradicion los pueblos que las hablan; y por fin conseguiríamos tener una gramática general cuyas bases fuesen la observacion y la esperiencia.

Contrayendo las reflexiones anteriores á la cuestion del idioma perfecto, notaremos que á primera vista parece el componerlo empresa asequible, porque el hombre es capaz, si no de alcanzarla, siquiera de acercarse en sus obras á la perfeccion. Asi lo prueban de una manera concluyente las bellas artes todas y aun las artes mecánicas; porque si el arquitecto convierte la choza del pastor en las grandiosas proporciones del palacio, y el pintor, de los primeros rasgos que apenas diseñaban la fisonomía, llega á los sublimes cuadros de Rafael y de Murillo; y si por otra parte la industria ha producido los prodigios de Birmingham y Manchester ¿qué duda puede quedarnos de que la criatura racional que asi transforma los primeros elementos que la naturaleza puso en sus manos es susceptible de progreso, y por lo mismo puede mejorar indefinidamente los medios que le concedió el cielo para comunicar con sus semejantes? ¿por qué habian de ser inútiles su esfuerzos en punto de tamaña trascendencia?

Por muy concluyente que esta reflexion pa-

rezca es necesario al aplicarla á la materia de que ahora tratamos, tener presente que los artistas que han producido las obras admirables que existen en pintura, escultura, música, poesía y arquitectura, dieron forma material á tales concepciones, sin que el resto de sus contemporáneos tuviese en todo mas intervencion que la de aplaudir con entusiasmo esos símbolos de la belleza ideal, que ponian en cierto modo al alcance de los sentidos, lo que antes era un mero presentimiento del alma. Fidias, para hacer la estatua de Júpiter, solo sacó de Atenas el oro y el marfil, construyendo con estos materiales la imágen del padre de los dioses, segun en su mente la habia concebido.

Es muy distinto el caso en que se encuentran los idiomas, las obras del arte y aun los inventos de la industria: son patrimonio de unos pocos privilegiados á quienes les fué concedido el talento especial que para semejante propósito se requiere. Los artistas constituyen una aristocrácia verdadera; las lenguas son democráticas en sumo grado, porque el uso de que habla Horacio es la voluntad del mayor número, que en vano han pretendido los soñadores políticos aplicar á la ciencia del gobierno. Así, dado caso que un pensador consiguiese inventar un idioma perfecto, al menos en cuanto pueden serlo las cosas humanas, esa obra del silencio y de la meditacion iria perdiendo sus quilates á medida que del gabinete del sabio pasára á los labios del pueblo; fuera como el eco que se disminuye con la distancia hasta llegar á desaparecer de todo punto. Si hemos visto transcurrir largos siglos sin que ciertos idiomas remediasen las imperfec-

ciones que en ellos se advierten; si además hemos observado que el signo no puede perfeccionarse prescindiendo de la idea que expresa, y si por fin es imposible que el idioma deje de entrar en el dominio de la multitud, ¿cómo podría retener en esta nueva esfera las prendas que le adornáran? para esto sería necesario que la generalidad de los hombres se penetrase de las razones que tuvo presentes el filósofo; lo que equivale á querer que el pueblo se hiciese metafísico. Que tal empresa sea temeraria hasta tocar casi en los términos del ridículo, parece cosa de palpable evidencia; de lo cual podemos inferir que la lengua perfecta es una utopía cuando menos si se pretende sustituirla á las que se usan.

No obstante, la cuestión presenta otro aspecto, si en vez de un idioma que todos hablasen, nos limitamos á una lengua cuyo destino sea solo facilitar las investigaciones de los que se dedican al cultivo de las ciencias, haciendo desaparecer las imperfecciones de los idiomas actuales. A esta nueva luz habremos de apreciar las tareas de los pensadores que concibieron un designio semejante.

En todo tiempo los hombres de mas saber se penetraron de los defectos de las lenguas existentes; por lo que vemos reproducida en épocas distintas y por autores diversos la idea de componer una lengua filosófica. Galeno formó el proyecto de inventar un sistema de signos que no estuviese sujeto á incertidumbre alguna, *á fin de que se quitára á los hombres la ocasion de la disputa y de la calumnia*; así lo refiere Pison en su historia natural.

Vosio, Scaligero, Hermann, Hugo y Bacon reprodujeron la misma idea; reservándonos para en adelante hablar de las tentativas de Leibnitz, y de la opinion de Descartes sobre este punto.

John Wilkins escribió una obra titulada *Ensayo de un carácter real y de un lenguaje filosófico*, que hubo de imprimirse en Londres en 1668. Conociendo este escritor, que la lengua filosófica debe fundarse en una clasificacion bien hecha de nuestra ideas; y que su destino debe ser representar esta misma clasificacion con una rigurosa exactitud, pensó desde luego en distribuir las ideas, de manera que su distribucion sirviese de tipo al sistema de signos que se proponia inventar. A este trabajo preliminar le denominó *filosofia universal*; colocando todas las ideas, ya adquiridas, ya innatas en 44 géneros. Dividió cada género en un cierto número de *diferencias*, siendo seis el de unos, y nueve el de otros.

Cada diferencia dió origen á especies cuyo número fué igual al de estas; y las especies fueron el último término de la division. Al lado de cada término de una especie colocó su opuesto ó su contradictorio negativo, ó su mas análogo; y de esta manera llegó á colocar diez mil ideas cada una en su clase determinada. En seguida, examinando el enlace que estas mismas ideas tienen en la mente, trató de clasificar con exactitud las diversas formas que reciben en el cuadro que concurren á formar: y advirtiendo los distintos usos que admiten ciertas partículas que denominó *transcendentales* para modificar el sentido de los vocablos, compuso con sus observaciones una *gramática general y filosófica*.

Inventó 40 caracteres simples, y todos análogos entre sí, que consisten en una línea transversal modificada diversamente hácia su mitad. Cada uno de esos caracteres representa un género de los de su clasificación. Nuevos rasgos colocados de un modo diverso á la extremidad de la línea transversal, sirven para señalar las nueve diferencias. Puestos á la otra extremidad los mismos rasgos, señalan las nueve especies: y por fin hay otro carácter que sirve para conocer, si en vez del término propio de la especie ha de tomarse el de su afin ó el de su opuesto. Hay caracteres que designan las diversas especies de formas gramaticales, y las modificaciones que el sentido de la palabra es capaz de recibir por las varias consideraciones de la mente. Añadidos á los primeros estos caracteres accesorios, ó colocados en el intervalo que los separa, bastan para completar las ideas á que han de servir de expresión. Así un solo signo, compuesto de cinco ó seis rasgos unidos entre sí, y que equivaldrán á dos letras de nuestro alfabeto, hacen el mismo oficio que una palabra entera.

Hé aquí lo que llama Wilkins su *Cardcter real*. Para constituir una lengua articulada, junta á cada uno de los 40 caracteres principales, una sílaba que ha de hacer el propio oficio que el carácter. Los nueve caracteres de las diferencias se expresan por medio de otras tantas articulaciones, y los nueve de las especies, por igual número de entonaciones; de esta manera dos sílabas rápidas bastan para enunciar el conjunto de la palabra. Las modificaciones gramaticales se significan asimismo, sustituyendo vocales ó

consonantes á los caracteres que desde luego se les habian asignado. Las expresiones de esta lengua son menos lentas que las nuestras y muchas veces mas enérgicas por el uso de las partículas transcendentales; pues de este modo se comprende un sentido complejo en un solo término.

El sistema tiene toda la sencillez que se requiere para conseguir sea espedito su uso. Las palabras de que consta son mas cortas; sus signos primitivos numerosos; sin que sea esto obstáculo para que se aprendan y se formen con mas facilidad que los nuestros. Además, tanto los que se destinan á la escritura, como los del lenguaje oral; representan con suma fidelidad la clasificacion de las ideas.

Falta que examinemos la clasificacion misma. Los tres primeros géneros en que se divide, contienen las nociones trascendentales, esto es: *las ideas mas universales del entendimiento; esas ideas son generales, de relacion mista y de relacion de accion.* El cuarto género comprende la facultad de hablar, el quinto á Dios, el quinto y el sexto el universo.

Los 14 géneros siguientes abrazan las sustancias que enumera así: *elementos, piedras, metales, plantas, animales; y partes generales y partes particulares de estos animales y de estas plantas.*

Los otros 20 géneros se destinan á los accidentes. Se dividen en *accidentes de la cantidad*, subdivididos en tres géneros: *tamaño, espacio y medida; y accidentes de la cualidad* que comprenden cinco géneros: *las facultades naturales, los hábitos, las costumbres, las cualidades sensibles, las enfermedades.*

Accidentes de acción que componen cuatro géneros. *Acción espiritual y corporal, movimiento y operación.*

Accidentes de relación; unos particulares como: *economía, propiedad, provision;* otros públicos como: *civil, judicial, militar, naval, eclesiástico.*

Para explicar las diferencias y las especies que constituyen los dos últimos grados de la división, fuera indispensable descender á pormenores que no son de este lugar.

Sin emprender tampoco una refutación completa del sistema de Wilkins, notaremos que á primera vista ofrece el inconveniente de necesitar del auxilio de los idiomas que está destinado á sustituir para ser comprendido. No cabe explicar, sino valiéndose de los idiomas hoy usados, la razón de las diversas relaciones que establece; así es inexcusable servirse de ellos para determinar la índole propia de cada género, de cada diferencia y de cada especie.

El carácter de Wilkins presupone su filosofía universal; y para darla á conocer, es preciso acudir de antemano á un idioma de antemano conocido. Si en ese idioma las acepciones de las palabras están bien determinadas, desaparece la utilidad de la lengua filosófica; si sucede lo contrario, el nuevo idioma habrá de resentirse de las graves imperfecciones de las lenguas, cuyo auxilio ha menester.

Y si á tan considerable dificultad se allega la de que Wilkins pudo incurrir en error al discurrir su teoría filosófica, conocerémos cuánta es la incertidumbre y la vaguedad de un método que parece desde luego tan regular y sencillo. Las

nociones de causa, de cosa, de diversidad, de fin, de medios, de modos, y otras semejantes con que empieza la clasificacion, ofrecen obstáculos para ser entendidas, no solo porque de suyo son difíciles de concebir, pues suponen el hábito de abstraer, que muy pocos poseen en el grado que fuera para ello conveniente, sino tambien por la variedad de dictámenes que sobre su naturaleza han emitido los filósofos. Cuando hablemos de Leibnitz y de Descartes, explicaremos con mas latitud nuestro pensamiento; pero desde ahora habra de hacérseos evidente que unos signos mas ó menos breves, ó unas clases dispuestas con mas ó menos agudo ingenio, no han de alcanzar á que se evite el vicio de que adolecen las ideas que expresan; ó mas bien el vicio de la inteligencia, que deja traslucir la imperfeccion que le es propia en todas sus concepciones.

El anhelo de la perfeccion tan natural al hombre, explica el fenómeno que en esta parte nos presenta la historia de la filosofía. No es escaso el número de las tentativas hechas para inventar una lengua nueva mas adaptable que las que existen, á las operaciones intelectuales: pero como gran parte de ellas se verificaron en la época del escolasticismo, no pudieron menos de participar de las opiniones entonces dominantes. Cuéntanse entre las obras á que nos referimos, las que escribieron Pedro Sanchez, Iro y el español Izquierdo, que tituló á la suya *Faro de la ciencia*; asimismo la lengua filosófica de Felipe Labbè, los sistemas de cifras que compusieron Beck d'Ipwick y Atanasio Kircker, y los ensayos practicados por Raimundo Lulio, para conseguir que por medio de ciertos caracteres que expresáran las

relaciones, que son por lo comun asunto ordinario del raciocinio, llegase este á quedar reducido á una tarea meramente mecánica, asimilando con su invento las investigaciones metafísicas á los cálculos algebraicos. Lulio dividió en seis clases las ideas, que, en su sentir, eran fundamentos de todos los raciocinios: las *cuestiones*, los *principios absolutos*, que son los modos generales, los *principios respectivos*, que son las relaciones, los *sugetos universales*, que son las principales sustancias, las *virtudes* y los *vicios*. Subdividió cada una de estas clases en nueve especies, y designó cada una de estas con un carácter propio. Imaginó despues un gran número de fórmulas, y hasta de operaciones mecánicas, que expresáran todos los modos de ser combinadas que admitian esas ideas, ya para formar proposiciones mas ó menos complexas, ya para hacer silogismos. El movimiento de muchas ruedas concéntricas, y figuras formadas con líneas que se cruzan unas á otras en todos sentidos, con cierta disposicion de esos caracteres, sea en las mismas ruedas, sea en la extremidad de las líneas, representan para él todas las combinaciones posibles. Algunos de sus adeptos denominaron *arte cyclonómico* á este ingenioso sistema; pero el crecido número de sus reglas, y la metafísica abstracta que las sirve de base ofrece tales dificultades, que muy en breve cayó en desuso este mecanismo. El padre Kircher, uno de los mas hábiles matemáticos de su tiempo, emprendió la obra de simplificar los métodos de Lulio, y los redujo á un nuevo sistema que expuso en un libro, titulado: *Arte de las combinaciones*. Pero á despecho de los esfuerzos que practicó para dar á su obra

cuanta sencillez fuese compatible con el fin que se proponía, no bastaron, ni su talento, ni su aplicación para escusarla, la misma fortuna que había corrido la de Raimundo Lulio. El abandono y el olvido fueron el premio de sus laboriosas investigaciones. Ninguno de los sistemas referidos presenta medios para evitar la incertidumbre del lenguaje, que tanto contribuye á la imperfección de los raciocinios metafísicos; y todos admiten por bases ideas mal determinadas, y muy difíciles de definir. No suministran por otra parte mas que proposiciones abstractas, alecuadas solo para servir de principios á los métodos sintéticos, y que no aprovechan para los raciocinios relativos á las ideas complejas, que son de ordinario materia de nuestras meditaciones; ó fuera mejor decir, que las reglas que nos enseñan para estos casos, son mas difíciles de comprender y de usar, que lo es el guiarse instintivamente por los principios que la recta razón á todos nos inspira.

Leibnitz trazó en sus años juveniles una *Historia de la lengua característica universal*, de que solo se conservan las primeras páginas (1). Según él mismo lo confiesa, jamás se apartó de su mente ese pensamiento: «no sé por qué, dice, siendo niño todavía, dí en estas ideas, y como suele suceder con las primeras inclinaciones, siempre permanecieron fijas en mi ánimo.» Después añade: «desde la época de Pitágoras corria acreditada la opinion, de que los números encerraban grandes misterios. De antiguo se sabe que Dios hizo todas las cosas con peso, número

(1) *Historia et commendatio lingue characteristicæ universalis.*

«y medida.... algunas hay que no admiten peso
 «ni medida; pero todas son capaces de número...
 «asi el número es una especie de figura metafisi-
 «ca, y la aritmética una cierta estática del uni-
 «verso, por medio de la cual se examina la po-
 «tencia de todas las cosas.

Una vez descubiertos esos caracteres, seria tan fácil leer en la *característica universal*, como lo es en el día entender los guarismos por diversas que sean las lenguas que usan los que los han formado. La idea de Leibnitz, consiste en hacer un catálogo puntual, no de las nociones simples, sino de las nociones compuestas; es decir, de los juicios ó pensamientos, imponiendo á cada uno de ellos un signo propio. Así habria un alfabeto universal de los pensamientos; y si por otra parte se descubriera un método seguro de combinar los elementos todos de ese alfabeto; ó lo que es lo mismo, todos los pensamiento elementales, nada habria á que la inteligencia humana no pudiese aspirar. *Hoc ego deprehenso mirifice exultavi, puerili quidem gaudio, nam tunc rei magnitudinem non satis capiebam.*

Leibnitz murió sin revelar al mundo su admirable descubrimiento. ¿Cuáles serian los caracteres maravillosos cuya invencion colmó de alegría el alma del célebre filósofo?

Por la mencion que se hace de Pitágoras al principio de este opúsculo puede conjeturarse que debia haber una estrecha analogía entre el sistema que á aquel se le atribuye, y el alfabeto discurrido por el autor de la armonia preestablecida. — No es oportuno de referir aquí la doctrina Pitagórica acerca de los números *par é impar*; ni de apreciar en su justo valor las

virtudes exquisitas de la década. La unidad sería en esta escuela la esencia de las cosas todas como lo entendieron Aristóteles y Filolao; ó quizá habrá posibilidad de sostener otro dictámen que mas se aproxime á la verdad en una materia de suyo tan oscura: pero el querer descorrer el velo que encubre á nuestros ojos los misterios de la doctrina de Pitágoras para descubrir por medio de ellos el enigma propuesto por Leibnitz, fuera patente desacuerdo. En el idioma del escolasticismo se diría que íbamos á explicar lo oscuro por lo mas oscuro, *obscurus, obscuriore*. = A lo que parece, los caracteres de que en la *historia* mencionada se trata, significarian los principios generales de las ciencias, á los cuales se refieren luego todos los fenómenos. En breve veremos que por la índole misma de nuestra inteligencia, el alfabeto de Leibnitz no excusaría los errores á que da lugar la imperfeccion inherente á la humanidad.

Antes de entrar en esta discusion examinaremos las ideas que presenta Descartes sobre el punto que ahora tomamos por asunto de estudio. En una carta escrita al P. Mersenne desde Amsterdam el 20 de noviembre de 1629 (1) tratando del proyecto de una lengua nueva que este le transmitía, dice: «que hay una invencion que podría servir, tanto para componer los caracteres, como las palabras primitivas de esa lengua singular. Consiste esta en establecer entre los pensamientos todos de que es capaz el entendimiento humano, un órden semejante al que hay entre los números:

(1) Ouvres completes de Descartes, publiées p. V. Cousin t. , página 67.

»con la propia facilidad que estos, se aprenderían
 »las palabras necesarias para espresar las demás
 »cosas que conocemos. La invención de esta len-
 »gua depende de la verdadera filosofía: es imposi-
 »ble de otro modo enumerar todos los pensa-
 »mientos de los hombres, y ponerlos en orden ni
 »aun distinguirlos siquiera de suerte que sean
 »claros y sencillos, único secreto para adquirir la
 »ciencia: y si hubiere alguno que explicase las
 »ideas simples que entran en la mente humana, y
 »de las cuales se compone todo lo que esta piensa,
 »y que su aplicación fuese de todos recibida, me
 »atrevería á esperar una lengua universal muy
 »fácil de pronunciar, aprender y escribir; y lo
 »que es más que todo esto, que ayudaría al jui-
 »cio representándole tan distintamente todas las
 »cosas que le fuera casi imposible engañarse...
 »en vez que las palabras de que usamos reciben
 »acepciones oscuras... con esta nueva lengua qui-
 »za los hombres incultos juzgarían con mayor
 »acierto que lo hacen ahora los sábios... pero no
 »espereis verla jamás en uso: fuera para esto ne-
 »cesario que la tierra se convirtiese en un verda-
 »ro paraíso la invención es propia para usada en
 »el país de las quimeras.»

No cabe crítica más grave que la que hace
 Descartes de su propia teoría: hubiera sido con-
 veniente que al desecharla como sueño de la ima-
 ginación se hubiese detenido algún tanto en expli-
 car las razones que le movían á proceder de esta
 manera. Quizá sea posible descubrir la causa del
 desden con que miraba la idea que, cual luz fu-
 gaz, había por algunos instantes iluminado su
 pensamiento.

Es ilusión muy antigua el figurarse que la

exactitud y el rigor de las matemáticas pueden trasladarse á las otras ciencias. La doctrina de Pitágoras poco ha mencionada, prueba la certidumbre del hecho en los tiempos remotos: y en época reciente puede citarse el aparato de teoremas y corolarios con que Espinosa aumenta la obscuridad de su ya abstruso panteísmo. Cierto es que hay muchos ramos de la física; y por punto general de las ciencias naturales, á que es factible hacer aplicaciones felices del cálculo: la astronomía debe á las ciencias exactas los descubrimientos mas preciosos que posee: y las leyes del calórico sin los guarismos y las fórmulas algebráicas no habrían alcanzado el grado de exactitud que actualmente tienen. No menos patente es que la política, la administración y la jurisprudencia criminal reciben luz copiosa de los datos estadísticos; puesto que los guarismos dán á las dos primeras medios casi seguros de apreciar en su justo valor las fuerzas sociales, y la última encuentra en la enumeracion de los delitos perpetrados, una especie de termómetro moral que le dá á conocer el estado de las costumbres y le pone en camino de dictar castigos eficaces para la seguridad y conservacion del orden público. Por fin, es fuera de duda que las ciencias morales é intelectuales adquieren valor considerable con el contacto de la aritmética: y que las incursiones que hacen á veces en este territorio les son de suma utilidad. Pero ¿qué distancia no hay entre estos resultados y la pretension de convertir en cálculo la psicología y la moral? ¿cuáles son las ideas simples que en sentir de Descartes eran la materia primera de todo acto de la mente? ¿dónde se hallan esos nuevos átomos intelectuales que á la manera

que los de Demócrito constituían el mundo material, habían ellos de constituir el mundo de las ideas? Aquí empieza la vacilación, y se deja ver de lleno toda la flaqueza del entendimiento humano. El vaso del tosco barro empaña el brillo del líquido en el contenido. La carne aprisiona al espíritu y no le deja elevarse á la pura región de donde trae su origen. — Si por ideas simples se entienden las sensaciones, no hay dudar de que los rayos del sol del mismo modo hieren los ojos de las criaturas todas; y que las emanaciones de los cuerpos odoríficos derraman en la atmósfera perfumes que respiran todos los vivientes: mas si bien es cierto que en lo esencial se halla conformidad, no lo es menos que en los accidentes se descubren notables diferencias: ¿por ventura agradan generalmente unos mismos sabores? ¿no es hecho de vulgar evidencia que los manjares que á unos deleitan, causan á otros repugnancia invencible?

Y si de las sensaciones pasamos á los sentimientos ¿se querrá acaso sostener que todos los corazones sienten con igual energía el amor, los celos, la amistad ó la gratitud? ¿qué no es mas vivo el sentimiento de la belleza en Praxiteles que en Apicio? Las unidades del cálculo intelectual tienen diverso valor para cada uno de los que habian de servirse de ella para el propósito de Descartes: escusado es decir que la divergencia de los datos se dejaria ver por precisión en el resultado. Harémos esto mas claro con un ejemplo. Para el hombre sensual que encenagado en los deleites carnales ha dejado adormecer en su alma los instintos de lo bello y de lo sublime, el sentimiento de la belleza queda reducido á una

mera sensación semejante á la que produce en el paladar una fruta sabrosa, ó á la que causan el vino ó los licores. En un campo que ofrezca á los ojos del artista un paisaje lleno de mil encantos, verá solo las frutas que han de saciar su voracidad; y su alma embrutecida, considerando á la mujer como mero instrumento de deleite físico, no acertará á discernir las fruiciones que hace sentir al amante la sonrisa que se asoma á los labios de su amada. El que vive la vida animal y el que aspira á placeres mas puros que los de los sentidos, proferirán ambos la misma palabra; no obstante ¿cuán diverso será el valor que cada uno de ellos le atribuya?

Las ideas simples son, pues, inciertas; porque el hombre que las concibe no es, ni un espíritu puro, ni una máquina animada: los sentidos y la inteligencia concurren de consuno á la formación de sus ideas: unas veces preponderan aquellos; otras, estas: ¿dónde está la posibilidad de verificar la enumeración insinuada por el autor de las meditaciones? El *a, b, c*, de la mente no es tan sencillo como á primera vista parecia. La multiplicación es una especie de adición; y en el mismo respecto están el restar y el dividir; pero en todas estas operaciones se trata solo de la noción racional de la cantidad que por su esencia propia es solo capaz de aumento ó disminución: la identidad de las ideas se ve fielmente reproducida en el lenguaje: pero si tal identidad no existe; ¿cómo podrian crearla las palabras? Si por elementos de la inteligencia se entienden las sensaciones y los sentimientos, el proyecto de una lengua parecida en su exactitud á la de los matemáticos es un sueño irrealizable.

Acaso fuera la mente de Descartes hablar, no de los fenómenos, sino de las leyes que la razon descubre, alzándose sobre la esfera de lo sensible. Consideremos la cuestion bajo este nuevo aspecto. No seremos nosotros por cierto los que neguemos los principios absolutos que, segun el dicho de un ilustre pensador, son los músculos de la inteligencia: ni está mucho menos en nuestras convicciones desconocer, que es dado á la criatura vislumbrar siquiera las sublimes armonías del órden moral. Mas por grande que sea la predileccion que sintamos por el inimitable Platon, por S. Agustin, por Malebranche, por Leibnitz, por Descartes, y en nuestros dias por Cousin y Jouffroy; por mas que leyendo los escritos de todos esos ingenios esclarecidos, el placer que allá en lo íntimo del alma probamos nos manifieste que fuimos creados para contemplar la verdad, y amar el bien con amor puro y desinteresado; que hay en nosotros un presentimiento secreto de la Divinidad, y que nos engrandecemos á medida que nos desviamos del mundo de las sensaciones, para subir en alas del entusiasmo al mundo de las ideas..... no es tan robusta la fé que ponemos en la inteligencia con que nos dotó el cielo, que nos haga desconocer todas las fragilidades de que la hace capaz su union con el cuerpo. Una cosa es el fenómeno, y otra la ley que lo rige: aunque á todos no conmueva la música, como conmovia á Alejandro, no hay uno que no sea apto para comprender las leyes de la acústica: una vez descubierta una ley de la naturaleza, cesan las disensiones á que dan lugar las apariencias fenomenales: ¿quién niega en el día la atraccion ó la existencia de la electrici-

dad? ¿qué inconveniente habria en formar con los nombres impuestos á esas leyes, el alfabeto que apetecia Descartes? Creer en la infalibilidad de los descubrimientos de la física, es vana presuncion de que la historia misma de esta ciencia viene pronto á curarnos. Leemos en el fenómeno la ley general que lo rige; pero muy á menudo erramos en esta lectura: nuestra inteligencia no descubre el verdadero sentido de los caracteres, trazados por la mano del Todopoderoso. El horror al vacío á que se atribuia la ascension de los líquidos, y las teorías astronómicas del mismo Descartes, prueban hasta la evidencia esta triste verdad. La lengua perfecta tendria que variar, á no ser que se pretendiese reducir á la inmovilidad el espíritu humano. Y es oportuno observar que si en algo cabe uniformidad, es en estas cosas, que por su índole propia están situadas en esfera distinta de la de nuestros intereses y pasiones: ¿qué será cuando pongamos el pie en esa senda de abrojos y de espinas? Observando los fenómenos del orden físico con el ánimo ajeno de parcialidad, puesto que nos es de todo punto indiferente que sean el sol ó la tierra el centro del universo, ó que las enfermedades procedan de irritacion ó de debilidad, solemos incurrir en mil errores de que dan claro testimonio los anales de la astronomía, de la química y de la medicina. Somos limitados por esencia. Cuando á esta causa general se allega el interés ó la pasión, la probabilidad de errar ha de aumentarse considerablemente. Cada filósofo observa los hechos que su época le depara, y sin darse de ello cuenta, sigue el rumbo que la sociedad lleva por aquel entonces: preguntad á Epitecto cuál es la idea

simple primitiva de la ley moral, y os responderá que el hombre está destinado á seguir la via de la justicia con total indiferencia al placer que trae consigo la próspera fortuna, y al dolor que acompaña á las adversidades. Haced á Epicuro la misma pregunta, y os dará por respuesta que el placer es el bien supremo, y que el hombre fué formado para pasar su vida entre delicias y contentos. En la enumeración de las ideas simples; que, segun el dictámen de Descartes, habia de ser el precedente necesario, para que el hombre mas rudo discurríese sobre las materias mas dificultosas, con mayor exæctitud que lo hace ahora el sábio; ¿cuál de estos dos conceptos escojeríamos? ¿atribuiríamos al signo que habia de expresar el concepto *moralidad*, el sentido de Epitecto ó el de Epicuro? Era menester comenzar por poner de acuerdo á los hombres todos, cabalmente en los puntos mismos en que mayor fué siempre la variedad de las opiniones. Y si de la moral pasamos á la política, ¿qué opinion adoptaremos acerca del gobierno, y de los derechos y deberes de los súbditos? Unos nos dirán que la autoridad proviene del derecho divino, otros, que de la soberanía nacional y otros de un contrato primitivo. ¿Cómo conciliar tan opuestos pareceres? ¿Qué criterio nos serviría para escoger la idea verdadera á que luego habíamos de imponer el carácter ó el signo que la representase en ese nuevo idioma? ¿no es esto ir á enmendar en el eco los defectos de la voz?

Para descubrir los caracteres que en dictámen de Descartes habian de formar la lengua perfecta, seria, pues, indispensable ante todo, reducir á la unanimidad las multiplicadas y contrarias

opiniones que han reinado en el mundo, acerca de la naturaleza física, intelectual y moral. Con solo insinuar el intento, se deja conocer que es quimérico, y que no podrían menos de serlo las esperanzas que se concibieran de verlo algún día realizado.

Bajo dos puntos de vista pueden considerarse nuestros conocimientos: es el primero de ellos el fenómeno; el segundo la causa ó ley, en virtud de la cual se verifica. Hemos observado que las sensaciones y los sentimientos que pertenecen, sin duda, á la parte fenomenal, son por índole propia inconstantes y variables en sumo grado: pudieran compararse á las fisonomías: todas presentan el tipo de la especie humana; pero cada una de ellas lo ofrece modificado de una manera especial. Así las sensaciones y los sentimientos. Pretender que con esos elementos se constituyera el catálogo de las ideas simples de la mente, fuera puro devaneo; porque variarían de hombre á hombre, y no hay probabilidad de que, difiriendo en las ideas, convinieran en los signos que habian de expresarlas. Y si por ventura proferian todos el mismo sonido, cada uno le atribuiría un concepto diferente.

La palabra *amor* suscita emociones distintas en el jóven y en el anciano. Al primero le conmueve el alma, deleitándole con la idea de mil placeres exquisitos. Al segundo le parece delirio la alegría que su corazón helado con los años no sabe ya sentir.

Mas fijeza hay en las ideas que formamos de las leyes tanto del mundo físico como del mundo moral; porque es fuera de toda duda que la atracción newtoniana es para todos los seres ra-

vionales una misma, y que la justicia dá siempre fallos idénticos cuando la consultamos con el ánimo desnudo de prevenciones. Pero vemos que la limitacion propia de nuestras facultades hace que con mucha frecuencia al ir á designar la causa de los fenómenos físicos, erremos lastimosamente. Los anales de las ciencias físicas son de ello prueba palpable. ¡Cuántos sistemas arbitrarios acerca de la luz del calórico y de los sonidos no se encuentran en ellos! Una parte considerable de las obras de Descartes viene en apoyo de esta verdad: ¿quién admitiría hoy su opinion acerca del alma de los brutos ó de los movimientos de los astros?

La imposibilidad de determinar las ideas es manifiesta: no es preciso añadir que la de uniformar los signos ha de serlo por necesidad.

En cuanto á las nociones intelectuales y morales, como en ella se mezclan los intereses y los afectos, es claro que han de parecer todavía mayores los obstáculos que se presenten para componer el alfabeto que Descartes deseaba. ¿Cuáles son las ideas simples de la moral, de la política ó del derecho de gentes? Cada autor y cada época resuelve el problema á su manera. Acerca de esta materia conviene dilucidar una idea que ya antes hemos apuntado. Si los sábios usáran una lengua particular fuera del alcance de sus contemporáneos, es evidente que tendrian la ventaja de economizar el tiempo que se pierde en aprender lenguas extranjeras: pero esa ventaja, que lo es sin duda, traería consigo multitud de inconvenientes. Mas todavía. Fuera causa de que las ciencias intelectuales y morales retrocedieran en

vez de adelantar. Fácil es demostrarlo. El filósofo, el publicista y el literato participan de las ideas de sus contemporáneos; y aunque es cierto que les son superiores en el grado de perfección que les comunican, no por eso se libran de este influjo necesario. Tráiganse á la memoria los hechos citados en las primeras lecciones de psicología. Todas las teorías que entonces mencionamos contienen una parte de error; pero se encuentra asimismo en ellas otra parte de verdad, puesto que explican algunos de los fenómenos relativos á la inteligencia humana. Hay en el hombre algo de lo que en sentir de Epicuro constituía toda su naturaleza moral; y algo también de las dotes que debían adornar su ánimo según la doctrina de Zenon. Para formar concepto cabal de la humanidad han de tenerse en cuenta ambas opiniones cuidando de separar de ellas lo que tienen de exclusivo. A poco que se reflexione se echará de ver que inventada la lengua en que los sábios habían de entenderse, quedaban estos unidos entre sí; pero aislados del resto de la sociedad que ni influiría en sus teorías ni de ellas recibiría influjo alguno.

Las ciencias morales no pudieran entonces ir mas allá del término donde estuvieran cuando se verificase ese invento maravilloso. Que fuese este término el sensualismo ó los sublimes dogmas de la secta de los estoicos, siempre vendríamos á parar en que se daba por principio absoluto alguno que no lo es mas que relativo: y que en vez de un sistema que explique los fenómenos todos que ofrece la naturaleza moral, habría tan solo una doctrina diminuta y exclusiva; doctrina que los sabios se transmitirían unos á otros, y

que semejante al arca de la alianza no podrian tocar los profanos.

Acaso se nos diga que discurrimos á placer, admitiendo como posible una hipótesis á todas luces absurda y contradictoria; que las ciencias morales no son mas que la explicacion de los hechos morales; que el intento de que el filósofo sin comunicar con sus contemporáneos establezca sus principios, equivaldria á pretender que la abeja labrase sus panales en un desierto donde ni una sola flor hubiera; y que en suma la ciencia que prescindiese de los fenómenos seria sueño en vez de ciencia. La historia confirma esta verdad. Los pensadores solitarios que han querido fundar teorías acerca del hombre, se perdieron por lo regular en mil vanas imaginaciones. La práctica y la especulacion no pueden andar separadas. No fuera fácil dar respuesta plausible á estas objeciones. La naturaleza es fecunda por extremo, y limitada la inteligencia que la observa: cada época y cada pueblo presentan una de sus fáces: asi pues, querer fijar la ciencia en un tiempo determinado es lo mismo que destruirla. Solo al Criador conviene poner límites á la perfeccion de la criatura.

Y si es cierto que los signos dependen de las ideas, y que al hacer la enumeracion de estas de manera que de una vez quedasen determinados los elementos de la ciencia, es empresa no solo perjudicial sino irrealizable: ¿á qué queda reducido el proyecto de Leibnitz y de Descartes?

Su lengua perfecta se funda en dos aserciones á cual mas gratuitas. Primera: que cabe unanimidad en las materias en que mas desacuerdo hubo siempre. Segunda: que las ciencias inte-

lectuales y morales pueden formarse sin que el filósofo participe de las ideas, intereses y pasiones de sus contemporáneos.—Concíbese muy bien que el álgebra ó la geometría progresen en el aislamiento: porque sus especulaciones recaen en ideas puras que ninguna modificación reciben por el influjo de las circunstancias exteriores: pero la ciencia del hombre no se constituye prescindiendo el que se empeña en tal intento de los fenómenos variados que la naturaleza humana presenta.

La enumeracion propuesta por Descartes supone que el ser limitado podria ser capaz de adquirir la ciencia del Sér infinito. Solo al que formó la máquina del Universo, le es dado penetrar los secretos todos de su obra maravillosa.

Aun hay otra reflexion que viene á corroborar las precedentes. Cada uno de los filósofos que trataron de la lengua perfecta entendió la perfeccion en el sentido de sus ideas predilectas. Respecto á los escolásticos nos referimos á los ejemplos de Raymundo Lulio y de Wilkins. El mecanismo inventado por el primero es lo que para un filósofo de aquellos tiempos debia parecer el bello ideal de la ciencia. La clasificacion del segundo se resiente asimismo de la doctrina de la escuela. Leibnitz aficionado á los principios absolutos y necesarios comienza su *Historia característica* diciendo que Dios hizo las cosas todas con peso, medida y número; y que de antiguo habia corrido en el mundo con mucho crédito la opinion que atribuye á los números secretas y esquisitas virtudes. Era su conato, segun el mismo lo manifiesta, componer *un alfabeto de los pensamientos humanos; incidi necessario in hanc*

contemplationem admirandam, quod scilicet excogitari posse quoddam Alphabetum cogitationum humanarum.

En cuanto á Descartes hemos indicado las razones que habia para creer que las ideas simples de que habla sean mas bien las leyes y las causas que no los fenómenos. Ambos creyeron, y en esto no se equivocaban, que si en algunos de nuestros conocimientos cabe constancia, es en los que tienen por objeto las leyes del mundo físico y moral que la razon nos dá luz para concebir. Los idiomas cuya invencion propusieron habian de significar esas ideas permanentes que acierta á descubrir la mente humana al través de las apariencias variadas é incesantes de los fenómenos.

Veamos ahora cuáles son las condiciones que Destutt-Tracy requiere como necesarias para calificar de perfecta una lengua. Despues de esponer algunas juiciosas reflexiones acerca de la dificultad invencible que ofrece el llevar á cabo semejante designio, afirma que, admitida la posibilidad de lo que él juzga irrealizable, la lengua en cuestion habia de ser oral, porque de todos los signos, los sonidos son, sin duda, los que mas ventajas ofrecen. Habia de escribirse con un alfabeto y ortografía correctos: las palabras debian componerse de manera, que conservasen analogía con las ideas por ellas expresadas; para lo cual se escogerian un cierto número de monosílabos con que componer varias especies de palabras, adaptadas á otras tantas especies de ideas; las derivadas se expresarian por la adiccion de partículas tambien monosílabas. La gran dificultad consiste en establecer el encadenamiento de estas derivaciones; pero esa dificultad se cifra en

:

determinar con exactitud la série de las ideas. Para conseguirlo, seria menester *que nuestros conocimientos fuesen en todos los ramos completos.*

La construccion habia de ser siempre la directa, sin mas elipses que las necesarias: requeria ademas que los nombres no tuviesen géneros; que fuesen los adjetivos invariables; que solo hubiera el verbo *ser* con sus tres modos *adjetivo, sustantivo y atributivo*, sin subjuntivo: para denotar el enlace de las ideas y el de los pensamientos, se admitirian las preposiciones y las conjunciones; y habian de tener todas por radical la conjuncion *que*, de quien reciben su fuerza conjuntiva: no habia de haber en ella, ni varias locuciones para expresar una misma idea, ni idiotismos, ni hipérboles, ni tropos, ni reticencias y alusiones. Esta idea de la lengua perfecta, es adecuada á la teoria psicológica del autor. Leibnitz y Descartes cifraban la perfeccion en inventar un medio de expresar los principios universales y necesarios. D' Tracy que miraba á la sensacion como origen de todas las ideas, naturalmente habia de fijarse en la exactitud y en la claridad, como dotes esenciales del lenguaje. Si para cada uno es cierto aquello que siente, expréselo de manera que los demas lo entiendan, y no habrá dudas ni equivocaciones. Pero ¿cuáles son los medios de conseguirlo? Dejando á parte la construccion mecánica de las palabras, el omitir los géneros, y el hacer los adjetivos invariables; porque no cabe duda acerca de que todas estas cosas contribuirian á que fuese menos imperfecta la lengua, ciñámonos á la construccion directa y á la omission de los tropos. Si las ideas no se ofrecen siempre en el orden logico, y es esto á todas

nces evidente ; desterrar aquellas locuciones que representan con fidelidad el estado en que la mente se halla, en vez de un perfeccionamiento, ¿no seria un defecto añadido á los muchos que se imputan á los idiomas?

En cuanto á los tropos, mil veces hemos mostrado que sin ellos las ideas relativas á las cosas espirituales quedarían sin espresion: las hipérbolas y las reticencias nacen de la índole misma del alma humana que en ocasiones siente con mayor enerjía que en otras; y mas de una vez no cree útil manifestar todo lo que siente. Asi pues, la lengua perfecta lo sería solo para el filósofo sensualista que reduce el estudio del hombre la aplicación del método analítico; y en realidad el perfeccionamiento consistiría en el de las facultades que en dictámen del ideólogo constituyen toda la mente humana.

No hablamos del verbo *ser* porque á su tiempo hicimos palpable que la idea de acción es por lo menos tan importante en esta clase de palabra como la de existencia; y además ¿qué ventajas resultarían de que en lugar de «yo amo» ó «yo ando» se dijera «yo soy amante» ó «yo soy andante»? La puerilidad de tales perfeccionamientos es la prueba mas patente de que todos suponen lo que en realidad no existe. La inteligencia del hombre dista mucho de ser perfecta. Destutt Tracy habia observado que las locuciones de que usamos se desvian á veces del orden lógico de las ideas; y que el valerse de tropos es causa de obscuridad en el lenguaje; omitamos, dice, ambas cosas y de esta manera no caeremos en los errores á que su abuso nos conduce. Discurre en este punto como los que llevados del

celo religioso mutilaron su cuerpo para mejor preservarse del pecado.

¡Triste perfeccion la que á tan subido precio se adquiere! no haya tropos, ni hipérboles, ni transposiciones, equivale á decir, destiérrese la imaginacion de los dominios de la inteligencia humana: no le sea lícito á Rioja escribir *mustio collado*; porque el estar *mústio* es afeccion propia del alma y no de las plantas: no se califique de *veloz* el pensamiento, porque el acto espiritual no participa de ninguna de las cualidades propias de los séres físicos; no diga el Lord Byron que al aproximarse el diluvio abria en el cielo un *océano inmenso* cuyas aguas solo esperaban la voz de Dios para inundar la tierra; ni le sea lícito á Homero comparar á Aquiles con el leon enfurecido; ni al historiador que cuenta las irrupciones de los bárbaros del norte compararlas con el torrente que lleva en pos de sí la desolacion y la ruina; porque si se miden con el compás matemático esas comparaciones, no ha de resultar entre sus términos verdadera igualdad.

Un filósofo aleman de nuestros dias siguiendo las huellas de Leibnitz, ha emprendido de nuevo la tarea que este ilustre pensador no pudo, ó no quiso llevar á cabo. En el libro de Ahrens se encuentra una nota concebida en estos términos. *Seria inútil en este momento transcribir aquí la historia de la cuestion de las categorías; puesto que no podríamos apreciar debidamente las varias tentativas que para formarlas se han hecho. Las teorías de Aristóteles y Kant son las mas notables y las mas conocidas. Sabemos hoy que ya la filosofía de los indios habia tocado á esta cuestion, y presentado muchas soluciones que bajo*

ciertos aspectos hacen ventajas á la de Aristóteles. En sentir de muchos historiadores, Aristóteles tuvo noticia de esta doctrina por las obras de la filosofía india que le enviaba su discípulo Alejandro. Sea de esto lo que fuera, la semejanza es considerable. No carece de interés saber que Leibnitz, considerando las categorías bajo un punto de vista especial, y conociendo que representan las nociones mas sencillas de la mente, y que por lo mismo han de constituir los elementos de todas las nociones posibles, fué conducido por esta vía á la grande y profunda idea de formar con las categorías un alfabeto universal de todos los pensamientos humanos que sirviese de lengua general (posilalia). Leibnitz emprendió para constituir esta lengua muchos trabajos preparatorios; pero no podia ejecutar su proyecto, porque su sistema de categorías, no menos incompleto que el de Aristóteles, oponia para ello obstáculos insuperables. Krause que cree haber establecido el sistema de todas las categorías principales, ha tratado de realizar el pensamiento de Leibnitz, fundando la lengua filosófica en esas mismas categorías. En el estado incompleto que todavia tiene este nuevo idioma se observan en él una precision y una flexibilidad, que lo hacen sumamente apropiado para las investigaciones filosóficas, aunque no sea mas que como los signos en las matemáticas.

No tenemos mas noticia de la lengua filosófica de Krause que la que contienen las líneas que acabamos de copiar: y solo conocemos su teoria filosófica por la obra de Ahrens, que segun el mismo confiesa no ha reproducido el sistema de las categorías de su maestro de una manera com-

pleta. Así sería temeridad querer juzgarlas, calificándolas antes de haber formado de ellas cabal concepto, no obstante, concediendo que la clasificación de Krause haga ventajas á todas las anteriores, no por eso desaparecen los obstáculos que en nuestro sentir convierten en utopía la idea de la lengua filosófica. Las propias reflexiones que hicimos respecto á Leibnitz se aplican á su compatriota: porque este no pretende haber descubierto un nuevo método, sino que se ciñe á reproducir la idea del célebre autor de la armonía preestablecida, mejorando las bases sobre que esta hubo de establecerla.

La clasificación procede y se refiere siempre á una teoría filosófica que por muy acertada que parezca al que la ha adoptado, no puede menos de resentirse de la limitación inherente á la inteligencia humana. No está la dificultad en distribuir en ciertas categorías las nociones esenciales de la razón, y es muy obvio que el estudio detenido que de ellas se haga, contribuya á que ese arreglo artificial sea mas exacto. Pero ¿cuál será el medio que tengamos para discurrir una teoría exenta por siempre de error? A cada uno de los pensadores que han emprendido la tarea de enumerar las nociones capitales de la razón, debió figurársele habia llegado al término á que se encaminaba, no siendo posible en lo sucesivo ir mas allá por semejante vía. Sin embargo, la esperiencia ha desmentido esperanzas tan infundadas. Kant censura las categorías de Aristóteles: Hegel encuentra defectuosa la clasificación de Kant, y Krause imagina haber sido mas feliz en este punto que sus predecesores. Es evidente que de la propia manera que él ha

notado defectos y lagunas en las obras de los otros filósofos, podrá suceder que la suya merezca asimismo censura, y en este caso, ¿dónde iría á parar la perfeccion del idioma cimentado sobre base tan deleznable? cada defecto y cada imperfeccion que se descubriera en la teoría, ¿no vendrian á ser defectos é imperfecciones del idioma perfecto?

Y si se quiere que la perfeccion sea meramente relativa, esto es, que solo exista admitido un determinado sistema de filosofía, entonces replicaremos que el idioma perfecto ó filosófico para subsistir reduciría la ciencia á la inmovilidad; ó si huyendo de ese peligro se pretende dejar á esta expedita la senda de las mejoras y los progresos, se vendría á parar en que cada modificacion de las ideas antiguas ó cada idea nueva que se adoptara, habria de traslucirse en el lenguaje, alterándolo y modificándolo como sucede con los idiomas que ahora se usan. La mudanza en esta hipótesis traería consigo todos los inconvenientes que le son naturales y la obra del filósofo quedaría con esto, tal vez, mejorada; pero de cierto diversa de lo que era cuando hubo de concebirla en el silencio de su gabinete.

Por fin dejando aparte que no se avienen las dos especies de *perfeccion* y de *relativa*; y suponiendo por un momento que solo se trate de un idioma perfecto con relacion á un sistema filosófico adoptado por el que lo inventó, ¿no podrian todos los sistemas que se conocen aspirar á tan fácil lauro? Admítanse en psicología las doctrinas de Condillac y nada habrá que tildar á su nomenclatura: si la idea mas sublime, lo mismo que la mas sensible no es otra cosa la sensacion

transformada ¿qué vocablo mejor que el de *sensaciones* sería posible para denominar las ideas?

Si se escoge este temperamento no habrá motivo razonable para sostener, como lo hace Ahrens, que no pudo Leibnitz componer el idioma perfecto por falta de una buena clasificacion que para ello le sirviese de norma; porque las palabras ó los signos cualesquiera que fuesen que hubiera inventado representarian con la mayor propiedad sus concepciones; y por consiguiente con respecto á ellas serian perfectos.

Asi la cuestion, es insoluble por mucho que nos esforcemos en inventar recursos para desvanecer las graves dificultades que en sí tiene.

Aspiramos á la perfeccion sin que nos sea dado alcanzarla en ninguna de las esferas en que se ejercitan nuestras facultades intelectuales. Viendo los defectos de los idiomas que conocemos: observando en ellos continuas y terminantes infracciones de los principios mas obvios de la razon, y descubriendo las muchas dificultades que ofrece el progreso de las ciencias, su misma multiplicidad, no está en nosotros evitar el que se apodere de nuestro ánimo el deseo de poseer un idioma perfecto y universal.

Pero ese deseo que tanto engrandece al que lo forma, es de todo punto irrealizable. Parece al horizonte que á medida que hácia él nos adelantamos se aleja de nosotros; la humanidad vé á distancia el término de sus anhelos: pero durante su morada en el mundo no logra tocarlo. La perfeccion es la tierra prometida, y la humanidad se asemeja á Moisés que murió habiéndola divisado solo de lejos.

No es verosímil que un idioma, sean las que.

fuesen las prendas con que queremos adornarlo, consiga hacerse universal.

Las observaciones hechas en la lección anterior demuestran cuán fundado es nuestro aserto. Hemos visto que las diferencias que existen entre los órganos vocales de varias razas, y aun las que hay entre pueblos pertenecientes á una raza misma, son causa de que sean diversos los idiomas, al menos en su parte material, puesto que la mayor ó menor facilidad para producir sonidos determinados contribuye á que en cada uno de ellos el mecanismo de los vocablos venga á ser distinto. Por otra parte, el influjo de los climas en los sentimientos y afectos del corazón y en el giro particular de las ideas propenderían irremisiblemente á que la unidad ideada por el filósofo se convirtiese en multiplicidad y confusión. Modificado el idioma universal y mezclados los pueblos unos con otros, ya por la guerra, ya por el comercio volvería á suceder el mal de que se lamentaba en sus tiempos S. Isidoro: *cada una de las gentes; dice este, que fueron sujetas al imperio, llevó á Roma los vicios y faltas de su lengua y costumbres; y alguno á la manera de Dionisio Halicarnaseo tendria que admirarse de que Roma con la afluencia de tantas gentes totalmente no se hubiese hecho bárbara.*

El latín se generalizó con las conquistas del pueblo romano; pero iba adulterándose á medida que se dilataban los términos de su dominio: como ya lo notamos á mas de alterarse las palabras variaron las formas gramaticales, siendo de observar que la primera de estas modificaciones procede de la diversidad de los órganos vocales; y la segunda del modo de concebir las cosas que se

manifiesta en su espresion. Ya dijimos, que el determinar hasta que punto podrán influir en que se asimilen unos á otros los idiomas, las tendencias unitarias de la época presente, es el secreto del porvenir. Juzgando por experiencia y por analogía la opinion que admitiéramos, no habia de ser conforme con los deseos de los filósofos; pero un juicio fundado sobre tales bases acaso seria aventurado; porque no sabemos á punto fijo hasta donde alcanzará la eficacia de la actual civilizacion.

Como quiera, repetimos que ese anhelo incessante de la perfeccion engrandece el alma humana, y prueba su origen divino.

«Quién se tiene por desgraciado, decia Pascal, (1) de no ser ya rey, sino un rey desposeído de su trono? ¿por ventura Paulo Emilio creia fuese una desgracia para él no ser cónsul siempre? Al contrario, todos juzgaban fuese motivo de gloria el haberlo sido; puesto que nadie podia esperar perpetuarse en el consulado. Pero estos mismos creian que Perseo habia sufrido un infortunio; porque su condicion lo llamaba á ocupar el trono toda su vida; y por eso estrañaban pudiese soportar la vida... es grandeza en el hombre conocer su propia miseria: si no presintiera en algun modo la grandeza ¿cómo echaria de ver su pequeñez?»

En política, en filosofía y en todos los ramos del saber humano hubo siempre utopistas: no habia de eximirse la gramática de la ley comun.

El error de cuantas utopias se han imaginado en los siglos anteriores y en el actual consiste en

(1) Pensees.

que el hombre que los utopistas nos presentan, no es el que Dios formó del barro de la tierra. Es el licor sin el vaso que lo contiene: es el ángel sin la envoltura material que empaña su pureza: es en suma una mera abstracción que no tiene mas realidad que el sonido sin el cuerpo sonoro, ó el perfume sin la flor que de sí lo exhala.

Los idiomas son imperfectos porque el hombre, aunque siempre en pos de la perfección, no consigue verla realizada en las obras de su inteligencia.

LECCION TREINTA Y CUATRO.

SUMARIO.

Pasaje del Hermès de Harris.—Esclarecimientos y reflexiones sobre la filosofía de la lengua latina y las modernas.—Belleza artística de la primera.—Nace de la índole del pueblo.—Inclinación á la metafísica de las otras.—Determinativos.—Pasaje de Degerando.—Trozos de Stoddart, de Platon y de Reid.—Tendencias de las escuelas espiritualista y sensualista en esta parte.—Cita del P. Buffier.—La belleza de las lenguas es relativa.—Reflexiones.—Han de tenerse presentes todas las facultades humanas para juzgar de la perfección en punto á idiomas.—Citas de Leibnitz y Volney.—Necesidad de los estudios lexicológicos para fundar la filosofía del lenguaje.—Cita de Herodoto.—Prueba la dificultad de que las lenguas sean invenciones humanas.—Reflexiones sobre el método de observación y de experiencia.—Sobre los signos.—Signos permanentes.—Geroglíficos.—Su número ha de ser muy crecido.—No puede circunscribirse el de los que espresan las cosas morales.—Reducen la ciencia á ser patrimonio de un corto número.—Egipto.—China.—Dificultad que ofrecería su abundancia.—Escritura silábica.—Cada signo representa un sonido completo.—Alfabética.—Designa una parte del sonido.—Número de caracteres de la escritura silábica.—Articulación.—Voz.—Cantidad.—Tono.—Ninguna sílaba termina por consonante.—Todos empiezan por consonante.—Pruebas.—Si son las letras del alfabeto geroglíficos degenerados.—¿El alfabeto es invención humana?—Caracteres transmitidos por Moisés y adulterados por los otros pueblos.—Caldeos.—Griegos y Romanos.—Imposibilidad de hacer el análisis del sonido que supone la invención del alfabeto.—Letras añadidas por Palamedes y Simónides al alfabeto griego.—No se descubren vestigios de escritura ni entre los egipcios.—Judíos.—Chinos.—Americanos.—Moisés solo pudo aprender en Egipto los caracteres simbólicos.

Señores:

Nos proponemos en la presente lección citar varios pasajes de autores que coinciden con las doctrinas que hemos expuesto acerca de la filo-

sosia del lenguaje, haciendo á propósito de cada uno las reflexiones que nos parezcan adecuadas. Asimismo dilucidaremos algunos puntos que exigen explicacion mas detenida que la que de ellos dimos anteriormente.

Harris en su *Hermés*, dice: *todos los gramáticos convienen en que hay un parentesco muy próximo entre los pronombres y los artículos; y suele ser dudoso á cuál de estas dos clases pertenecen ciertos vocablos. Hé aquí la mejor regla para distinguirlos. El verdadero pronombre subsiste por sí solo y puede hacer oficio de nombre en la oracion. El verdadero artículo nunca va solo; siendo de su esencia el unirse á otra palabra. Tanto ha menester el nombre como el mismo adjetivo.*

La regla de Harris es consecuencia inmediata y necesaria de los principios establecidos sobre los pronombres y los determinativos.

El pronombre es un sustantivo que señala el oficio de las personas en el acto de la palabra: el sugeto á quien se aplica pierde, ó mejor, prescinde por entonces de su verdadero nombre para ser *yo*, *tu* ó *él*: así es indispensable que este nuevo nombre haga las veces del antiguo. Entro en el aposento de Pedro y observo que está escribiendo: si quiero referir á otro lo que he visto diré: *Pedro escribe*: pero si es él quien se propone darnos cuenta de la tarea en que se ocupa, habrá de decir: *yo escribo*: porque la accion de que se trata la ejerce el mismo que habla: la única diferencia que existe entre esta y la anterior oracion es que se convierte en *sugeto* el que era *objeto*; que ahora lleva la *palabra*; la persona de *quien antes se hablaba*. Claro

es que esta mudanza en el nombre de la persona á la cual se refiere la acción de escribir no altera su esencia: sustantivo era primero, y prosigue despues siendo sustantivo. Tal es el fundamento de la regla de Harris.

La del determinativo es mas obvia; porque como su oficio gramatical es dar al sustantivo á quien se junta la extension conveniente, mal podria constituir un sentido mientras permaneciese aislado. Viéndole pues formar oracion con un verbo podemos afirmar que el vocablo es *pronombre* y no *determinativo*.

Una consideracion nos ocurre al hablar de esta clase de partículas. Segun á la larga lo mostramos, su introduccion tiene por fin fijar los límites de los sustantivos comunes ó nombres genéricos corrigiendo así la vaguedad que las abstracciones traen consigo. Mirados á semejante luz nos parecerán muy filosóficos; porque es en efecto conforme á la sana filosofía expresar con exactitud nuestro pensamiento, y lo conseguimos por medio de esas partículas que determinan la latitud que ha de darse á los nombres. Comparando en esta parte el idioma castellano con el latin descubriremos que el primero hace ventajas al segundo que escasea de esa clase de vocablos: si de aqui quisiéramos inferir que nuestro idioma es mas filosófico y mejor que el de los antiguos habitantes del Lacio, con suma facilidad podrian señalársenos las declinaciones y las conjugaciones como pruebas indefectibles de que el mecanismo de aquel idioma, es mucho mas esquivo que el de los que se formaron de sus ruinas. La belleza artística del latin podria muy bien compensar la exactitud de los idiomas modernos.

Fuera curioso inquirir la razon de tales singularidades. El artificio delicado con que por medio de terminaciones varias se expresan las relaciones de unas palabras con otras, supone en los que inventaron la lengua y en los que la usan un considerable progreso intelectual; porque no de otra manera es concebible llegasen á tener esos participios, esos nombres y esos verbos que Clemencin denominaba *sillares grandiosos*, cotejando la construccion de los períodos latinos con los castellanos que solo á fuerza de partículas y monosílabos consiguen unir entre sí los vocablos que constituyen una cláusula. ¿Qué razon hay para que la lengua latina no sea tan filosófica en punto á determinativos como lo es en los que acabamos de indicar? ¿por qué las lenguas modernas son preferibles en este concepto? Es difícil dar respuesta satisfactoria á estas preguntas, porque á primera vista parecia natural que la misma sagacidad que se descubre en la invencion de una parte de la gramática se dejase ver en todas las demas; pues no sucediendo esto asi, se deduce por conclusion que un pueblo mismo pudo ser simultáneamente agudo y torpe, lo que desde luego es contrario á la idea que formamos del modo de proceder del entendimiento.

A pesar de todo el hecho existe. Los pueblos mismos que invadieron el imperio y adulteraron la lengua de Horacio y de Virgilio; porque sus inteligencias eran harto rudas para comprender la ingeniosa sintáxis de aquel bello idioma, acertaron á dar los suyos mayor precision y exactitud de la que posee el latin para determinar los sujetos de las oraciones.

Apuntaremos algunas conjeturas acerca de

este particular. Roma, como es sabido, no conoció la filosofía hasta que sus conquistas la pusieron en contacto con la Grecia: siendo también notorio que los ciudadanos de la ciudad eterna miraron con repugnancia la introducción de esta novedad en la república. Ciertamente es que con el discurso del tiempo se hizo moda lo que al principio era mal mirado; y Cicerón y Séneca y Marco Aurelio dieron á los estudios filosóficos toda la importancia y el lustre á que son acreedores: pero reconociendo los distinguidos talentos de estos varones, habremos de convenir en que fueron más bien discípulos de las escuelas de Atenas que caudillos de nuevas sectas de filosofía. Al propio tiempo es de observar cuánto se distinguieron en las artes que tienen aplicación más inmediata á los usos de la vida que las especulaciones metafísicas.

La política del senado es casi un proverbio para significar la habilidad consumada en la ciencia del gobierno: las decisiones de los jurisconsultos romanos son todavía acatadas en Europa, pudiendo decir que es el suyo nuestro derecho civil: sus edificios eran grandiosos y los restos de sus caminos y de sus anfiteatros llevan el distintivo de la solidez y de la permanencia. La comparación entre la arquitectura de sus edificios y el modo de enlazar unos con otros los vocablos en sus cláusulas, es quizá más oportuna de lo que parece.

El idioma refleja fielmente las prendas que distinguen al pueblo que de él se valía: pero como quiera que no se cuenta entre ellas el espíritu especulativo que trasciende de las cosas que existen á las causas que las producen; y que se complace en huir del mundo positivo para

elevarse á las sublimes regiones de lo ideal, no es extraño que su lengua fuera pobre en formas filosóficas.

«Los latinos, según Mr. Degerando, (1) no adoptaron como los griegos el uso del artículo, ese *signo indicador*, tan útil para fijar y determinar las ideas; juntan en un mismo vocablo muchas palabras que los griegos habían distinguido: unas veces el pronombre está contenido en el verbo: otras la proposición en el pronombre ó en el adjetivo. Por punto general, como la lengua latina propende más á la concisión que la griega, admite mayor número de elipses que esta. Menos flexible, menos abundante renuncia al mérito de la delicadeza con tal de conseguir el de la energía: no se cuida tanto de describir con exactitud el pensamiento, como de causar fuertes impresiones en el alma. Déjase conocer que sus autores atendían poco á la dialéctica; porque dedicados á objetos importantes no usaban del lenguaje sino cuando era necesario: como hombres que no tenían tiempo para reflexionar y darse cuenta de sus ideas.»

La opinión que hemos transcrito corrobora la nuestra. Sería materia adecuada para las meditaciones de los pensadores determinar la relación que existe entre las formas gramaticales de los pueblos que invadieron el imperio romano, y sus ideas y creencias comparándolas luego unas y otras con las de los latinos. Quizá entonces el problema que presentan las ventajas y los inconvenientes de la lengua matriz y de las que de ella traen origen quedaría cumplidamente explicado:

(1) Des signes et de l'art de penser.

pero tales investigaciones no son de este lugar.

La teoría del *verbo* es de suma importancia en gramática; porque esta palabra comunica la vida á las demas que constituyen la oracion, y determina el sentido que á cada una de ellas atribuimos.

De cualquiera manera, dice M. de Stoddart, que afirmemos una cosa, la afirmacion es un acto por el cual declaramos alguna verdad, bien lo sea en realidad, bien suceda que la tengamos en concepto de tal: es la exposicion de la existencia ó hablando el lenguaje de la escuela, la enunciacion de una proposicion. Esto no se verifica por medio de un vocablo particular, como v. g. el verbo ser sino por la forma del vocablo, porque la palabra ser es una simple concepcion, lo mismo que las palabras odio, canto, y todas las demas que pueden usarse como verbos. M. Horne-Tooke hablaba con mucha exactitud de lo que concierne á las palabras cuando decia, que el verbo era un nombre y algo mas; pero cuando al fin de su obra quiso investigar qué cosa fuese ese algo mas, tuvo que detenerse, interrumpiendo brúscamente su tarea; porque la solucion exacta de la dificultad, habria, á lo que entiendo, dado por tierra con el sistema que habia dispuesto laboriosamente en dos abultados volúmenes. Hubiera conocido que el hombre es una inteligencia activa, no solo cuando forma sus concepciones, sino cuando afirma y espresa que son verdaderas.

El que el nombre y el verbo son las partes

primitivas de la oración; y que no puede sin ellas enunciarse una verdad, ó un acto, es verdad muy antigua.

Platon en el Sofista, se expresa en estos términos: «solo tenemos en el lenguaje dos modos de manifestar la existencia: el primero se llama nombre, y el segundo verbo. A la manifestacion del acto le llamamos verbo; y al signo que expresa el agente, nombre. Por eso no cabe componer frase ninguna con nombres solos pronunciados unos en pos de otros, ó con verbos solos: asi anda, corre, duerme, y otros vocablos semejantes que significan la accion misma, aunque se colocasen unos despues de otros no constituirian una frase: asi como tampoco podria esto verificarse profiriendo los nombres; *leon, ciervo, caballo*, que designan los sugetos que hacen las acciones que expresamos por ministerio de los verbos. Porque mientras los verbos no se unen á los nombres, no es posible significar la accion verdadera y la inaccion, ni declarar que existe ó no alguna cosa. Su reunion constituye una frase por corta que sea. Si se dice: *el hombre aprende*; luego se echa de ver es esta una frase aunque muy reducida porque entonces expresamos que alguna cosa existe ó ha sido hecha, ó se hace ó se hará; y el que la usa no se limita á nombrar las cosas sino que determina su existencia mezclando los nombres con los verbos: entonces se dice con razon que hablamos pues no nos ceñimos á recitar nombres.»

Aristóteles no diferia en esta parte de su maestro: y Apolonio el gramático dice que el *nombre* y el *verbo* son las partes mas animadas de la oración.

Sobre ser de tanto peso la autoridad de un filósofo cuyas concepciones llevan por lo regular consigo el sello de la verdad: el pasaje que hemos citado convence mas y mas de la exactitud de lo que observamos al proponer la teoría del verbo. La índole de la escuela espiritualista naturalmente inclina á considerar este vocablo como *expresion de la actividad y el movimiento*. La escuela sensualista conduce á distinto término. Como el alma en este último sistema, ó mejor, el cerebro, se mueve solo por las impresiones que recibe, su poder no traspasa los límites de sentir relaciones entre esas mismas impresiones. El verbo activo equivale al verbo ser y un adjetivo, porque solo le es dado al alma percibir *que una cosa contiene á otra, ó lo que es lo mismo que la cualidad existe en la sustancia*. El verbo activo es una rueda inútil en la gramática de los sensualistas.

Por el contrario el espiritualismo reconoce en el sér que piensa una actividad propia que le es inherente; y aun en el caso en que se ciñe á concebir que una *cualidad existe en un sugeto*, atribuye este conocimiento á *un acto* de la inteligencia.

No solo hay en nosotros facultades intelectuales; sino que siendo activos por naturaleza nos valemos de ellas aplicándolas al estudio de los objetos que nos proponemos conocer.

Las dos escuelas fundan la doctrina del verbo en su diverso modo de explicar los fenómenos del alma; pero debe tenerse presente que la distincion que se hace en las lenguas conocidas entre el verbo *ser* y los verbos activos, es un argumento de suma eficacia en pro de la espiritua-

lista. Es aquí el *consentimiento comun* una prueba muy calificada, y sin admitir en toda su latitud el criterio de Lamennais, diremos que en el presente caso es suyo el lauro de la victoria.

Si fuera sazón de hacerlo, trazaríamos la historia de esta parte de gramática, viniendo á concluir que los filósofos espiritualistas fueron siempre del sentir mismo que hemos sustentado. Desde Platon que habla en los términos que dejamos transcritos hasta Reid que sostiene que *en todos los idiomas se encuentran verbos activos que denotan alguna accion ú operacion: y es regla fundamental en la gramática de todas las lenguas que los tales verbos suponen una persona, ó en otros términos, que toda accion debe tener un agente*, serian muy cortas en número las acepciones que pulieran ponerse á nuestro aserto. Los filósofos que han reconocido la actividad del alma naturalmente hubierou de admitir la existencia de palabras destinadas á servirla de espresion.

El P. Buffier en el *Exámen de las preocupaciones vulgares cap. 7*, establece: *que todas las lenguas, incluidas las que llamamos jergas ó jergonzas tienen en sí igual belleza: ó lo que es mas claro todavia: que en punto á lenguas la belleza es meramente relativa.*

Aunque esta proposicion tiene visos de paradoja, no deja por eso de contener un fondo considerable de verdad; y puede asimismo hacer mas perceptibles algunas de las especies vertidas en las lecciones anteriores. Las obras del jesuita

Buffier se distinguen por la claridad de su lenguaje: y por lo adecuado de su estilo al fin que las destinaba. Largo tiempo ejercitado en la enseñanza de la filosofía, adquirió el talento de presentar sus ideas de la manera mas inteligible: á lo que hubo de contribuir tambien el haber escogido el sentido comun como criterio de la verdad, adelantándose así en la senda que habian de seguir despues los pensadores de la escuela escocesa.

A propósito de la asercion ahora citada observa que los sonidos mismos que en las lenguas extranjeras nos parecen ásperos é insoportables, los tenemos quizá en la que nos es familiar ocultándosenos por el uso la aspereza que en ellos descubrimos cuando los profieren personas que hablan idiomas distintos del nuestro.

Las propias sílabas que se nos figuraron *duras* en vocablos extraños las pronunciamos de continuo en los del propio idioma, sin que nos ocurra hacerles semejante imputacion. Timagenes uno de los interlocutores del diálogo en que el P. Buffier esplica y discute el tema á que aludimos, dice: *¿no es cosa manifesta que las palabras del francés tienen mas dulzura que las del bajo breton? ¿el vocablo bara (pan) no es mas duro que su equivalente en francés pain?* A esto replica Teandro que el francés abunda en sílabas parecidas á las que califica su opositor con tanta severidad; cita entre otras las que componen las dos palabras *arracher* (arrancar) y *rude* (áspero), concluyendo que solo la costumbre nos alucina haciendo nos parezcan duras y blandas juntamente las propias sílabas solo por la circunstancia accidental de oirlas en vocablos de nuestra lengua ó en los de una que nos es extraña.

Timágenes insiste en su argumento citando palabras alemanas: pero la respuesta es siempre victoriosa: porque su contrario le presenta otras palabras francesas que contienen aquellos sonidos mismos que sacaba como ejemplos de aspereza y de falta de armonía; y para acabar de persuadirle que hay en todo esto mas preocupacion que motivo razonable, le refiere una anecdota de dos italianos que oyendo hablar francés por primera vez encajecian su dureza calificándolo de gerigonza. Hé aquí como una lengua cualquiera puede ser áspera y suave al mismo tiempo: ó mas bien hé aquí por qué en este punto todo es relativo.

Despues de dilucidar su tema con copia de ejemplos, tan bien escogidos como concluyentes, da un paso en la cuestion, sacándola algun tanto del terreno en que hasta entonces la habia colocado. Timágenes convencido ya de que todos los idiomas son de igual merecimiento en lo que concierne á los sonidos; insiste en que esta es no mas que la parte externa y menos importante; sustentando que es preciso para comparar las lenguas unas con otras y determinar cuál de las comparadas hace ventajas á las demas, inquirir lo que constituye su índole y su naturaleza; deben examinarse, dice, las ideas que despierta en nosotros si son exactas, claras agradables.

Teandro le vence fácilmente en este nuevo terreno: reis, le dice: del italiano que expresa con estas palabras, (*bambino, bambinello, bambinelluccio*), las ideas que en francés se significan de este otro modo: (*un enfant, un petit enfant, un miserable petit enfant*), y antes sosteníais que es perfeccion de un idioma el explicar con un solo vocablo muchas ideas distintas: os quejais de las

construcciones inversas y transpositivas del latin sin haceros cargo que eran tan llanas y fáciles de comprender para los que las usaban como lo son para nosotros los versos de nuestros poetas en que se leen transposiciones que en nada difieren por lo atrevidas de las de Virgilio y Horacio.

En cuanto á las palabras metafóricas, Timágenes califica de exageradas las que usan los españoles llamando á un gran corazon, un corazon gigante; y los italianos cuando denominan una grande gloria (*il campidoglio della gloria*).

Teandro nota que la calificacion de gigante para significar un corazon *grande* es oportuna, porque gigante expresa la idea de una estatura extraordinaria; y que la de capitolio de la gloria lo es igualmente para expresar lo sumo de la gloria, porque el capitolio era el templo que habia en Roma destinado á esta divinidad.

Ademas en francés se llama *dragon* á un soldado que forma parte de un regimiento á quien se ha supuesto este nombre, y de este modo una voz que significa *una serpiente con alas, homicida, venenosa y capaz de causar la desolacion y la ruina de una comarca entera*, se aplica á un individuo que hace algun mas daño que los otros; pero cuyos estragos no son comparables á los del animal de quien ha tomado el nombre.

Aneanti (anonado) se usa para espresar la idea de que ha disminuido la autoridad de una persona: *millions de fois* (millones de veces) para decir que una cosa ha sucedido dos ó tres veces; en lo cual vamos mas allá del latin que en tales casos se contentaba con *sexcenties* (seiscientas veces) cuando nosotros hemos menester millones. Otro tanto se aplica á frases de cortesía como estas

votre très humbles serviteur, votre très humble et très obeissant serviteur (vuestro humilde servidor, vuestro muy humilde y muy obediente servidor), en todas ellas hay un lujo de hipérbolos y una hipocresía tan manifiesta que deberíamos calificarlas con suma severidad, si solo á la luz de la razon hubiésemos de considerarlas. Pero el uso las modera reduciéndolas á su justo valor; y esta disculpa, ó mejor dicho, este hecho sirve de apología á todas las metáforas que nos parecen monstruosas en los otros idiomas no mas que por no sernos familiares.

Una lengua, sea la que fuere su prosodia y su gramática, se generaliza por las conquistas del pais donde se habla; por los adelantos que en este mismo pais reciben las ciencias, y en fin, por sus progresos en todo linaje de cultura. Concluye de este modo: «cuando nos persuadamos de que las palabras en sí mismas no tienen ninguna belleza sino con relacion al sentido que expresan y á las ideas que suscitan, no nos pararemos mas que en el pensamiento, teniendo en poco el modo de expresarlo. Cuando oigamos alguna expresion vulgar que nos disuene, consideraremos únicamente el fondo de sensatez que en ella se encuentre, y tal vez sea esta mayor que la que encierran floridos y pomposos discursos.»

Las juiciosas reflexiones del P. Buffier coinciden hasta cierto punto con los descubrimientos hechos en la ciencia del lenguaje por los modernos lexicólogos. Muchos defectos que solian achacarse á los idiomas que nos son poco familiares, traen su origen de prevenciones tan infundadas, que basta un momento de reflexion para desvanecerlas.

Respecto á la parte material, es esto de palpable evidencia. El que los vocablos de los habitantes del Norte difieran de los del Mediodia en las sílabas de que constan y en el modo de acentuarlas, no arguye ventaja en pro de unos ni de otros; la diferencia consiste, como ya lo observamos, en la que hay entre los órganos vocales; y así no es sostenible que unas lenguas sean mas ó menos armoniosas que otras, puesto que aquellos mismos sonidos que á nosotros se nos antojan de una dureza insufrible, parecerán suaves á los que se acostumbraron á oírlos desde la infancia. Acaso ellos tilden los nuestros de muelles y afeminados, con igual sinrazon que nosotros calificamos tan desfavorablemente los suyos. La razon no interviene en cosas semejantes, porque nada hay en ellas absoluto.

Lo que establece en cuanto á las metáforas, nos recuerda la idea de D.Tracy que queria desterrarlas del idioma perfecto; porque exagerando los conceptos, son con frecuencia causa de error.

Segun hubimos entonces de advertirlo, si tal expediente se adoptase, despojaríamos al idioma de las galas con que lo adorna la imaginacion; dejando al propio tiempo reducido á una extrema pobreza el lenguaje de las ciencias iutelectuales y morales, que es, si no en el todo, al menos en su mayor parte metafórico. Las observaciones del P. Buffier corroboran nuestro pensamiento. El peligro que imaginaba es mas aparente que real. Proviene, si es lícito decirlo así, de no haber estudiado la filosofía de las lenguas con suficiente filosofía.

En efecto, el uso restablece el equilibrio entre la razon y la fantasía, haciendo que las fra-

ses mas hiperbólicas queden reducidas á términos naturales de que todos se valen, sin que á ninguno ocurra darles entera latitud. Los ejemplos propuestos por el P. Buffier son adecuados para persuadir la verdad de lo que decimos. Comienza la extrañeza, cuando en vez de la metáfora á que estamos habituados, oimos una nueva y extraña para nosotros; consistiendo nuestro error en que juzgamos que los que la han recibido en su idioma, la dan todo su valor sin temperamento de ninguna especie.

Para calificarla, solo tenemos en cuenta nuestra razon y la fantasía ajena. Nuestra razon nos da á conocer cuánto hay de exagerado, y por consiguiente, de falso, en el vocablo metafórico. La fantasía ajena se nos figura libre de todo freno, y corriendo perdida por los dilatados términos de su dominio, cuando en hecho de verdad permanece encerrada dentro de un estrecho círculo; pudiendo habernos convencido de esto mismo con poco que hubiéramos reflexionado acerca de la acepcion que tienen, y la que damos á las palabras que de continuo salen de nuestros labios.

El idioma castellano abunda en frases que, miradas á la falsa luz del criterio adoptado por D. Tracy, se tacharian de hinchadas. Dimanan de los orientales que por tan largo tiempo permanecieron en la Península; ó quizá provengan del clima; cuya conjetura adquiere mucha fuerza, considerando que el lenguaje metafórico, y sobre todo el uso de la hipérbole es mas frecuente en el Mediodia que en el Norte. Pero sea de esto lo que fuere, el uso, que no es mas que la razon universal, corrige los extravíos de la fantasía.

Dedúcese de aquí, que muchos defectos que los filósofos imputan á las lenguas, no existen en realidad; y que los medios de perfeccionamiento que proponen, terminarian en desfigurarlas, en vez de añadir nuevos quilates á su belleza. Tambien se infiere que para juzgar del mérito de un idioma, es condicion necesaria colocarse en las circunstancias mismas en que se hallan los que lo usan, pues de otro modo formaríamos concepto equivocado, tanto de la parte material, como de la que corresponde principalmente á la inteligencia. Y por fin, es corolario de las anteriores observaciones, el decidir con mayor exactitud que suelen hacerlo los filósofos, qué cosa sea la perfeccion en punto á idiomas; porque destruidas las falsas ideas que nos hacian dar la preferencia á ciertos sonidos y á determinadas metáforas; y considerando que es relativo el valor que á todo esto puede concederse, vendremos á parar en que los medios de perfeccionamiento, lejos de cifrarse en borrar los giros varios y las imágenes atrevidas, dejando la lengua reducida á la sequedad de la nomenclatura matemática, consisten en que los vocablos expresen los actos de todas las facultades que el cielo concedió á la criatura racional. No seria idioma perfecto ni mucho menos, el que solo usase palabras en el sentido directo, y construcciones, en que el sugeto, el verbo y el atributo, fuesen uno en pos de otro, sin desviarse jamás del orden lógico. Fuera ese idioma *la expresion del juicio*; pero no podria serlo, ni de la *fantasia* ni de las *pasiones*; y mientras una y otras subsistan; ¿dejará de reputarse *pobreza* el carecer de expresiones para significarlas? ¿cómo pudiera calificarse de perfec-

to y de filosófico un idioma que solo manifestará una parte de lo que es el hombre?

Leibnitz en su disertacion sobre los orígenes de los pueblos, deducidos principalmente de los indicios que dan sus lenguas, entre otras muchas observaciones importantes, presenta las siguientes: «El estudio de los idiomas debe hacerse por el mismo método que el de las otras ciencias. ¿Qué razon hay de comenzar por lo desconocido para llegar á lo conocido? El sentido comun nos indica debemos estudiar primero las lenguas modernas, que son las que tenemos mas cercanas para, comparándolas unas con otras, poder determinar sus diferencias y sus analogías; y en seguida pasar á las lenguas que las han precedido en los siglos anteriores, con el fin de descubrir su filiacion, su origen; y de este modo seguir de grado en grado hasta las mas antiguas, cuyo análisis habrá de conducirnos á las únicas conclusiones plausibles en esta materia.»

Volney, en su «Discurso sobre el estudio de las lenguas» dice: «Considerando por una parte todo lo que hemos ignorado hasta ahora acerca de las lenguas en general, y el vasto teatro geográfico de esas mismas lenguas antes desconocidas, habrá de convenirse en que no basta saber el griego y el latin para discurrir sobre la filosofía del lenguaje; que no es esto suficiente para construir teorías que se denominan gramáticas generales.»

Aunque no sean admisibles todas las especies vertidas por Volney en el discurso de que hemos

copiado el pasaje precedente, y haya mucho que censurar en sus conclusiones, nos ha parecido útil citarle, porque, lo mismo que Leibnitz, apoya la idea que propusimos al principio de la leccion anterior. La erudicion lengüística le despojó del respeto casi supersticioso, que la belleza de ciertas obras griegas y latinas infunde en los que se dan exclusivamente al estudio de las humanidades.

La filiacion de estos idiomas y el conocimiento del sanscrito, dilató los términos de su ciencia, dándole nuevos y preciosos datos para juzgar con mejor acierto de las teorías ideadas hasta entonces acerca de la gramática. Esta nueva idea le trajo naturalmente á deducir que las tareas lexicológicas constituyen la verdadera base de la filosofía del lenguaje.

El propio Volney, en el discurso citado, transcribe una anécdota referida por Herodoto, que sirve de confirmacion á lo que dijimos acerca de la poca solidez de los argumentos imaginados por Condillac, para persuadir que un idioma pudo ser invencion humana.

«El rey Psammetico, dice Herodoto, mandó
 »entregar dos niños recién nacidos á un pastor de
 »los rebaños reales, con órden de no proferir de-
 »lante de ellos una sola palabra, y de dejarlos
 »siempre solos en una habitacion apartada. El
 »pastor les llevaba cabras para que mamasen,
 »siendo este el único servicio que les debia ha-
 »cer. Psammetico se propuso averiguar al pres-
 »cribir estas precauciones, qué lengua hablarian
 »los dos niños así aislados, cuando llegára la
 »época de comenzar á explicarse. Habiéndose eje-
 »cutado todo esto como el rey lo habia preveni-

do, sucedió que á los dos años, al tiempo que el pastor, conforme á las órdenes que se le habían comunicado, abria las puertas de la habitacion, y se preparaba para entrar, los dos niños extendiendo hácia él los brazos, empezaron á gritar á un tiempo: *Bekos*. Aunque el pastor no parase al principio la consideracion en lo que oía, repitiendo sus visitas, no pudo menos de notar que los niños repetian siempre el mismo vocablo; y llamándole esto la atencion, lo refirió al rey, quien mandó los trajesen á su presencia. Habiéndoles oido proferir la palabra *Bekos*, trató Psammetico de inquirir si tenia sentido en algun pueblo, y supo, en efecto, que los frigios denominaban *Bekos* al pan. Los egipcios, despues de examinar maduramente las consecuencias de este hecho, consintieron en tener á la raza de los frigios por mas antigua que la suya.»

Volney observa con mucho tino, que la averiguacion que los egipcios querian hacer por medio del experimento ahora referido, demuestra creian en la existencia de una lengua natural, en un instinto de hablar semejante al de comer ó beber. Si fuese cierta esta opinion, toda lengua original, toda lengua de tribu salvaje, deberia ser una misma; todo individuo extraviado en los bosques de Hannover ó de Champaña, deberia decir bek. Nada de esto sucede sin embargo.

Los dos niños pronunciaron la palabra bek; (porque es de suponer que el historiador, adaptándose á la índole de su propia lengua, y á la intolerancia de su nacion, que corrige siempre con sus finales armoniosos la dureza de las palabras bárbaras) le añadiese el os.

May presumible parece que esos niños imita-

sen con la palabra que les oyó el pastor, el baido de las cabras, que era la única voz que sonaba en sus oídos. Al menos la onomatopeya es aquí rigurosa.

Por otra parte, los egipcios inquieren en qué pueblo existe la palabra bek; descubren que en frigio significa pan, y concluyen, hay afinidad natural entre la palabra bek y la sustancia pan. No consideraron que discurriendo de este modo, admitían una palabra natural para un objeto que dista mucho de serlo; pues es notorio que el pan es producto de muchas y complicadas operaciones del arte.

Todo lo que á este propósito dice Volney, es muy atinado; porque, prescindiendo del carácter anecdótico del hecho que cuenta Herodoto, y dándole entera fé, no dejaría por eso de ser menos insuficiente para el fin que se propusieron el rey egipcio y los filósofos de la escuela sensualista. De una voz imitativa del grito de un animal á una lengua como las que conocemos, hay la misma distancia que separa el instinto de la razon. Inferir que el hombre pudo inventar un idioma; porque los séres degradados que de vez en cuando han solido hallarse en los bosques, proferían gritos semejantes á los de los animales, en cuya compañía pasaron largos años de su vida, fuera lo mismo que sostener que esos animales porque son capaces de usar de los órganos de la voz, pueden alcanzar conocimiento cumplido de nuestros idiomas.

El método de observacion y de experiencia, no fué el que siguieron los que en tan débiles fundamentos labraban sus teorías.

El único dato que tenían, era un hecho de

dudosa interpretacion: no obstante, dándole la que mejor se adaptaba á sus deseos, violentaron la induccion, deduciendo una multitud de corolarios, cuya trascendencia deberia haberles inclinado á proceder con mas cautela. Bacon, si tales conclusiones hubiera visto, habria echado menos en sus discípulos y sectarios mas fervientes, la observancia de aquellas reglas tan minuciosas que enseña para reunir los hechos, compararlos y clasificarlos antes de lanzarse en la region de los sistemas y las teorías: «¿dónde está aquí, les hubiera dicho, la reunion de datos que tanto os habia recomendado? Vuestro edificio flaquea, porque falta la piedra angular que deberia sustentarlo. Para saber cuáles son los orígenes de las lenguas, es condicion inescusable conocerlas, estudiando su índole, y elevándose por medio de este conocimiento al de los principios que á todas son comunes; entonces, y no antes, fuera quizá asequible la empresa que habeis acometido.»

Admitimos el método de Bacon en todo su rigor, porque si bien creemos firmemente que el descubrimiento de una causa ó principio general, requiere en el que lo verifica algo mas que la tarea mecánica de reunir los hechos, asimismo tenemos por inconcuso que sin este prévio requisito, en vano el genio mas privilegiado esperaria que el cielo espontáneamente le iluminára. Cuéntase que la pirámide construida por Semíramis en su famosa ciudad de Babilonia, fué un presente que la ilustre princesa hizo á los sacerdotes caldeos, con el fin de que les sirviese de observatorio astronómico. No era la pirámide la base de la ciencia de las estrellas; pero faltando su auxilio, no

hubieran sido factibles las observaciones que constituyen la astronomía.

La fisonomía es expresión de los afectos y pasiones del ánimo. El deseo se pinta en los ojos; la esperanza en cierta alegría tímida que Rafael supo trasladar al lienzo con tino esquisito; la admiración, en la fijeza de las facciones todas, y en la boca, y en los ojos mas abiertos que de ordinario: por fin, el amor, la envidia, la ira y la venganza, tienen cada una sus rasgos especiales, que las ponen de manifiesto mas de una vez, á despecho de los que las experimentan. Son admirables en este punto los designios de la Providencia: si á todos los hombres les fuera dado convertir en *visera del alma* la fisonomía, segun de uno de los personajes de sus dramas lo dice Shakspeare: ¿quién pudiera distinguir el amigo fiel del malvado, que solo se propone engañar á los que se le acercan?

El estado del alma se deja conocer por la disposición de la fisonomía; pero esta no alcanza jamás á poder expresar las ideas que tenemos acerca de lo que varias veces hemos llamado *leyes del mundo físico y moral*; porque las nociones abstractas se significan con el mismo signo de que nos servimos para expresar los individuos de que antes las habíamos abstraído. Así, aunque la igualdad matemática no sea idéntica á la igualdad imperfecta, cuyo conocimiento debemos al testimonio de los sentidos, tienen ambas para su expresión un mismo signo. Mas es fácil observar que para que tal cosa se verifique, han de haberse ejercitado las operaciones mas sublimes de la men-

te; y es claro que el semblante no puede dar de ellas indicio, porque las varias disposiciones que en él acabamos de notar, son efecto de la impresion inmediata.

Concíbese muy bien que el temor imprima á los músculos faciales un movimiento determinado, y que la admiracion ó la esperanza sean causas de otros movimientos distintos: pero no es concebible que aquellas ideas á que llega la mente, absorbiéndose en sí mismas, y separándose en cuanto cabe de los órganos corporales, encuentren expresion adecuada en la fisonomía. Solo traslada esta la parte que la actividad tiene en tales operaciones: la inmovilidad de los ojos y del rostro del que medita, es una señal indefectible de que la energía toda de su alma está concentrada en el objeto de sus meditaciones.

No es ahora del caso enumerar la correspondencia que hay entre cada afecto ó pasion, y la fisonomía que lo expresa. Pertenecen estos estudios al médico, al artista, y al que se propone escudriñar los móviles secretos de las acciones humanas. Otro tanto decimos de los gestos y actitudes. Los varios movimientos del cuerpo, completan la expresion de los afectos del alma; pero su exámen nos distraeria demasiado de nuestro principal propósito. Impórtanos solo observar cuán bien se ajustan á su fin los dos agentes, á quien el Criador confió la transmision del testimonio de los diversos afectos del alma. La luz, como lo dice Blaud (1), comunica al través del aire atmosférico, las expresiones fisionómicas, los gestos y las actitudes, y el aire, ademas, es ve-

[(1) Physiologie.

hículo de los sonidos. Ambos flúidos son adecuados para su destino. La cadena no interrumpida que forman entre nosotros y nuestros semejantes, y la rapidez con que transmiten sus respectivas ideas, hacen que nos sean de tanto provecho en el uso de la vida. También es digna de atención la *sonoridad* del aire ó la facultad de vibrar, que lo pone en contacto con el aparato auditivo; y no menos de admirar la indefinida variedad que cabe en estas vibraciones.

Los vestidos son asimismo signos de las ideas; las vestiduras del monarca, las del magistrado, las del militar y las del sacerdote, son otras tantas señales de los oficios que cada uno de ellos desempeña; y estas señales, como que se dirigen á los sentidos, han de ser mas á propósito para infundir en los que las ven los sentimientos de respeto y de deferencia, que son debidos á los que tales oficios ejercen, que pudieran serlo las ideas abstractas de estos mismos oficios. Si el juez, dice Blaud en la obra citada, no se presentase en su tribunal con los distintivos de su autoridad; ¿obtendria el mismo respeto que esos distintivos le proporcionan? Como somos materiales, al par que espirituales, es forzoso que aun las nociones mas distantes de los sentidos se revistan de formas sensibles.

También los vestidos son expresiones de los afectos. La forma y el color de la ropa que viste la jóven que va á unirse con su amante, no se parecen al vestido de luto que muestra á los ojos de los que la contemplan, el dolor de la esposa que acaba de perder al que formaba las delicias de su vida. En cuanto á los colores escogidos para este fin, se advierte variedad conside-

rable entre los pueblos. Los egipcios, en vez del negro, como nosotros, usaban para el luto del color amarillo; indica la amarillez que el individuo, cuya muerte deploran, ha corrido la propia suerte que las hojas desprendidas del árbol durante el otoño.

De los signos permanentes ó de la escritura.

Pueden estos representar directamente los conceptos, ó bien los sonidos de que constan las palabras. A los primeros se les denomina *geroglíficos*, palabra griega que, segun Hermosilla, significa *cosa esculpida en los templos*. A los segundos, *silábicos ó alfabéticos*.

Es patente que para expresar ideas de objetos individuales en el lenguaje de los geroglíficos, basta con pintarlos en la situacion que nos proponemos indicar. Mas si se trata de cualidades del alma, es menester buscar entre los objetos individuales, alguno, que con la cualidad que queremos expresar, tenga analogía. El *perro* pintado, es signo representativo de la idea de este animal; y como la fidelidad es prenda que le adorna, era natural valerse tambien de la misma figura del perro, para que sirviera de signo á esa bella cualidad. De aquí infiere Hermosilla con sobrada razon: «que toda escritura que representa las ideas; pintando los objetos, ha de constar de dos especies de signos, unos que imiten materialmente las cosas; otros que solo las den á conocer por analogía.» El número de caracteres de que se componga una lengua de esta especie, ha de ser en extremo crecido. Considérese la multi-

tud de especies que existen en los minerales, en los vegetales y en los animales, y luego se echará de ver que la coleccion de sus retratos seria tan copiosa, que á la imaginacion mas atrevida cuesta trabajo figurársela; y admitida esta hipótesis, ¿cómo se representarían las ideas generales de *mineral, planta ó animal?* ¿y las varias modificaciones de que son capaces los individuos? Si para suplir el oficio de los adjetivos *ágil, flaco ó grueso*, hubieran de pintarse otros tantos animales, que en sus actitudes y en las formas de sus cuerpos manifestasen todas estas cualidades: ¿á dónde iria á parar el número de las representaciones?

En cuanto á las ideas de cosas espirituales, los límites que para su expresion se ofrecen, son de tal manera dilatados, que es empresa quimérica hasta el imaginar circunscribirlos. Las infinitas y variadas imágenes con que suelen pintar los poetas los afectos y las pasiones, dan de ello evidente testimonio: y ¿cuál no será la dificultad que ofrezca el combinar unos con otros tantos emblemas? Cabe pintar la fortaleza del ánimo por medio de algun signo material, como el asta del toro ó la garra del leon: mas, ¿cuántas explicaciones no serian necesarias para que el que viese el signo, comprendiera en primer lugar el sentido traslaticio que se le atribuia, y en segundo, la índole especial de la lucha que tuvo que sostener con sus apetitos y pasiones, el que mereció se le apellidase fuerte? Los retratos de los objetos individuales han de diferenciarse, aunque no sea mas que por haber sido ejecutados por manos diversas; los de una época algun tanto remota, apenas serán inteligibles. Los geroglíficos no podrán

menos de convertirse en verdaderos enigmas con el discurso del tiempo. La esterilidad de los conatos usados hasta el día para descifrar los que de los antiguos egipcios han llegado á nosotros, es la prueba mas concluyente que puede presentarse de esta asercion. La ciencia habrá de ser en los países en que tal escritura esté en uso, patrimonio de unos pocos. Así se verificó ya en el Egipto, y todavía hoy en la China. Los progresos que ese reducido número de sabios haga en las ciencias, serán tan lentos, como muy á las claras lo da á entender el ejemplo de esos dos países. Los conocimientos traídos de otras naciones no solo no se acrecentarán, sino que es casi evidente no podrán producir utilidad alguna.

Para corroborar mas y mas la certidumbre de todas estas aserciones, fijese algun tanto la consideracion en lo que tenemos observado acerca de las preposiciones, adverbios y conjunciones. Las ideas de pertenencia ó de direccion pueden hacer parte de mil pensamientos diversos. Si para expresar que el libro que tengo en la mano pertenece á Juan, y la casa que estoy mirando á Diego, en vez de la preposicion *de*, tuviera que acudir en cada una de estas ocasiones á un signo particular: ¿qué memoria habria que los conservase todos? ¿qué confusion no induciria en el idioma tan desmedida abundancia? ¿y las ideas de tiempo y de lugar que significamos con los adverbios?

Un momento de reflexion es suficiente para persuadirse de que las riquezas de palabras argüiria en este punto una escasez deplorable de ideas: ahora decimos *camino á Cádiz, á Jerez, á Madrid, á Paris*: la preposicion *á*, indica en ca-

da uno de los casos citados, la relacion que hay entre el acto de caminar y el punto adonde nos dirigimos: pero si para significarla hubiésemos de valernos cada vez de un verbo distinto, el número de los tales verbos iria aumentándose de un modo realmente prodigioso. En el lenguaje de los geroglíficos, dado que hubiese signo para la idea general de direccion, fuera menester un emblema distinto para cada uno de los parajes á que uno se dirigia; y de este modo habrian de consumirse largas horas en expresar lo que en nuestros idiomas se significa en brevísimos instantes.

De la escritura silábica y de la alfabética.

Es la primera aquella que en cada signo representa un sonido completo. La segunda, la que solo designa una parte del sonido. Admitiendo que sean las cinco vocales que nosotros usamos, las únicas realmente distintas que puede formar el órgano de la voz; que las demas que en otros idiomas se tienen por tales, son solo modificaciones de estas; que las consonantes no pasan de diez y siete, á saber: *b, d, f, g, ch, j, k, l, ll, m, n, ñ, p, r, s, t, z*; y que por fin, teniendo en cuenta que no hay vocal que deje de comenzar por una aspiracion, á la cual puede mirarse como una especie de articulacion general, se haga llegar el número de consonantes á diez y ocho, resultará que multiplicado este número por cinco, que son las vocales, saldrán noventa voces articuladas. Y como pueden ser, segun Hermosilla, *breves ó largas, graves ó agudas, y cada una de ellas admite cuatro diferentes pronunciaciones,*

vendremos á parar á que el número de sonidos distintos será igual á noventa, multiplicado por cuatro, esto es, á trescientos sesenta.

No menos que estos caractéres habria de tener la escritura silábica.

Aun así hace considerables ventajas á la de geroglíficos; pero todavía dista mucho de la sencillez de la alfabética. Todo el artificio de esta, se reduce á presentar con distinto signo cada una de las partes que constituyen un sonido total. Son estas cuatro: *articulación ó consonante, voz, cantidad y tono*. De articulaciones hemos contado diez y ocho; además, cinco vocales; dos tonos, uno grave y otro agudo; y dos cantidades, una larga y otra breve. Así los caractéres de la escritura alfabética no pasan de veinte y siete.

Con solo esta enumeracion hay lo bastante para penetrarse de la superioridad de la escritura alfabética, respecto de las otras dos hasta aquí analizadas. No nos detendremos en hablar de las subdivisiones que suelen hacerse de las consonantes ó articulaciones en *labiales, dentales, linguales, palatales y guturales*, correspondientes á las varias partes del órgano vocal que concurren para proferirlas; no en la cuestion de si la *y* debe contarse ó no entre las consonantes; ni en analizar las que se llaman *mudas y líquidas*. Solo si notaremos, que no hay en hecho de verdad palabra ninguna que termine en consonante, ni sílaba que deje de empezar por ella. Cuando una sola vocal forma al parecer *sílaba, es porque el uso permite omitir en lo escrito la nota de la aspiracion suave, que á falta de otra articulacion acompaña á toda voz*. El aire que respira no produce ningun sonido, á no ser que reciba cierta

compresion en la parte inferior de la garganta; y como esa compresion es, precisamente, la que constituye la consonante, se sigue que no hay vocal alguna que de ella carezca.

La escritura alfabética que usamos, podria recibir algun perfeccionamiento; aun permaneciendo tal como en el dia la vemos, es preferible por su sencillez á la silábica y á la de geroglíficos. ¿Serán las letras de nuestros alfabetos abreviaturas de caractéres simbólicos? ¿hasta qué punto merece crédito la ingeniosa comparacion que hace Court de Gebelin entre el alfabeto hebreo, y las figuras que representaban en la escritura geroglífica ciertos objetos? ¿se reconocen en las letras del alfabeto hebreo algunos rasgos marcados de la pintura del ojo ó de la boca abierta? La resolucion de estos problemas nos conduciria á investigaciones que no son de este lugar, y que ademas requieren un caudal de noticias muy superior á nuestros escasos conocimientos. Por la naturaleza de todos ellos, es fácil penetrarse de que tanto tienen de históricos como de filosóficos: ¿cuál fué el primer pueblo que discurrió el inventar signos permanentes para las ideas? ¿merecen crédito estos dos versos de Lucano, citados en el libro de Hermosilla?

*Phænices primi, famæ si creditur, ausi
mansuram rudibus vocem signare figuris.*

Tal vez el estado presente de los estudios históricos no consienta esclarecer cuestiones semejantes; tal vez no sea dable descubrir jamás luz en este punto, porque si bien se considera la invencion de la escritura es de aquellas, cuya época va á perderse en los orígenes mismos del li-

naje humano. Por eso no ha faltado quien sostenga que la escritura es debida á la revelacion divina (1); trayendó en apoyo de este aserto pruebas, que si no del todo irrefragables, son por lo menos suficientes para merecer el que se las examine con algun detenimiento.

En sentir de los que adoptan este dictámen, las letras ó caractéres alfabéticos transmitidos por Moisés á todos los pueblos circunvecinos, fueron alterándose con el discurso del tiempo. Véese esto claramente en la escritura de los caldeos, cuyos caractéres tienen una patente analogía con los hebráicos; y aunque en los alfabetos de los griegos y de los romanos no sea aquella tan palpable, hay la muy bastante para penetrarse de que son adulteraciones del que usaba el pueblo de Israel. A esta prueba ostensible se allegan otras de puro raciocinio. La escritura es la expresion de cada sonido vocal por un carácter distinto: para lograr esta distincion, hubiera sido indispensable descomponer la palabra en los elementos de que consta, y á cada uno de ellos señalarle un signo especial. Pero este análisis no puede verificarse sin instrumentos de descomposicion, por medio de los cuales la mente consiga separar unos de otros los sonidos simples que componen la palabra. Asi si pretendo analizar el sonido compuesto *ba*, para distinguir los sonidos simples *b*, *a*, é inventar las letras que han de representarlos; no podré cumplir lo que me propongo, si carezco de algun signo que me ofrezca á la mente la figura de cada uno de ellos separada de la del otro; en una palabra, mi análisis es irrealizable,

(1) Bonald. Obra citada.

si de antemano no conozco las dos letras *b*, *a*; lo cual demuestra que para discurrir la invención de una escritura, es preciso haya habido otra escritura anterior; y esto equivale á decir que el hombre no ha podido hacer tal invento.

Ademas las consonantes no suenan por sí solas; han menester una vocal: el análisis de una sílaba formada de vocal y consonante, solo dá por resultado la primera; luego no ha sido posible aislar las consonantes; puesto que para poder representar un objeto por medio de un signo particular, es requisito inexcusable conocerlo: para conocerlo, há de haber sido menester distinguirlo de los otros, considerándolo aisladamente en sí mismo; y para esto es forzoso poder separarle de los objetos con que se le encuentra confundido; y como quiera que las consonantes no pueden separarse de las vocales, porque sin ellas no existen, no cabe considerarlas aisladamente, ni conocerlas, ni representarlas con signos; síguese, pues, que la escritura no pudo ser inventada. En vano se alegan las cuatro letras añadidas por Palamedes al alfabeto griego, y las cuatro con que le enriqueció Simónides; porque no son unas ni otras mas que compuestos formados con letras que de antemano existían.

Otras pruebas hay históricas. En los pueblos de la antigüedad no se descubren vestigios de escritura. Los egipcios, á pesar de ser depositarios de toda la ciencia que en su tiempo habia, solo conocieron los geroglíficos que ninguna relacion tienen con la palabra. Lo mismo sucedia en la India á los adoradores de Brama, y á los chinos, cuyo idioma simbólico consta de ochenta mil caracteres distintos. En el Nuevo-Mundo halláron-

se por escritura nudos de diferentes formas y colores para servir de monumentos históricos; y no debe olvidarse que en las artes habian hecho aquellos pueblos mas que medianos adelantos.

En medio de esta general ignorancia, vióse de improviso á un pueblo dar al mundo el primer libro que se conoce. Moisés, durante el tiempo que estuvo en Egipto, solo pudo conocer los caracteres simbólicos de los sabios de aquel pais. Infiérese, pues, que no pudo inventar los caracteres de que usó en sus libros.

NOTA FINAL.

Para mayor esclarecimiento de lo que expusimos en la Lección XXXIII, acerca de la influencia de las ideas y costumbres de los pueblos en sus respectivos idiomas, pueden servir las siguientes noticias, sacadas de la obra de *Charles Pougens*, que lleva por título: *Tresor des origines, et dictionnaire grammatical, raisonné de la langue française*. París 1819. También darán á conocer cuántas especies curiosas contienen las etimologías de los vocablos; y cómo su estudio contribuye á hacer mas instructivo y agradable el de la historia civil y religiosa de las naciones.

La obra, que consta de un tomo en folio de cuatrocientas cuarenta y siete páginas, comprende las tres primeras letras del alfabeto, con las cuales se forman tres mil ochocientas palabras. Gastó Pougens en su tarea cuarenta y un años. Refiere en cada artículo las opiniones de los etimologistas sus predecesores, dejando para la última la mas plausible. En seguida emite su propia opinion, apoyándola en autoridades filológicas é históricas. Y advierte haber consultado cuatro mil doscientos escritores para reunir las.

A los veinte y tres años se quedó ciego en Roma, á los diez y ocho meses de haber comenzado su obra.

HE AQUI EL EXTRACTO DE ALGUNOS ARTICULOS.

Acheter (comprar) se escribía antiguamente en francés *asketer*, *acater*, *achater*, *achapter*, *achetter*. Procede de la palabra latina *accaptare*, que pertenece á la baja latinidad, y significa *tratar de proporcionarse alguna cosa*. Otros creen que *acheter* viene del latin *acceptare*. El latin bárbaro *accaptare* significa, segun Caseneuve, *Orig. franc. et Traité du franc alev, hacerse vasallo de un señor*. Es un verbo compuesto de *caput*, porque los vasallos reconocen como cabeza á su señor. Y como quiera que las palabras pasan con el discurso del tiempo de una á otra significacion, y producen algunas que llevan siempre consigo las señales de su origen, el verbo *accaptare*, destinado al principio solo á expresar el *reconocimiento* que el vasallo hacia de su señor, se extendió á toda clase de infeudaciones, y aun á las que se verificaron mediante cierta cantidad en dinero. Como por medio de ese derecho, llamado *accapitum*, *accaptio* y *accaptamentum*, esos feudatarios compraban en parte las posesiones que se les infeudaban, toda clase de adquisiciones hechas por precio de dinero, fueron al fin denominadas *achapts*, y el modo de adquirirlas, *achapter*. Esta es tambien la opinion de Du-Cange, Menagio y Mouchet. La opinion mas verosímil, en sentir de Pougens, es que *acheter* se deriva en efecto de *accaptare*, cuya palabra trae origen del

antiguo vocablo septentrional *Kapen*, que expresa la idea de *negociar*. *Kapen* presenta en dic-támen de Wachter, una notable semejanza con una palabra griega que significa *mercader*, y con el latin *cauponari*, ejercitar el oficio de taber-nero.

Adorer (adorar); en vascuence *adoratu*; en inglés *to adore*; lat. *adorare*. Nonio Marcelo cree que *ador* (*queso*) *froment*, es la raiz del verbo *adorare*; porque se usaba el queso no solamente para las comidas, sino para los sacrificios. Otros etimologistas lo derivan de *odor* (olor), por los perfumes que se quemaban en honor de los dio-ses. Vosio opina que el vocablo *adorare* se com-pone del verbo *orare* y la prep. *ad*. *Orare* se de-riva del sust. *os*, que significa *boca*; de modo que *adorare* equivale á *orar con la boca*: segun Rob. Etienne, el vocablo *adorare* se compone de la prep. *ad* y del sust. *os*; porque el signo de la adoracion entre los romanos, era llevar la mano derecha á la boca, sea como opina Pitisco, per-maneciendo de pie, sea prosternándose, sea dando una vuelta sobre sus pies, ó alrededor del altar; esta opinion se corrobora por el siguiente pasaje de Luciano (de Salt.) «Los indios, despues »de haber adorado el sol desde que rompe el dia, »conservándose en pie y no como nosotros, »besando la mano... etc.: del mismo parecer es »Mr. Simon.»

Las palabras de la lengua hebráica que equi-valen á *adorar*, designan un simple gesto del cuerpo, no siendo mas que la mayor latitud da-da á este sentido el significado del vocablo *ado-*

rar. En árabe significa *encorvarse*. Mat. Brone-
rius de Niedek. *De populorum veterum ac recentiorum adorationibus*: explica las variadas acepciones de la palabra *adorar*.

Alezan (alazan), portugués *alazao*. Covarrubias (Tesoro de la lengua castellana), cree que este vocablo proviene de otro griego que significa *vigoroso, orgulloso*. Pero es mas probable la opinion que atribuye á las lenguas orientales el origen de esta palabra. Es sabido que los mejores caballos venian de Levante. El P. Guadix, Menagio, Mouchet y Vieyra, creen que alazan se compone del artículo árabe (*al*), y del adjetivo (*hhasan*, bueno, bello, elegante); D. Juan de Souza, *Vestigios de la lengua arábica*: en portugués la deriva de estas palabras (*al*), (*el*) (*hhasan*), bueno, bello, elegante. La palabra *tostado* es, entre los españoles, el nombre de la mejor especie de caballos alazanes. De aquí el refrán: *alazan tostado, antes muerto que cansado*. Los italianos llaman *sauro* al caballo alazan; equivale á *amarillo*.

Creer (crear); en armorico y cambro-breton *creu*. Epirota ó albanés *me krijnem* (yo creo); *krijnes* (creador); — italiano *creare*; — español *crear*, — *criar*; — inglés *to create*; — latin *creare*, *engendrar*, *formar*, *hacer*, *producir*.

Orígenes célticos ó septentrionales. Le-Pelletier dice que el verbo *creare* se forma del monosílabo celta ó breton *cre*, que significa fuerza.

Segun J. Ihre, el latin *cereo*, *creo*, es el suvigótico *gora gicera*, (hacer, preparar), por la mudanza de la *g* en *K*, tan frecuente en las palabras que del uno de estos idiomas pasan al otro.

Orígenes griegos. Perotto establece que las palabras *creo*, *crear*, *hacer engendrar*, y *cresco* (crecer), tienen por raíz comun un vocablo griego que significa *carne*; así crear equivale á *carnem facere*, aumentar de carnes, *produco*,—*carnem facio* y *cresco*, *quasi carne augeo*. Martinius deriva la palabra *crear* de otra que significa en griego *mano*, porque Dios hizo el mundo con sus manos.

Fray Junius deriva el latin *creare* de una palabra griega equivalente al latin *efficio*, *perficio*, *creo* H Etienne es de sentir procede de otra palabra tambien griega que significa *fuerza*.

Orígenes orientales.

Davies opina que la voz *creare* se forma del hebreo (*bera*) hacer, colocar, engendrar, criar.

El P. Thomassin, Glos. univers. hebr. pretende que *creare* se forma del hebreo (*Kar*), *ariesagnus*; porque esa palabra expresa la idea de *alimentar*, *criar*, como los animales alimentan á sus hijos; y aunque en italiano y español tenga la voz esta acepcion, déjase á primera vista conocer que es secundaria. Parece lo mas natural admitir que el latin *creo* trae origen de alguno de estos monosílabos *Kar*, *Ker*, *Kre*, comunes á muchas lenguas de Oriente, y cuyo significado es *obrar*, *hacer*, *trabajar*.

Asi del monosílabo oriental *Kar* (agente) trae

origen el antiguo vocablo latino *Cerus* que en las poesías de los sacerdotes sálicos significaba *Dios creador: et in carmine Saliari Cerusmanus intelligitur creator bonus.*

Ambrossie, latin *ambrosia* (ambrosia). Aunque por punto general los antiguos convengan en que la ambrosía era el alimento, y el néctar la bebida de los dioses, ha habido algunos que creyeron que la ambrosía era *un licor*. Safo y otros poetas le dieron esta acepcion.

Segun Eckard dimana el vocablo del nombre del *ambar*: mas verosimil es que se derive de una palabra *griega* que equivale á *inmortal*; ya porque la ambrosía era solo para los inmortales, ya porque daba la inmortalidad: esto mismo se observa en el Sanscrito. Es digno de observarse que en la mitologia hindostánica (el *amrit*) ambrosía es una bebida y no un alimento sólido; y como quiera que algunos poetas griegos han designado con la palabra *ambrosia* la bebida de los inmortales, pudiera esto inducir á creer que recibieron de los antiguos habitantes de la India la fábula que á *este punto* concierne.

En cuanto al sust. *mortal*. Evhemero de Messina lo deriva de un vocablo griego que significa segun Hesiodo (*hijo del aire* y del dia) otros le consideran sinónimo de una palabra que significa *sangre*, en oposicion al flúido etéreo que circula en las venas de los dioses; de aquí la palabra habrá venido á significar, segun los que asi piensan, todo lo que es mortal y perecedero.

Otros creen que se deriva del verbo *correr*

porque no hay cosa mas transitoria y fugaz que la vida del hombre.

Ambassadeur (embajador) it. *ambasciatore* inglés *ambassador* lat. barb. *ambasciator*. *ambasciador* *ambasiator*. Alb. Acharisius le señala por origen el verbo *ambulare* (marchar). Segun Covarrubias trae procedencia del verbo enviar, ó del latín *bassiare*, besar, reverenciar, porque el uso de Roma era besar á aquel á quien se pretendia *honnar*. Esta costumbre, dice M. Simon, llegó á ser tan molesta que Tiberio se vió obligado á prohibirla por medio de un edicto.

Saumaise y otros muchos opinan que el vocablo *ambasciator* se forma del latín *ambactus*, servidor, esclavo, emancipado, y segun algunos comentadores *cliente*. En el antiguo irlandés *ambat* *ambot* significa, servidor, servidora; en la lengua teutónica *ambacht*, equivale á ministro, oficial servidor. La palabra *ambascía* raiz de *ambasciator*, en latín bárbaro, se toma en el sentido de servicio, domesticidad. *Si indominica ambascía fuerit occupatus. Lexsal.*

La palabra septentrional *ambacht* se usa para significar *virey*. *Ambacht* en dictámen de ciertos etimologistas proviene del hebreo (Ahbed) servir.

Guillermo Somner cree que *ambactus* se deriva del vocablo anglo-sajon (*embeahtian*) servir.

La palabra *ambaht* se encuentra en muchos idiomas septentrionales. Festo indica que corresponde á la de los galos *ambactus apud Ennium*, *lingua gallica actus (alias servus) dicitur*.

La opinion mas verosimil es, que embajador

procede del árabe *ninbaschir* (mensajero) el que anuncia : vocablo que se usa en Constantinopla para designar los comisarios encargados de la vigilancia de los trabajos públicos. *Raíz árabe* persa, é india (baschara) anunciar. Con este dictámen coincide el del P. Dan Huet y el del P. Thomassino que derivan el francés *ambassadeur* del hebreo *bisser*, *beschir* anunciar (*amebasser*, *embeschir*, mensajero. Asi del vocablo *mubaschir* pronunciado *embaschir* por los árabes occidentales, se formó la voz anticuada francesa *ambassadeur*.

Vous ambassadeurs et messagiers,
 Qui allez parlemonde, es cours
 Des grants princes pour besonguier.
 Eust-Deschamps. Pois ms.
 f.º 364 Col 3.

Hemos establecido en el discurso de esta obra que las lenguas que proceden unas de otras, como sucede al castellano, portugués, italiano y francés respecto del latín, llegan á sernos conocidas cuando estan ya formadas, ocultándose nos los progresos lentos y sucesivos de esa misma formación. También citamos un curioso pasaje del P. Buffier para hacer patente cuanto hay de vanidad en las pretensiones de los que atribuyen á ciertos idiomas, bellezas y primores que niegan á los demas.

En la obra de M. Raynouard que tiene por título *Grammaire romane ou grammaire de la langue des trovadours*, encontramos plenamente corroborados nuestros asertos. El autor admite como inconcuso que de la lengua latina adulte-

rada salió un nuevo idioma con formas y reglas diversas de las de aquel que le dió origen. Cita en prueba de su opinion antiguos monumentos de esa lengua romana por su procedencia; tales como el juramento prestado en 842 por Luis de Germania en Strasburgo; el poema sobre Boecio y diversos fragmentos de época anterior á la de los trovadores. Además enumera varias autoridades que coinciden con su modo de ver en esta materia. Se adelanta hasta aseverar que la lengua romana se introdujo en la mayor parte de los países sometidos al dominio de Carlo-Magno, asegurando que pasó los Alpes y los Pirineos y se usó lo mismo en Francia que en Italia y en una parte de España.

Sea que adoptemos el dictámen de Raynouard ó que prefiramos el de Villemain (1) que no cree probable que una lengua artísticamente formada como la latina al ir á adulterarse pasando á los labios de pueblos distintos unos de otros por su origen y sus conquistas, lo hiciese de una manera regular y uniforme, resultarán siempre confirmadas las observaciones á que antes aludíamos.

Las muestras que presentamos en otra nota, convencen de que el idioma castellano existia ya en los tiempos en que se escribió el poema del Cid.

Raynouard impugna á los literatos franceses que sin haberla estudiado con detenimiento calificaron de irregular y de informe la lengua de los trovadores; siendo la mejor demostracion del error con que precedieron, la obra misma cuyo título hemos transcrito.

(1) Tableaaau de la litterature, au moyen age.

Aunque no haya habido época alguna en que dominara *la lengua romana*, corrupción uniforme de la latina, según Raynouard, y sea más plausible suponer que el italiano, el español, el portugués y el francés, dimanaron directamente del latín, sin pasar antes por el intermedio de otro idioma también procedente del de Virgilio, si bien más parecido á su original, no deja por eso de ser de toda evidencia que esos nuevos idiomas calificados de bárbaros y anómalos, estaban sujetos á reglas y á principios semejantes á los que constituyen nuestras gramáticas.

La obra citada y otra del mismo autor conocida por *Grammaire comparée des langues de l'Europe latine, dans leurs rapports avec la langue des trouvadours*, son de ello pruebas irrecusables. Las poesías de los trovadores están escritas en un idioma que al producir esos que juzgamos primeros ensayos, tenía ya cuantas condiciones se requieren para merecer el concepto de idioma especial; y si se le compara con el francés ó el italiano modernos á vueltas de las irregularidades é imperfecciones *que se le achacan*, descubriremos bellezas con que aquellos no tendrían á menos engalanarse.

Observamos que la diferencia de los órganos vocales era una de las causas á que debe atribuirse la de los idiomas que existen. El vario modo de transformarse las palabras latinas en los diversos pueblos de Europa confirma esta idea; porque á no existir esa diferencia, no se hubiera verificado la adulteración de manera que de ella naciesen distintos idiomas. Por otra parte, la uniformidad que se deja ver en el método seguido por cada uno de los pueblos que modificaron

esas palabras, persuade que habia para ello una causa especial que circunscribe y casi reduce á la nulidad la parte que en todo esto suele concederse al acaso.

Los ejemplos harán palpable lo que decimos.

Raynouard en la segunda de las dos obras citadas, trae listas numerosas de voces de la lengua romana que en su sentir se habló en toda Europa, *antes del siglo X*, y las mudanzas que sufrieron al pasar á los idiomas que hoy se usan.

Voz romana.	Francesa.	Española.
Alb. Alba.	Aube.	Alba.
Omb. Tomba.	Tombe.	Tomba.
Arb. Barba.	Barbe.	Barba.
Erb. Herba.	Herbe.	Yerba.
Ac. Taca.	Tache.	Taca.
Ye. Aritmética.	Arithmetique.	Aritmética.
Anc. Anca.	Anche.	Hanca.

Voz romana.	Francesa.	Española.
Mar.	Mer.	Mar.
Altar.	Fr. ant. Alter.	Altar.
Colar.	Colier.	Collar.
Escolar.	Escolier.	Escolar.
Par.	Paire.	Par.

PRONOMBRES.

Voz romana.	Española.	Francesa.
Ma; mia.	Mia.	Ma.
Ta, tiva.	Tua.	Ta.
Sa, sua.	Sua.	Sa.

VERBOS.

Voz romana.	Española.	Francesa.
Serai, er.	Seré.	Serai.
Serás.	Serás.	Seras.
Serem.	Serémos.	Serons.

La inspección de las muestras que acabamos de transcribir prueba, primero: que cada idioma de los que se formaron de resultas de la irrupción de los pueblos del norte en el imperio romano siguió un rumbo especial; segundo, que la constancia con que hubo de seguirlo procede de una causa fija; y que debe ser la que hemos señalado.

Raynouard comparó las palabras de la lengua romana con sus equivalentes en la francesa, portuguesa, española é italiana: las que hemos escogido pueden dar alguna idea de sus curiosas investigaciones: pero la demostración cumplida de la tesis propuesta, se halla en los copiosos catálogos de la obra referida.

Donde la irreflexión solo descubría la huella de la barbarie, percibe el hombre pensador el rastro luminoso de la inteligencia.

INDICE

DE LAS LECCIONES

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LECCION VEINTE Y CINCO.

SUMARIO.

Conexión de la gramática y la psicología.—Influencia recíproca de los signos en las ideas y de estas en los signos.—Principios comunes á todos los idiomas.—División de los signos en naturales y artificiales.—Opinion de Jouffroy.—Necesidad de aprender el sentido de los signos artificiales para comprenderlos.—Los naturales son para todos inteligibles.—Sociabilidad humana.—No es concebible sin el lenguaje.—Opinion de Reid.—Texto de Ciceron.—Fenómenos que observamos en los niños.—La compresion de los signos naturales es un hecho primitivo.—Se dividen en tres clases.—Van casi siempre unidos.—El lenguaje ¿ es invencion humana?—Hipótesis de Condillac.—No sufre el exámen.—Mr. Cousin cree que la voluntad puede convertir en artificiales los signos naturales.—Los orígenes de las cosas nos son desconocidos.—Dificultad de que el signo natural se trasformará en artificial.—Lentitud y largo tiempo que supone esa transformacion.—Es incompatible con la existencia del sanscrito y el hebreo en la primera época del linaje humano.—Rousseau.—Geología.—Auxilios divinos dados por Dios á nuestros primeros padres.—El hombre no nace ni vive fuera de la sociedad, y ésta sin el lenguaje no habria subsistido.—La física, la metafísica, la moral y las bellas artes traen el ánimo á la idea de Dios.—

El estudio del lenguaje conduce al propio resultado.—
 Bonald. Página.

1

LECCION VEINTE Y SEIS.

Las palabras no son solo signos sino expresion de las ideas.
 —Es la idea el alma de la palabra.—Los errores que suelen atribuirse á la imperfeccion de los idiomas proceden de las ideas.—Necesidad de estudiar el lenguaje del autor para entender el libro.—Para rectificar el lenguaje, es preciso rectificar antes las ideas.—Ejemplos.—Cuando hay variedad en los sentimientos, no puede haber armonia entre los que hablan.—Utopistas.—Misanthropos políticos.—Nobles.—Aun en las cosas que aprendemos por autoridad, es preciso que para entender las palabras estudiemos las ideas que expresan.—Opinion de Condillac.—Las palabras son el cuerpo de las nociones abstractas.—Las palabras no expresan exactamente estas nociones.—Doctrina de Bonald.—Autoridades que la confirman.—Rousseau.—Dugald-Stewart.—Haller.—La adquisicion de las ideas y del lenguaje es simultánea.—El desarrollo físico y moral se verifica sin que de él tengamos conciencia.—Union estrecha del signo y la idea.—No hay datos para determinar si la idea de que tenemos conciencia precede ó no á la palabra.—En punto al lenguaje, se advierte la alianza misma de lo físico y de lo espiritual, que existe en todos los actos de la inteligencia.—La inteligencia no se ciñe á pensar las ideas que expresa el lenguaje.—Descubrimiento de los sábios.—Concepciones de los escritores ascéticos.—El signo y la idea influyen entre sí reciprocamente.—Auxilios que nos prestan las palabras.—Nos sirven unas para mirar muchas ideas.—Otras para distinguir las unas de otras, hasta marcar sus mas leves matices.—Adjetivos, verbos, preposiciones, adverbios y conjunciones.—Utilidades que proporciona estas palabras.—Conclusion. Pág.

31

LECCION VEINTE Y SIETE.

Principios comunes á todos los idiomas.—Nace de la identidad de la inteligencia y de las leyes del mundo físico y moral.—Sustantivos.—Propios.—Apelativos.—Los primeros preceden á los segundos.—Aumenta el número de ambos á medida que queremos distinguir unos de otros los individuos y las especies.—Número.—Género.—Caso.—Determinativos.—Ciñen el sentido de los sustantivos dejándole solo la latitud que nos conviene darles.—La comprension y la extension de los nombres están en razon in-

versa.—Universalidad de los sustantivos.—Varian por causa propia.—Formas diversas que recibe en varios idiomas.—Nombres personales.—Son tres.—No equivalen al nombre.—Variedad de la tercera persona.—Se encuentran en todos los idiomas.—Opinion de Bonald.—Expresan los tres individuos constitutivos de la sociedad.—Orden de las personas.—Naturaleza de los sustantivos.—Son el centro de las oraciones.—Todas las otras palabras varían por causa de ellos.—Sustantivos abstractos.—Utilidad de estos para facilitar los actos de la mente.—Adjetivos.—Expresan cualidades.—Se generalizan como los sustantivos.—Su etimología.—El adjetivo es el nombre de la causa de nuestras sensaciones.—Division de nombres en adjetivos y sustantivos fundada en la de cualidades y sustancias.—Son instrumentos de análisis.—Modismo de la lengua castellana.—Utilidad de los adjetivos. Pág. 67

LECCION VEINTE Y OCHO.

Importancia del verbo. — Doctrina psicológica acerca de la actividad y la sensibilidad.—Distincion de la actividad y la inteligencia.—El juicio es elemento de todos los actos de la mente.—La interjeccion, sea el que fuere su origen, expresa un juicio.—Las ideas son los juicios que formamos de las cosas.—Conocemos las cualidades por la accion que ejercen en nuestros órganos y la que la voluntad comunica á estos.—El verbo espresa esta accion.—El verbo es inseparable del sujeto.—La idea de existencia está contenida en todas las afirmaciones.—Doctrina de Destutt-Tracy.—El verbo equivale al adjetivo con el verbo ser.—El tiempo y el modo transforma en verbo el adjetivo.—Opinion de Hermosilla.—Argumentos en que se funda.—Respuestas.—La idea del verbo siempre supone la de existencia.—Verbos activos precedieron al verbo ser.—Los hay en todos los idiomas.—Y fueron inventados antes que los adjetivos.—El verbo ser, que expresa la última de las abstracciones, debió venir despues de los que significan acciones en concreto.—Pasaje de Hermosilla.—Contradiccion en que incurre.—Definicion del juicio por D.-Tracy.—El verbo expresa la cualidad en ejercicio.—El adjetivo la cualidad en potencia.—La teoria del verbo adoptada por D.-Tracy era consecuencia de su idiologia.—El sentido comun ha distinguido siempre el acto de la cualidad.—Opinion de Scaligero.—De Port-Royal.—De Buchez.—El verbo expresa la vida y el movimiento.—La teoria del verbo único desfigura los hechos en vez de explicarlos.—Quando el verbo activo se aplica á seres inanimados es porque metafóricamente se les atribuye una accion de que no son capaces, ó porque en realidad la ejercen.—El participio ha menester un ad-

verbo para equivaler al verbo.—El verbo es la parte esencial de la oracion.—Los verbos pasivos, los que expresan la cesacion de las acciones, y los que significan el estado suponen todos que la actividad es la idea constitutiva del verbo.—Consideraciones psicológicas.—Parménides.—Demócrito.—El verbo ser expresa el acto de la mente cuando afirma las relaciones que es capaz de conocer. Pág. . . . 93

LECCION VEINTE Y NUEVE.

El participio no expresa el tiempo ni la persona.—Respuesta á una objecion.—Hay palabras que sin ser verbos expresan accion.—El participio es posterior al indicativo.—El participio es un adjetivo verbal.—Necesidad de circunloquios para que el participio y el indicativo se sustituyan uno á otro.—Infinitivo.—Expresa en abstracto la accion del verbo.—Gerundio es un caso del infinitivo.—Son simultáneos la accion ó el estado que expresa.—Subjuntivo.—Significa la dependencia.—Imperativo.—El mando.—Razon de estos dos modos del verbo.—Modismos.—Tiempo.—Pasado, presente y futuro.—La idea de tiempo es inseparable de los modos definidos del verbo.—Las otras voces no la llevan consigo.—Nombres y 'adverbios que significan tiempo.—Por sí solos no tienen valor.—Presente.—Es fugaz.—Se reproduce sin cesar.—No admite grados.—Pretérito.—Puede ser perfecto, imperfecto, pluscuamperfecto.—Denominaciones de Hermosilla.—Grados del futuro.—Pasado, próximo y remoto.—Destutt-Tracy.—El modo definitivo es capaz de todos los tiempos.—El indicativo y el subjuntivo están en esta parte en idéntico caso.—El verbo admite números.—Variedades de los idiomas.—Verbos auxiliares.—Suplen la falta de voces en los verbos.—Ser, haber, tener, se adoptan como auxiliares por la generalidad de la idea que expresan.—Las preposiciones modifican el sentido del verbo. Pág. . . . 129

LECCION TREINTA.

Adverbios.—Expresan una idea que sin ellos necesitaría una preposicion con su régimen.—Proceden de sustantivos, de adjetivos, y á veces de oraciones completas.—Son atributos de atributos.—La interposicion de una sílaba hace oficios de adverbio en algunos verbos.—La etimología muestra cómo algunas expresiones adverbiales se convirtieron en adverbios.—Opinion de D. Tracy.—El adverbio no modifica solo al verbo, sino á otra clase de palabras.—Cuando el adverbio modifica al adjetivo, ó á otro adver-

bio, va implícito el verbo ser.—El adverbio determina la idea de tiempo.—Y la de lugar.—Preposiciones.—Expresan las relaciones de nuestras ideas.—Variedad y usos de algunas de ellas.—A veces se agregan á las palabras añadiéndolas la idea que expresan.—Ejemplos.—No bastan estas agregaciones para significar las numerosas relaciones de unas ideas con otras.—Estas son de ordinario eventuales.—D.—Tracy.—La preposicion proviene del adjetivo.—Del adverbio y del nombre.—Ejemplos.—Motivo de estas transformaciones.—Los nombres adjetivos, los sustantivos y los adverbios debieron preceder á las preposiciones.—Varias acepciones de las voces.—Van desviándose cada vez de la acepcion primitiva.—Etimología de la preposicion hasta.—No son declinables las preposiciones.—Porque es su oficio señalar el enlace de las ideas.—Conjunciones.—Unen los pensamientos.—Opinion de Hermosilla.—Las conjunciones comenzaron por ser sustantivos ó adjetivos.—Ejemplo.—Clases en que se dividen.—Diversidad de las preposiciones á que sirven de vínculo.—Ejemplos tomados de Fr. Luis de Granada.—De Cervantes, de Coloma y de Rivadencira.—Ninguna otra palabra pudiera hacer su oficio en la preposicion.—Beauzee.—Las conjunciones son parte del lenguaje y no de la oracion.—Equivale á una oracion.—Opinion de D.—Tracy.—La conjuncion *que* no está contenida en todas las otras conjunciones.—Hermosilla cree que el *que* recibe de la conjuncion *y* su cualidad conjuntiva.—Adjetivo, conjuntivo, denominado, pronombre relativo.—Equivale á un determinativo y la conjuncion *que*.—Reune los oficios de estas dos palabras.—Une una preposicion con su antecedente.—En vez de sujeto suele ser término de la accion del verbo.—Vestigios en esta clase de palabras de la declinacion latina.—Concierta á veces con el siguiente.—El conjuntivo se ciñe á unir.—La preposicion de que es sujeto es la que ciñe ó extiende el sentido del nombre á que se junta.—Interjecciones; manifiestan los afectos del alma.—Una misma interjeccion significa diversos afectos.—Constan de una ó pocas sílabas los verbos que proceden de ellas.—Carece esta opinion de fundamentos etimológicos.—La disparidad de sílabas entre la interjeccion y el verbo tambien la contradice.—Analogia de las interjecciones entre idiomas por otra parte diversos.—Desemejanza de los verbos.—No son parte de la oracion.—Hermosilla.—Es de sentir deben escluirse de la gramática general.—Es infundado este dictámen, porque las interjecciones son los primeros elementos al lenguaje. Pág. 149

LECCION TREINTA Y UNA.

La generalizacion de las ideas hace que para expresar un con-

cepto sea necesario juntar varias palabras.—Ejemplos.—A este fin se encaminan la construcción, la concordancia y el régimen.—Ejemplos.—Siempre que hablamos expresamos juicios.—El nombre de un personaje despierta en nosotros las ideas todas que de él tenemos.—Enlace de las ideas.—Construcciones directas ó inversas.—Oraciones que distinguen los gramáticos.—De verbo sustantivo.—Unen la cualidad al sujeto.—Cuando unen el participio al nombre del sugeto expresan el estado activo ó pasivo en que se encuentra.—Court de Gebelin.—Opinion de Hermosilla.—El participio significa que el sugeto experimenta los efectos de la acción expresada por el verbo.—Modismos castellanos.—Oraciones activas.—Expresan los actos y los movimientos.—Verbos neutros.—Diferencia entre los dos verbos ser y estar.—El gerundio significa la continuación del acto del verbo.—La concordancia es medio de sintáxis, porque las varias terminaciones de las palabras hacen que se adapten unas á otras.—Régimen.—Hermosilla.—Los seis casos de la declinación expresan las principales, pero no todas las relaciones de las palabras.—Resúmen. Pág. 171

LECCION TREINTA Y DOS.

Causas de la variedad de los idiomas.—Dificultades de este nuevo estudio.—Diversidad de las causas del fenómeno.—Idioma primitivo, pretensiones de algunos idiomas para que se les conceda esta prerogativa.—Perron.—Webb.—Gorospio.—Astarloo.—Hipótesis y extravagancias acumuladas con este motivo.—Mitridates de Gesner.—Catálogos de las lenguas.—Afinidades verbales.—Van Kennedy.—Comparacion de la forma gramatical.—Bopp.—Lepsius.—Wisseman.—Argumento en favor de la unidad del lenguaje.—Separacion violenta de los idiomas.—Humboldt.—Goulianoff.—Klaproth.—Schlegel.—Herder.—Sharonburner.—Dialectos de América.—Sus afinidades con otros idiomas.—Sistema de aglutinacion.—Humboldt.—La Lexicología viene en apoyo de la religion revelada.—Desenvolvimiento de los idiomas.—Murray.—Denina.—Refutacion de esta doctrina.—No hay ejemplos de tales progresos.—Inglés.—Hebreo.—Egipcio.—Griego.—Latin.—El idioma es uno mismo en los primeros albores y en las épocas de mayor cultura literaria.—Ejemplos de idiomas imperfectos que no se han mejorado á pesar del transcurso de los siglos y del contacto con otros mas perfectos.—Chino.—Lenguas semíticas.—Grimm.—Formas gramaticales de las lenguas germánicas.—Humboldt.—Mejoras de los idiomas.—Schlegel.—Italiano.—Pehlwi.—Kawi.—Idiomas tártaros.—Abel-Remusat.—La mezcla de unos pueblos

con otros puede hacer que permaneciendo su indole sufra modificaciones un idioma. — G. Humboldt. — La lengua es expresion del progreso intelectual de cada pueblo. — Adulteracion del latin en la época de las irrupciones de los bárbaros. — Mas en la construccion que en las palabras. — Clemencin. — En los primeros ensayos de la literatura castellana abundan las palabras latinas. — Elementos varios que suelen constituir los pueblos. — Niebur. — Unidad y diversidad en el estado. — Social. — En el lenguaje. — Prólogo de las Partidas. — La indole de las lenguas no es progresiva. — Mas bien pierden con el transcurso del tiempo. — Ejemplos tomados de las Partidas. — Si es posible que en el porvenir se amalgamáran todas las lenguas. — Estas expresan las costumbres y las creencias de los pueblos. — Ejemplos. — Varias causas de la diversidad de los idiomas. — Ejemplos. — Varía actitud para proferir ciertos sonidos. — Contacto de los pueblos unos con otros. — Variedad del lenguaje metafórico nacida de la que existe en la naturaleza exterior. — Hechos particulares. — Las causas de la variedad de los idiomas proceden de lo fisico. — Ideas eternas reproducidas en los idiomas. — Eclecticismo aplicado á la gramática. Pág. 195

LIBRO I.

De las transiciones. Pág. 256

LIBRO II.

De las vocales. Pág. Idem.

LIBRO III.

De las letras perdidas. Pág. 257

LECCION TREINTA Y TRES.

Pasaje de Ampere. — Necesidad del estudio de los resultados de las ciencias fisicas y matemáticas para conocer las facultades intelectuales. — Ejemplos. — La filosofia ecléctica admite esta nueva faz de la ciencia. — Tambien se aplica á la gramática general. — Esta seria mas completa si al estudio de las facultades intelectuales se uniese para formarlas el de los idiomas de que nos dan noticia los lexicólogos. — Ejemplos. — Idioma perfecto. — El ejemplo de las bellas artes y aun de las artes mecánicas lo hace parecer empresa asequible. — Es ilusion, porque el artista concibe y realiza por si solo su obra; al paso que la lengua es patrimonio de todos. — El uso haria perder sus perfecciones al idioma inventado por el filósofo. — Lengua destinada

solo para los sabios. = Tentativas para constituir la de Galeno, Vossio, Scaligero, Herman, Hugo, Bacon. = Idea del carácter de Wilkins. = Objeciones. = Pedro Sanchez, Iro, Faro de la ciencia del español, Izquierdo. = Lengua filosófica de Felipe Labbe. = Cifras de Beek d'Ipwick. = Atanasio Kircher. = Raimundo Lulio. = Leibnitz. = Historia de la lengua característica. = Alfabeto universal de los pensamientos. = Descartes. = Orden de los pensamientos. = Las sensaciones no son para todos unas mismas. = Otro tanto sucede con los sentimientos. = Alfabeto compuesto de las ideas generales de causa y de ley. = Estas varían, bien por la imperfeccion de nuestra inteligencia, bien por el aspecto distinto que presentan segun los tiempos y países. = Ejemplos. = Separar al pensador del contacto de su época seria dejar la ciencia estadiza. = Los signos dejarían traslucir todas las imperfecciones de las ideas. = Para cada filósofo ha sido bello ideal de idioma aquel que mejor se adaptaba á su doctrina. = Desnit-Tracy. = Leibnitz. = Inconvenientes del idioma filosófico de D. T. = Ensayo de Krause. = La dificultad consiste en que la distribucion en categorías sea perfecta. = Imposibilidad de que esto suceda. = La humanidad es perfectible, pero dista mucho de la perfeccion. = El anhelo de conseguirla da testimonio de su divino origen. = Pasaje de Pascal. = Reflexiones. Pág. 259

LECCION TREINTA Y CUATRO.

•

Pasaje del Hermés de Harris. = Esclarecimientos y reflexiones sobre la filosofia de la lengua latina y las modernas. = Belleza artística de la primera. = Nace de la indole del pueblo. = Inclination á la metafisica de las otras. = Determinativos. = Pasaje de Degerando. = Trozos de Stoddart, de Platon y de Reid. = Tendencias de las escuelas espiritua- lista y sensualista en esta parte. = Cita del P. Buffier. = La belleza de las lenguas es relativa. = Reflexiones. = Han de tenerse presentes todas las facultades humanas para juzgar de la perfeccion en punto á idiomas. = Citas de Leibnitz y Volney. = Necesidad de los estudios lexicó- lógicos para fundar la filosofia del lenguaje. = Cita de Heródoto. = Prueba la dificultad de que las lenguas sean in- venciones humanas. = Reflexiones sobre el método de ob- servacion y de esperiencia. = Sobre los signos. = Signos permanentes. = Gergélicos. = Su número ha de ser muy crecido. = No puede circunscribirse el de los que expresan las cosas morales. = Reducen la ciencia á ser patrimonio de un corto número. = Egipto. = China. = Dificultad que ofreceria su abundancia. = Escritura silábica. = Cada signo representa un sonido completo. = Alfabética. = Designa

una parte del sonido. = Número de caracteres de la escritura silábica. = Articulacion. = Voz. = Cantidad. = Tono. = Ninguna sílaba termina por consonante. = Todos empiezan por consonante. = Pruebas. = Si son las letras del alfabeto geroglíficos degenerados. = ¿El alfabeto es invención humana? = Caracteres transmitidos por Moises y adulterados por los otros pueblos. = Caldeos. = Griegos y Romanos. = Imposibilidad de hacer el análisis del sonido que supone la invención del alfabeto. = Letras añadidas por Palamedes y Simónides al alfabeto griego. = No se descubren vestigios de escritura ni entre los egipcios. = Indios. = Chinos. = Americanos. = Moisés solo pudo aprender en Egipto los caracteres simbólicos. Pág.	303
Nota final. Pág.	337
Orígenes orientales. Pág.	341

FIN DEL INDICE.

FE DE ERRATAS.

TOMO PRIMERO.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
16	16	embellece	embelese
36	19	en	que en
80	28	arrastre	arrostre
133	26	Humme	Hume
169	23	volunvad	voluntad
195	14	casualidad	causalidad
232	21	se habria	le habria
254	18	Gan	Gall
258	10	la	las
264	8	conseguirse	concebirse
280	22	retificaciones	rectificaciones
345	13	llegaremos	llegáramos
353	30	le	el
357	5	intencion	nocion
380	8	casualidad	causalidad

TOMO SEGUNDO.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
1	4	consisten	consiste en
17	23	Jehora	Jehova
20	24	Es	es
21	26	clara, en	clara. En
27	24	intencion	intuicion
68	1	esplandor	resplandor
71	26	Ramayana Mahabaratha	Ramayara y Mahabarat
84	19	excepticismo	escepticismo
91	9	menos	mas
94	26	institucion	intuicion
131	4	conducirno	conducirnros
146	26	leria	seria
208	25	acontecimiento	conocimiento
234	28	indicacion	induccion
294	2	hay	haya
306	16	pierda	pierda:
309	9	que	de
314	21	consumirse	consumirse:
323	12	fé de	fé en la de
336	4	ensayo	Ensayo
355	1	tales mutos	talentos

<i>Pag.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
355	9	Galli	Gall
360	17	dar	de
373	16	Times	Timco
390	13	vanaglorian	vanagloricn
397	20	Brussais	Broussais
400	3	escritura	estructura
403	25	podrá	podia
425	30	idealaba	idealizaba
430	4	gdirimos	dirigimos
433	14	le	lo
443	9	sobrevienen	sobreviven
443	22	Ligis	Lisis
462	4	aplicaciones	esplicaciones
515	9	de	en
516	4	eliptica	típica
529	16	sustancia cualidad	cualidad y sustancia

TOMO TERCERO.

<i>Pag.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
1	14	transformará	transformara
13	28	adoptaban	adaptaban
18	33	convertirse	convertirse
31	7	nobles	Hobbes
31	13	Stervart	Sewart
36	27	tratan	trata
60	6	no se nos	se nos
61	18	tengan	tenga
65	4	docenas	decenas
76	20	ningunas	ninguna
81	25	proposiciones	preposiciones
100	31	hace	hacen
111	17	hombre	nombre
121	4	le	les
141	35	ot	to
147	17	avaay	away
153	10	la	lo
163	7	reciben	reciben
165	10	proposiciones	proposiciones
173	13	proposiciones	proposiciones
197	21	Astarlos	Astarloa
205	22	estructura	estructura
207	4	la	las
219	6	Deas	Deus
224	10	vechiali	ochiali
247	18	Tenienro	teniento

<i>Pag.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
253	29	de su subdialecto	del dialecto
266	32	á luz	á la luz
268	17	idiomas,	idiomas :
279	24	paraiso	paraiso :
293	14	la aplicacion	á la aplicacion
296	13	esta	este
307	23	pudiendo	pudiéndose
315	21	supuesto	puesto
316	1	humbles	humble
326	10	mismas	misma
341	15	Frax.	Fr.
343	25	Lexsal,	Lex. sal.
344	15	Pois.	Poes
346	18	producir	producir

